

CRIMEN

IRVINE
WELSH

Ray Lennox es un joven e inteligente inspector de la policía de Edimburgo que ha resuelto un atroz caso de asesinato. La muerta era una niña de siete años, y el culpable, un asesino en serie por cuyos crímenes anteriores habían sido encarcelados varios pringados más o menos inocentes. Todo ha terminado ya, Lennox ha hecho un excelente trabajo, y ha sido recompensado con unas vacaciones. Que debe tomarse quiera o no, puesto que su desesperada, obsesiva implicación en el caso —que lo remite a un secreto episodio de su pasado— y su depresión posterior han hecho que sus superiores decidan alejarlo por un tiempo, hasta que se recupere. Lennox viaja con su novia Trudi a Miami, se olvida de la cocaína y el alcohol, de los que había abusado en los últimos tiempos, e intenta volver a la normalidad tomando antidepresivos como si fueran caramelos. Trudi es guapa, joven, y se aman, pero comienzan a tener problemas sexuales —puede que por los antidepresivos—, y sociales —ella está demasiado ocupada planeando su boda—. Y, después de una discusión, Roy va a un bar y, tras beber bastante vodka en soledad, se le acercan dos mujeres, Starry y Robyn, con cocaína y muchas ganas de fiesta.

Los tres acaban en el piso de Robyn, y cuando están en plena juerga, entre juegos eróticos y nubes de polvos blancos —e intentando no despertar a Tianna, la hija de Robyn, que duerme en su habitación—, llegan al piso dos amigos de las mujeres y se unen a la fiesta. Uno de ellos desaparece muy pronto y reaparecerá en el cuarto y la cama de la niña, que grita desesperada. Y a la mañana siguiente, tras una brutal pelea, el desbande y la desaparición de la madre, Lennox, que había acabado encerrado con Tianna en la habitación de ella para protegerla, se encontrará a cargo de una precoz lolita de diez años, al parecer amenazada por una oscura, poderosa red de pedófilos. Y, para salvarla, el detective no tendrá otra salida que enfrentarse a su propia vida y a los fantasmas del pasado, y actuar en el lado más oscuro de esa América a la que había llegado como turista.

«Con Irvine Welsh, nunca sabes con qué vas a encontrarte, además de su inteligencia, que está garantizada. Pero *Crimen*, y a sus fans les alegrará saberlo, es un triunfo, uno de sus grandes libros. Una inmersión meditada y valiente en las redes de pedófilos y en las mentes que las mueven. Podría haber caído en el puro morbo, en el amarillismo, o deslizarse hacia la moralina, pero tiene el tono justo, y es vigorosa, veraz, irresistible. *Crimen* no está destinado a ser un libro de culto. Es mucho mejor, y más que eso» (Euan Ferguson, *The Observer*).

«La mejor novela de Welsh en una década, una combinación de realismo negro, sátira y agudeza psicológica imposible de imitar. Y, como siempre, el autor no ofrece respuestas fáciles en esta obra compleja, perturbadora, espléndida» (*Publishers Weekly*).

«Welsh es uno de nuestros grandes conocedores de la depravación, un sabio de la escoria, que excava y saca a la luz nuestras obsesiones más oscuras… *Crimen* es una novela ambiciosa, seria, inquietante y compasiva al mismo tiempo» (Nathaniel Rich, *The New York Tímes Book Review*).

Lectulandia

Irvine Welsh

Crimen

ePub r1.1

Castroponce 20.03.14

Título original: *Crime*
Irvine Welsh, 2008
Traducción: Federico Corrientes
Retoque de portada: Castroponce

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.0

Para Dean Cavanagh y Bob Morris

Preludio
La tormenta

Quería decirle a mamá que aquel tipo era mala gente. Igual que el otro, el de su pueblo, Mobile, y que el hijo de puta aquel de Jacksonville. Pero mamá, que se estaba pintando los ojos ante el espejo, la mandó callar y comprobar que todas las contraventanas estaban cerradas, porque habían dicho que aquella noche llegaría una tormenta procedente del noreste.

La niña se acercó a la ventana y se asomó. Todo estaba en calma. El disco luminoso de la luna lanzaba al interior del apartamento una luz azulada quebrada sólo por las ramas del roble muerto del jardín, que proyectaba unas afiladas sombras varicosas que trepaban por las paredes, oscuras y animadas. Mientras corría el cerrojo para cerrar la barrera de listones de madera, retiró estratégicamente la mano, acordándose de dolores de dedos pasados e imaginándosela como un ratón avispado robando queso de una ratonera. Después se fijó en la vacua expresión del rostro de su madre en el espejo. Antes le gustaba ver a mamá arreglarse y ponerse guapa, verla concentrarse a fondo con aquel cepillito y oscurecer sus enormes pestañas.

Pero ahora no. Notó una sensación de amargura en el estómago.

«No salgas esta noche», le pidió la niña en voz baja, a medias entre un deseo y una súplica.

Su madre sacó por un instante una lengüecita rosa y humedeció el lápiz de ojos. «Por mí no te preocupes, cielo, no me va a pasar nada». En ese instante se oyó en la calle la bocina de un coche y saltó el termostato, poniendo en marcha el aire acondicionado y enfriando la habitación. Las dos sabían que era él.

«Menos mal que este apartamento tiene persianas», dijo mamá mientras se levantaba y cogía el bolso de la mesa. Tras besar a su hija en la cabeza, se apartó y miró seriamente a la niña con sus grandes ojos pintados. «Acuérdate: métete en la cama antes de las once. Seguro que a esa hora ya habré vuelto, pero si me retrasara quiero encontrarte dormida, señorita».

Y, dicho eso, desapareció.

La niña sabía que durante algún tiempo podría contar con que el pozo de luz de la pantalla del televisor bañaría con su luz suave y turbia todo lo que había dentro de su radio, garantizando su seguridad. Pero era consciente de que fuera del haz de luz algo acechaba, aproximándose cada vez más.

Un viento del este, templado y agradable, llamaba con insistencia a la persiana, de

forma lo bastante ominosa como para ser heraldo de una fuerza más maligna. Unos cuantos latidos dilatados después, empezó a llover, al principio golpeteando lentamente sobre las ventanas. Luego oyó al viento contraerse y descargar trallazos. Los angustiados brazos negros del árbol gesticulaban frenéticamente. De repente rugió una andanada de truenos, y en algún lugar del exterior un objeto se estrelló contra el suelo y se hizo añicos. Fuera brillaba una luz amarilla que iluminó la habitación con un resplandor sulfuroso durante tres segundos. La niña subía el volumen con el mando a distancia a medida que la tempestad seguía rugiendo y el viento y la lluvia azotaban la ventana. Al cabo de un rato, se retiró tímidamente a la cama, asustada por la oscuridad, que atravesó de modo vacilante, pero con un temor mayor a prolongar la agonía buscando el interruptor.

Incapaz de dormir, supo que era tarde cuando oyó ruido de pisadas en los escalones de piedra y abrirse la puerta de la calle. El reloj digital de la mesita proclamaba con cifras luminosas y delatoras que eran las 2.47. Rezó por que se tratase de las pisadas de una sola persona —las de él eran siempre muy suaves, pues siempre calzaba zapatillas de deporte—, pero enseguida oyó voces y risas ahogadas. Gracias a las pastillas que tomaba, su mamá dormiría profundamente, sin que la perturbase la tormenta. Pero ella tendría que disponerse a afrontarla. Se bajó el camisón, estrujando el dobladillo y la ropa de cama.

Día uno

1. Vacaciones

En este momento, Ray Lennox entra en un área de turbulencias. Llevándose la mano derecha vendada a la nariz aguileña, un poco torcida después de que se la encajasen mal cuando se la rompió hace algunos años, se fija en su imagen reflejada en la pantalla apagada del televisor personal que le habían proporcionado para entretenerle mientras estuviese a bordo. Una fina brizna de aire se esfuerza por atravesar una de sus fosas atascadas, provocando una sacudida de protesta en su pecho. Mientras intenta distraer su mente agitada, recorre con la vista el cuerpo apretujado contra el suyo.

Es Trudi, su prometida, cuya melena —que le llega hasta los hombros— teñida de un elegante color miel delata las atenciones de un buen estilista. Completamente ajena a la incomodidad de Lennox, pasa la página de una revista con una uña cuidada y esmaltada. Detrás de ella hay alguien, y alrededor de los dos, más cuerpos todavía.

Apenas empieza a darse cuenta ahora, encajado en un asiento de clase turista del vuelo Londres-Miami. La perorata que le soltó Bob Toal antes de que tomara la baja por estrés. Lo recordó cuando oyó anunciar:

En estos momentos volamos a treinta y dos mil pies de altura.

«Eres un *crak*, Ray», le había dicho Toal mientras él se fijaba en los pelos negros que brotaban de la nariz de su jefe. El hijo predilecto. El caso era desgarrador. Lo habías hecho bien; el muy hijo de puta estaba encerrado a cal y canto. Te habías anotado un tanto. Tómate unas buenas vacaciones. Piensa en el futuro. Somos muchos los que hemos apostado fuerte por ti, Ray. No hagas que nos arrepintamos, hijo. No queremos que sigas los pasos de Robertson, había dicho, en alusión al suicidio del antiguo mentor de Lennox. No te hundas.

Y a Ray Lennox —demacrado, pálido, bien afeitado, con su característico flequillo trasquilado en John's, en Broughton Street, dejando al descubierto una frente estrecha y abombada— se le acelera vertiginosamente el pulso.

Estamos entrando en un área de turbulencias. Permanezcan sentados y con los cinturones de seguridad abrochados.

No te hundas.

Peligro. Amenaza.

En el aeropuerto le sometieron a un interrogatorio a fondo. No se parecía nada a la foto del pasaporte. El tono gris cetrino de su piel escocesa, cruelmente acentuado por la chirriante tecnología de la cabina, contrastaba con el tupido cabello azabache, las cejas y el bigote, proporcionándole un aspecto tan postizo como si se hubiera disfrazado en una tienda de artículos de broma. De todo eso, ahora sólo quedaba una

oscura pelusa que cubre su cabeza y la rodea hasta llegar a la mandíbula.

Las atenciones del personal de seguridad del aeropuerto le sacaron de quicio, porque era un agente de la ley, pero tenían razón en preocuparse. Su carné de la policía de Lothian le ayudó a sortear el mini-Estado que los norteamericanos habían montado en Heathrow para la protección preventiva de sus fronteras. «Lo sentimos, señor, son tiempos difíciles», declamó a modo de disculpa el agente del Departamento de Seguridad Nacional.

Ray Lennox escudriña urgentemente la cabina. Nada por lo que preocuparse en la parte de delante. Nadie con pinta de miembro de Al-Qaeda. *Pero ese tío parece indio. ¿Será musulmán? Lo más probable es que sea hindú. Pero podría ser paquistaní. Basta*. Él era blanco, pero no cristiano. En el censo constaba oficialmente como miembro de la Iglesia presbiteriana escocesa, pero no se había sentido religioso hasta subirse a un avión. El carrito de las bebidas se aproxima tan lentamente que no quería pensarlo. Se vuelve, estira el cuello y echa un vistazo a sus compañeros de viaje. Nada que no encaje con lo normal: turistas en busca del sol. Un vuelo (casi) barato.

A su lado, Trudi, distante y con el pelo peinado hacia atrás y recogido con un apretado clip negro. Sus ojos, castaño oscuros y de mirada intensa, devoran de forma casi psicótica la revista *Perfect Bride* mientras pasa la página con sus extensiones de uñas rojas.

Todas las chicas sueñan con el gran día, con ser la novia perfecta: la puesta en escena del ideal de la princesa-hada.

¿Y también aquella niñita?

Nah, ésa no, pobre…

Las turbulencias sacuden el avión; los conductos sudoríparos de Lennox se abren ante la arremetida y cobra abruptamente conciencia de que está viajando dentro de un tubo de metal a novecientos sesenta kilómetros por hora y nueve kilómetros y medio por encima del mar. Una gota en el océano: un puntito a la espera de hundirse en el olvido. Observa a Trudi, impasible, en la pequeña hendidura escarlata de su boca, enarcando apenas una ceja bien depilada con ademán desdeñoso. Como si una catástrofe aérea no representase sino un contratiempo pasajero para los planes de boda.

Las sacudidas del Boeing 747 llegan a su fin y se oye el rugido de los motores. Nota constantemente en los oídos el zumbido que recorre el avión mientras se abre paso entre la negrura. Los pilotos no ven nada delante. Los instrumentos de la carlinga estarán parpadeando y girando.

Se entiende por qué los terroristas y los gobiernos —los que más interés tienen en nuestro miedo, medita Lennox— se centran tanto en el transporte aéreo. Antes de partir ya nos cagamos patas abajo. Lo único que tienen que hacer es ajustar con cierta finura este pavor por medio de algún que otro atentado o su consorte, las medidas de

seguridad rigurosas.

Trudi tiene las piernas tapadas con una manta.

La oscuridad magnética que le rodea. Siente que le llama.

¿Por qué se preocupa? Está de vacaciones. Ha cumplido con sus obligaciones. ¿Acaso tiene algo de que arrepentirse? No es más que autocompasión. Pero no lo puede evitar. Ese sabor metálico en la boca. No puede evitar hacerse sufrir a sí mismo con sus cavilaciones. Tiene los nervios a flor de piel. Vuelve a temerse a sí mismo. Ojalá hubiera tomado más pastillas.

«¿Y si cayéramos al mar?», cuchichea Lennox, abrumado por conjeturas sobre la muerte como una inmensa y lóbrega nada. «Nos liberaría de todo».

«Sigo pensando en el verde doncella para las damas de honor», dice Trudi, sin apartar los ojos de la revista, «pero no quiero que Adele me haga sombra». Entonces se vuelve hacia él con expresión de auténtico temor. «No creerás que…».

Ray Lennox experimenta una oleada de emoción al acordarse de una fotografía de Trudi de niña colocada en la repisa de la chimenea de la casa de sus padres. Hija única: la única oportunidad que tenía la pareja de acceder a la inmortalidad. *Y si algo…*

Una nueva oleada de inquietud le recorre. «Trudi, yo nunca dejaría que nadie te hiciera daño. Lo sabes, ¿no?», declara con desesperación y urgencia.

Los ojos de Trudi se dilatan con la expresión de horror acartonado de una heroína de telenovela. «Te parece guapa, ¿verdad? No intentes negarlo siquiera, Ray, se ve a la legua».

Trudi le apunta con sus pechos y él ve cómo el elástico de su ceñido jersey marrón se curva de forma casi inverosímil, de una forma que antes le excitaba. Hace sólo unas semanas.

Quiere ser la novia perfecta. Como quizás soñara serlo la pobre Britney Hamil

La abraza estrechamente, llenándose las fosas con su perfume y la fragancia de su champú. En la garganta tiene algo que le está asfixiando, como si tuviera alojado en ella un cuerpo extraño. Su voz es tan débil que duda que ella le oiga. «Trudi, te quiero…, yo…».

Ella se debate hasta zafarse del abrazo. Por primera vez desde que subieron al avión, le mira de forma inquisitiva. «¿Qué sucede, Ray? ¿De qué se trata?».

«Aquel caso que me asignaron…, aquella niña…».

Trudi sacude vigorosamente la cabeza y coloca un dedo sobre sus labios para silenciarle. «Nada de hablar de temas profesionales, Ray. Quedamos en eso. Tienes que olvidarte del trabajo. Ése era el plan. Eso dijo Bob Toal. Si mal no recuerdo, sus palabras exactas fueron: No pienses siquiera en el trabajo. Pásalo bien. Relájate. El objetivo de estas vacaciones es que os relajéis y hagáis planes de boda. Pero has vuelto a beber, y ya sabes lo que opino de eso», dice ella, suspirando prolongada y

malhumoradamente. «Pero era lo que tú querías, y como yo soy idiota, acepté a mi pesar. Así que relájate. Si estás ansioso tienes tus pastillas».

Lennox repara en que ella ha utilizado el término estadounidense *vacation* en lugar de *holiday*[1]. La palabra resuena en su cabeza. *To vacate*; desalojar. Marcharse.

Pero ¿para ir adónde?

¿Adónde fuiste cuando te marchaste?

Aparece la azafata con el carrito de las bebidas. Trudi pide un vino blanco, un Chardonnay Lennox toma un par de Bloody Marys.

Trudi se arrellana en el asiento. Echa la cabeza a un lado, y con voz coqueta y cantarina le espeta: «Hoy en día todos los trabajos son estresantes. Por eso tenemos vacaciones».

¡Otra vez!

«Prácticamente dos gloriosas semanas de sol, arena, mar y lo otro», dice ella, dándole un suave codazo antes de enfurruñarse y agregar: «Todavía me deseas, ¿no, Ray?». Y vuelve a hacer esa cosa que hace con los pechos.

«Por supuesto».

Lennox nota cómo se le contraen los músculos del pecho y de la garganta. La tráquea se le ha convertido en una pajita. Está atrapado, encajonado contra la ventana, demasiado pequeña para escapar y olvidarse de todo contemplando el cielo. Se fija en su mano derecha, maltrecha y vendada: un amasijo de nudillos, falanges y metacarpianos rotos. ¿Cuántos más se romperían? ¿Cuánto tiempo le llevaría hacerse papilla los dos puños intentando abrir un agujero en el avión a puñetazo limpio? Entre el pasillo y él, está Trudi, y a continuación una mujer entrada en años, de cara chupada, enjuta, y manos huesudas. De la misma edad que su madre, seguramente. Inspira el sucio y seco aire reciclado del avión. La piel de la viejecita parece de plástico fundido, como si el aire acondicionado la hubiera resecado. Con manchas anaranjadas. Se pregunta cuánto envejecerá un vuelo de cuarenta y ocho horas. No quería que Trudi supiera que sólo había traído unas cuantas pastillas y que pensaba dejar de tomarlas en Miami.

Trudi baja la voz. «Si tú quieres lo haré, Ray. Si de verdad es lo que quieres…».

Se lleva la taza de plástico hasta la boca y da sorbitos al vodka. Le tiembla la mano. Luego el cuerpo. ¿Cuántas mezquinas raciones de esas botellitas harán falta para que se acabe esto y le deje en paz? «El caso es…», consigue carraspear.

«… porque yo quiero darte placer de esa manera, Ray, de verdad», le implora Trudi, quizá en voz demasiado alta, pues en el bar del aeropuerto había tomado unas copas y entre el vino y la altura le están haciendo mella. Se vuelve hacia la ancianita de al lado e intercambia una sonrisa almibarada seguida por un saludo.

Lennox está pensando en el crimen. Estaba delante de su escritorio la mañana en que se enteró y…

Trudi le clava el codo en las costillas. Ahora su voz apenas es un cuchicheo. El más leve indicio de pelo aterciopelado en su reluciente y rosado labio superior. «Es que al principio me impactó. Se trataba del hecho de conciliar tu condición de hombre normal, fogoso, heterosexual con tu deseo de ser… penetrado de aquella forma…».

Lennox toma fuerzas bebiendo otro trago de Bloody Mary. Ya casi no queda. «No quiero que hagas nunca nada con lo que no estés a gusto», dice, esbozando una sonrisa superficial.

«Eres un cielo», dice ella, dándole un beso en la mejilla; *un beso de tiíta*, piensa él. Mantiene abierto el número de *Perfect Bride* por una página en la que aparece la misma participación de boda con tipografías distintas. «¿Qué te parece esta letra para las invitaciones?», le pregunta mientras su voluminosa uña golpea con ruido sordo un tipo azul de estilo Charles Rennie Mackintosh.

Lennox le echa un vistazo y piensa, con leve rencor provinciano, en Glasgow. «Demasiado *Weedgie*.» [2] Después señala con el dedo las ilustraciones góticas. «Ésta me gusta más».

«¡Santo cielo! ¡Ni hablar!», exclama Trudi, reprimiendo un grito de horror antes de reírse y apostillar: «¡Estás completamente majareta, Ray Lennox! ¡Parecen invitaciones para un funeral! No pienso ser la novia de Frankenstein». Levanta la vista y rellena su vaso de vino. «Menos mal que soy yo quien organiza la boda. Me aterra pensar en la clase de acontecimiento ridículo que sería si lo dejáramos en tus manos». Se vuelve hacia la anciana, cuya sonrisa alegre e indiscreta empieza a producirle náuseas a Lennox. «Hombres. ¡Hay que ver! ¡Es que no sirven para nada!».

«Es lo que he dicho yo siempre», añade la anciana en tono alentador.

Las dos cloquean entusiasmadas con el contenido de la revista y las extáticas descripciones del vestido de novia que hace Trudi, mientras Lennox ajusta el asiento para abatirlo hasta el límite, muy escaso; el sueño hace que los párpados le pesen cada vez más. Muy pronto su mente vuelve a deslizarse hacia el crimen. Sus pensamientos se suceden como una avalancha; cuando parecen amainar y asentarse, de repente, antes de que se dé cuenta, ya están otra vez lanzados, siempre rumbo al mismo destino cuesta abajo. El crimen. Cayendo siempre inexorablemente en picado hacia el crimen.

Recibiste la llamada aquella mañana.

Estabas sentado ante el escritorio de tu pequeño y práctico despacho del cuartel general de la policía de Edimburgo, en Fettes Row. Era un miércoles glacial de finales de octubre; la triste violeta africana del alféizar luchaba por sobrevivir a la

falta de luz y al frío, y la estrepitosa calefacción central, que estaba programada para encenderse tarde para ahorrar, traqueteaba y arrancaba como a su pesar. Estabas preparando un caso para el tribunal. Dos jóvenes convertidos en sendos vegetales tras haberse pasado todo el día bebiendo en un piso: uno de ellos había apuñalado mortalmente al otro. Uno de los dos dijo algo y el otro se lo tomó a mal. A una amenaza le siguió una réplica y luego se produjo la escalada. Una vida concluía y otra quedaba arruinada. Todo ello en el tiempo que cuesta comprar un litro de leche. Te acordabas del asesino, despojado de los estupefacientes que tanto envalentonan, bajo los fluorescentes de la sala de interrogatorios; jovencísimo, deshecho y asustado. Pero el caso no te había perturbado. Habías visto muchos como aquél.

Lo que te alteró fue la llamada de teléfono que recibiste hacia las once y cuarto. Un poli de uniforme, Donald Harrower, te habló de una niña de siete años, Britney Hamil, que había salido para el colegio a las 8.30 y nunca llegó. Poco antes de las diez, el colegio informó a la madre, Angela, de que no había asistido a clase; tras telefonear a unos cuantos amigos y parientes, media hora después llamó a la policía. Harrower y otro agente fueron a hablar con ella, así como con la maestra de Britney y algunos vecinos y compañeros de clase. Otras dos niñas algo mayores la vieron a cierta distancia caminando por la calle, pero, al volver la esquina unos minutos después, Britney había desaparecido y lo único que vieron fue una furgoneta blanca alejándose a gran velocidad.

«Las niñas, Andrea Jack y Stella Hetherington, fueron los únicos testigos y la furgoneta blanca es el único vehículo que recuerdan haber visto por los alrededores», le explicó Harrower con voz gangosa. «Pensé que le interesaría saberlo».

Las palabras «furgoneta blanca» te hicieron chisporrotear los sesos. El gran arquetipo británico: siempre problemático para un poli. Le diste las gracias a Harrower pensando que era una lástima que su aspecto adusto y taciturno a menudo ocultase a sus superiores una concienzuda diligencia. La furgoneta te indujo a acudir directamente a tu jefe, el comisario jefe en funciones Bob Toal, para solicitar que ordenase investigar la desaparición y posible rapto de una niña.

Trabajaste con Harrower, entrevistándote con vecinos, amigos, el personal del colegio y los niños con los que Britney posiblemente se cruzara por el camino. Y con Angela. Te acordaste de la primera vez que viste a la madre de la niña, cuando salía hacia el centro comercial de la localidad. Aquella tarde tendría que haber acudido a su trabajo de limpiadora en el Scottish Office, pero te explicó que se había tomado la tarde libre para cuidar de su otra hija, Tessa, que padecía una intoxicación alimentaria. Tessa, de once años, era su hermana y solía acompañar a Britney al colegio. En lugar de decirle a Angela que esperara un poco, algo te indujo a caminar junto a ella. La seguiste por Iceland mientras se aprovisionaba de hamburguesas baratas, palitos de pescado, patatas fritas precocinadas y tabaco. Te sorprendiste de

juzgar tan severamente todas y cada una de sus compras, como si éstas la convirtieran en cómplice no sólo de la intoxicación de Tessa, sino también de la desaparición de Britney.

«¿No es un poco pequeña para ir caminando al colegio sola?».

«Iba a llevarla yo, pero Tessa se puso otra vez a vomitar sin parar. Britney… no quería llegar tarde. Me dijo que ya era mayor». Angela reprimía las lágrimas mientras empujaba el carrito por los pasillos amarillos iluminados por neones. «Sólo está a cinco minutos a pie», alegó. «La encontrarás, ¿verdad?».

«Estamos haciendo todo lo que podemos. ¿Así que Tessa estaba enferma esta mañana?».

«Sí. Anoche las llevé a la hamburguesería del centro para darles un gusto y luego a los multicines, a ver la ultima película de Harry Potter. Allí fue donde Tess se puso mala. Me acuerdo de lo triste que se puso Britney cuando tuvimos que volver a casa…».

«Bien», dijiste, con la sensación de que quizás haberse perdido una película fuera la más insignificante de sus preocupaciones.

Tras dejar a Angela en su piso, hiciste a pie el recorrido hasta el colegio y descubriste que en realidad se tardaba en llegar catorce minutos. Salir de la barriada, dar la vuelta a la rotonda de Loganburn, doblar la esquina hasta llegar a Carr Road (donde desapareció Britney) y caminar junto a un largo y tosco muro de ladrillo tras el que se encontraba una fábrica abandonada. Luego había que dar la vuelta a otra esquina, un bloque de apartamentos y las verjas negras de tipo gótico de la escuela victoriana.

En el cuartel general de la policía todo el mundo sabía que las siguientes horas serían decisivas: la fase de algo-o-nada. Se hizo una llamada de alerta a todos los coches para que estuvieran ojo avizor por si veían a la niña y al conductor de una furgoneta blanca. Pero cuando la mañana dio paso a la tarde seguía sin haber noticia alguna, y al margen de Andrea y Stella, las chicas que habían ido caminando detrás de Britney sólo un par de vecinos —una tal señora Doig, que iba camino su casa, y un tal señor Loughlan, que había salido a pasear al perro— recordaban haber visto a la niña aquella mañana.

Fuiste a ver a Bob Toal otra vez y le pediste permiso para organizar un equipo de investigación como estaba mandado. En la era de los delitos de naturaleza sexual, una niña desaparecida era una noticia de primer orden; Toal, muy consciente a su vez de la importancia de los medios de comunicación, te dio el visto bueno enseguida. «Ficha a Amanda Drummond», le dijo, «y a Ally Notman».

Le diste las gracias. Drummond era rigurosa y sabía manejar a la gente, mientras que Notman era un máquina y se movía con soltura entre las bases de datos. Al igual que tú, estaba licenciado en Tecnología Informática por la Universidad de Heriot-

Watt, pero envidiabas la mayor eficacia con que tu joven protegido sacaba partido de sus conocimientos.

Entonces Toal agregó: «Y a Dougie Gillman».

Tuviste la sensación de quedarte progresivamente sin aliento. Algunos años antes habías tenido un desencuentro personal grave con Gillman, pero no dijiste nada porque se trataba de un asunto personal. Procurarías no mezclarlo con el trabajo.

Reclutaste a Harrower y a otro poli de confianza, Kenny McCaig, para que fueran de calle. Requisaste un despacho en el cuartel general y emprendiste la investigación formal. McCaig y Harrower siguieron llamando a puertas. Notman examinó el metraje de las cámaras de control de velocidad y de las televisiones en circuito cerrado para identificar toda furgoneta blanca localizada dentro o en los alrededores de Carr Road en el momento de los hechos, anotando posibles números de matrícula y contrastando la lista de propietarios con la base de datos de la Agencia de Matriculación de Vehículos de Swansea. Drummond y Gillman salieron a la calle con un equipo de forenses para hacer una buena limpieza en el recodo de Carr Road donde desapareció Britney. Ni la medicina forense ni la informática eran la especialidad de Gillman, un poli callejero de la vieja escuela, pero obedeció la orden con frialdad.

En cuanto a ti, te encargaste del «registro»: la base de datos de delincuentes sexuales. Averiguaste quién estaba en la calle, quién estaba en libertad condicional y quién estaba bajo vigilancia; a quién se consideraba de alto riesgo y a quién de bajo. Aquel miércoles en tu despacho, mientras la llovizna que caía sobre Castle Hill iba extinguiendo la luz, fuiste pasando fotos de archivo; llamaste a Trudi y le dijiste que llegarías tarde al cine. Te disculpaste al llegar: «Lo siento, nena, he tenido un día de mierda en el trabajo y el tiempo no acompaña».

A ella no pareció importarle. «¡Menos mal que ya queda menos para irnos a Miami!».

Pero a ti no te hacía ilusión que quedara menos para nada. La llamada de Harrower te había provocado una inquietud que iba en aumento; tu trabajo te había enseñado a definir el mal no sólo como presencia de algo maligno, sino como ausencia de algo bueno. La experiencia te había enseñado que la única desgracia peor que el asesinato de los seres queridos era que desaparecieran sin que se supiera nunca lo que había sido de ellos. El tormento de la incertidumbre, cuando el corazón palpitaba con fuerza cada vez que sonaba un timbre o un teléfono y unos ojos desesperados y ansiosos devoraban todos y cada uno de los rostros de la multitud. La mente podía lidiar racionalmente con la inevitable muerte del ser querido, pero reprimir el grito desafiante del alma que insistía en que seguía vivo era más difícil. Pero ¿volvería a casa o se habría ido para siempre? Después del tiempo transcurrido en semejante limbo infernal, cualquier noticia, por desgarradora que fuera, era mejor

que una espera y una búsqueda interminables. En la madre de Britney, la madre soltera Angela Hamil, viste a una mujer que estaba ahogándose poco a poco en aquella terrible locura.

Al caer la tarde, todos sabíais que alguien había secuestrado a Britney. Al día siguiente, Toal decidió hacerlo público y comunicó la noticia a la prensa. Si la situación no estaba bajo control, entonces tenía que estarlo la noticia. En las tiradas vespertinas del *Evening News* de Edimburgo apareció una fotografía de la niña sonriente y de aspecto saludable destinada a convertirse en un icono. Los padres mirarían fijamente a sus hijos con dolor y ternura y lanzarían miradas de suspicacia y odio a los desconocidos. La prensa empleó mucho la expresión «como un ángel». Y te acordaste de cuando su abuelo pronunció esas mismas palabras.

La centralita de la policía quedó saturada por la retahíla habitual de entrometidos y enfermos mentales, así como de miembros del gran público sinceros pero en gran parte equivocados. ¡Y había que ver cómo esa inquietud creciente se había extendido como un virus entre los integrantes de tu equipo de investigación! Al margen de lo que todos declaraseis en el terreno de las relaciones públicas o a la familia, como profesionales de la ley sabíais que transcurridas veinticuatro horas era muy probable que os enfrentarais a un asesinato infantil por motivos sexuales.

El equipo puso rápidamente manos a la obra. El primero en encontrar algo fue Gillman: una solitaria hoja mojada de papel de carta amarillo en una alcantarilla al otro lado de la calle donde Britney había desaparecido. Angela confirmó que pertenecía a su cuaderno escolar. Su presencia indicaba que se había producido alguna clase de forcejeo entre la niña y el secuestrador.

El villano tenía que adoptar alguna forma tangible en la mente de sus perseguidores, por lo que le pusieron los motes de costumbre: «El Asaltacunas», «El Pederasta» o «La Bestia». Pero otro de los apodos utilizados en la cantina de la policía era «Mr. Confectioner». Lo sacaron de un anuncio televisivo de chocolates Toblerone: *Oh, Mr. Confectioner, por favor…, deme un Toblerone*. Según los parroquianos de Bert's Bar el pastelero del dibujo animado era el estereotipo de uno de esos corruptores de menores que sobornaban a los niños con golosinas.

Basta.

Nada de delitos…

Vacaciones…

Sus acciones nos despojaron de empatía, al igual que despojaron de la vida a…

Porque…

Porque había nacido así, no podía ser de otro modo, el pederasta de mierda. Aquel cochino hijo de puta fue puesto en la tierra para acosarnos…

Teníamos que ser fuertes, vigilar y permanecer alerta para detenerles e impedir que destruyeran nuestra sangre y…

Mientras estruja el vaso con el puño, Lennox se estremece bruscamente y recobra algo semejante a la conciencia plena. Una mezcla pringosa de vodka y tomate se derrama sobre su mano izquierda intacta. Deja el vaso en la bandeja y se da la limpieza del gato con una servilleta. Trudi no se ha dado cuenta; sigue absorta en la revista con la anciana. Lennox intenta recordar algunos de los partidos a los que ha asistido a lo largo de los años en Tynecastle Park. Se acuerda de cuando su padre le llevó a ver aquel partido en el que los Hearts derrotaron al Leipzig por cinco a uno. De Curtís Park, uno de sus amigos del colé e hincha de los Hibs, que lo estaba viendo por televisión y le dijo que comentaba el partido el inglés Alan Weeks. De cuando Iain Ferguson marcó el gol de la victoria contra el Bayern de Munich. De aquella victoria de la Copa Escocesa sobre los Rangers por tres a dos. Del instante en que levantaron la Copa en Parkhead. De las numerosas victorias de John Robertson a nivel nacional. De la vez que le estrechó la mano en el departamento de alfombras de los grandes almacenes John Lewis. De John Colquhoun, que estuvo a punto de elevarles a la categoría mundial durante una temporada. De aquella fatídica tarde de mayo de 1986 en que lo echaron todo a perder. De la cena benéfica un par de años antes, cuando se sentó junto a Wallace Mercer, el antiguo presidente, que le contó algunas historias estupendas acerca de partidos del pasado y de aquel terrible día en Dundee. ¿Quién llevaba las riendas ahora?

Tenían a un millonario ruso como presidente. Como entrenador a un delincuente sexual convicto.

Heart of Midlothian F. C.

Tradición.

En comparación con nuestra asquerosa decadencia, todo eso ya no significa nada. ¿Cuánto falta para que haya reality shows *pedófilos? Michael Jackson, Gary Glitter y toda esa panda de la BBC, como el ex futbolista que trabaja de comentarista. Los que estaban en el lado bueno sabían de qué parte de la barrera colocarse y se hartaron de hacer el pedófilo antes de que nos importara*.

Lennox cierra los ojos. Con el ruido de los motores de fondo, es como atravesar un túnel largo y oscuro. Espera que sigan cerrados hasta que salga a la luz con las manos manchadas de la sangre de otros hombres. Aunque cueste toda la eternidad.

2. Miami Beach

Mientras alcanzan la gloriosa salvación hecha tierra, Lennox comprueba la velocidad con que el poderoso reactor 747 devora las millas de mentirijillas que hay debajo. Estados Unidos no es un país grande, recuerda. Ya lo ha cruzado en avión otras veces: Nueva York-Chicago-Nueva Orleans-Las Vegas-San Francisco-Los Ángeles. Era como recorrer Escocia en autobús; sólo podías apreciar lo inmenso que era el país a ras de suelo por los cambios del paisaje. Una de las funciones de la opulencia es hacer que el mundo mengüe. Y, al igual que la miseria, es capaz, al menos en potencia, de generar insatisfacción. Florida, lo sabe, le parecerá igual que Escocia, inmensa e irreductible en avión. Se estremece de emoción mientras aguarda ansiosamente su esplendor. Pues más allá del plexiglás está Miami, con sus relucientes construcciones blancoplateadas colocadas a horcajadas al borde de un lechoso mar turquesa y de sus puertos. Las aguas están surcadas por reflejos de color púrpura y esmeralda proyectados desde el fondo por islas sumergidas. Minúsculos veleros van abriéndose paso como puntos amarillos sobre el telón de fondo de una pantalla de radar, dejando estelas evanescentes tras de sí.

La gente aplaude cuando el avión toma tierra; lo hace con tal delicadeza que Lennox apenas se da cuenta del instante del aterrizaje, para el que se había preparado hacía horas, desde que sobrevivió al despegue y a las turbulencias. A pesar de esta sensación de anticlímax, Lennox estrecha con su mano vendada y lesionada la mano de Trudi.

La habitación que han reservado está en un hotel boutique del distrito art déco de Miami Beach. El histórico distrito art déco, según parece decir en todas partes. *¿Histórico? ¿El art déco? ¿Y qué tiene de histórico?* Se mete en la ducha y, al darse cuenta de que necesita orinar urgentemente, mea mientras se ducha. Los espesos y dorados riachuelos de su pis serpentean y desaparecen por el desagüe El cuarto de baño se refleja en las paredes de enfrente. Se fija en su cuerpo desnudo, clonado y purgándose hasta el infinito.

De pronto y sin previo aviso, le embarga una profunda desesperación por salir de ahí. Tanto el cuarto de baño como el dormitorio le parecen demasiado pequeños. Se acerca chorreando al lavabo. Se seca con una toalla. Llena un vaso de agua y se toma los dos antidepresivos que dejó preparados. Seroxat. Los consume como si fueran caramelos. Al menos cien miligramos diarios por encima de la dosis máxima recomendada. Cuando los estás tomando no tienes tanta ansiedad. Si, siempre está allí al acecho; sigues notándola, pero no te molesta tanto. Pero no ha traído demasiadas pastillas; quiere dejar de tomarlas. Cree que el sol ayudará. La luz es buena para la

depresión. Es una cura natural. *Una buena dosis de sol invernal te vendrá mejor que todas las pastillas del mundo*. Alguien lo había dicho. ¿Trudi? ¿Toal? No consigue acordarse. Pero tenían razón. Fue un alivio dejar atrás el frío y la oscuridad del Edimburgo invernal. Primero el horror del funeral. Luego unas navidades desastrosas, igual que el Año Nuevo. Lennox no tenía la cabeza en condiciones para soportar aquello. La multitud y su griterío: gente que cuando trataba de disfrutar no dejaba de parecer zafia y odiosa. Bajo la cordialidad superficial no había más que desesperación, un temor apenas velado de que el año entrante fuese igual de deprimente que el anterior. Lennox sale del cuarto de baño con la toalla alrededor de la cintura. Sigue con el vaso de agua en la mano. Lo deja encima de la mesa de cristal que hay junto al teléfono.

Trudi está acostada en la cama leyendo *Perfect Bride* en ropa interior negra mientras se refresca bajo el ventilador de techo que complementa el aire acondicionado. Lennox admira sus uñas pintadas de rojo.

Coge el cortaúñas de su llavero. Luego enciende la televisión. Es lo que se hace en Estados Unidos. Aquellas largas vacaciones de hace un montón de años en compañía de Caitlin Pringle, una antigua novia pre-Trudi. Su padre trabajaba para British Airways; era un pez gordo. Alasdair Pringle. Viajes asequibles. Caitlin; la hija de Alasdair-Pez-Gordo-de-Aerolínea. Un polvo y un banderín de béisbol como recuerdo de todas las ciudades donde follaron. Luego la segunda vez; Nueva York, con algunos de los chicos del cuerpo. Una juerga. A Las Vegas para una boda, esta vez en compañía de Trudi. ¿La boda de quién? No consigue acordarse. Pero en todas esas ocasiones había visto tele sin parar. En aquel país uno acudía automáticamente a la televisión como en ningún otro. Un único clic con el mando a distancia y ya estabas en América. Las interrupciones para las noticias de última hora. Los publirreportajes. Las telenovelas con maniquíes móviles. El *reatity* judicial. Obesos pobres gritándose unos a otros mientras Jerry, Ricki o Montel mantenían el orden o intentaban ayudar, incluso. Te esforzaste por comprender los problemas a los que se enfrentan los pobres y los obesos. Sintonizar con su necesidad de chillar y señalarse en público con dedos regordetes. Los concursos de ligue de por las noches. Sementales zoquetes y complacientes que se autodefinían cansinamente como galanes mientras se asfixiaban lentamente en su propio hastío. Chicas aburridas, con las uñas arregladas y expresión hierática, a las que lo único que no las dejaba indiferentes eran los sueldos de aquellos tipos. El modo en que el contexto hacía inteligibles, incluso palpables, aquellas demenciales sandeces.

Mientras recorta unas uñas que tiene ya casi en carne viva, la habitación se llena de voces que ahogan el traqueteo del aire acondicionado. Uno de los canales parece dedicado a la cultura en el área de Miami. Para Lennox, por lo visto eso significa sobre todo la propiedad inmobiliaria y las compras. Una sucesión de presentadores

impecablemente arreglados pero no obstante horteras, que leen en tono cortado con ayuda de teleprompters, se explayan acerca de diversas gangas en distintas urbanizaciones de torres de pisos. Está claro que sucede algo emocionante. Perdérselo no es una opción. Los actores fracasados y las modelos con caras llenas de Botox subrayan las cualidades arquitectónicas *high-concept* de lo que a Lennox le parecen bloques de pisos de protección oficial escoceses al sol.

«No puedes seguir cortándote las uñas, Ray», dice Trudi, «¡te está sangrando el pulgar! ¡Eso es comportamiento compulsivo!».

Lennox se vuelve y la observa, tumbada en la cama y leyendo su revista.

«Tengo que hacerlo; si no, me las acabo mordiendo. Tengo que mantenerlas cortas».

Pero a ella ya no le preocupa; hace una O con la boca y mira fijamente la revista, como si hubiera leído algo que no logra entender o creerse del todo. Antes aquella mirada quizás le habría parecido sexy. Quizás habría acariciado el interior de su muslo bronceado, hasta llegar al punto donde varios pelos púbicos tentadora mente rizados asomaban de las bragas. Le habría deslizado la mano entre las piernas. O quizás sobre el pecho. Habría apretado sus labios contra los de ella. La beligerante presión de su polla contra el muslo de Trudi.

Pero ahora es como si fuera de otro planeta.

«Una boda alienígena», dice Lennox en voz baja mientras hurga en su maleta, que está al pie de la rama, encima de un atril plegable con correas. ¿Tenían aquellos cacharros algún nombre especial? Daba igual: ahí dentro, en alguna parte, hay una camiseta de Motörhead. *Ace of Spades*. Está encima de una camiseta blanca con la leyenda BELIEVE en grandes caracteres granates.

Cuando se asoma a la calle, Lennox ve una furgoneta blanca que despide brillantes reflejos de color magnesio cuando se detiene ante los semáforos.

Trudi deja la revista a un lado y le observa mientras rebusca dentro de la maleta. Sus gestos desprenden el encanto de un hombre torpe que ha aprendido a sortear su condición haciéndolo todo más despacio. De movimientos lánguidos y felinos, tiene los hombros ligeramente encorvados y unas manos un poco más grandes de lo que correspondería a su cuerpo, como si nunca hubiese sabido del todo qué hacer con ellas. Quizás las piernas sean un pelín demasiado cortas en relación con el conjunto; si eso lo sumáramos a su tendencia a caminar con los hombros caídos y su pilosidad general, a ratos podría rozar lo simiesco. Pero siempre ha tenido el aire de un gran mamífero herido; la vulnerabilidad y la violencia en potencia nunca parecen andar lejos de él.

A ella le resulta fácil considerar la elegancia más como un objetivo que como un estado. Unos años antes decidió eliminar el azúcar y los hidratos de carbono de su dieta, acudir regularmente al gimnasio, gastar más dinero en ropa decente y

maquillaje e invertir tiempo en mejorar su aspecto. Se quedó atónita cuando pronto aparecieron unos pómulos nuevos y un cuerpo esbelto y atlético. Luego llegaron las mechas rubias; pero la mayor sorpresa de todas fue que el mundo la reclasificara tan alegremente como una belleza convencional. Fue una desilusión averiguar hasta qué punto la imagen de la belleza femenina giraba en torno a la dieta, el ejercicio y arreglarse mucho.

No obstante, a Trudi le embelesó la superficialidad de todo aquello, así como el poder fácil que confería; disfrutaba intensamente de las atenciones de los demás, de la forma en que los hombres se apartaban gentilmente para cederle el paso en los bares, como el Mar Rojo abriéndose ante Moisés; del modo en que la envidia corroía las miradas y las lenguas de otras mujeres, que no veían más que el maquillaje, la ropa, la dieta y el ejercicio: el esfuerzo que ellas no podían o no querían hacer. En la empresa de servicio público donde trabajaba, en las reuniones de mucha gente hombres y mujeres le cedían asientos. Era la primera a la que la nueva en la oficina le preguntaba qué quería que le trajera de la calle para comer; Mark McKendrick, uno de los ejecutivos de mayor rango, joven y guapo, la retaba a partidos de squash durante los descansos para comer. Los ascensos no tardaron en llegar, y subió como la espuma hasta llegar al techo de cristal. La incesante ascensión de Trudi Lowe: de subalterna a icono directivo empresarial femenino.

Y ahora estaba otra vez con Ray Lennox. Un soldadito roto. Se fija en cómo enfunda en la vestimenta su cuerpo musculoso pero ágil: un par de pantalones largos de lona y la camiseta de Motörhead. Nota un ligero engrosamiento del talle; no, no se lo está imaginando. El gimnasio lo pondrá en su lugar.

El programa de televisión cambia de tercio; empiezan a hablar de los museos y monumentos de Miami. Lennox no da crédito cuando se detienen ante un monumento a las víctimas del Holocausto situado aquí, en Miami Beach. «Para que nunca lo olvidemos», dice el presentador en un tono sincero y deliberadamente más lúgubre que cuando hablaba de los precios de los apartamentos. «Un lugar de curación».

«¿Qué cojones hace eso en Miami Beach?», se pregunta con gesto incrédulo mientras señala la pantalla. «¡Es como tener un monumento que conmemorara las atrocidades de Ruanda en Las Vegas!».

«A mí me parece muy bien», declara Trudi, dejando la revista encima de la mesa. «Debería haber uno en todas las ciudades del mundo». «¿Qué tiene que ver Miami con el Holocausto?», pregunta Lennox, enarcando las cejas. De pronto, la luz del sol atraviesa bruscamente las persianas y proyecta finas barras doradas por toda la habitación. Se ven las partículas de polvo flotando en suspensión. Querría estar fuera: lejos del aire acondicionado.

«Es como dice el tipo ese: un lugar de curación», arguye Trudi. «Además, creo que en la *Rough Guide* mencionaban que en Miami viven muchos judíos». Y se

recuesta sobre la cama. Eso es lo que hace. Conoce ese gesto. Antes le encantaba. Pero, Dios mío, ahora no, por favor.

«Necesito respirar un poco de aire», dice Lennox mientras rehúye mirar a los ojos esperanzados de su prometida. Con la mano vendada, baja unos listones de la persiana y se asoma a las soleadas y sonrientes fachadas de los apartamentos color vainilla de enfrente. Diríase que le hacen señales para que salga a jugar con ellos. Coge el teléfono de la mesilla de cristal oscuro. «Dije que iba a llamar a Ginger Rogers. Es buen colega». Capta el tono suplicante de su voz. «Hace siglos que no veo a ese viejo hijo de puta».

«¿Tiene que ser ahora mismo?». La tensión interior distorsiona el ronroneo sexy de Trudi hasta convertirlo en algo estridente y fantasioso. Vuelve la cabeza y echa una ojeada al lado vacío de la cama. Puede que esté viendo el orgasmo fantasma capaz de tranquilizarla. «No quiero estar sentada y cotorreando con gente mayor. No tengo nada que decirles».

«Yo tampoco. Pero acabemos con todos los rollos de mierda aburridos mientras todavía estamos con el desfase horario», dice Lennox, meneando el teléfono.

«De acuerdo», transige Trudi, dándose por vencida. «Supongo que nos sobra tiempo».

«Ésa es mi chica», responde Lennox, dándose cuenta instantáneamente de lo extrañamente apropiada que suena esa palabra. Mientras telefonea a su amigo Ginger, Lennox se siente incapaz de mirarla. Trudi oye la voz del viejo poli jubilado a través del auricular: fuerte y chirriante, cargada con el peligroso entusiasmo de los lazos de complicidad entre varones escoceses.

Lennox cuelga el teléfono. Informa a Trudi de que Ginger vendrá a recogerles más tarde y que tomarán una copa e irán a comer algo. Ve cómo algo se hunde dentro de ella. A la defensiva, mira más allá, a la mesa. El vaso de agua parece haberse desplazado unos centímetros hacia la derecha.

Después llega el elevado suspiro de resignación de Trudi: «Sólo iré si prometes no hablar de temas relacionados con la policía».

«Trato hecho». Aliviado, Lennox nota cómo se relajan los músculos de su rostro. «Pero primero deberíamos bajar a tomar ese cóctel. Es una cortesía de la casa», dice, agarrando el vale que le dieron en recepción y enseñándoselo.

Una bienvenida South Beach:
Cóctel de cortesía de sobremesa: 14-16 horas.

«Tienes que tener cuidado con la bebida, Ray. Es una tontería enorme. Has hecho tanto esfuerzo en Narcóticos Anónimos…».

Lennox se acerca a la mesa. Desde ese ángulo el vaso parece normal. «Sólo quiero beber en compañía. No quiero estar todo el rato “recuperándome”. Ni que

fuera a conseguir cocaína por aquí», dice, sacudiendo la cabeza; al darse cuenta de dónde está, añade dócilmente: «Suponiendo que quisiera hacerlo, lo que, por supuesto, no es el caso».

Trudi pone los ojos en blanco y cambia de tema: «¿Por qué no llamas a tu madre? Sólo para decirle que hemos llegado sanos y salvos. Estará preocupada».

«Ni hablar», dice Lennox categóricamente. «Vamos a tomar ese cóctel», insiste, tratando de que no se le note en la voz lo mucho que lo necesita.

Ya en el momento de registrarse, Lennox había decidido que el hotel boutique no era de su gusto. Las pulidas superficies de metal y cromo, los exuberantes cuadros, los espejos cubiertos con cortinales y las discretas arañas de los techos no le molestaban; contra el lujo y la decadencia no tenía nada que objetar. Pero le resultaba demasiado expuesto al público, y cuando bajan a tomar el cóctel el bar está muy lleno. Lennox apura enseguida su vodka con Martini. Luego tiene el palpito de que Trudi está tan tensa como él, a juzgar por su respiración, ligeramente más profunda, y la forma tan contenida con que deja su vaso sobre la mesa de mármol para que no haga ruido Su comportamiento le estaba enervando mucho más de lo que podría hacerlo ningún arrebato violento y le da ganas de marcharse. La gente, tanto empleados como clientes, se pavonea y se vanagloria como si fueran modelos de pasarela, lanzándose todos miradas furtivas y escrutadoras entre sí a la vez que cultivan un aire de estudiado distanciamiento. Mira hacia la puerta: «Vámonos a explorar un poco antes de que llegue Ginger».

Fuera hace calor. Lennox se acuerda de que el meteorólogo de la televisión dijo que para ser invierno hacía un calor anormal. En enero la temperatura solía oscilar en torno a los veintitrés grados, pero ahora andaba por los treinta y cinco. Lennox se está asando. Así es como se siente: como si se estuviera asando dentro de un gran horno. Como si sus sesos fueran un guiso metido en la olla de su cráneo. Hace demasiado calor para ir muy lejos caminando. Se sientan en el patio de un bar-restaurante. Una muchacha con sonrisa de anuncio les entrega una carta.

«Me estoy achicharrando», dice perezosamente Lennox tras las gafas de sol mientras Trudi y él degustan otro cóctel al aire libre, en este caso un Sea Breeze. Sólo se han alejado una manzana. De Collins Avenue a Ocean Drive. Jóvenes de ambos sexos que han venido aquí de vacaciones pasan de largo pavoneándose, gozando del don de su edad y su opulencia; *macho boys* depilados a la cera, de músculos abultados, chicas vestidas con bikinis y sarongs que se ríen y hacen mohines, mujeres de más edad que intentan emularlas con la ayuda de pastillas, bisturís y productos químicos. La elegancia tropical de varones latinos que visten trajes blancos y fuman puros habanos de la misma tonalidad que sus amiguitas. El aire se inunda de salsa y mambo, y de algún lugar brotan las pulsaciones de un bajo programado. El mar está cerca, al otro lado de la concurrida carretera de doble sentido. Tras un arcén de

hierba, un trozo de calzada y unas cuantas palmeras, se ve una franja de arena y a continuación el océano.

«¡Ray!». La mano de Trudi le escalda la frente. Él hace una mueca, como si le acabara de marcar con un hierro candente. «¡Estás ardiendo!».

Trudi se levanta y acude a la tienda de al lado, de donde regresa con una gorra de béisbol de los New York Yankees. Ella se la pone en la cabeza. Se siente mejor.

«¡Mira que quedarte ahí sentado con el sol achicharrándote los sesos! ¡Ese corte de pelo no te ofrece ninguna protección!».

Trudi se pone a hurgar en su bolso de paja y saca un tubo de filtro solar que empieza a extenderle por el cuello y los brazos mientras contempla con desagrado su camiseta de *Ace of Spades*. «¡Y encima con camiseta negra! ¡Con este calor! ¿Y puede saberse por qué no te pones unos pantalones cortos?».

«Son para los críos», farfulla él.

Lennox recuerda a su madre prodigándole atenciones semejantes en casa cuando era niño, en el pequeño y práctico jardín, con el césped bien corto y el camino pavimentado que iba serpenteando hasta llegar al destartalado cobertizo donde guardaban las herramientas. O en verano en Dingwall: una excepcional ola de calor en las Highlands, cuando estuvieron en casa de su tía. Y otra vez en Lloret de Mar, durante las primeras vacaciones en familia en el extranjero, con el amigo y compañero de trabajo de su padre, Jock Allardyce y su mujer, Liz, que pronto pasó a ser su ex. También fueron las últimas, pues la tripa de Avril Lennox estaba abultada con su hermanito, y su hermana mayor, Jackie, empezaba a ser demasiado sofisticada para esos viajes. En la playa se hizo amigo de un perro sarnoso. Le presentó el animal a su padre y quedó horrorizado cuando éste lo ahuyentó. «Aléjate de ese asqueroso cabrón. Es por la rabia», le había explicado John Lennox con alarma. «Las normas sanitarias españolas no son iguales que las nuestras».

Se quita la gorra y se fija en el omnipresente símbolo NY. Vuelve a colocársela en la cabeza a regañadientes y pone cara avinagrada. Tiene algo que le deprime. Era la clase de gorra que podría llevar alguien que no hubiera ido nunca ni a un partido de béisbol ni a Nueva York. La clase de gorra que podría tener Mr. Confectioner en su guardarropa.

«¿Qué le pasa?», pregunta Trudi.

«No me gustan los Yankees. ¿No había ninguna de los Boston Red Sox?».

«Dentro hay montones de gorras, no sabía lo que querías. ¡Sólo la he comprado para que el sol no te fría los sesos! Pone Nueva York», le anima ella.

«Estamos en Florida», dice Lennox, encogiéndose de hombros. Trató de pensar en un equipo de béisbol de Florida. Le suena el nombre de los Merlins. Los Magical Merlins.

«Sí, pero todos son americanos y estamos en los Estados Unidos», dice ella antes

de darle otro sorbo a su Sea Breeze y volver a sus notas. «Si quieres ve a ver si te la cambian…, creo que Mandy Devlin y su novio deberían asistir sólo a la fiesta de por la noche, no a la iglesia ni a la comida…, ¿a ti qué te parece?».

«Me parece bien», dice Lennox. Se levanta, se estira y se acerca a la tienda de al lado. Algunas camisetas de fútbol: Real Madrid, Manchester United, Barcelona, AC Milán. Las gorras de béisbol. Escoge una de los Boston Red Sox y se la prueba. Cuando regresa, le pone la de los Yankees en la cabeza a Trudi; ella se lleva la mano a la gorra, como si le hubiera estropeado el peinado, y luego se para.

Le sonríe como una tonta y le da un apretón en la mano buena. Le recorre una oleada de optimismo que queda aplastada cuando empieza a hablar. «Estoy muy contenta, Ray», dice, pero el tono es como de amenaza. «¿Te estás relajando?».

«Tengo que enterarme de cómo van los Hearts. Disputamos un partido de Copa en casa contra el Kilmarnock. ¿Vamos a tardar mucho en encontrar un cibercafé?».

Por un instante, antes de que se le ilumine el rostro, Trudi luce una expresión mordaz. «Hay unas cosas que quiero enseñarte en una página web, unos conjuntos buenísimos de música tradicional escocesa e irlandesa».

Trudi está leyendo otra revista donde hablan de la actriz televisiva Jennifer Aniston y su recuperación tras divorciarse del actor Brad Pitt, que ahora está con otra actriz, Angelina Jolie. Lennox dirige la mirada a las revistas que hay sobre la mesa. Las dos versaban sobre relaciones: una daba cuenta de un día feliz, y la otra de una vida entera de sufrimiento e incertidumbre. Las había hojeado en el avión. Ahora se suponía que Jennifer Aniston tenía una relación con otro actor cuyo nombre no recordaba. Trudi le muestra la foto de la portada. «Debe estar pasando unos momentos durísimos. Eso demuestra que el dinero no da la felicidad». Entonces mira a Lennox, que ha captado la atención de la camarera y ha pedido otros dos Sea Breeze. «Pero nosotros estamos bien, ¿no, Ray?».

«Mmm», musita para sus adentros mientras trata de pensar en la última película decente que ha visto de Brad Pitt. Decide que el remake de *Ocean’s Eleven* no estaba tan mal.

«¡Pues gracias por el voto de confianza! ¡A fin de cuentas sólo vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos!». Trudi le mira con una expresión severa, como de arpía. Él ve a la anciana que lleva dentro, como si el avance rápido le hubiera echado encima cuarenta años de golpe. Trudi arroja el cuaderno sobre la mesa. «¡Por lo menos finge que te interesa!».

Jennifer Aniston y Angelina Jolie. Unas mujeres, unos rostros y unos cuerpos diferentes.

Era como si la muerte hubiera hecho encoger el cuerpo, arrastrado por la corriente hasta las rocas que estaban al fondo del acantilado. Resultaba extraño, pero entonces

no le había molestado. Bueno, sí, pero no de modo obsesivo. Se acuerda de su viejo amigo, Les Brodie. De cómo disparaban a las gaviotas con escopetas de aire comprimido. De cómo dispararle a una gaviota era diferente a dispararle a una paloma. Les y sus palomas. Las gaviotas simplemente encogían, se quedaban en nada, como si fueran globos, todo aire. La diferencia entre el cadáver de un adulto muerto y el de una niña (Britney era la primera niña muerta que había visto) residía en esa sensación de encogimiento. Quizás uno viera entonces por primera vez lo pequeños que eran en realidad.

Lennox siente que se le acelera otra vez el pulso y que el sudor le baña las palmas de las manos Se esfuerza por respirar hondo. Aquel cadáver color cian y su opacidad misteriosa e inflexible; pero sólo era un cuerpo: Britney había desaparecido; lo que importaba era llevar ante la justicia al hijo de puta que se la había cargado Pero ahora lo ve con mayor claridad que nunca; los ojos desorbitados, los vasos sanguíneos de los párpados reventados mientras la asfixiaba al penetrarla, arrancándole la vida en aras de una gratificación efímera y egoísta.

Una vida humana trocada por un orgasmo.

Se preguntó si realmente habría sido así. En los momentos en que trataba de imaginarse el temor de la niñita, sus últimos instantes, aquellas imágenes corpóreas volvían precipitadamente a él. Pero ¿de verdad tenía ella ese aspecto? ¿No sería su imaginación la que colmaba las lagunas?

No. El video. Estaba todo allí. No debería haber visto el vídeo. Pero Gillman estuvo presente, contemplando fríamente las imágenes filmadas por Mr. Confectioner. Aquello exigía que Lennox, como superior jerárquico, tuviera que sentarse allí tan implacablemente como su subordinado, pese a que cada segundo que pasaba le dejaba mas tullido por dentro.

Pensó en el instante antes de apretar el gatillo, cuando tenía a la gaviota en el punto de mira. En esa pausa eterna que precedía a la salida del proyectil; en la sensación de vacío y cutrez posterior, mientras la gaviota yacía, pequeña e inerte sobre el asfalto o las rocas del estuario de Forth en Seafield.

Les Brodie. Las palomas.

De repente, sintoniza con una voz.

«… no me hablas, Ray, no me tocas… en la cama. No te intereso». Trudi sacude la cabeza. Se vuelve de perfil, con tensión en la mirada y en los labios. «A veces pienso que deberíamos anular la boda. ¿Es eso lo que quieres?».

Un rescoldo de ira le abrasa el pecho. Parece proceder de muy lejos, atravesando un laberinto de parálisis. Ray Lennox la mira sin alterarse, deseando decirle: Me ahogo, por favor, ayúdame…, pero lo que le sale es: «Lo que nos hace falta es un poco de sol, un poco de luz solar y tal».

Trudi respira muy hondo. «Es un momento de mucho estrés, Ray. Y de verdad

tenemos que decidir dónde vamos a celebrar la boda. Creo que es eso lo que nos está agobiando». Luego exclama con un jadeo: «¡Sólo quedan ocho meses y pico para septiembre!».

«Esta noche vamos a tomarnos las cosas con calma», dice él en tono tranquilizador. «Volvamos al hotel a ver a Ginger».

«¿Y qué hay de los resultados de los Hearts?».

«Puedo esperar a verlos en el periódico. Al fin y al cabo, estamos de vacaciones».

A Trudi le brillan los ojos y su expresión irradia mayor felicidad aún cuando, entre el tráfico de Ocean Drive, pasa delante de ellos una carroza llena de niños disfrazados.

3. Fort Lauderdale

Una suave brisa mece las palmeras mientras las nubes altas de última hora de la tarde van entrando por el Atlántico. Trudi y Lennox están sentados en una mesa del patio frontal del hotel esperando a Ginger. Se fijan en la gente que pasa por Collins Avenue; Lennox bebe un agua mineral en un intento de demostrar no se sabe muy bien qué, ya que su ansia de alcohol es tal que sería capaz de cometer todo género de delitos por un vodka.

Se han cambiado de ropa; él se ha puesto una camisa azul de manga corta y unos pantalones de lona de color tostado. Trudi lleva un vestido amarillo y zapatos blancos; la capa de nubes se ha espesado, y aunque el sol sigue asomando de vez en cuando, siente el fresco en los brazos y las piernas. Entonces oye pronunciar vocingleramente y con acento familiar el apellido que, con cierta sensación de culpa, ha estado aprendiendo a decir en lenguaje de signos, pero lo único que logra ver es un Dodge 4x4 estacionado delante de la puerta del hotel. Pese a que la ventanilla oscura está bajada, el conductor permanece oculto. Entonces la puerta se abre y del interior emerge un hombre obeso que lleva una camisa amarilla y verde hortera y que entorna los ojos por efecto del sol antes de quedarse mirándola. «¡Eh, princesa!», canturrea. Se da cuenta de que él ya no recuerda su nombre, pues sólo se han visto una vez: en Edimburgo, durante la fiesta de jubilación de él.

«¡Ginger!», exclama Lennox con una sonrisa. Se levanta y abraza a su viejo amigo. Nota el ensanchamiento de su voluminosa cintura. Ginger es una gran maleta de cuero marrón envuelta en una camisa hawaiana. Éste reacciona con una débil sonrisa.

«Oye, Ray, preferiría que no me llamaras así estando aquí. Nunca me ha gustado, hace que parezca un puto maricón».

Lennox expresa una tensa aquiescencia asintiendo con la cabeza mientras Trudi repasa sus conocimientos elementales acerca de Eddie «Ginger» Rogers, un policía de Edimburgo jubilado con casi cuarenta años de servicio a las espaldas Su primera mujer había muerto un año antes de que se jubilara. Se casó con Dolores Hodge, una norteamericana a la que conoció en un chat dedicado a los bailes de salón. Al cabo de algunos lances ciberespaciales y unas cuantas visitas transatlánticas, se casaron y Ginger se fue a vivir al hogar de su nueva esposa en Fort Lauderdale.

«¿Eso qué es, una lesión pajera?», pregunta fijándose en la mano vendada de Lennox. Acto seguido, consciente de la presencia de Trudi, esboza una sonrisa de contrición. Suben al 4x4 con Trudi sentada atrás, y salen a Washington Avenue antes de bajar por 5th Street. Pronto atraviesan un largo puente que conduce hacia lo que,

según Ginger, es Miami propiamente dicho. Trudi se fija en un buque cisterna oxidado que deja sigilosamente atrás a los deslumbrantes cruceros blancos atracados en el muelle, como un borrachín zarrapastroso colándose en una boda de gente bien; después ya entran en la autopista de cinco carriles. Es un caos, un nudo más *tagliatelle* que *spaghetti*[3].

Ginger conduce con el estilo agresivo del poli televisivo, cambiando continuamente de carril. Trudi creía que los americanos eran conductores decentes comparados con los británicos, ya que estaban acostumbrados a viajar por carreteras diseñadas deliberadamente con ese objetivo. Ginger parece empeñado en confirmar su reputación de piloto heterodoxo y temerario. Se sale del carril delante de unos estudiantes que conducen un descapotable. Pese a que es él quien ha infringido la norma, su respuesta a los bocinazos con que le obsequian es mostrarles el dedo corazón. «Putos niñatos», comenta con una carcajada antes de gruñir: «A ver qué se habrán creído». Después adelanta zigzagueando a otro coche y vuelven a pitarle. «Con un par: las reservas son para los *yuppies* y los indios», sentencia con una sonrisa de oreja a oreja. Después se vuelve hacia Trudi. «¿Todo bien, princesa?».

Lennox casi puede notar en la nuca su sonrisa, tensa y dentuda. Comprueba con una mano el cinturón de seguridad. La otra, con los nudillos pálidos, se aferra a la agarradera de encima de la puerta.

El sector de Fort Lauderdale donde vive Ginger está junto a la playa. El apartamento está en los Carlton Tower Condominiums, un edificio de veinte plantas situado detrás de un Holiday Inn, a sólo una manzana del Atlántico. Lennox ha reparado en la relativa proximidad de la estrecha franja de playa a la carretera en comparación con el distrito art déco. Desde fuera y a lo lejos, la torre recuerda en un primer momento las viviendas de protección oficial británicas, pero al verla más de cerca Lennox se siente obligado a rectificar. La planta calle está abierta y tiene unos ventanales de cristal blindado que llegan del techo al suelo. Al entrar, se topan con un espacioso vestíbulo de recepción; el suelo y las paredes de mármol le impresionan, y a Trudi también; se da cuenta de ello por el modo en que arquea las cejas, tan finas que parecen pintadas con bolígrafo. Está amueblado con sofás y mesitas de café llenos de revistas ilustradas y decorado con arreglos florales exóticos y exuberantes; a Lennox le cuesta un par de segundos convencerse de que en realidad son de plástico. La portera, una corpulenta mujer de raza negra, está sentada detrás del mostrador de recepción. Sonríe a Ginger, que la saluda alegremente con un gesto de la mano. «Un encanto de mujer», dice humildemente, como si pretendiera disculparse ante Lennox por su racismo de tiempos pretéritos en la cantina de la policía y subrayar que es cosa del pasado.

Lennox reprime una carcajada. Los escoceses tienen puntos de vista esquizofrénicos en materia étnica. Puesto que en ese archiblanco país la mayoría de

ellos jamás ve un rostro negro de un día para otro, se sienten libres de ser tan racistas o tan progres como les plazca, lo que les permite gozar del lujo de unas convicciones que no han tenido que ganarse.

Ya en el ascensor, Ginger pulsa el botón del piso catorce. Con un gesto juguetón, le arrea un puñetazo suave y en cámara lenta en el hombro a Lennox antes de guiñarles el ojo a ambos. Trudi sonríe nerviosa. Salen a un pasillo estrecho que parece augurar la deprimente uniformidad de unas conejeras con puertas marrones, antes de que sus expectativas sean arrojadas de nuevo por tierra cuando entran en un apartamento a la vez espacioso y lujoso. La sala de estar y la cocina son de planta abierta y conducen a un balcón al que se llega atravesando unas puertas de cristal deslizantes. Tiene dos dormitorios, ambos dotados de instalaciones adjuntas, además de otro cuarto de baño, más grande aún que los otros.

Lennox no puede creer que un hogar con dos dormitorios pueda tener tres cuartos de baño. Está a punto de decir algo cuando la puerta se abre a sus espaldas y aparece una mujer elegante y bien vestida de unos cincuenta y muchos años acompañada por un West Highland Terrier con correa. Cuando lo sueltan, se acerca a Trudi y a Lennox dando saltos, meneando la cola y olisqueando las manos que le tienden para acariciarle.

«Esta es Dolores». Ginger le presenta a Lennox y a Trudi, y Dolores los saluda a los dos con gran entusiasmo. «Y este sinvergüenza de aquí es Braveheart».

Es evidente que al animal no le gusta Lennox y que su común raigambre *Skarrish*[4] nada significa para él. Le muestra con odio los pequeños colmillos que oculta bajo unas encías gomosas. A Lennox le parece un pequeño hijo de puta susceptible, proclive a atacar.

«¡Braaay-ve-heart!», le reprende Dolores.

Entonces el perro parece encogerse unos centímetros y se acerca lenta y dócilmente a Lennox mientras éste se sienta en el sofá. Por un instante mira hacia arriba, como queriendo ladrar, pero luego se deja caer junto a sus pies y se hace un ovillo alrededor.

«¿Ves?», canturrea triunfalmente Dolores, «¡le caes bien!».

«Eso es, Braveheart», dice Lennox con recelo, echándose con cautela hacia delante y acariciando el cuello del animal, volviéndose más optimista a medida que le hunde la mano en el pelaje y calibra lo delgado que es en realidad. *Perfectamente estrangulable,* piensa, mientras se relaja y se arrellana de nuevo en el sofá con alegre malicia.

Dolores parece fascinada por Trudi. «¡Eres lo que se dice bonita!», comenta con exuberancia, echándole una elogiosa mirada de arriba abajo. La timidez y la vergüenza de Trudi resultan evidentes cuando se lleva involuntariamente la mano al pelo. Después su expresión se endurece, al intuir el engrosamiento de la lista de

invitados a la boda.

Dolores coge la bolsa que lleva y se marcha hacia la cocina danzando elegantemente un vals. Ginger había mencionado que en tiempos daba clases de baile. Lennox puede apreciar que se mueve con vivacidad y que, quitando un ligero abultamiento en la zona del vientre, está en excelente forma física. Al igual que Ginger, debajo de esa cabellera laqueada tiene una chispa en la mirada a la que Lennox y algunos de los demás chicos del cuerpo solían referirse como «brillo de follador». Aquellos dos no tenían trazas de envejecer con calma.

Dolores y Ginger se llevan a Trudi y a Lennox cada uno por su lado para mostrarles el apartamento. Todo en él es nuevo: impoluto, reluciente y sin una mota de polvo. Lennox se fija en el olor, ese ligero aroma a quemado que parecen desprender tantos lugares en los Estados Unidos. Seguramente serán los productos de limpieza que usan. Se pregunta si el Reino Unido tendrá un olor característico para los visitantes americanos y cuál será. En el dormitorio principal, Ginger exhibe su distribuidor de monedas electrónico. «Metes todas las monedas y te las ordena, hasta veinte de una vez. Las amontona automáticamente y luego las guarda en envoltorios de papel. Increíble, ¿no?».

«Si acumulas tantas monedas, ¿por qué no llevarlas al banco y ya está?».

«Que le den por culo a los bancos». Ginger baja la voz, se da un golpecito en el cráneo y guiña un ojo. «Ya se nos ríen bastante esos cabrones».

En la otra habitación y a su pesar, a Trudi empiezan a gustarle el desenfado y la franqueza de esta americana, que tiene más años que su propia madre. «Mi madre se casó con un poli; me dijo que no cometiera el mismo error», se lamenta Dolores. «Y lo hice. Dos veces. Un consejo y dos palabras: átale corto».

«Lo tendré en cuenta».

Mientras oye las referencias a bodas, vestidos y locales que se filtran por las paredes, Ginger le cuchichea a Lennox: «Parece que las chicas han hecho buenas migas. ¿Qué te parece si les damos esquinazo y te llevo a algún sitio especial?».

«De acuerdo», acepta cautelosamente Lennox, preguntándose cómo venderle eso a Trudi. El problema que conlleva aceptar la idea de que está deprimido —o su pareja todavía más benévola, «estresado»— es que acarrea la cesión intrínseca de su certeza moral. Cabía cuando menos la posibilidad de que cualquier comentario que hiciera fuera considerado un síntoma del mal. Y percibe que la gestión de su supuesta depresión por parte de Trudi tiene mucho que ver con el control (el de ella) y la privación de derechos (los de él). La lógica que sigue ella es que sus reflexiones le llevarán de vuelta al trauma de su trabajo y que, por consiguiente, toda deliberación independiente por su parte es inherentemente mala. Ella las reemplaza con sus proyectos, con cosas bonitas en las que pensar, como la boda, el nuevo hogar, los muebles, los futuros niños, la próxima casa, esa narrativa limitadora hasta llegar a la

muerte que a él tanto le aterra.

En ese preciso instante reaparece Dolores anunciando: «Ray, voy a secuestrar a esta preciosa damita un rato para enseñarle algunas de las tiendas de novias de la ciudad. Supongo que vosotros tendréis que poneros al día, ¿no, chicos?».

«Vale, perfecto». Lennox capta la sonrisa traviesa de Trudi y acto seguido el guiño de tunante de Ginger.

Esperan unos minutos a que las mujeres se hayan marchado, y entonces salen y se vuelven a subir al Dodge. Mientras conducen en dirección oeste por Broward Boulevard, pasan por delante de una gran comisaría antes de parar delante del club de hombres Torpedo, situado en 24th Avenue. Dejan el coche en el aparcamiento que hay detrás del edificio de hormigón de una sola planta, que visto desde el exterior parece un fortín. En la entrada principal se ve un anuncio: *Friction Dancing*.

«Este sitio es la bomba», le asegura Ginger.

Un enorme hispano que lleva camiseta negra, hinchado a base de pesas y esteroides, les cierra el paso. Al reconocer a Ginger, su cara de pocos amigos se disuelve y da paso a una sonrisa de oreja a oreja.

«Eh, Buck, ¿qué tal, hombre?».

«Muy bien, Manny», dice Ginger, descargando una palmada en sus anchas espaldas. «Éste es mi amigo Ray; ha venido de Escocia».

«¡Ey! ¡Estupendo!», canturrea Manny mientras Lennox sonríe; el portero les hace pasar a un espacio oscuro y cavernoso. Lennox lo cataloga como el típico garito frecuentado por polis, maleantes, niñatos estúpidos y viejos tristes y lamentables de todo el mundo occidental. Después se pregunta exactamente a cuál de esas categorías pertenece él ahora. Un escenario alargado tipo pasarela, con varios estrados para barra americana en los extremos y girando en torno a la Meca de una enorme y rutilante barra tropical. Pese a que aún es temprano, el local está bastante atareado y muchas de las mesas dispuestas a ambos lados del escenario están ocupadas. Lennox se da cuenta de inmediato de que los ocupantes de uno de los espacios son policías que no están de servicio por esa impresión de extrañamiento respecto de su atuendo y de haber sido vestidos por otra persona que desprenden todos los hombres de uniforme.

Las camareras llevan camisetas blancas ajustadas que parecen de color azul eléctrico bajo las luces de neón; se afanan para que las bebidas no dejen de circular mientras las bailarinas actúan. Al principio las cosas están tranquilas, pero a medida que van cayendo cervezas, las bailarinas se vuelven más provocativas y explícitas. Ginger y Lennox piden costillas y patatas fritas. «Dile a Dolores que me he tomado un plato de ensalada con atún», le dice completamente en serio. «Sin mayonesa. Quiere que me vigile el peso. La semana que viene tenemos una final de baile de salón».

Lennox asiente lentamente y se frota el cráneo rapado. «El tipo de la puerta te llamó Buck. ¿A qué viene eso?».

«Buck Rogers. Así es como me llaman aquí», dice Ginger, con expresión enfática, orgullosa y desafiante.

Lennox medita un poco y levanta el vaso para chocarlo con el de su amigo. «Por el siglo veinticinco», brinda.

Las cervezas van cayendo a buen ritmo, y los chupitos de tequila también. Lennox se levanta para ir al servicio. Entre la bebida y los antidepresivos, empieza a sentirse un poco alicaído. Se estabiliza con una mano mientras mea dentro de la taza, con chorros gruesos, espesos y vaporosos.

La vida no es tan mala. Pillamos al hijo de puta que se cargó a Britney. Es historia.

«Historia, como el pederasta de mierda que fuiste», dice Lennox escupiendo al espejo de cuerpo entero incrustado en el embaldosado. Levanta la mano derecha, como si fuera a hacer un juramento; cierra el puño a pesar de los vendajes, cada vez más flojos, y del dolor, amortiguado por la bebida.

Cuando vuelve a salir, se dirige hacia su asiento en el momento en que en el equipo de sonido empieza a sonar el «What’s Love Got To Do With It» de Tina Turner a todo trapo. Pero por el camino una bailarina le cierra el paso y se restriega contra él, empujando la pelvis contra su entrepierna. Bajo la pintura de guerra, la chica tiene un rostro chabacano, casi de payaso, y las capas de base de maquillaje no consiguen ocultar las feas cicatrices de la viruela a la áspera luz de los focos. Una mirada extraviada y una boca torcida y cruel le desafían.

Lennox se queda petrificado, tieso por todas partes menos donde ella querría. Esto *friction dancing*. Ella no va a dejar de menearse hasta lograr que se corra. Le invade una explosión de ira. *Esto es cosa de viejos y fracasados, de gilipollas y retrasados*. Capta la amarga desesperación en la mirada de la chica y se da cuenta de que ahora se ha convertido para ella en un reto personal y que por narices tiene que excitarse y correrse. La única forma que tiene de salvar las apariencias esta bailarina de striptease adicta al crack es obligarle a tomar parte en este circo y dejar que lo transforme en un ser tan desesperado y envilecido como ella. Lennox lo entiende, porque ha tomado parte muchas veces en otras versiones de lo mismo en Edimburgo, durante las salidas exclusivamente masculinas del cuerpo. Capta la inquietud en los rostros de los hombres presentes. Es consciente de que al no entrar en el juego los está poniendo a todos en evidencia por el simple hecho de estar por encima de ellos, y humillando a la mujer al rechazar lo único que tiene para vender, su sexualidad, o al menos esta versión caricaturesca de ella. Se trataba menos de una cuestión de autoestima que de orgullo profesional: era así como se ganaba la vida.

Pero no puede hacer otra cosa que convertirse en el vencedor de este terrible

pulso.

Por fin la bailarina abandona, con el gesto crispado y cuchicheándole al oído un rencoroso «¡Maricón!» antes de sonreír alegremente e ir a restregarse contra la siguiente entrepierna sudorosa. Los hombres reunidos en el bar gritan al unísono con alivio manifiesto.

Lennox vuelve a sentarse junto a Ginger, cuya cabeza se tiñe intermitentemente de morado psicodélico debido a la luz que tiene encima de la cabeza. Su viejo amigo le mira, primero con ademán hostil y luego con admiración empalagosa. «¡Hostia puta, Lennox, ese baile me ha costado veinte dólares y ni siquiera soltaste el chorromoco! ¡La Trudi esa te ha puesto firmes, eh! ¡La bestia ha sido domesticada!».

A Lennox le irrita la terminología de Ginger. «Lo siento por la pasta». Después piensa: *que crea lo que quiera*. Pero ahora el curso de sus propias reflexiones se extravía, muy lejos de la bailarina, de Trudi y de Ginger. La bebida, que había alejado el crimen, ha hecho que ahora vuelva a la superficie de su conciencia, como el café cuando está listo.

Britney Hamil. Ahora la bestia había sido domesticada, en efecto. ¿De qué forma estará cumpliendo condena Mr. Confectioner? ¿Qué estaría haciendo ahora mismo? Aislado de todos los demás presos por su propia seguridad —incluso de otros pederastas—, ¿se habría evaporado su arrogancia? De repente, Lennox siente necesidad de saberlo.

«¿Alguna vez piensas en los cabrones a los que encerramos en Delitos Graves?», le pregunta a Ginger. «¿En cómo viven con lo que han hecho?».

«Viven con lo que han hecho porque son escoria y les da exactamente igual. Que se jodan y que se pudran», gruñe el rostro rubicundo mientras hace una señal a la camarera para que traiga más cerveza.

A Lennox le parece que esta reprimenda se dirige tanto contra él como contra todos los delincuentes de los que Ginger pueda acordarse. Echan otro trago, pero tiene la impresión de que las cosas se han agriado un poco.

Cuando Ginger habla por fin, es para poner fin a la sesión. «Será mejor que no sigamos bebiendo, ya me he pasado de la raya», dice con voz entrecortada. Una chica se lame ostentosamente los dedos con los que acababa de recorrerse la entrepierna mientras hace piruetas sobre el escenario-pasarela que tiene delante. «Volvamos a donde vivo yo y dejemos el carro», dice, mirando a la muchacha y levantando su vaso con un gesto de gratitud, «pero después de que esta monada haya terminado con lo suyo. Dios, Ray, si tuviera veinte años menos…».

«… seguirías teniendo edad suficiente para ser su padre».

«Cabrito impertinente».

Ginger conduce mejor con unas copas encima; tiene más cuidado e incluso presta atención a la carretera cuando llegan al vecindario inmediato de la playa. Bajo la

turbia luz del crepúsculo, parece bastante venido a menos. Da la impresión de que muchos de los negocios locales se han arruinado o sólo sobreviven. Los bares y restaurantes baratos de la manzana de detrás del Holiday Inn están habitados por jóvenes borrachos que han venido de vacaciones, y por los trabajadores itinerantes y surferos que sobreviven gracias a su patrocinio y sus descuidos. Y hay ancianos solitarios y deprimidos por todas partes. Lennox lo comenta mientras Ginger y él entran en un bar de patio abierto, muy alejado, por la mugre y la sordidez, del relumbrón de los establecimientos de Miami Beach.

«Aquí abajo hay muchos pobres cabrones que se jubilan con una pareja que se muere y luego no pueden permitirse ir a otra parte. Conozco a montones de vejetes en esa situación». Ginger se echa un lingotazo de cerveza y hace un gesto para que le traigan unos chupitos de tequila. «El sueño de la jubilación se convierte en pesadilla», reflexiona en voz alta. En ese momento entran dos hombres cogidos de la mano y se sientan en una esquina de la barra. «Se supone que este sitio estaba pensado para los jubilados. Míralo ahora: copado por los maricones».

Trasiegan unas cuantas copas más y caminan un poco por una franja de playa antes de regresar para encontrarse con sus esposas, actual y futura.

Es evidente que Trudi y Dolores han disfrutado de las compras de última hora de la tarde. «Cuando hace este calor es el mejor momento para hacerlas», explica Dolores mientras Trudi le enseña con gesto desafiante algunas de sus compras a Lennox. «Son cosas que necesito, Ray. Ya sé que se supone que tendríamos que estar ahorrando…, pero yo nunca te pregunto en qué gastas tú tu dinero».

Lennox hierve de indignación. *Como si me importara a mi en qué se gasta su dinero*. «¿Alguien ha dicho algo? Yo no he dicho una puta palabra».

«Conozco esa mirada, Raymond Lennox».

«¿Qué mirada?», protesta Lennox tras un vaho de alcohol. «Estás haciendo una montaña de un grano de arena. Es ridículo», dice, buscando la complicidad de Ginger.

Pero entonces es Dolores la que ataca. «Comprar es lo que mejor se nos da, hijo. Vete haciendo a la idea», le reprende juguetonamente antes de mirar a Ginger: «¿A que sí, guapo?».

«Sí», corrobora Ginger, ruborizándose tras su copa. Lennox no está seguro de si es por orgullo, vergüenza o quizás un poco de ambas cosas.

Entonces Ginger Rogers ofrece a sus huéspedes una de dos opciones. O bien Dolores les puede llevar de vuelta a Miami Beach, ya que él reconoce estar más bebido de la cuenta, o pueden salir todos a cenar a su restaurante favorito y quedarse en la habitación de invitados.

«Podemos coger un taxi», sugiere Trudi.

«Ni hablar. ¿Cincuenta dólares? ¡Menudo robo! Dolores o yo os acercaremos por la mañana».

«De acuerdo», asiente Lennox, saliendo al balcón y asomándose a la barandilla. El Holiday Inn no consigue tapar del todo la vista del mar. La oscuridad se ha vuelto más espesa pero el aire sigue conservando cierto calor pese a que una fina brisa sopla sobre sus brazos y los refresca. Abajo se oye el suave rumor de los compases procedentes de un disco bar. Se da cuenta de que Trudi no está contenta. Como diría ella, conoce esa mirada.

Ginger sale a hacerle compañía, cerrando la puerta del patio a sus espaldas. Lleva dos latas de Miller en la mano; le tiende una de ellas.

«Paradisíaco, ¿eh?», pregunta mientras escruta la reacción de su amigote.

«Es agradable», dice Lennox, mientras entrechocan las latas. Es consciente de que en un lugar como éste él se volvería loco, pero allá cada cual con sus gustos.

«¿Y a qué viene esa cara tan larga, Raymondo?».

«Esta cara tan larga se la dedico a ella desde aquí». Lennox se da la vuelta y mira hacia el interior con expresión embotada y agresiva por efecto del alcohol. «Me importa un puto carajo lo que se compre. Y eso no hace más que empeorar su actitud. Lo que se suponía que yo tenía que haber dicho era: “Venga, cariño, se supone que estamos ahorrando para la boda”, para que ella pudiera soltarme: “Entonces no te gastes todo el dinero en bebida”. No le di esa satisfacción, así que se puso picajosa y discutió de todas formas: consigo misma. Sólo que ahora es peor porque se supone que la puñetera boda ya no me importa».

En los ojos de Ginger aparece un brillo maníaco y bailan de un lado a otro. Lennox tiene la impresión de que está mirando algo que se mueve a sus espaldas.

«¿Es vuestra primera noche aquí?».

«Sí». Echa un rápido vistazo, pero no ve nada.

«¿Y estáis de vacaciones?».

«Sí».

«¿Y estás de baja médica por estrés?».

Lennox ya empieza a ver de qué va aquello: «Sí».

«¿Y has venido a ver a un viejo amigote al que hace cinco años que no ves?».

«Sí», replica Lennox con escasa convicción, «pero de todos modos…».

Ginger le interrumpe: «¿Y ella te ha estado dando la brasa con planes de boda?».

«Pues… sí, supongo…».

«Pues suéltale las tres palabritas mágicas que toda mujer necesita oír de vez en cuando», le dice con desafiante alegría: «¡Que te den!».

Entonces la puerta se desliza y se abre, y Braveheart sale al balcón como una exhalación, ladrando nerviosamente mientras Dolores grita: «¡Buck! Vuelve a meter tu culo caledonio aquí dentro. ¡Tú también, Ray! ¡Acaban de llegar Bill y Jessica!».

Bill Riordan es un policía neoyorquino jubilado. Delgado, pero con aspecto de ser más duro que si lo hubieran tallado a partir de un bloque de granito; todo su cuerpo

parece un gran hueso. Pertenece a esa clase de hombres a los que la edad cincela en lugar de hinchar. Su esposa, Jessica, es una mujer esbelta que tiene una sonrisa lánguida y unos ojos propensos a divagar sin rumbo. El tiempo la había dotado de una discreta bolsa de grasa bajo la barbilla pero de muy poca en ninguna otra parte. Participan en el concurso de bailes de salón, y Lennox ya da por perdidas las posibilidades de Ginger. Se trasladan a la cocina, donde Ginger le enseña a Lennox el robot de hacer perritos calientes. «Metes los panes y las salchichas en las ranuras verticales y sale hecho todo a la vez», anuncia con orgullo. «A Dolores no le gusta que me pase con él», cuchichea mientras echa una mirada a Bill, que está de charla con las mujeres. «Quiere que me controle el peso porque la semana que viene es la final en Palm Beach».

A medida que caen las copas la noche se va disolviendo a su alrededor. Deciden que no van a llegar al restaurante a tiempo, así que piden una pizza por teléfono. Cuando consiguen salir de nuevo al balcón y sentarse en las sillas de plástico, la voz de Ginger va subiendo de volumen hasta adoptar un tono de áspera rechifla. Lennox recuerda vagamente sesiones de alcohol pasadas y el comportamiento detestable que podía sacar a relucir cuando iba bolinga. «Vosotros los putos *paddies*[5]», dice, volviéndose hacia Riordan, «lo único que aportasteis al Nuevo Mundo fueron masas, mano de obra fungible. Putas hormigas obreras. Los conocimientos los pusimos los escoceses». Y subraya lo dicho dándose un golpe en el pecho. «¿A que sí, Ray?».

Lennox sonríe, tenso.

«Esa es una perspectiva caledonia muy nebulosa, Buck», tercia alegremente Bill Riordan.

«¿Y qué nos dices de Yeats, Joyce, Beckett y Wilde?», interviene Trudi. «Los irlandeses han hecho muchísimas aportaciones a la cultura occidental…».

Ahora Ginger ya va lo bastante borracho como para burlarse abiertamente de ella. «Comparados con el Bardo, ésos no valen ni para escribir sus nombres en un talón. Rabbie Burns[6], ¿eh, Ray?».

«A mí déjame al margen».

«¡Ya está bien!», grita Dolores, inclinándose hacia delante en la silla y propinándole un puñetazo en el pecho a Ginger. «Yo soy irlandesa. Y danesa. Y *Skats*[7]. Mi abuelo por parte de padre era de Kilmarnock».

Ella lo pronuncia *Kil-mir-nok*.

«Hizo muy bien en coger aquel barco», le toma el pelo Ginger, moderándose ante la intervención de su mujer.

Lennox se vuelve hacia Riordan. «Supongo que en Nueva York habrás tenido que hacer patrullas de lo más duras, ¿no, Bill?».

Riordan asiente cautelosamente con la cabeza. «Ahora es una ciudad muy distinta, Ray. Pero estuve encantado durante todo el tiempo que serví en el cuerpo.

No cambiaría nada».

«Debe de ser peligrosísimo en comparación con el Reino Unido, con tantas armas de fuego por ahí», comenta Trudi estremeciéndose mientras le echa una mirada fugaz a Lennox.

Riordan niega con la cabeza. «A mí, desde luego, no me gustaría trabajar en Gran Bretaña y no llevar una pistola en la funda».

A Trudi le castañetean los dientes. Suele hacerlo cuando está nerviosa o emocionada, reflexiona Lennox. «Pero ¿no es peligroso? ¿No aumenta las posibilidades de que llegues a utilizar el arma? Habrás disparado contra unas cuantas personas, ¿no?».

Sonriendo cordialmente, Bill Riordan deja el vaso encima de la mesa: «Cariño, en todos los años que estuve en el cuerpo jamás disparé contra nadie. Trabajé en los distritos más duros de Brooklyn, el Bronx, Queens. De todo lo habido y por haber. Nunca he conocido a un poli de Nueva York que haya disparado contra nadie. En treinta y cinco años desenfundé la pistola dos veces».

Lennox la ve poco menos que ronroneando ante semejante despliegue de labia de caballero amable y paternal. Ve engrosarse la lista de invitados en dos personas más.

«Ay, ay, palique policial», refunfuña Dolores. «Ha llegado el momento de desalojar, chicas». Se levanta con tal energía que desplaza la silla de plástico bruscamente hacia atrás sobre el embaldosado del balcón. Jessica hace otro tanto. Trudi titubea un poco, pues prefiere la compañía de un hombre relativamente joven y dos viejos a la de dos viejas, pero es consciente de que el protocolo sexista escocés dominará la agenda social de la velada, así que sigue a las demás y regresa al salón.

Ginger estira el cuello hasta ver la puerta corrediza deslizándose por los rieles antes de cerrarse de golpe. «Claro que ahora está totalmente jodido», dice arrastrando la voz mientras sirve unos chupitos de la botella de tequila que acaba de abrir. «Me refiero al trabajo. Es igual en todas partes. Entran los triunfadores a decirnos a los profesionales de toda la vida cómo hay que hacer las cosas, ¿eh, Bill?».

«Supongo», dice Riordan, sonriendo cautelosamente. Al igual que Lennox, parece deseoso de evitar la pelea que anda buscando el anfitrión.

«¿Ray?», le reta Ginger, enfilando con ojos semicerrados a su ex colega.

A Lennox le cuesta bajar ese último trago de cerveza. Aquel ascenso se había producido ocho años atrás. Desde entonces su carrera se había estancado, pero alguna gente era incapaz de pasar página. Vuelve a encogerse de hombros.

«Para mí que el mundo es así, Buck», comenta Bill Riordan con una carcajada.

«Sí, pero no debería serlo». Ginger cierra un ojo, enfocando recriminatoriamente con el otro a Lennox. «Policías, les llaman. El puesto que te dieron a ti tendrían que habérselo dado a alguien como Robbo. ¡Eso sí que era un poli!».

Lennox respira hondo, gratamente sorprendido de oír cómo se le destapa la nariz.

«Robbo era un puto chiflado hecho polvo», espeta. Y siente deseos de añadir: *Y ahora yo soy igualito que él. Igual que todos vosotros*.

«Un poli del carajo», farfulla Ginger, al parecer ya sin fuelle. Acto seguido pregunta: «¿Cómo está Dougie Gillman? Menudo tipo, ¿no, Ray?…». Y la voz se le va apagando.

«Como siempre», dice Lennox con los labios fruncidos.

«Claro…, ya no me acordaba de aquel pequeño percance entre Gilly y tú. ¿Aún no habéis hecho las paces?».

«No».

Se hace un silencio. En lugar de dejar que se prolongue, Lennox se levanta y se dirige hacia la sala de estar de planta abierta, donde Jessica está jugando con el perro y Dolores enseña a Trudi unos pasos de baile. «Yo me voy a la cama», anuncia, «estoy empezando a acusar el desfase horario».

«Bah…, nenaza», le toma el pelo Trudi, absorta en la bebida y el baile.

En el cuarto de baño adjunto, Lennox se toma los dos últimos antidepresivos y se prepara para afrontar otra noche, rogando que haya ingerido suficiente alcohol para borrar sus terrores. Deslizándose entre las sábanas, oye la conversación y las risas procedentes de la habitación principal, que se disuelve en la locura que hace estragos en su cabeza. Pese a estar agotado, una severa cuenta atrás parece dictaminar que volverá a pasar la noche en vela, piensa.

¿Qué fue lo que dijo Toal en su informe de Angela Hamil? «Una mujer de vida disoluta», se había aventurado a decir, antes de volver a meterse la pipa en la boca y seguir chupando. Desde que lo prohibieron ya no podía fumar en el despacho, pero seguía sacándola en plan accesorio, mordisqueando la caña cuando estaba nervioso. Y entonces añadió: «Para mí que fue algún cerdo que estaba en su órbita. Ya saben la clase de basura que tienden a atraer las mujeres de esa calaña».

Lennox parpadea y tira del edredón. A su alrededor van definiéndose imágenes de Angela, con el cabello color pajizo y el rostro demacrado, pero no como en un sueño, porque es dolorosamente consciente de estar en esa cama.

Entonces lo ve. Mr. Confectioner: aquellos ojos fríos, como de pez, aquellos horribles labios carnosos contraídos en una mueca, y a Britney, indefensa, a sus pies.

Y Ray Lennox piensa en el balcón del exterior, más allá del parloteo de la fiesta. Bastaría con pasar la barandilla y dejarse caer. Escapar de todo: del Pedófilo, de Britney. ¿Tan difícil era?

4. Edimburgo (1)

Era la mañana siguiente a la desaparición. Interrumpiste una larga sesión de criba de datos y habías aprovechado para dormir unas horas en tu piso de Leith. Te despertaste sobresaltado y desconcertado en la oscuridad; tu listado de llamadas perdidas te dijo que había llamado Keith Goodwin. Te habías olvidado de la reunión de Narcóticos Anónimos de anoche. Todavía no eran las seis de la madrugada y ya estabas de vuelta en el laboratorio de Tecnologías de la Información del cuartel general de la policía, absorto de nuevo en secuencias de televisión en circuito cerrado.

No es que hubiera muchas. La inconcebible red de cámaras que grababan los movimientos de cada ciudadano británico una media de entre diez y cuarenta veces al día, según la fuente, se volvía menos densa a medida que se abandonaba el centro de la ciudad y era casi inexistente al llegar a la barriada de viviendas protegidas donde vivía Britney. Había algunas imágenes de ella de ayer por la mañana: un plano con mucho grano, que duraba poco menos de un minuto, cuando salió del piso para ir al colegio, y luego unas cuantas secuencias más, cortesía de una cámara de control de velocidad, cuando se dirigía hacia la rotonda. Utilizaste todos los programas y procedimientos capaces de realzar aquellas pésimas imágenes. Las estiraste, ralentizaste, ampliaste y redujiste para escudriñar la periferia y hasta el último recoveco donde podía haber alguien acechando. Desde detrás de la cabeza de Britney y el lateral de su rostro, tratabas de seguir su línea visual, ver el mundo a través de sus ojos. Como un prospector febril, cribaste la nube de datos con la esperanza de hallar un píxel dorado que pudiera darte una pista sobre la identidad del secuestrador. En la policía de Lothian and Borders no había nadie que supiera más acerca de los delincuentes sexuales. Tampoco había nadie más proclive a ampliar el radio de búsqueda.

A fuerza de ver repetidas veces a la niña pensativa en blanco y negro, el nombre de Robert Ellis reverberaba sin cesar en tu cabeza. Llevaba ya encerrado a cal y canto tres años por el asesinato de dos niñas, uno de ellos en Welwyn Garden City, Hertfordshire, y el otro en Manchester. El caso de Britney parecía tener muchas características en común con los asesinatos de Nula Andrews y Stacey Earnshaw. Como era de esperar, Ellis se declaró inocente de aquellos abyectos crímenes.

El otro nombre que te vino a la cabeza fue el de George Marsden, que había formado parte del equipo de Hertfordshire que envió a presidio a Robert Ellis por el secuestro y asesinato de Nula, de doce años. La fiscalía demostró que Ellis solía merodear por el parque local donde la niña fue vista por última vez, junto a un camino arbolado que estaba atravesando para ir a casa de su tía.

Sólo George creía que se habían equivocado de hombre. Había semejanzas con el caso de Stacey Earnshaw, cuyo cadáver fue hallado tirado en los bosques del Lake District dos años antes. Cuando la policía de Hertfordshire detuvo a Ellis, descubrieron que tenía una novia en Preston a la que visitaba regularmente en torno a la hora del asesinato de Stacey. La chica, Maria Rossiter, reveló a un periódico sensacionalista algunos detalles bastante prosaicos tocantes a su relación, y éstos fueron reelaborados y narrados con detalles escabrosos e insinuaciones varias. Junto a una perturbadora grabación hecha involuntariamente por Ellis, aquello ayudó a determinar su culpabilidad. George Marsden estaba seguro de que la persona que había raptado a Nula Andrews era la misma que había secuestrado a Stacey Earnshaw en Manchester. Sólo él estaba absolutamente convencido de que no había sido Ellis. En Welwyn Garden City se informó de que una furgoneta blanca había salido de la bocacalle adyacente a la zona verde boscosa en torno al momento de la desaparición de Nula. Ellis estaba entre rejas y el Hombre de la Furgoneta Blanca había reaparecido.

Cuando hacia las nueve de la mañana levantaste la vista para mirar el reloj de la pared, notaste que un peso preocupante lastraba tus miembros. Ya habían transcurrido más de veinticuatro horas desde la desaparición de Britney. Decidiste dejar descansar tus ojos, encaminar tus pasos hacia el Stockbridge Deli, tomar otro café solo y llamar por teléfono a George Marsden. Manteníais una buena relación a raíz de haberos emborrachado juntos después de un curso de formación para pruebas de ADN en Harrogate hacía varios años.

Después de que le explicaras el crimen a grandes pinceladas, George preguntó con aire indiferente: «Fue una furgoneta blanca, ¿no?». Rehusando confirmar o negar el dato con una sonrisa atirantándote las facciones, esperaste que tu silencio no fuese demasiado elocuente.

Tuviste la impresión de haber sacado provecho inmediato de la escapada cuando volviste a visionar las secuencias. Una vez más, Britney salió de la escalera de su casa y dio media vuelta, pero esta vez notaste que parecía saludar a alguien a medias, reconociendo furtivamente a alguien que se aproximaba a ella por la derecha. El retoque de la imagen confirmó esa impresión. La persona en cuestión estaba fuera del encuadre pero seguramente se dirigía hacia la escalera. Te fijaste en la lista de nombres de los vecinos. Después abriste el registro de delincuentes sexuales y la imagen de Tommy Loughran saltó disparada hacia ti.

Cuando acudiste al domicilio familiar de los Hamil con Notman, se descubrió que el hombre que estaba un poco más allá del foco de la cámara era Loughran. Había salido a pasear a su perro ayer por la mañana. Y era el candidato más popular, votado por el procedimiento de arrojar ladrillos contra sus ventanas rotas y llenar los muros de su casa de grafitis:

El guarda jurado, antiguo exhibicionista, era un ex alcohólico convertido en abstemio cristiano. Tenía todo el aire de un pecador que se había arrepentido con entusiasmo pero que esperaba expiar algo más sus pecados antes de considerarse digno del borrón y cuenta nueva. Loughran era tan masoquista y se odiaba tanto a sí mismo que habría sido fácil inducirle a admitir que el crimen lo había cometido él. El único obstáculo era que, después de dejar al perro en casa y ver a Britney marcharse al colegio, había cogido un autobús abarrotado para acudir a un cine-club matinal que habían inaugurado los estudiantes del lugar. La transacción de su tarjeta del Banco de Escocia y los ordenadores de la sala de cine indicaban que Loughran estuvo viendo el documental de Werner Herzog *Grizzly Man*. Recordaste que aquella película —acerca de un ecologista progre y con pretensiones de superioridad moral a quien devora el animal al que intentaba proteger— había sido todo un éxito en la cantina de la policía. Y te acordaste de Herzog, que descartó por absurda la pretensión de que el oso fuera espiritualmente superior. Ante la fiera, el cineasta alemán no veía más que «la cruel indiferencia de la naturaleza».

«¿Cuál te pareció que era el mensaje de la película?», le preguntaste a un desconcertado Loughran.

Billy Lumsden, conserje del colegio de Britney que solía hablar regularmente con la niña (si bien hablaba con la mayoría de los críos), llegó tarde al trabajo el día de la desaparición, así que lo llevaron a comisaría para ayudar con la investigación. Averiguaste que su matrimonio se había roto el año anterior, cuando dejó a su mujer y sus tres hijos. Lumsden ya había sido suspendido por ebriedad en el puesto de trabajo, y te confesó que se sentía solo y desesperado. Te conmocionó la intensidad de la compasión que te inspiraba aquel hombre. ¿Y si fuera Lumsden el pederasta? Pero parecía completamente deshecho y sumido en una desesperación muda. Luego se supo que su madre había sufrido una caída en casa. Los vecinos y un tendero local confirmaron que Lumsden se encontraba a seis kilómetros y medio en el momento de la desaparición de Britney.

El caso seguía crispándote los nervios. Pasaba el tiempo. La desaparición de una niña ya era algo de por sí angustioso. Sin embargo, también te reveló cómo los más vulnerables iban desfilando uno tras otro para que los devorase el sistema de justicia penal. La probabilidad de que se produjera un fallo injusto era enorme. Aquello sembró en tu mente las semillas de un relativismo moral nauseabundo y provocó una erupción de duda e incertidumbre. Te armaste de valor con la idea de que alguien tenía que haber secuestrado a Britney. No podía haberse esfumado entre las brumas en los tres minutos posteriores a que doblase la esquina y se metiese en Carr Road, donde Stella y Andrea no podían verla. Había un malvado en medio. Y juraste

atraparle.

El punto de partida fue entrevistarse con los hombres que tenían contacto con la niña en el colegio, en casa y en el trabajo, e ir descartándolos de la investigación. El padre biológico de Britney quedó eliminado de la lista; hacía mucho que estaba separado de la familia y se encontraba en una plataforma petrolífera del Mar del Norte. Había un hombre que seguía sin encontrarse y, casualidad espeluznante, había desaparecido aproximadamente al mismo tiempo que la niña. No pudisteis dar con su abuelo, Ronnie Hamil, en su piso de Dalry. Los vecinos te informaron de que aquello no era nada nuevo; cuando le llegaba el cheque de la seguridad social, Ronnie solía desaparecer durante varios días seguidos. Fue Gillman el primero en caer en la cuenta de la conexión del abuelo. «Ese cabrón anda tramando algo», comentó con sorna mientras miraba una fotografía de Ronnie con Angela y las niñas. «El viejo Gary Glitter[8]».

Pusiste a todo el equipo a buscar a Ronnie Hamil a tiempo completo. Se ordenó a todos los coches patrulla que se mantuvieran ojo avizor. Su piso permaneció bajo vigilancia las veinticuatro horas. El equipo pasó horas visitando los sitios que frecuentaba: locales de apuestas, tiendas de vinos y licores y los bares de Dalry y Gorgie Road. Pero tú rehusaste sumarte a la caza del hombre. Por más que lo intentaras, no podías resistirte a seguir otra línea de investigación. «Me voy a husmear un poco», informaste a Bob Toal.

Toal te puso su cara avinagrada de marca. Sabía que te traías algo entre manos. De algún modo sospechabas que aquél no iba a ser el típico caso de delito sexual infantil; un hervor en las entrañas te decía que la pista no iba a conduciros a un pederasta británico de toda la vida. Habías estudiado las fotos de archivo de todos los pedófilos que figuraban en el registro: sacerdotes, maestros y jefes de scouts; tíos pervertidos, padrastros oportunistas y padres consanguíneos retorcidos, con sus escalofriantes y arrogantes justificaciones. Ninguno encajaba. Parecía un crimen a la americana, o más bien la clase de crimen que suele narrarse en las novelas americanas, pues era de suponer que los crímenes norteamericanos reales se parecían a los británicos. No obstante, era culturalmente norteamericano: un solitario dando tumbos, un depredador que, en lugar de recorrer largas y solitarias autopistas interestatales a lo largo de un continente enorme, se desplazaba en una furgoneta blanca por una Gran Bretaña populosa y llena de fisgones.

Lo que hiciste fue conducir hasta el aeropuerto, coger subrepticiamente un vuelo a Gatwick a la hora de comer y luego tomar el tren hasta Eastbourne, donde residía en la actualidad George Marsden. Había dimitido después del caso Nula Andrews y ahora se dedicaba a instalar sistemas de seguridad y a asesorar a jubilados desasosegados. George nunca te había parecido un inconformista. Ex militar, Royal Marines; había combatido en la primera Guerra del Golfo. Un divorciado recto con

tipo de jugador de rugby, una mata de pelo canoso y abundante y una sonrisa deportiva que inducía a pensar que no pasaba demasiadas noches solitarias. Todo en él, los pantalones y camisas recién lavados y planchados, insinuaba una inquebrantable adhesión a las reglas establecidas. Pero cuando vio las pruebas y no le cuadraron, perdió la fe.

Sentados en una cafetería, George y tú observabais a su clientela potencial paseando por el malecón mientras él te explicaba que Ellis había sido el chico malo del pueblo en Welwyn. Era un joven carismático y astuto, no un tipo duro, pero de algún modo conseguía que otros más pendencieros hicieran su voluntad. Había sido condenado por diversos delitos, robos en su mayor parte, aunque también había habido una acusación de violación que no prosperó por falta de pruebas. Si bien no había nada que lo vinculase a menores de edad, era fácil detestarle, pues era la clase de saco de mierda que todas las comunidades consiguen producir. Nadie, ni la policía ni el público en general, lamentaría que lo encerraran por una larga temporada. Nula Andrews era todo lo contrario: pequeña, frágil, de facciones menudas y delicadas, una inocente que aparentaba muchos menos de sus doce años. Te acordaste de la fotografía que hicieron circular, y de aquellos centelleantes y dulces ojazos que se grabaron a fuego en la mente del público británico. Nula iba a casa de su tía, a ayudarla con unas decoraciones. Era fácil adjudicarle el papel de Caperucita Roja frente al Lobo Feroz de Ellis. Así que Ellis se convirtió en el hombre más odiado del país: un Huntley, un Brady. Y, de forma repugnante y sin que se le pidiera, hizo una especie de confesión.

Pero, al margen de lo que pudiera ser Ellis, no era culpable de aquel delito. George Marsden no quiso saber nada y su sentido del honor le obligó a dimitir, poniendo fin así a su carrera policial con una nota amarga. Tenía una inquietante fe en el bien y el mal. Si de religión se trataba, no era el tipo póliza de seguros que la mayor parte de la gente contrataba a cambio de una escapadita dominical a la iglesia. Así pues, George te relató el caso Nula Andrews: sus semejanzas y diferencias con el de Britney. Después hablasteis de Stacey Earnshaw, que fue secuestrada cerca del Salford Shopping Centre. «No fue Ellis», declaró categóricamente.

Todas las ciudades producían su cuota de tipos como Ellis. Bob Toal estaba ansioso por ver si se podía vincular de alguna forma a uno de los de Edimburgo con Britney. Llevaba años anunciando su intención de jubilarse y ahora que se avecinaba la fecha del retiro forzoso, quería hacerlo con la euforia de un éxito abrumador. Algunos sectores de la prensa, que en un primer momento crucificaron a Ellis, a la luz del caso de Britney ya empezaban a insinuar que se estaba produciendo una grave injusticia. Entretanto, el gran público hacía lo que suele hacer en estos casos: clamar por un cadáver.

No le contaste a nadie lo de la visita a Eastbourne y temías la llamada de teléfono

que pudiera obligar a afrontar la verdad, pero no recibiste sino mensajes rutinarios informándote de que todavía no se había descubierto el paradero del abuelo Ronnie. La culpa empezó a hacer mella; sentiste que tendrías que haber ido con los demás a llamar a las puertas y sentarte en furgonetas abarrotadas en misiones de vigilancia. Te quedaste dormido en el avión de regreso a Edimburgo, y no te despertaste del todo hasta que cogiste el periódico local en un puesto del aeropuerto y viste el rostro de Britney mirándote fijamente con una sonrisa radiante e insolente. Mañana iba a convertirse en noticia nacional. Tomaste un taxi para volver a tu piso en Leith, en una urbanización nueva construida junto al muelle. Pensabas hablar del caso Ellis con Toal. Entonces te diste cuenta, a pesar del cansancio, de que te habías olvidado de encender el móvil al bajar del avión. Tenías un mensaje de Trudi y dos de tu jefe. «Creo que tenemos a nuestro hombre, Ray», decía alegremente en el último de los dos.

Estabas seguro de saber quién era, pero cuando fuiste a jefatura te sorprendió descubrir que Ronnie Hamil seguía en paradero desconocido y que habían detenido a un joven llamado Gary Forbes. Éste había confesado que él había secuestrado a Britney, y que la había matado y enterrado en un bosque en las proximidades de Perthshire. Después miraste a Bob Toal, ahora completamente abatido; entre el instante en que te dejó aquel mensaje y el momento en que te presentaste ante él, la confianza de Toal en aquella detención se había evaporado del todo. No era para sorprenderse; Forbes era un idiota que buscaba atención desesperadamente. Un joven desgarbado e introvertido, obsesionado con crímenes y asesinos en serie y que coleccionaba álbumes de recortes documentando sus hazañas. Viste cómo aquel adolescente triste y carente de vida social se regodeaba en su estatus ficticio de chico malo. Era evidente que ya fantaseaba con las mujeres chifladas que le escribirían y le visitarían en la cárcel. Peor aún, sin embargo, era la forma en que tu equipo de investigación lo estiraba desesperadamente para hacerle encajar en el esquema aferrándose a anécdotas lamentables: el vecino que decía que había torturado a un periquito, un primo más joven al que le había quemado gravemente la muñeca.

«¿Acaso no podemos hacerlo mejor?», preguntaste. Fuiste mirando de una en una las caras reunidas en el despacho; Harrower, Notman, Gillman, Drummond, McCaig.

Toal, entretanto, permanecía sentado, sumido en un silencio ulceroso.

«Podríamos peinar las Highlands instigados por ese imbécil y lo único que conseguiríamos sería desperdiciar recursos humanos, Bob», dijiste. «Que le enseñe a un par de agentes dónde escondió supuestamente el cadáver y luego acusadle de hacer perder el tiempo a la policía».

«Eso», saltó Toal con denuedo, sin moverse apenas. «Andando», le dijo a Gillman con un seco gesto de la cabeza. Los demás aprovecharon el momento para marcharse. Toal cerró la puerta a sus espaldas; la expresión de su rostro y su lenguaje

corporal te advirtieron que te prepararas para lo que se avecinaba.

«¿Dónde demonios has estado? ¿Por qué llevabas apagado el móvil?».

«Esto no te va a gustar».

Toal no había movido ni un músculo.

«Cogí un avión a Gatwick y me entrevisté con George Marsden. Fue el responsable de la investigación del caso Nula And…».

«¡Sé quién coño es, Ray!», escupió Toal. «¡Es sinónimo de problemas!». Tu jefe sacudió la cabeza con gesto incrédulo. «¿Fuiste al sur a hacer una visita privada a un ex poli amargado mientras tu equipo buscaba a la niña desaparecida y al principal sospechoso? Estoy decepcionado contigo, Ray. Muy, muy decepcionado».

Quisiste hablar de Welwyn y Manchester, pero no era el momento. Cualquiera que hubiera estudiado este último caso a fondo habría comprendido que era completamente imposible que Robert Ellis hubiera secuestrado a Stacey Earnshaw. Y las pruebas que le vinculaban a Nula Andrews eran de lo más discutible. Pero aquello equivalía a enfrentarse a tus superiores y a los jueces. No era una guerra que te sintieras capaz de iniciar en aquel momento, y mucho menos ganar.

Toal se mostraba incrédulo. «¿Sabes que Ronnie Hamil sigue desaparecido?».

«Estamos haciendo todo lo posible por encontrarle», dijiste. Por decir algo.

«No. Es tu equipo el que está haciendo todo lo posible por encontrarle». El tono de voz de Toal era cada vez más agudo y emotivo. «No vas a resolver este caso perdiendo el tiempo en Welwyn Garden City o Manchester. ¡La familia es la clave, ya lo verás! ¡Encuentra a Ronnie Hamil, Ray!».

Asentiste tímidamente ante las palabras de tu jefe y te dispusiste a afrontar otra larga noche.

Día dos

5. Dos damas

A mediodía el tráfico escasea en la autopista, observa Lennox, sentado junto a Ginger, que ha estado inusitadamente contenido y silencioso. Eso le gusta; le sienta bien que alguien más se sienta mal. Está agotado, pero se alegró cuando la luz del amanecer inundó la habitación y le libró de su sudoroso tormento. Recuerda con un estremecimiento uno de los tortuosos sueños de la noche pasada. Estaba en el balcón de Ginger. Dentro del piso, a través del cristal, el sonriente Mr. Confectioner con una asustada Britney que luego se transformó en una aterrada Trudi. La madre de Lennox, Avril, estaba sentada en una silla mirando, casi como si diera ánimos al Pedófilo. Lennox había tirado del picaporte, pero la puerta no se abría. Golpeó el cristal hasta hacerse sangrar ambas manos. Cuando miró a sus espaldas se dio cuenta de que el balcón no tenía balaustrada. Y el área de la veranda había encogido hasta quedar reducida a un pequeño saliente.

Un bocinazo le arranca de sus pensamientos.

«¡Subnormal!», berrea Ginger mientras adelanta zumbando a un camión enorme que deslumbra a Lennox con un esplendoroso reflejo de luz solar cromada. Ginger se vuelve hacia Trudi, que está en la parte de atrás, y le pregunta: «¿Anoche me pasé de la raya en algún momento?».

«No, en absoluto», dice ella con un poco más de énfasis del necesario. «Fuisteis unos anfitriones estupendos y fue una velada muy agradable; es que ahora estoy acusando un poco el desfase horario y todo eso».

Se despiden en el patio trasero del hotel, una pequeña jungla de cipreses, robles, pinos y las consabidas palmeras, diseñada para permitir regresar discretamente a los juerguistas. Mientras la recepcionista les dispensa una sonrisa servil y cómplice que dice *esto es South Beach*, Lennox y Trudi lucen unas pintas manifiestamente resacosas.

«Necesito acostarme», gime Trudi mientras mete la tarjeta en la cerradura de la habitación, encantada de ver encenderse a la primera la luz verde.

Lleva mal las resacas, piensa Lennox mientras se dirige al cuarto de baño. En casa de Ginger durmió poco, por no decir nada, y ahora se había quedado sin antidepresivos. No puede decírselo a Trudi. Algo va a pasar. Lo nota al sentarse en la taza. Pero no en sus intestinos. En sus intestinos no va a pasar nada.

Cuando vuelve a la habitación, encuentra a Trudi acostada. Se tapa la cara con el brazo para que el sol no le dé en los ojos. Sólo lleva puesta una braguita color azul cielo. Contrasta agradablemente con su moreno de cama solar de rayos UVA. ¿Por qué no se había metido dentro de la cama? La luz vetea su cuerpo. Rebosa firmeza.

Gimnasio y dieta. Le produce cierta sensación visceral. Sus conductos salivares se activan.

Se sube a la cama y le agarra un pecho; un arrebato adolescente que le sorprende a él tanto como a ella. Trudi se aparta con una mueca de dolor. «Me duelen los pezones», rezonga a modo de protesta. «Me va a venir la regla».

Lennox, aliviado, nota que su cuerpo se relaja. Una vez más, ha conseguido evitar el sexo. No puede creerlo; parece mentira, pero se alegra. Está haciendo todo lo posible para no follársela. Lo habitual es que quiera otra cosa. ¿Cuánto tiempo hará? En la frente y la espalda le brotan perlas de sudor frío. Sabe que si no lo hacen pronto, estarán acabados.

Se meten debajo del edredón. Ella le da la espalda y Lennox se acurruca contra ella. La cucharita. Antes a ella le gustaba. La hacía sentirse segura y querida, decía. Enseguida empieza a debatirse, a sudar y a apartarle. «No me toques, Ray. Hace demasiado calor».

Ahora ella se siente atrapada. Recluida. Él se coloca boca arriba. Ella no tarda en quedarse dormida. Lennox permanece despierto, tembloroso y sumido en un infierno privado. Se acuerda del chico del pub Jeanie Deans, en el South Side de Edimburgo. Otro capullo idiota que les contaba chistes de mal gusto a sus colegas; era demasiado joven para saber algo acerca del dolor, la pérdida y el buen gusto. Una partida de póquer en el garito. Había olvidado dónde estaba.

Un niño llamado Martin McFarlane acababa de fallecer después de un trasplante de médula ósea. Era un crío valiente y muy mono y su triste historia fue ampliamente difundida por los medios locales. La comunidad le ofreció apoyo recaudando fondos para costearle intervenciones quirúrgicas en clínicas americanas u holandesas que pudieran salvarle la vida. Pero no dieron resultado, y Martin sucumbió a su enfermedad. El joven del pub le había preguntado en voz alta a uno de sus colegas: «¿Qué diferencia hay entre Martin McFarlane y Britney Hamil?». Cuando su amigo sacudió la cabeza, el muchacho le espetó: «¡Que Martin McFarlane murió virgen!».

El extremo mal gusto y el matiz local y contemporáneo hizo poner cara de asco o estremecerse a la mayoría de sus amigos. Lennox, sentado en un rincón con algunos de los muchachos de Delitos Graves de la comisaría del South Side, se levantó y se aproximó al jovencito, que se dio cuenta de que se había pasado de la raya y se disculpó de inmediato con voz entrecortada.

A todos les quedó claro que Ray Lennox había perdido los papeles cuando no hizo ademán de golpear o siquiera maltratar verbalmente al gracioso. Cuando intentó hablar, lo hizo con voz ahogada. «Lo hice lo mejor que pude…», alegó ante el aterrado humorista de bar, «hice todo lo que pude por aquella niñita…».

Lennox sólo se dio cuenta de que había caído de rodillas cuando notó que le tiraban del hombro, oyó su nombre y calculó la proximidad de una grieta en la

madera noble. Sus amigos le recogieron del suelo del pub. Uno de ellos le llevó a casa de Trudi. Ella llamó al médico y a los asistentes sociales del departamento de bienestar de la policía.

Ahora está tumbado en la cama, en el hotel boutique de Miami Beach, pensando en Britney. Intenta no pensar en el instante en que la despojaron de su virginidad, pero al mismo tiempo se siente obligado a hacerlo, como si dar la espalda a la magnitud de su terror fuese una falta de respeto y una muestra de cobardía.

Quizás estuviera ahí la locura…, quizás fuera ése el problema, involucrarse tanto…

Todo su ser se estremece. Sólo deja de hacerlo cuando, para variar, intenta pensar en la madre. Visualiza a Angela Hamil, cigarrillo en mano, al comienzo de la investigación, cuando desapareció su hija. Sintió el impulso de zarandearla violentamente y decirle: Britney ha desaparecido. Y tú ahí sentada fumando. Muy bien. Te quedas ahí fumando y dejas que nosotros busquemos a tu hija.

El sudor empapa la cama. Su corazón marca un ritmo constante e inexorable, como el directo de un boxeador en el saco pesado. Cuando intenta llenarse los pulmones resecos con el aire estéril de la habitación, la tensión le bloquea la garganta. Su cuerpo se subleva contra él; oye los ronquidos de Trudi; ruidosos y truculentos gruñidos que recuerdan los que podría emitir un peón borracho. Cuando cierra los ojos sueña con demonios que tiran de su alma exhausta hacia sus dominios. No le apetece ir con ellos pero su mente fatigada se está rindiendo.

Ya es media tarde cuando despiertan. Los dos tienen un hambre canina. Lennox tiene la sensación de que su cerebro se expande y contrae, erosionando la superficie exterior contra unos huesos ásperos e implacables.

Se preparan para salir a la calle y enfrentarse al calor. Lennox lleva puesta su camiseta de los Ramones: *End of the Century*. Decidió ponérsela en lugar de una elástica de los Hearts, pues la tela de ésta era excesiva para el calor que hacía. El algodón era mejor idea. También estaba la camiseta blanca con BELIEVE en letras granates. Pero decide que no quiere explicarle nada a nadie, ni tampoco hablar con escoceses que están de vacaciones y mentir sobre su trabajo, como tienen que hacer todos los polis cuando están entre personas reales. Se pone otro par de pantalones de lona ligera, lo bastante elegantes como para que puedan ir a comer a algún sitio de más categoría si quieren. Lleva la gorra de los Red Sox calada del revés. Trudi luce una falda blanca, corta y plisada. Sus largas piernas están morenas. Un top rosa tipo chaleco. Sus brazos también están morenos y lleva el pelo recogido en una coleta. Gafas de sol. Ya en la calle, mientras caminan en silencio, a él se le va la mano hacia su cintura. Es la primera vez que ella se pone esa falda y no le provoca una erección.

Un temor imprevisto vuelve a apoderarse de él.

Tienen hambre pero no logran ponerse de acuerdo sobre qué comer. Las resacas y el desconocimiento del lugar conspiran contra la toma de decisiones; ni a uno mismo ni a su media naranja se le puede confiar la elección. Un paso en falso daría pie a una recriminación, a un silencio inquietante, seguido de una riña. Ambos lo saben. Pero necesitan comer. Sus cerebros y sus entrañas están burbujeando a cuenta de los tequila slammers de la noche pasada.

Pasan por delante de una Cantina Mexicana Señor Frog's. Lennox recuerda que algunos de los muchachos habían acudido a un Señor Frog's durante una juerga policial en Cancún. En el comedor de la policía seguía circulando un chiste al respecto. A él le habría apetecido acompañarles, pero fue cuando Trudi y él acababan de reconciliarse y las cosas estaban en un estado de cambio perpetuo. Siempre lo estaban. Además, había ido Gillman, lo que imposibilitaba que él se apuntara al viaje. Lennox le indica el restaurante. A estas alturas, lo único que quiere Trudi es sentarse en algún lugar —el que sea— donde no haga calor. Una chica latina bonita pero de expresión severa les acompaña hasta unos asientos situados ante unas mesas de madera y les entrega unas cartas plastificadas. El sitio está medio lleno; hay algunos grupos y parejas que han salido a cenar. En la barra está bebiendo una pandilla de tipos blancos que llevan elástica futbolera a rayas rojas y blancas. Trudi se ha hecho con un periódico gratuito local y dice entre dientes algo acerca de un espectáculo en el Jackie Gleason Theatre.

«Minnesota Fats», dice Lennox al acordarse del personaje de Gleason en *El buscavidas*.

Las mesas son grandes. Como las que tienen en las salas de interrogatorio de la policía. La distancia entre Trudi y él es aproximadamente la correcta. Necesita una copa. Quiere interrogarla, pero se interroga a sí mismo, una vez más.

Despertar. Desayunar. Pasear. Doblar la esquina. El secuestro. El metraje. Las fotos.

Ahora está desesperado por beber. Lo necesita. Las camareras parecen ocupadas. «Necesito una cerveza», informa a Trudi mientras señala la barra con el dedo. «Se me va a cerrar la garganta dentro de un minuto. ¿Te apetece otra a ti?».

«Eso es lo último que quiero, Ray Lennox. ¡Se supone que estás convaleciente! ¡Se supone que estamos planeando la boda! ¿Qué pasa si viene la camarera?».

«Pídeme una margarita».

Trudi le lanza una mirada desdeñosa, chasquea la lengua y acude a su bolso blanco, del que saca la revista para novias y su cuadernillo.

Lennox se precipita hacia la barra y pide una pinta de Stella. Se queda atónito y sumamente aliviado al descubrir que la tienen de barril. Aquel fondo rojo con letra blanca: es como encontrarse con un viejo amigo. Al principio sólo un trago para

poder paladear ese sabor seco y alcohólico. Después se pimpla la mitad de un trago. Uno de los tipos con camiseta futbolera le llama la atención. Tienen acento inglés. Son del West Country. Están un poco borrachos. Las elásticas son del Exeter City Football Club. Les pregunta si se han enterado de los resultados. Le dicen que ha ganado el Exeter. No se habían enterado de ningún resultado de la Liga Escocesa. Charlan un poco; los muchachos del Exeter desean suerte a los Hearts. Lennox se sorprende al enterarse de que el Exeter ya no está en la Liga. Ahora es la Conferencia. Un presidente chiflado. Una crisis financiera. Cosas que pasan.

Lennox regresa a la mesa, donde les sirven unos chips de maíz con salsa. Acto seguido, y con gran asombro por su parte, aparecen dos margaritas escarchadas. «¿No estamos de vacaciones?», ironiza Trudi, mostrando una sonrisa seca y derrotada, con toda la frivolidad de que es capaz. Llegan los platos principales: fajita marinera para ella, burrito de carne para él.

Lennox observa con atención a Trudi mientras prepara su fajita. Prescinde del queso y los frijoles refritos y los deja a un lado. El resto lo envuelve en una tortilla de South Beach baja en hidratos. Come con bocados pequeños y económicos. Él, por el contrario, engulle su burrito a cachos enormes. En cierto momento le quema la garganta de tal forma que casi pierde el conocimiento.

En la barra, es evidente que el grupo de Devon acaba de alcanzar el punto crítico de ebriedad. Prorrumpen en un alirón: «¡OOH, AAR, EXE-TAR! ¡OOH, AAR, EXE-TAR!».

Una camarera y un barman les dispensan sonrisas indulgentes antes de que un gerente aturullado se aproxime y les recuerde diplomáticamente la presencia de los demás clientes. Los chicos del West Country apuran elegantemente sus consumiciones y se van con la fiesta a otra parte. Uno de ellos se despide de Lennox saludándole con la mano; él le corresponde.

«Unos tipos muy majos», le dice a Trudi. «Del Exeter».

«Me jugaría algo a que preferirías estar con ellos», comenta ella, frunciendo el ceño y leyéndole el pensamiento mientras los de Devon se marchan. «Con una muchachada futbolera, emborrachándote y haciendo gansadas».

«No digas bobadas», dice Lennox mientras aprieta la mano de Trudi con la mano buena.

En el camino hacia Ocean Drive, la comida le cae pesada como una roca en el estómago. Trudi quiere ver la playa pero Lennox se opone: «Mañana podemos pasar todo el día en la playa», propone cuando pasan por delante de un *dance bar* de temática selvática. Las chicas que están en la puerta bailan en la acera, vestidas con sujetadores y braguitas de leopardo, procurando tentar a la gente para que entre. Lennox no necesita que le animen. Necesita otra copa.

Entra, con Trudi siguiéndole a regañadientes. Encuentran una mesa y dos

taburetes. Lennox pide un par de Sea Breezes.

«No quiero quedarme por ahí sentada bebiendo sin parar, Ray…».

«A un sitio como éste no se viene por la cultura».

«Tú no vas a ninguna parte si no es para beber. ¡Podías haberte quedado en casa, en el BMC Club!».

La excitada sesera de Lennox goza con la idea de que nuestros cuerpos y almas ansían el veneno y anhelan la promesa sobrehumana y la locura temporal que ofrece, la oportunidad de desprenderse de todas las ataduras de la decencia, sin duda el requisito previo de la inteligencia y el amor verdaderos.

«Por lo menos yo intento disfrutar».

«¿Así lo llamas?».

Y entonces cae de golpe, por la expresión y el tono de Trudi, en lo auténticamente desesperado que está. Quisiera decir: Me muero, ayúdame por favor, pero lo que sale de su boca, en tono monocorde y mientras se encoge de hombros, es: «Sólo hago lo que me apetece hacer estando de vacaciones. Si no te gusta, que te den».

Ella le mira con gesto horrorizado y con unos ojos como platos. Mientras él observa cómo los rasgos de Trudi se encogen con malevolencia, quisiera poder aspirar las palabras que acaba de pronunciar. «¡Nah, que te den a ti, gilipollas!». Trudi se levanta de golpe, coge el bolso y se marcha con cajas destempladas.

Lennox se queda clavado en el asiento, con los brazos colgando mientras ve cómo Trudi se aleja indignada. Mira la mesa y ve que se ha dejado el cuadernillo y la revista para novias. Una suave ráfaga de viento pasa las páginas de ésta de forma pausada, de una en una, como si el espíritu de Trudi siguiera presente. Pero él piensa: *no lo ha dicho de coña*. Un raquítico motivo de consuelo no deja de repetirse en su cabeza: *al menos no he criticado su empleo en Scottish Power. Odia que haga eso*.

La camarera, apurada por haber sido testigo de la escena, llega con las copas, las deja sobre la mesa y se marcha a toda prisa. Lennox coge el cóctel que en principio estaba destinado a Trudi y se lo ventila en un periquete. Después sorbe lentamente el suyo. Al contemplar su tenebrosa belleza azul celeste, casi siente deseos de dejarlo en paz. Una pareja sentada en una mesa contigua le mira brevemente con la boca abierta antes de apartar la vista. *Soy el chalado al que todo el mundo trata de evitar*, piensa él con alegría desesperada. Acto seguido llama a la camarera y paga la cuenta. Lennox nota que una risa nerviosa y alborozada le sacude los hombros, pero cuando se levanta de la mesa las lágrimas —unas lágrimas terribles, gruesas y saladas— le surcan el rostro bajo las gafas de sol, secándose sobre sus mejillas y escociéndole.

Echa a caminar por la calle; apenas es consciente de llevar la revista y el cuadernillo. No es capaz de pensar en otra cosa que en la copa que necesita. No sólo la copa, sino también un sitio donde tomársela. El sol ya se encuentra por debajo de los rascacielos que bordean Biscayne Bay y en el aire caliente que le rodea se

acumulan turbias partículas de oscuridad.

Sigue caminando, sin conciencia alguna de lo que hace o de adónde va. Caminar sienta bien. Observar las cosas, mirar a la gente. Los edificios. Los coches. Las vallas publicitarias. Las tiendas. Los bloques de pisos. Camina hasta que se da cuenta de que el calor empieza a fatigarle y que tiene los músculos de las piernas agarrotados y con calambres. Sigue estando en una zona de ocio y playa, pero ya ha dejado atrás los hoteles coloniales de pocas plantas del distrito art déco y se está internando en una zona de hospedaje más fea, más de turismo de masas. En torno a los clubs de golf y los complejos playeros han brotado grandes hoteles y bloques de pisos con muchas plantas.

Lennox se pregunta cuánto tiempo tardaría en llegar caminando a casa de Ginger, en Fort Lauderdale. Mucho, suponiendo que sea posible hacerlo. La ciudad entera parece girar en torno al automóvil. Entonces se da cuenta de que en realidad los postes verdes y blancos delante de los que ha ido pasando son paradas de autobús. A diferencia de los ocupantes de los descapotables que pasan de largo, la mayor parte de la gente sentada en el banco de esta parada particular no parece ni blanca ni acaudalada. Le observan con inquietud. A él no le molesta. Llega un autobús y se sube, e imita al negro delgado como un palo que ha subido antes que él, introduciendo lo que cree que es un billete de un dólar por una ranura.

«Ese billete es de cinco, amigo…, ha entrado», comenta el conductor, frunciendo desdeñosamente los labios, «y no devolvemos cambio. Acabas de tirar tres dólares y medio, macho».

Lennox asiente con la cabeza y toma asiento. Lanza a los negros que van en el autobús las mismas miradas furtivas y curiosas que ellos le lanzan a él. Hasta ese momento, los pocos negros a los que había conocido a lo largo de su vida en Escocia se le habían antojado exóticos, pero ahora se da cuenta de lo tremendamente escoceses que eran. Los negros de aquí y el modo en que mueven sus cuerpos, con otro ritmo, le fascinan. Sus voces son tan distintas de las de los blancos y de los latinos que es como si fueran marcianos. Siente algo en lo más profundo y reza por que sea curiosidad, no racismo.

Sensaciones profundas. Sentimientos viscerales. Instinto.

El procedimiento. Diseñado para eliminar el prejuicio de forma científica. Seguir la ley de la probabilidad. El setenta por ciento de los asesinos conocen a su víctima. El treinta y tres por ciento son de la misma familia.

Al pasar por encima de un bache, el autobús da un salto. Lennox se estremece. Necesita estar a salvo. Necesita ser peligroso. Los pederastas están por todas partes. Seguro que en este autobús hay uno. Mira a su alrededor y topa con miradas suspicaces. Los huele, percibe su hedor.

El vehículo no va a ninguna parte; al cabo de un rato, da media vuelta y echa a

rodar en la misma dirección por la que acaba de venir él. Se mantiene ojo avizor. Tiene que combatir sus dolores. Sobrellevarlos bebiendo. Entonces lo ve, en la 14, entre Collins y Washington. El sitio donde sabe que quiere estar. Un bar. El Club Deuce.

Llega a la parte de delante del autobús, y le entra el pánico cuando éste acelera durante un trecho; parece hacer un largo recorrido después de dejar atrás el bar hasta disminuir la marcha y detenerse en una parada. Lennox se baja y va haciendo camino en dirección contraria hacia ese bunker color crema que es el Club Deuce. Fuera hay un carrito de la compra lleno de las pertenencias de un sin techo. El bar está a oscuras, gracias a unas persianas que supone que estarán permanentemente cerradas. Atraviesa una puerta de madera y de cristal y entra en el club. Está todo tan oscuro que le cuesta unos instantes ordenar los objetos que logra ver.

Domina el Club Deuce una larga barra en forma de herradura que serpentea como un río de fórmica y llega hasta el fondo del local. En una esquina cuelga una gran pantalla de plasma. Junto a la mesa de billar que está al fondo se sienta una sin techo que se asoma de vez en cuando por detrás del estor para echarle un vistazo a su carrito. Es un verdadero bar de bebedores, construido para favorecer la comunicación entre los clientes; las curvas y recodos significan que tendría que estar casi vacío para que los clientes puedan estar a cierta distancia unos de otros. Un espejo recorre todas las paredes del pub, lo que dificulta doblemente no hacer contacto visual con alguien. Comprueba la hora en el reloj enmarcado por una luz verde que está encima de la gramola.

Dos siluetas femeninas de neón, ambas tendidas horizontalmente, con las tetas y las nalgas acentuadas por una deslumbrante luz roja, impresionan a Lennox. Podrían haber sido sirenas, pero una pierna levantada en ademán seductor proclama que ambas son terrestres.

El efecto de conjunto es el de un garito sórdido pero con estilo, con un ambiente de sexo clandestino a la antigua que su encarnación actual de antro de bebedores no ha logrado disipar del todo. Lennox se sienta al fondo de la «U» formada por la herradura, junto a la puerta, detrás de un par de retratos de Humphrey Bogart y otro de Clark Gable. Se fija en dos espejos antiguos y en sus tallas recargadas. En ese instante se da cuenta de que el Club Deuce tiene que ser uno de los bares mejores y más hermosos de su categoría, mejor dicho, de cualquier categoría, existentes en el mundo.

El camarero es un tipo corpulento y tatuado, con melena, barba y bigote. Tipo ex motero pasado a la normalidad desde hace ya mucho, piensa Lennox. Tiene una sonrisa acogedora y a la vez ligeramente tímida.

«¿Qué le pongo?», pregunta, enarcando las cejas.

«Un Stolichnaya con soda». Lennox se acaricia el labio superior en busca de un

bigote ausente. Lo llevó durante años y ahora, como si fuera un amputado, padece la comezón de su ausencia.

Mientras le sirve, el camarero se fija en su camiseta con cara de aprobación.

«¿Eres inglés?», le pregunta.

«Escocés».

«Burns, ¿verdad?».

«Desde luego.» [9] Lennox se fija en lo inflamada que parece su muñeca bajo las luces del bar y echa un trago de vodka.

El camarero le estudia y por un momento piensa en explicarse antes de cambiar de opinión.

La ración de vodka es generosa; ésa era una de aquellas cosas que le gustaban a Lennox de los Estados Unidos: que te ponían lo que les daba la gana. No andaban mariconeando con esa mierda mezquina y cicatera de los pesos y las medidas. La revolución americana había valido la pena sólo por eso. Lo complementa con un botellín de cerveza europea apta para el consumo.

Se acomoda en el taburete y levanta la vista para mirar al televisor. Fútbol americano; los Bears contra los Packers. Lennox no está seguro de si es en directo o no. Le entran ganas de preguntar, pero concluye que si se trata de un resumen de lo más destacado no tardará en averiguarlo. Deja la revista de novias boca abajo encima de la barra y se guarda la libreta y el bolígrafo en el bolsillo de atrás de los pantalones. La primera copa no logra desterrar la ansiedad genérica que recorre su mente y su cuerpo; se limita a hacerla cristalizar en un nudo sólido y tumoroso que se desliza por una autopista psíquica que discurre por la accidentada calzada de su conducto intestinal y aterriza de forma plomiza en la parte inferior de su estómago.

El bar está prácticamente vacío. Dos tipos blancos flacuchos juegan a la bola negra en un rincón; por las miradas nerviosas que lanzan cada vez que se abre la puerta se diría que están bebiendo con ayuda de documentos de identidad falsos. Un poco más allá de donde está él, dos mujeres se sientan ante la barra; puede que sólo tengan veintimuchos, pero se notan los varapalos que les ha asestado la vida. En un rincón hay una sin techo que vigila sus pertenencias a través de la ventana con mirada rapaz. Del otro lado de Lennox, un gordo le habla al camarero con voz de pito disidente acerca de un impuesto que considera inconstitucional.

Lennox pide otro vodka. Y después otro. Sus generosas propinas aseguran que el camarero no deje de ponérselos. Es evidente que este hombre entiende que algunas personas, por el mero hecho de entrar en un bar solas y con intención de beber en serio, no necesariamente buscan compañía. Quieren ver si la mierda a la que han estado dándole vueltas serenos se ve más clara estando borrachos.

Piensa en si no habrá hecho mal en dejar la terapia psicológica. Pero se había cerrado en banda. No les contó a aquellos hijos de puta solapados y entrometidos

nada de sí mismo, nada que pudiera ir a parar a su expediente, pese a que le aseguraron que todo era confidencial. Después de que le recogieran del suelo del pub Jeanie Deans había asistido a dos sesiones. La mujer, Melissa Colingwood, sólo intentó ayudarle haciendo una observación, pero le irritó cuando se pusieron a hablar de la muerte. De la muerte de Britney.

«No soporto la idea de que muriera sola y asustada», le contó. «Eso es lo que me saca de mis casillas».

«Pero, en definitiva, así es como morimos todos, ¿no? Solos y asustados», le había dicho Collingwood, ensanchando los ojos con una mirada de sinceridad demasiado afligida como para no ser artificiosa. Y aquello le hizo reaccionar.

«¡Era una puta cría, subnormal!», le gritó Lennox, que salió en tromba y no se detuvo hasta llegar a Bert’s Bar, en Stockbridge, adonde había estado acudiendo desde el comienzo de la investigación. Hace caso omiso de su buzón de voz, repleto de mensajes de su monitor de Narcóticos Anónimos, un bombero jovial llamado Keith Goodwin. Sus súplicas, cada vez más insistentes, fueron la voz en off que guió su descenso hacia la inconsciencia.

Ahora no tenía antidepresivos y quería cocaína.

En la gramola suena un ingenioso tema de country and western sobre el alcohol. De forma imperceptible, el bar está más concurrido. Habrá unas quince personas. La sin techo se ha marchado. Lennox echa un trago de su cerveza. Al principio las voces se oyen más pero luego se impone la música. La cosa fluctúa. Hay idas y venidas, pero la mayoría de la gente se queda en el local, acodada en la barra.

Por el rabillo del ojo ve cómo una de las mujeres le mira mientras su amiga la azuza. Lo descarta de inmediato: no está en posesión de sus facultades y no puede fiarse de ellas. Pero la mujer se baja del taburete y se acerca a él. De complexión delgada, lleva una minifalda vaquera y un top color lima anudado por en medio para realzar sus pechos. Un piercing en el ombligo llama la atención sobre un vientre blanco del que asoma una rebaba de grasa que le cuelga sobre la cintura.

«¿Tienes fuego?», le pregunta con un acento decididamente sureño que contrasta con el acento americano estándar que parece predominar en Miami.

«Sí». Lennox saca un mechero que compró en el hotel. Lleva estampada la palabra FLORIDA sobre un fondo de palmeras. Enciende la llama que la atraerá hacia él.

Una rubia de bote con una piel de una blancura casi translúcida; la hendidura de su boca, rodeada de carmín rojo, parece una herida abierta. Tiene unos ojos hundidos y con bolsas oscuras debajo, que Lennox toma por hematomas hasta que su proximidad a la llama los delata como síntomas de fatiga. Tiene el rostro chupado. Un poquito más de carne quizás hubiera realzado una buena estructura ósea. Su ausencia casi total le da un aspecto esquelético. Lennox ve a una mujer cincelada por

las drogas, aunque supone que una mala dieta —basada en el café y los cigarrillos— podría producir idénticos efectos.

«¿De dónde es ese acento?», le pregunta ella en tono insinuante y almibarado.

«De Escocia».

«¡Genial!», exclama ella con un brío y una alegría tales que Lennox siente deseos inmediatos de haber dado otra respuesta.

«¿Estás aquí de vacaciones?».

«Vacaciones…, sí…», dice Lennox mientras piensa en Trudi. ¿Habría regresado al hotel? ¿Habría tomado ya un vuelo a casa? Seguro que no. No lo sabe. Ha perdido el norte. Echa una mirada a la mano vendada que sujeta la cerveza. Parece un cuerpo extraño.

«Me llamo Robyn», proclama ella. «Con y griega».

«Yo Ray con y griega», replica él. «Es curioso, en mi país ese nombre sólo se lo ponen a los niños», le cuenta. Le entran ganas de explicarle que sólo suele ser a pijos, pero decide ahorrárselo. «¿Eres de Miami?».

Robyn-con-y-griega sacude la cabeza. «Nadie es de Miami, pero todo el mundo acaba aquí. Mi ciudad natal es Mobile, Alabama». Se vuelve hacia su acompañante, lo que obliga a Lennox a hacer otro tanto. «Ésta es mi amiga Starry».

Ve a una mujer de alrededor de un metro setenta, de rostro alargado y con una larga cabellera azabache que le cuelga sobre los hombros. Tiene esos clásicos rasgos latinos que ha venido admirando discretamente en muchas mujeres desde que bajó del avión; unas cejas finamente depiladas hasta formar líneas esculpidas, y unos ojos tan oscuros que podrían evaporar a los incautos. Tiene una nariz larga y recta, de esas que rara vez se ven en Escocia.

La edad, el tipo de vida y quizás las circunstancias casi habían desterrado una belleza clásica, pero lo que quedaba de ella conservaba un poderío lleno de vitalidad. Los ceñidos vaqueros que lleva le sientan bien y Lennox sólo se fija en el calzado Converse All Star porque es como el que llevaba la gente de Oxgangs cuando él era adolescente. Lennox pasea la vista desde sus ojos a un top gris plateado que casi domina el formidable escote que hay detrás.

Starry le dedica una sonrisa de evaluación lenta y elegante. Prefabricada, por supuesto, pero dotada de una inteligencia calculadora que le inspira respeto a su pesar. Esta mujer es dura como el acero, pero algo le dice que se trata de un poder tan ganado a pulso como innato.

Una superviviente, piensa Lennox. *Qué ordinario y vulgar se ha vuelto ese término. Soy una superviviente de las compras navideñas. Soy un superviviente del Holocausto. Soy un superviviente de las vacaciones con la familia política. Soy un superviviente de abusos sexuales durante la infancia*. Redacta su propia lista: delitos sexuales, drogadicción, relaciones fracasadas, frustración profesional, problemas de

salud mental, vida.

Era demasiado. Está harto de sobrevivir. Ha llegado el momento de vivir. Lennox se da cuenta de que Robyn está de pie y esperando.

«¿Puedo invitarla a alguna de ustedes a una copa?».

Asienten y estipulan sus preferencias. Mientras el camarero les sirve, Lennox tiene la sensación de que le están mangoneando, pero lo único que le mosquea un poco es que las chicas parecen creer que no se ha dado cuenta. «Te presento a Ray-con-y-griega de Escocia», dice Robyn con una sonrisa.

«¿En qué trabajas, Ray?», pregunta Starry.

«Me dedico a las ventas», miente Lennox. Nunca dice que es poli cuando tiene compañía. A menos que quiera quitársela de encima.

Starry le lanza una sonrisa boba y acepta la invitación. Dirige a Robyn, poco menos que echándosela encima a Lennox. Las mujeres se sonríen. *No hay duda alguna de quién manda aquí*, piensa para sí. Las pequeñas victorias. Lo ha visto tantas veces en tantas de las mujeres a las que ha conocido a través de su trabajo.

Angela Hamil pedía muy poco. Quedó destrozada cuando su hija fue secuestrada, violada y asesinada. Pero no parecía que su ira fuera real. La vida la había vencido mucho antes; actuaba como si esperara e incluso se mereciera el horror que le había tocado en suerte. No era sino un sufrimiento más que añadir a los ya padecidos.

Delitos Graves.

Lennox piensa en el título de su departamento y las actividades que le daban nombre. Asesinato. Violación. Lesiones. Secuestro. Atraco a mano armada. Evidentemente, la mayoría de las personas que cometía delitos graves se encontraba muy mal. Pero muchas de las víctimas también. Con excesiva frecuencia, era el mismo cúmulo de circunstancias el que provocaba el encuentro entre la víctima y el autor del crimen.

«Escocia debe ser un país estupendo», le dice Starry con su voz norteamericana más genérica.

Lennox sonríe con desgana. «No está mal».

«Lo digo porque parece que sigas con la cabeza allí. Te voy a decir lo que pienso: sólo suele haber un motivo para que un extraño entre en un bar desconocido y se ponga a trasegar copas de la manera en que lo has estado haciendo tú. Y ese motivo es una mujer extraña».

Angela Hamil. Trudi Lowe.

«Mujeres extrañas. Sí, hay unas cuantas sueltas por ahí», replica Lennox.

«¿Y qué tal van las ventas últimamente?», pregunta Starry, impregnando el comentario inofensivo de una enigmática sordidez.

«Pues no van mal. Ya sabes cómo están las cosas», replica enigmáticamente Lennox a su vez, entrando en el juego.

Ella le mira como animándole a decir más y después le pregunta: «Entonces, ¿qué es lo que vendes?».

«Nunca hablo de mi trabajo cuando alterno», dice él. «Lo único que puedo decir es que lo importante no es la mercancía, sino la clientela».

Starry parece encantada con esta réplica tan anodina. Vuelve a tirar de su amiga y Lennox trata de averiguar de qué va el juego mientras las chicas cambian de sitio con la energía nerviosa de unos púgiles sonados y traumatizados en un gimnasio sórdido, evidentemente a punto de empezar a ganarse el jornal. «Eres mono», sonríe Robyn. Lennox sabe que está borracha, que probablemente lo estén las dos, pero Starry lo lleva mejor.

Mientras charlan, sus orejas quedan rápidamente insensibilizadas ante el glamour superficial del acento americano; se las imagina en cualquier pub de barrio cutre de Edimburgo. Una vida entera consumiendo tabaco parece llevar a todo el humo que hay en el bar a concentrarse en torno a la piel grisácea y la ropa barata y hortera de Robyn, como las limaduras de hierro en torno a un imán.

«Así que conoces a unas cuantas mujeres extrañas», comenta Starry mientras los ojos se le van hacia la mano vendada de Lennox. «¿Quiere eso decir que eres un hombre extraño? ¿A quién pretendo engañar? ¿Acaso los hay de otra clase?».

Lennox ha hecho sparring verbal en demasiados antros de Edimburgo como para que unas cuantas pullas feministas apolíticas le sorprendan con la guardia baja.

«A nosotros se nos da muy bien hacer el bobo», dice, añadiendo a continuación: «Pero cuando se trata de locuras, las chicas nos ganáis por goleada. Somos así y punto».

Starry se ríe y abre las mandíbulas de tal forma que da la impresión de que podría tragarse el bar entero y a toda la gente que contiene. Lennox se queda mirando fijamente la caverna rosada y con nervaduras de su boca, la lengua roja que parece una alfombrilla de bienvenida y que se convierte rápidamente en una serpiente enroscada y amenazadora. «¡Y que no se os olvide!».

«Discúlpenme un momento, señoras, mientras atiendo a la llamada de la madre naturaleza». Lennox se desliza del taburete y se dirige a los servicios situados en una esquina del bar.

¿Por qué le llamarán «excusado» los americanos?

Lennox siente auténticos deseos de excusarse. De tenderse en ese suelo embaldosado lleno de pis de hombre, cuero de zapatos, porquería y ceniza y dormir como un bendito. En su lugar, estira la mano lesionada y empieza a retirar el vendaje elástico con la buena. El apósito está manchado y despide un olor desagradable. Le recorre un espasmo de temor, y casi espera toparse con un objeto atrofiado y gangrenado de color negro y verde. De hecho, tiene la mano agarrotada, roja y un poco hinchada, con aspecto inflamado en torno a los nudillos; cuando intenta cerrar el

puño le lloran los ojos. Pero a todas luces sigue siendo su mano, y lo más probable es que esté en vías de soldarse. Le confía la tarea de sujetar y orientar su pene, pues no soporta ver su orina, oscura y estancada, salpicar el metal de la letrina.

Lennox se lava cuidadosamente las manos y le da la bienvenida a la otra al seno de la familia de nuevo.

Le costó treinta y cinco segundos agarrarla, meterla en la furgoneta, amordazarla e inmovilizarla con cinta aislante, y salir pitando.

Mete las manos debajo de la secadora. Disfruta de la sensación de calor contra su cazo, entumecido y dolorido.

Cuando Lennox vuelve a aparecer, las dos mujeres le miran. Starry ha cogido el número de *Perfect Bride y* lo está hojeando. Pero ahora hay alguien más por medio, otro hombre que ha aparecido de entre las sombras del fondo del bar y que se aproxima a las mujeres al mismo tiempo que Lennox. Éste mira a Starry con cara de desconcierto.

Lennox se da cuenta de que el tipo es más o menos igual de alto que él, uno noventa aproximadamente, y que también anda por la mitad de la treintena. «Me dedico a las ventas», le dice con una sonrisa radiante a Starry y Robyn, sin hacer el menor caso a Lennox, que hierve de indignación silenciosa. *El cabrón este ha estado haciendo oreja mientras yo hablaba, y ahora se está sobrando.*

Cogiéndole del hombro, Lennox le hace dar la vuelta. «Te voy a decir yo a lo que te vas a dedicar como no te vayas a tomar por culo ahora mismo. A meterte en líos. En líos que te cagas. ¿Me explico?».

El tipo pestañea, desconcertado.

«¡Eh…!», empieza Starry, dejando la revista encima de la barra, «¡eso no viene a cuento!».

«Oye, amigo…», empieza el otro, pero Lennox constata que cualquier certeza que pudiera tener se está evaporando.

Está que echa chispas. El tipo le ha caído pero que muy mal. «No soy tu amigo. ¿Te enteras?».

«Lo que tú digas…».

«Exacto. Ahora vete a tomar por culo».

El tipo se encoge de hombros, muestra las palmas y regresa discretamente al rincón de la barra del que salió.

«¿De qué iba todo eso?», pregunta Starry, evidentemente disgustada.

«No me ha caído bien», dice Lennox sin quitarle los ojos de encima al tipo en cuestión, que apura su copa rápidamente y se marcha.

«Parecía majo», dice Starry, mirando a Robyn.

«No sé, a mí me pareció un poco repulsivo».

«De eso tú debes saber mucho, nena».

Robyn hace una leve mueca y se encoge de hombros, a la vez que se vuelve hacia Lennox con una sonrisa tensa.

Starry parece dejar de lado su ira. «Vámonos a otra parte, si os parece».

Deliberan sobre adónde ir. Lennox cree que debería regresar al hotel y hacer las paces con Trudi. Empieza a acusar el cansancio. Pero no se siente capaz de enfrentarse a ella. Mejor esperar a que esté dormida.

«¿Qué es esto?», le pregunta Starry, enseñándole la revista para novias. «¿Estás planeando una boda?».

«Sí. Pero no la mía», dice él, sorprendido ante la naturalidad tan consumada con que su boca profiere falsedades. La diferencia entre un poli y un maleante es que a nosotros nos pagan un sueldo y mentimos mejor, le dijo una vez su mentor, Robbo. «Eso es lo que vendo», matiza. «Bodas; todo el paquete».

«¿Eres planificador de bodas? ¿Como en la película esa de Adam Sandler?», chilla Robyn, encantada.

«Pues sí». Lennox mira a Starry, que sonríe lúgubremente antes de que en su teléfono móvil empiece a sonar «Won't Get Fooled Again». Se disculpa y se va hacia la puerta del bar para contestar.

«Imagino que será un trabajo alegre. Muy divertido», dice Robyn.

«Es estresante, pero muy animado a ratos».

Starry regresa; le apetece ir a un sitio llamado Club Myopia, pero Robyn se muestra reticente. «Tengo que volver pronto con Tia».

«Estará perfectamente», dice Starry. «Sólo una copa. Tengo aquí una cosita».

A Robyn se le ilumina la mirada. «No me digas que has…», dice antes de interrumpirse.

Lennox sabe que la cosita en cuestión es coca. Es lo que desea. Lo que necesita. Una raya de polvo blanco. Algo que le dé fuerzas y le permita no pensar en niñas muertas. Algo que consiga que no le importe nada. Robyn le informa de que el Club Myopia está a unas cuantas manzanas al sur. Le pillaría de camino al hotel. «Yo te guardo esto», le dice con una sonrisa mientras guarda el número de *Perfect Bride* en el bolso. «Como se quede sobre la barra acabará muy sucia».

«Gracias», dice Lennox, que le guiña un ojo como gesto de agradecimiento antes de que salgan a la calle y bajen caminando por Washington Avenue hasta llegar al club.

A modo de identificación Starry y Robyn le enseñan al portero sus carnés de conducir. Lennox le muestra su pase de la Autoridad Policial de Lothian and Borders, que contiene una vieja foto suya con bigote. El portero, un hombretón negro, le mira a los ojos con una imperceptible y adusta inclinación de la cabeza. Lennox vuelve a guardarse la tarjeta en el bolsillo, cuidándose de que no la vean las chicas. Se muere de ganas de que saquen la coca. Casi puede verla, sudando dentro del envoltorio en el

bolso de Starry. Por la concentración que delata su mirada, Robyn parece estar pensando lo mismo.

El Myopia es un club de música dance y ellos son los más viejos del lugar, a la deriva entre un mar de gente joven, guapa, en forma y musculada. Starry y Robyn no desperdician un segundo y se dirigen a los servicios. Desaparecen durante tanto rato que Lennox teme que se hayan escabullido. Primero se inquieta y luego se siente ansioso, solo y de pie ante la barra, empapado por las pulsaciones de la música y las luces estroboscópicas, mientras jóvenes bien vestidos le estudian con expresión de desaprobación. Las chicas llevan vestidos cortos y ajustados, en su mayoría monocolores, ceñidos a sus cuerpos como por obra de la electricidad estática. Las camisas predominantemente vistosas de los chicos ponen en evidencia la cutrez de su camiseta de Los Ramones. Se acuerda de Michael Douglas en la escena del club nocturno de *Instinto básico*, acallando la voz de su conciencia con la convicción de que él nunca podría resultar tan ridículo.

Su nerviosismo va en aumento. Se da cuenta de que le observan desde la barra. Es el tipo del Club Deuce, el vendedor listillo. Sacando fuerzas de la ira, Lennox se lanza hacia la pista, serpentea entre la multitud retozante hasta llegar al fondo de la sala, y luego vuelve bruscamente sobre sus pasos y se coloca detrás del tipo, que estira el cuello mientras escudriña la pista para ver si le ve.

«¿Buscabas a alguien?», grita por encima de las vibraciones del equipo de sonido y sobresaltándole. «¿Qué demonios quieres, bailar conmigo o qué?».

«Mira, yo…», empieza hasta que Lennox le silencia con un gesto de la mano, la que tiene fuerza en los dedos, cogiéndole de su delgada garganta y asfixiándole hasta acallarle.

«No. Mira tú. No sé de qué cojones vas, pero vas a dar media vuelta y vas a sacar tu culo por la puta puerta ahora mismo», exige a la vez que aprieta un poco más. «¿Sabes cómo te digo?».

En su mirada atemorizada calibra la magnitud de su propio rencor homicida. Consciente de que hay gente observando la escena, le suelta. El hombre se aparta con respiración entrecortada y frotándose el cuello. Uno de los porteros ha visto parte de lo sucedido, pero, al igual que Lennox, se conforma con seguir al vendedor con la mirada hasta la salida.

Aguarda ansiosamente a las chicas, y pide otra copa para compensar, sin éxito, la adrenalina que se le escapa. Se ordena a sí mismo permanecer quieto sin hacer nada, diciéndose que la auténtica compostura volverá a él como un bumerang si mantiene la fachada el tiempo suficiente. Cuando por fin vuelven, Robyn con un aspecto particularmente rubicundo y animado, le ofrecen discretamente la farlopa en una bolsita de cierre hermético.

«Pensé que me habíais dejado tirado», comenta con una sonrisa.

«De eso nada», dice Robyn. Es consciente de la confianza que le infunde la cocaína. Sólo un tirito y puede ser la que siempre ha deseado ser. Lo entiende. Starry no la necesita. Echa hacia atrás su melena rizada y le sonríe de oreja a oreja. Él se dirige a los servicios de caballeros. Los cubículos son endebles y tienen puertas pequeñas. No ofrecen tanta intimidad como los del Reino Unido. Se puede ver por las rendijas o incluso asomarse por encima si uno quiere. *No nos preocupemos*. Prepara una gran raya encima de la cisterna. Parece buena farlopa. La corta más fina con su carné de identidad de la policía de Lothian and Borders. Por un instante piensa en Trudi, que seguramente estará en la habitación del hotel, y luego en Keith Goodwin y en la buena labor que había hecho con los de Narcóticos Anónimos. ¿Tan buena había sido? Está a punto de arrojarla por la taza del váter. Piensa en el rostro de Britney: frío, azul y magullado; en Mr. Confectioner regodeándose. Todo por la taza del váter.

La raya los sume en el olvido y Lennox vuelve a la pista dando grandes zancadas, como un coloso de mandíbula protuberante. Starry y Robyn están bailando; él se mueve sin esfuerzo con ellas, siguiéndolas, lascivo e invencible. Los demás bailarines captan su energía, el desprecio radiante que siente por ellos. Retroceden ante él como los pigmeos que son. Lennox recuerda de forma indolora sus infidelidades pasadas, que echaron a perder las cosas entre él y Trudi la primera vez; cada una de sus conquistas había sido como una baratija en una pulsera de colgantes hecha de joyas falsas, y todas y cada una de ellas habían tenido lugar cuando se sentía exactamente como ahora.

Se pregunta por qué lo hace, aparte de por el subidón de la cocaína, claro. Su prometida está en el hotel, o eso cree. A Lennox siempre le atormenta la noción de que el gran acontecimiento, la gran fiesta, transcurre en alguna otra parte. Su radar —esa sensación de angustia a flor de piel— le dice que ése es el caso. Después se da cuenta de que es poli y de que la gran fiesta siempre transcurre en otra parte, a saber, en la vida de paisano. Y si se topara con ella, su papel no consiste en sumarse, sino en ponerle fin. Ahora, sin embargo, durante dos semanas, va a ser paisano. Y aquí se está bien. *El mundo se desmorona a nuestro alrededor, ¡coño!, y menos mal que hay gente demasiado nueva o sencillamente demasiado estúpida para subir a esa pista de baile y comportarse como si la fiesta acabara de empezar*.

Starry se aparta el pelo de la cara y responde a su mirada de depredador con una mirada dura y despiadada propia. «Vamos a ir a casa de Robyn», dice, mirando a su amiga.

«Estás invitado», dice Robyn. «¿Quieres venir y meterte un poco más de *blow*?».

Por *blow,* él entiende que se refiere a coca, no a marihuana, droga que aborrece.

«Vale. ¿Dónde?», grita por encima de la música.

«Vivo en Miami».

«Creía que estábamos en Miami».

«No, esto es Miami Beach, tonto», le regaña juguetonamente Robyn. «Miami está al otro lado del paso elevado».

«Es verdad». Se acuerda de que tanto Trudi como Ginger se lo explicaron.

Salen a la calle en pleno subidón. Lennox intenta llamar a un taxi pero Starry le para. «Ahí viene un autobús», dice, indicando con la cabeza al vehículo que se aproxima. «Es más barato».

Esta vez paga la suma estipulada. El autobús va lleno de borrachos: el ubicuo teatro itinerante del transporte público de madrugada. Encuentran unos asientos libres al fondo; Lennox se coloca junto a la ventana, con Robyn a su lado y Starry enfrente. Está hablando en español por el móvil. Robyn parece inquieta, y enseguida empieza a contagiar a Lennox. El autobús no tiene ventanas en la parte trasera, lo que contribuye a aumentar su nerviosismo. Es antinatural no poder ver de dónde viene uno.

«¿Con quién hablabas?», pregunta Robyn recelosamente cuando su amiga termina de hablar.

«Con unos amigos de la cafetería», le explica Starry mientras le acaricia el cuello y entra en detalles sobre sus movidas en el trabajo. «Ese Mano… es tan mamonazo…».

Después de bordear la costa, de pronto el vehículo se desvía y atraviesa un trecho de mar sobre un largo puente, y entra en lo que Lennox cree que debe de ser Miami propiamente dicho. Starry rasca con la uña algo de purpurina pegada a la ventana del autobús antes de darse cuenta de que está del otro lado. Entonces aparece el puerto, con sus imponentes grúas y sus buques de carga. Pero lo más impresionante son los cruceros, alrededor de una docena; parecen bloques de apartamentos flotantes, grandiosos pero eclipsados por las grandes torres del centro de Miami, centinelas inmensos que vigilan la bahía. Lennox está impresionado; mientras tanto, la coca le retumba en la cabeza y le hace sentirse fuerte. Le rechinan los dientes. Lo que quiere son esas misteriosas luces amarillas que brillan sobre las aguas del otro lado de esa inmunda y viscosa bahía negra. Quiere formar parte de todo eso, lejos de la luz del día y de las novias vestidas de blanco impoluto.

6. Fiesta

Bajo una tenebrosa mortaja de oscuridad casi total, iluminada sólo por salpicaduras de luz procedentes de los descollantes rascacielos del distrito comercial, el centro de Miami se le antoja a Lennox un lugar no sólo duro y descuidado, sino también siniestramente desierto. Se confirma esa impresión cuando ponen los pies en la estación de autobuses del Government Centre. Gran parte de las grandes torres de apartamentos que se ven un poco más adelante están en construcción. Parecen un silencioso ejército de zombis que surge de la tierra en grados de composición diversos pero sin la certeza de qué hacer a continuación. Unas gigantescas grúas esqueléticas parecen alimentarse de ellos cual monstruosas aves de presa.

«Sale más barato coger un taxi aquí», le explica Starry mientras caminan con la determinación y la arrogancia de la ebriedad hasta la parada de taxis contigua a la terminal del autobús. Para la mayoría de pasajeros, las paradas anteriores, en Port of Miami, Omni Station, American Airways Arena y el distrito venido a menos de las pequeñas joyerías, han sido el punto de descenso. Ahora sólo tienen delante a un borracho solitario, cuyo gesto desconcertado y boquiabierto cuando arranca el autobús indica que se ha bajado ahí por accidente. Lennox levanta la vista para mirar los pilares de soporte y las vías del Metromover que serpentean alrededor de los edificios de la ciudad; Miami le recuerda Bangkok más que ninguna ciudad estadounidense o europea que haya visto con anterioridad. El único edificio antiguo que ha visto ha sido el grandioso edificio de los juzgados de Dade County, impresionante y hermoso, con sus escalinatas y pilares, una casa solariega rodeada de imitaciones de mal gusto.

Suben a uno de los tres taxis que están esperando. Robyn tose por culpa de su cigarrillo, espetándole con voz ronca a un conductor receloso una dirección que a Lennox, sentado en el asiento de delante, se le antoja toda números. Del espejo del taxista cuelga una bandera que a Lennox le parece de Puerto Rico. El poli que lleva dentro deduce enseguida que la profesión más peligrosa de Miami no debe de ser la de policía ni la de bombero. Para los taxistas, la mayor parte de ellos inmigrantes pobres, ser asesinados es un riesgo profesional. Ahora la mayoría de las gasolineras de veinticuatro horas eran de autoservicio y los empleados de las tiendas estaban invariablemente encerrados detrás de cabinas antibalas; además, las tiendas estaban dotadas de buzones de seguridad. Pero trabajar en aquellas calles desiertas, con llamadas en frío y transacciones en metálico, parecía una empresa de lo más arriesgada.

Atraviesan lo que parece un sector yermo de la ciudad donde no se ven casas; lo

único que parece haber son comercios al por menor, baratos y de mal gusto. Abundan las tiendas cutres con persianas de acero, pero Lennox aún no ha visto un solo bar ni tampoco nada que indique la existencia de una vida social. Cada vez más preocupado, pues le parece que ya ha recorrido distancia suficiente, percibe el nerviosismo del taxista tras la pantalla de Perspex. La estridencia de sus voces delata que Robyn y Starry están discutiendo en el asiento trasero. Sale a relucir un niño muerto, el hijo de Starry. Oír eso le consume. Deja de prestar atención y se concentra en la ciudad circundante. Miami propiamente dicho parece un animal muy distinto de Miami Beach; la ciudad está llena de pasos elevados como ese al que acaban de subirse, y durante un rato parece que se dirigen al aeropuerto. Entonces, de repente, dan un viraje y salen de la arteria de hormigón, descienden por una vía de salida y llegan a un barrio en el que desemboca 17th Street. Es como caerse del borde de un mundo y aterrizar en otro. «Bienvenido a Little Havana», dice Starry en un tono ligeramente destemplado, enarcando una única ceja curva y recobrando la efervescencia que Lennox creía que había perdido desde el incidente de antes con aquel desconocido.

«En realidad no estamos lo bastante al sur para estar en Little Havana», declara Robyn con cierta estridencia. «Más bien es como Riverside».

«¡Anda ya! Lo que pasa es que no quieres que la gente sepa que vives en un barrio cubano», la provoca Starry, bromeando sólo a medias y transformándose por un instante en una latina a lo Rosie Pérez.

«Información de última hora», dice Robyn. «Esto es Miami. Todos los barrios son cubanos».

Lennox siente vergüenza ajena ante el insulso vocablo empleado por Robyn, «Riverside». En Escocia, los urbanistas habían intentado rebautizar a Leith y demás comunidades de la ribera como «el área portuaria de Edimburgo». Dado que Leith estaba asociado con el Hibernian Football Club y él era hincha de los Hearts, disfrutaba refiriéndose a su piso nuevo como situado en «el distrito portuario».

«¿Te das cuenta?», pregunta Starry mientras mira a Lennox, «¡los gringos sois incapaces de distinguir entre un barrio latino y otro!».

Lennox tiene que admitir que sus ojos apenas detectan diferencias entre las calles escasamente iluminadas que atraviesan, todas ellas divididas en bloques uniformes. Esta zona no parece inmensamente próspera, pero tampoco es un gueto. La mayoría de los hogares de estos bloques son viviendas de una planta. Cuando atraviesan las callejuelas que los separan, las luces de interior y las de los porches iluminan algunas de ellas, mostrándole, al mirarlas más de cerca, que no hay dos viviendas idénticas. Algunas de las fachadas y de los jardines están cuidados hasta rozar lo obsesivo. Otros son auténticos basureros. Lennox supone que habrá una mezcla de propietarios y alquilados. El piso de Robyn es distinto; se encuentra en un bloque de apartamentos con control de entrada, y el edificio, además de tener una entrada donde se puede

aparcar, tiene una fachada de estuco y está pintado de color naranja pastel e iluminado por lámparas de pared. Un panel de aluminio con portero automático anuncia que hay doce viviendas, cifra que confirman los buzones de un pasillo sobrio y funcional iluminado por luces nocturnas de baja intensidad.

Está acostumbrado a subir las empinadas escaleras de los bloques de apartamentos de Edimburgo, pero la impaciencia química y la ligera pendiente de los peldaños embaldosados le obligan a subirlos de dos en dos, con zancadas largas y extensas. El piso de Robyn está en la última planta, dos pisos más arriba de la planta calle. Mientras busca una llave entre el caos de su bolso, cuchichea «¡Chitón!» al abrir la puerta. Lennox nota la mano de Starry apoyada en su culo. La deja posarse ahí un poco antes de marcharse por el pasillo, pasando por delante de una mesa con un teléfono presidido por una pizarra vileda llena de números y mensajes. Intrigado, Lennox se aleja con rapidez y entra en un cuarto de estar cuyos enseres hacen pensar en un piso amueblado; el sofá de cuero negro, con un echarpe de color beige y sillas a juego, pertenece a algún ubicuo almacén de mobiliario de los años ochenta que parece alquilarlos en todas las ciudades que ha visitado. Están sobre un suelo de roble en medio del cual hay una alfombra que parece más cara de lo que seguramente es. Hay una mesita de centro de cristal ahumado llena de revistas; el brillo estridente de la luz que se refleja desde arriba sobre los accesorios para cocaína parece desafiarle. Un nicho, con flecos formados por bombillas de colores, conduce a una pequeña cocina de baldosas de terracota.

«Bonito piso», comenta Lennox.

Robyn le cuenta que lleva un año ahí. Vino desde el sur de Alabama y se trasladó a Jacksonville con su hija (a él la palabra *daughter* le suena a «Dora») en busca de trabajo. Cuando se quedó sin él se fue más al sur, primero a Surfside, donde trabajó brevemente en una residencia de ancianos, y luego aquí. Le explica que el alquiler es barato y que quedaba cerca de su trabajo en un centro de día. «Pero tuve que dejar de trabajar allí», dice con expresión culpable, «para pasar más tiempo con mi hija».

«¿Qué edad tiene?».

«Diez años». Se ruboriza de orgullo, y luego se marcha a ver cómo está la niña.

Mientras se marcha, Lennox sorprende a Starry mirando a su amiga con una maldad elemental tan ponzoñosa que por un instante ella se aturulla al darse cuenta de que él se ha fijado. Echa la cabeza defensivamente hacia atrás, frunciendo los labios para exhibir el lustre de su lápiz de labios.

Robyn regresa y cierra la puerta del salón a sus espaldas. «Completamente dormida», anuncia con alivio. Le cuenta que su hija ha tenido problemas en el colegio. La mayoría de los niños hablaban español en casa y en el patio, así que Tianna, que es como se llama la niña, se siente aislada. «Últimamente se ha vuelto muy retraída», dice con tristeza, antes de captar el ceño fruncido y la expresión de

desaprobación de Starry, por lo que cambia rápidamente a modo alegre y simpático, «pero oye, esto es una fiesta, ¿no?».

«Eso es», corrobora Lennox mientras se desploma en el sofá; entonces ve una mancha oscura en el suelo de roble que asoma por debajo de la alfombra. Está a punto de comentarlo y se reprime por muy poco. Aquello era una fiesta y él estaba de vacaciones. Investigar asesinatos, no. Planear bodas, no. Vacaciones, sí.

Starry le lanza otra mirada despectiva a Robyn, que da la espalda a Lennox y se vuelve hacia el reproductor de CD. Él la sigue con la mirada para evitar los ojos rapaces de Starry, pero la nuca fina y envejecida del cuello de Robyn le recuerda perversamente la de su padre la última vez que se vieron. Robyn pone un CD y cuando el aire se llena de sonidos poperos de mala calidad, se levanta y tira de él para ponerle en pie. La música es insulsa, e impregna la habitación de versiones de clásicos rocanroleros sin garra, lo que fuerza a Lennox a pensar en su viejo amigo Robbo, aficionado al *soft rock*, en los supermercados y en lo que los norteamericanos llamaban «elevadores».

Robyn se arrima a él; mientras bailan pegados, él percibe la inmundicia que desprende y se ahoga bajo la sofocante capa de sordidez con la que ella los ha rodeado a ambos. El responde de forma automática cuando ella muerde sus labios entumecidos, pues la cocaína vuelve casi soportable el humo de tabaco que despide su aliento. Tiene los ojos tan vidriosos y mortecinos como los de Marjorie, la muñeca favorita de su hermana mayor. Lennox recuerda haber «amado» y «querido casarle» con Marjorie de pequeño, y haber codiciado aquel juguete al menos tanto como su mandona hermana.

Una vez le había contado aquella historia a Trudi. «Te gusta que las mujeres sean juguetes pasivos», había bufado ella de forma poco caritativa, antes de subirse a horcajadas encima de él y cabalgarle hasta dejarle en carne viva.

Trudi. No puede dejar que Robyn le atonte con sus besos. Capta la mirada de Starry y el gesto que hace con la cabeza hacia la mesita de centro, se separa de Robyn y se acerca a unas rayas ya preparadas. Starry ha dejado el ejemplar de *Perfect Bride* encima de la mesa, donde se ha fundido con una sucesión de revistas femeninas, de televisión y de famosos. Lennox coge una gruesa revista de papel satinado llamada *Ocean Drive*; sospecha que es una de esas revistas gratuitas que regalan en las boutiques y los hoteles. Una rubia célebre por ser heredera y no disfrutar demasiado mientras su novio se la follaba delante de una cámara, hablaba de su música y explicaba que era lo que mejor se le daba. Lennox recordaba haber visto el vídeo, que estaba a la venta, en una despedida de soltero de la policía. No valía gran cosa; esperaba que cantara mejor.

Enrolla un billete y se llena las fosas, aprovechando su generosa cavidad nasal. Nota el subidón enseguida. Es perica de la buena. Levanta la vista y mira a Robyn,

que le sonríe.

«¿Qué tal cantas? ¿Eres capaz de seguir una melodía?», le pregunta él.

«Supongo», dice ella, ladeando coquetamente la cabeza y provocando en Lennox una mezcla de atracción y repulsión.

Lennox se dirige al cuarto de baño; esta vez se fija en su orina, tan espesa que haría tenerse en pie a una cuchara, y que tiñe el agua de color oro anaranjado. Estando solo, sus facultades críticas toman el relevo de sus facultades sociales. Por todas partes hay indicios de buenas intenciones y de falta de fuerza de voluntad: una botella de colutorio bucal vacía y llena de polvo que obviamente lleva meses ahí. Un tubo de sellador sin abrir junto a una ducha que gotea y que ha formado un charco de agua sobre las baldosas de terracota del suelo. Una pila oxidada que asoma de la parte trasera de una depiladora averiada.

Cuando vuelve al salón ve a Robyn sentada; los ojos se le van hacia sus muslos y se detienen entre sus piernas. Ella se da cuenta y se recuesta en el sofá, alisándose la falda corta en un gesto de recato paródico.

Es mercancía averiada: vocecita de niña y coquetería vacua. Una víctima lamentable. Su niña seguramente saldrá igual. Pero tengo que tener cuidado con la farlopa: ahora mismo la metería hasta por el agujero de la cabeza de un delfín.

Starry ha preparado las bebidas; Millers para todos acompañados por vodka y Pepsi, y también hace más rayas de cocaína sobre la mesita de centro. Más es mejor: primera ley del capitalismo consumista. Segunda ley: la inmediatez lo es todo. Lennox presiente que se van a poner hasta las cejas. Starry percibe el ansia en su mirada. «Venga, *Scattie*[10]», le dice con ademán coqueto. Él se acuerda de Braveheart, el perro, y está a punto de probar la fosa más estrecha de las dos cuando aparece en el umbral de la habitación una niña en camisón.

Su tez morena contrasta con la palidez de su madre, pero la niña tiene no obstante un aspecto casi espectral. Por los lados de un rostro alargado cuelga un pelo castaño que le llega hasta los hombros. Se despereza, frotándose los ojos de una forma muy obviamente teatral. Avergonzado, Lennox interrumpe de inmediato su actividad y se pone en pie.

«Hola. Me llamo Ray», le dice, interponiéndose entre la niña y lo que hay encima de la mesa.

«¡Tianna Marie Hinton! Vuelve ahora mismo a la cama, señorita, esto es el horario de los mayores», declara Robyn en un tono muy nervioso, que Lennox imagina que podría emplear en privado una de esas mujeres que aparecen en los anuncios de inmobiliarias de South Beach, quizás después de enterarse de una caída del mercado. Durante todo ese tiempo, Robyn mira a Lennox con una expresión que oscila entre la vergüenza y la borreguez. La niña le echa una breve mirada por primera vez. Es una mirada fría. De evaluación más que de juicio, pero indica que él

es algo que ya tiene visto de otras veces. Algo que no es bueno.

Entonces Lennox cae en que mientras ellos andaban tonteando en el Club Deuce y el Myopia de Miami Beach, ella ha estado sola. Eso no estaba bien. *A los niños no hay que dejarlos solos de esa manera. Britney Hamil nunca debería haber ido caminando al colegio sola*. Siente que la ira aflora a la superficie e intenta ahogarla con un trago de cerveza. Durante todo ese tiempo, interpone su cuerpo entre la niña y la mesa. Mientras ella está distraída por las atenciones de su madre, Lennox tapa las rayas blancas con el número de *Perfect Bride*. Y vuelve a pillar a Starry mirando a Robyn con aire despectivo.

«No podía dormir», se justifica la niña. «Os he oído entrar». Mira a Lennox otra vez y codea ligeramente a su madre en busca de corroboración.

«Éste es mi amigo Ray, cariño. Ray es de Escocia».

«De donde los hombres llevan falda, ¿no, Ray?», se burla Starry.

«Así es». Lennox apenas le hace caso y se concentra de nuevo en la niña. Tiene los brazos y las piernas demasiado largos para el cuerpo. Su pelo está hecho una mopa escuálida y parece toda huesos. Una especie de patito feo y desgarbado. Pero la mirada…, en su mirada capta el destello fugaz de un saber terrible. Por un instante Lennox tiene la deprimente sensación de que pide auxilio al mundo. A continuación la mirada desaparece y lo que queda no es más que otra niña somnolienta, ayuna de cariño, seguridad y sueño.

«A la cama ahora mismo, ¿me oyes, cariño?», dice Robyn.

La niña se marcha de la habitación farfullando y despidiéndose someramente con la mano, sin volverse. Entretanto, Starry cambia el CD y sube el volumen; la atmósfera se inunda de música cubana. La intimidad de Lennox con este género musical empieza y termina por *Buena Vista Social Club*, película que vio con Trudi, quien le compró el CD. Le había gustado, pero se sintió avergonzado cuando Ally Notman, el dinámico y joven poli ligón de su equipo, lo vio y le puso a parir por ser uno de esos «lectores progres de *The Guardian*». Algunos de los chicos habían acabado en su casa para tomar una última. Se acuerda de la gélida presencia de Dougie Gillman, su amargado y perturbador Némesis, que les había seguido toda la noche. Pero esta música no tiene nada que ver con aquélla. Con sus punzantes compases, sus arrolladoras cuerdas y su discreta sección de viento, es lo más triste que ha oído nunca. Pese a los coros en español y sus pretensiones de ser cubana, no deja de tener la sensación de que es un producto local de ese barrio de Miami. Reprime el impulso de preguntar por el artista; es más, le aliviaría no volver a escuchar jamás su terrible belleza.

De vez en cuando, se pregunta por Trudi. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? Estaría en la habitación del hotel. Inmersa en una de sus dos actitudes a la vez sublimes y triviales: «preocupadísima» o «me importa una mierda». Puede que ambas

a la vez.

«Al carajo», cuchichea Lennox, dando botes en el sofá y riéndose melancólicamente antes de que Starry se arrime y vuelva a levantarle. Bailan juntos un poco antes de que se les sume Robyn. Se están poniendo sexys. Lennox medita especulativamente acerca de los tríos. ¿Acaso no es eso lo que necesita para volver a experimentar su virilidad: *¿extremis?* Funcionó la última vez que el trabajo y las drogas se confabularon para cauterizarle cuerpo y alma. Pero entre Starry y Robyn, pende una corriente desagradable. Compiten áspera y abiertamente por sus favores. Restregándose cada vez más contra él, con miradas sugestivas y ojos cada vez más abiertos por la necesidad, la agresividad tensa sus bocas. Piensa en la noche anterior, en el Torpedo. Nota cómo Robyn se le echa encima y le rodea el cuello con los brazos, colgándose de él como un traje de una tienda de beneficencia, en una puja temeraria por marginar a Starry.

Entonces suena el timbre y mientras él se da cuenta de que ha aparecido más gente, Lennox nota que sus fosas, incluso llenas de mocos, absorben el aroma del pelo de Robyn. El puntito de la coca actúa en sintonía con el compás, el alcohol y el desfase horario. Una ola de agotamiento abrumadora le impulsa a cerrar los ojos durante unos instantes, y contempla las manchas moradas que explotan y se arremolinan en el universo que tiene en la cabeza.

Entonces nota que Robyn se aparta de él. Cuando abre los ojos se enfrenta a un rostro curtido y ceniciento, de cabello corto y gris aplastado contra el cuero cabelludo, lo bastante engominado y en punta para que se vean los surcos dejados por el peine. Pertenece a un delgado hombre de raza blanca, de aspecto fibroso y fuerte, sin embargo, que le fulmina con una mirada de reptil, no sólo a él, sino también a Robyn. Tanta proximidad le induce a retroceder un paso. Después ve una camisa de tela vaquera metida dentro de unos pantalones del mismo material. Al bajar la vista ve unas zapatillas de color blanco brillante, o, como las llaman a este lado del charco, bambas. El recién llegado saluda secamente a Lennox con un gesto de cabeza y una sonrisa tan leve que habría hecho falta una cámara móvil para captarla. Acto seguido le dice a Robyn, en un acento country de baja fidelidad: «¿Ya has estado de tiendas otra vez?».

«Este es Ray», responde Robyn a modo de disculpa. Lennox percibe no sólo una historia, sino también asuntos pendientes.

«Me llamo Lance, Lance Dearing. Mucho gusto en conocerte, Ray», anuncia con una sonrisa mientras le tiende la mano. A pesar de lo violento que pueda resultar, Lennox la coge estratégicamente con la mano buena, la izquierda, aliviado por haberle presentado ésa al comprobar la fuerza con que se la agarra. «¿Te has reventado un cazo?», pregunta Dearing, indicando con la cabeza la mano derecha, que cuelga junto al costado de Lennox.

«Un accidente industrial», replica éste con desfachatez.

Pero es evidente que Lance Dearing es capaz de leer la inquietud que delata su rostro cuando le dice con calma: «No te preocupes lo más mínimo, Ray, no has ofendido a nadie. Aquí todos somos perros lo bastante viejos como para disfrutar de nuestros placeres allí donde los encontramos. Sin hacer preguntas. ¿No es así, chicas?».

Starry exhibe sus dientes nacarados y enarca las cejas cual ejecutivo de una multinacional de comida rápida que ha vendido tanto el semblante como el alma a la empresa. Robyn sonríe débilmente mientras sirve diligentemente unas copas a Lance y al tipo que le acompaña, un latino rechoncho y fornido. Su grasienta cabellera le llega hasta los hombros, y la barbilla tiene aspecto de rascar más que el papel de lija. Mira a Lennox con manifiesta hostilidad.

«Éste es Johnnie», dice Lance con una sonrisa.

«Tú debes ser el tipo que no es de por aquí», declara Johnnie con voz rasposa y mirando a Lennox de arriba abajo. Su cabeza parece demasiado grande para sus rasgos faciales, incrustados de forma poco caritativa en el centro de su rostro. Los años, presiente Lennox, acentuarán el efecto y, como un trinquete colocado en su cerebro, estirarán la parte de arriba y los lados de su cráneo, empujando la mandíbula hacia fuera. Tiene unas manazas de matarife impresionantes; el cuerpo compacto y los ojos furtivos insinúan a un tipo dispuesto a coger lo que quiere sin esperar demasiada resistencia. Desmiente esta idea una barriga fofa que llena una camiseta con el eslogan: CAMBIO COCA POR SEXO.

«No creo que sea el tipo en el que estás pensando, Johnnie», dice Lance, mientras le dedica una sonrisa a Lennox. «Pero tengo entendido que te dedicas a las ventas».

Putas ventas, piensa Lennox. *¿De qué va todo esto?*

«Así es».

«Yo también», dice Lance, provocando una risita de Starry.

«Pero imagino que este caballero no se dedicará al mismo tipo de ventas que tú», dice Johnnie, riéndose.

«Seguramente no», dice Lance, con fingida tristeza. «Pero, bien mirado, para mí que hay dos tipos de vendedores: los buenos y los malos. ¿No te parece, Ray?».

Mientras Lennox guarda silencio, la sonrisa caprichosa de Starry le dice que fue con ellos con quienes habló antes por teléfono. Desde luego, su presencia es una sorpresa para Robyn, y por lo visto no muy grata. Lennox se aparta y se sienta en el sofá. En este tipo de situaciones, el silencio siempre es lo mejor. Lo tiene comprobado.

Escudriña la habitación, pero siempre acaba volviendo a mirar las piernas, las caderas o el culo de Robyn. Es consciente de que quiere follársela, pero concluye, avergonzado, que seguramente sólo es porque esa posibilidad se ha complicado con

la llegada de Lance y Johnnie. Ahora mismo le valdría cualquiera. Algo se ha desatado detrás de su polla.

Prepara otra raya del pedrusco que hay en un paquete más grande que Starry acaba de colocar encima de la mesa, en vilo en todo momento por si reaparece la niña, y vuelve a dejarlo abajo. Se fija en el grabado de una mujer semidesnuda que hay en la pared. Después vuelve a pensar en Johnnie y Lance. La inquietud que sintió ante su intrusión ha desaparecido. Ahora que su temor se está evaporando, tiene ganas de que la cosa estalle. Sólo siente una ira negra, serena y constante. Ya no piensa en Britney Hamil, pero cuando lo hace, sabe que podría acabar con cualquiera que la hubiera matado.

Y le apetece matar. Hacer daño no bastaría. Un negro estado de ánimo le recorre las venas como un veneno. Conoce esas caras: la sonrisa burlona y de reptil de Dearing, la mirada ausente y porcina de Johnnie. ¡Ay, si supieran el peligro que corren! Le rechinan los dientes hasta imaginar que oye crujir el esmalte. Pero es un poli. En el extranjero. *Cálmate de una puta vez*.

Así que se acerca a la cocina y saca otra cerveza de la nevera. Para amortiguar los subidones de la coca. Robyn le sigue. Quiere follársela a ella y matar a los demás. Starry incluida. Sobre todo a Starry. Tenía algo que le había alterado. Aquella presencia proteica: sexy un minuto, maligna y manipuladora al siguiente. Cambió cuando aparecieron los tipos esos. Lo había notado. Lo vio en su mirada. Quizás sólo fuera la coca. Era buena. No tenía demasiada química. Puede que fuera porque se estaba metiendo toda su farlopa. Se pregunta si no debería ofrecerle algo de pasta a cambio. Nota un fajo de billetes de veinte en el bolsillo.

No puede pensar de forma lateral. Sus patrones de reflexión son lineales, como una locomotora de alta velocidad que se dirige a toda máquina a su destino.

Lo único que puede hacer para poner fin a esto es meterse más coca. Le ayuda a dejar atrás sus pensamientos. Vuelve al cuarto de estar; Robyn le sigue y le suelta un rollo acerca de signos astrales; levanta el ejemplar de *Perfect Bride*. Las rayas que había procurado ocultarle a la niña están intactas. Starry se acerca y prepara otras dos para Lance y Johnnie. Ahora los otros tres ya no son nada; no son una amenaza, sólo una fuente de drogas. Le anima la convicción de estar en su derecho. *De vacaciones. Trudi la mojigata*. Starry tiene otra gran bolsa de merca. Un pedrusco enorme. Podría ser una noche larga. Una noche muy, muy larga que dura media hora. Todos se meten otra raya. Ahora Lennox necesita la droga más que nunca. Recuerda cómo se sentaban junto a los servicios en el Grapes, el bar de los polis jóvenes, o en el piso de alguien, muchas veces el suyo, esnifando y presumiendo de cómo habían encerrado a ese cabrón, amenazado a ese otro, reventado a aquél y cómo acabarían pillando al otro hijo de puta. Pero el vitriolo de verdad no lo reservaban para los delincuentes, sino para sus jefes: los superiores del cuerpo y los políticos nacionales y locales. Los

subnormales que lo jodían todo, *los que convertían su trabajo en una mierda*, eran ellos.

Lennox ha pasado por lo que él llama el «rollo de la rehabilitación», y sigue asistiendo a reuniones regulares de Narcóticos Anónimos. Sabe cómo la droga te aplana como una flor silvestre hasta convertirte en algo que se parece a ti pero que no es más que una representación unidimensional de tu persona. Algo áspero y volátil, todo burlas y mofas, que hace retroceder los límites de tu violencia verbal, física y sexual.

Aquella chiquilla en Tailandia; no era más que una cría, joder.

Las vacaciones con los muchachos en Bangkok. Las chicas eran muy jóvenes, pero con las chicas asiáticas nunca sabías a qué atenerte…, eran tan delgadas y menuditas. Y, a fin de cuentas, estábamos de vacaciones. Borrachos en aquel bar de Patpong, la chica tailandesa con el pelo teñido de rubio que se sentó en mi regazo mientras Notman cuchicheaba en tonos beodos: «Para saber de qué color tiene el coño una mujer, hay que fijarse en las cejas, no en el pelo».

¿Se habría comportado así el incorruptible George Marsden con el blazer planchado? ¿O se habría comportado como se supone que tienen que comportarse los polis? ¿Y cómo se suponía que tenían que comportarse los servidores de la ley cuando no estaban de servicio? Trabajar juntos. Divertirse juntos.

Entonces vi a la que estaba con Gillman: no era más que una niña. Le dije que la dejara. «Está pagada, coño, así que se va a llevar lo suyo», contestó él. Yo iba borracho. Discutimos. Aparté a la rubia de un empujón. Saqué a la otra del regazo a Gillman. Él se levantó y me arreó un cabezazo que me dejó tirado en el suelo; después Notman me ayudó a meterme en un taxi. Tuvimos que esperar siglos en el hospital de Bangkok para que me pusieran la nariz en su sitio y encima mal. Después me contaron que pagó con la chiquilla mi intervención de tres al cuarto. No era más que una niña. Era una chiquilla hasta que le hicieron lo mismo que a Britney y la redujeron a…

Tienes que dejar de pensar.

La raya le sube por la nariz. La cara de Britney se desvanece y da paso al rostro de la mujer atractiva y con aspecto de putilla que tiene delante.

Robyn. De algún modo, esa voz empalagosa, irritante y de niña se va volviendo sexy. Una belleza sureña: la Scarlett O’Hara que hace de contrapunto a su Rhett Butler. *Way down in Alabama*. Ella le pregunta pudorosamente: «¿Te apetece acostarte un rato, cariño?».

Y Lennox sabe que aunque tuviera ganas de follarse al mundo, haría falto algo extremo, violento y perverso para que su pene fláccido se pusiera lo bastante duro para cumplir. «Espera un poco», dice, rellenando su vaso de vodka. Se siente atrapado en un sucio vórtice de su propia cosecha.

Lance Dearing se arroja en picado sobre él y le da la tabarra. En apariencia le habla de pesca, pero Lennox es consciente de la carga que llevan las palabras pronunciadas bajo los efectos de la cocaína y de que Dearing trata de establecer presencia, poder y dominio. «Ayer saqué del mar a un cabronazo enorme. Me llevó un rato y por un momento pensé que iba a romper el sedal, pero no le dejé levantar cabeza. Eso fue: no le dejé levantar cabeza. Una vez que había picado el anzuelo, ese pringao ya no iba a ir a ninguna parte».

Así que Ray Lennox se tranquiliza, sonríe levemente y responde con monosílabos. Mientras se fija en la cara curtida del tipo, ve cómo despide babillas por una de las comisuras de sus labios; no siente nada; Lance ni le gusta ni le disgusta. ¿De qué otro modo podría ser? Son unos desconocidos que van puestos de coca. Que les rechinan los dientes. Son obstáculos a sortear el uno para el otro: conductores de Fórmula 1 que tratan de rodear conos de tráfico a alta velocidad. Se arrojan mutuamente ráfagas breves de descalificaciones íntimas y feas, y ambos dejan al descubierto el mismo nervio del ego en carne viva. Entonces Lance se levanta y se pone a bailar con Robyn, que evidentemente le teme, así como a la sonriente Starry, y Lennox medita acerca de su suerte.

No puede casarse con Trudi. Si alguna vez estuvieron destinados a casarse ya lo habrían hecho. La conoció cuando ella tenía dieciocho años y él veintisiete. Hace ocho años. A él acababan de concederle su segundo gran ascenso. Inspector de policía Lennox. Iba ser el jefe de policía territorial más joven de Escocia, le dijeron, y sólo bromeaban a medias. Pero después nada. Mantener la cabeza por encima del agua. Esnifar más cocaína. Entonces Trudi y él se separaron.

Tres años más tarde, sin embargo, volvieron a salir. Él había vuelto de Tailandia y estaba desenganchado; asistía a Narcóticos Anónimos y practicaba *kickboxing* otra vez. Se encontraron en un gimnasio nuevo que él estaba probando. Él no lo sabía, pero ella era socia. Un café. Ponerse al día. Ninguno de los dos tenía compromiso. La chispa. Seguía allí. Ponerse al día. Una cena. Una película. Un café. Cama. Ponerse al día. El sexo; mejor que antes. Trudi: ahora era una rata de gimnasio acicalada y con confianza en sí misma en lugar de una adolescente regordeta. Él: una máquina de follar abstemia; la obsesión carnal lo dominaba todo. Hizo caso omiso del consejo de varios compañeros del cuerpo: segundas partes. Cuidado. Mala jugada.

Pero ella le quería. Le quería porque era una causa perdida y su propia vanidad era lo bastante fuerte para convencerla de que, con su modalidad particular de amor severo, Ray Lennox, el *Proyecto Lennox*, podía llegar a buen puerto. Podía convertirse en un supermán jubilado, criador de buenos niños escoceses y protestantes, que destacarían no sólo en el ámbito académico sino también en los exámenes para el ingreso en la universidad y en deportes, y se convertirían en modélicos ciudadanos del mundo, como los escoceses han hecho siempre. Al menos

los que están destinados a la exportación.

Trudi se dio cuenta de cuánto había cambiado. Madurado, era el término que solía emplear. La primera vez que volvió a tocarle fue para recorrerle la nariz con un dedo. «La tienes un poco torcida», le dijo.

«Tuve un accidente en Tailandia. Me la rompí», le explicó, mirándola a los ojos. «Fue lo que me hizo dejar la farlopa. Me di cuenta de lo que me estaba haciendo y de lo que me estaba perdiendo».

A ella le gustó lo que vio.

Pero vio lo que quiso ver. Él estaba hecho polvo. Adoptaba una fachada estoy-de-vuelta-de-todo cuando por dentro estaba para *chopped*. Lennox, el tipo tranqui con los nervios hechos trizas. Su viejo socio Robbo siempre le tuvo bien calado.

A veces dar puñetazos y patadas al saco ayudaba. Hacer guantes. Cultivar la fuerza, la velocidad y la confianza que llevaba aparejado. Conquistar el derecho a fanfarronear, consciente de que otros hombres sabían que no era un farol, que detrás había algo. Pero a veces, cuando pasaba algo malo de verdad, sólo hablar ayudaba. Pero en Edimburgo sólo se hablaba cuando se bebía, y la cocaína ayudaba a beber y a hablar durante más tiempo. El caso Britney Hamil fue ese algo malo de verdad. Muy pronto empezó a pasar apuros en Narcóticos Anónimos, y a sufrir y sudar sin ganas en el gimnasio. Cada vez que hojeaba el registro donde tenía que lidiar con todas aquellas caras de pederastas, ansiaba la coca más que nunca.

«Venga, cariño», dice Robyn, ya frustrada y yendo al grano, «quiero follar». Su feroz desesperación le recordó a la stripper de Fort Lauderdale, e incluso a Trudi. «¿Tan mal suena? ¿Es tan egoísta?».

Lennox piensa: *pues sí, so guarra, tu hijita está en la habitación de al lado*. «No. Pero yo no quiero follar. Entiéndeme», se atasca, saboreando con denuedo el poder del rechazo por un instante, «es que no puedo, he tomado demasiada coca».

Robyn lanza una mirada furtiva a Lance y Starry, inmersos en un sensual baile latino. Con sus muecas pantanosas y sus desdeñosos cuchicheos, se diría que conspiran para destruirles a ambos. Entretanto, Johnnie está sentado en el sillón, meditabundo y colérico, lanzando malas vibraciones con la mirada. Lennox se fija en el rostro encogido y angustiado de Robyn. «Vámonos a la habitación de al lado a acostarnos un ratito», le cuchichea en una súplica indisimulada. «Necesito estar con alguien, Ray. Estoy jodida, mi vida se está yendo a la mierda. No sé lo que voy a hacer. Si no fuera por Tianna…, ella es lo único bueno que he hecho en toda mi puñetera y triste vida…».

Ella no se da cuenta de que la han oído y que los demás han estado escuchando la conversación. «Suena divertidísimo», se burla Starry, «¡una víctima profesional y un tipo que no se la puede follar!».

«¡Pero mira que eres zalamera!», exclama Lance, poniendo los ojos en blanco

mientras Johnnie se ríe con ganas. Ahora la discordia es oficial.

«¿Por qué tiene que ser tan mala la gente?», chilla Robyn, que coge a Lennox de la mano mala y le obliga a seguirla hasta la puerta: «¿Por qué? ¡Es cruel que te cagas!».

«Ay, danos un poco de tregua», salta Starry con desdén. Lennox la oye reírse. «Volverá cuando necesite más farlopa».

«Para mí que dentro de unos veinte minutos», añade Lance en tono burlón, como quien sabe lo que dice.

Lennox se encuentra con que le están alejando de la bolsa de coca, la fuente de su poder. Cómo adoramos aquello que nos mata. Sigue estando rígido por todas partes menos donde importa mientras Robyn le arrastra hasta la cama, se arrebuja la falda y exhibe una braguita color carne con el lema: EL COÑO ES MÍO: LAS REGLAS LAS PONGO YO.

Echa a un lado la prenda, dejando al descubierto una tupida mata de pelo púbico que recuerda al corte mohicano de un punk, y besándole en la boca. Lennox percibe su asqueroso aliento a tabaco rancio, y nota cómo se le contrae la mandíbula. Robyn se aparta de sus labios sellados e inflexibles y se acuesta. La luz permite a Lennox verla encoger la mandíbula hasta fundirse con la obscena y abotargada carne de su cuello, que parece haber surgido de la nada y le recuerda aquella rana exótica que hincha la garganta de forma tan instantánea como impactante. Lennox se queda de piedra, como un insecto en las inmediaciones de esos ojos hipnóticos y desorbitados. Así que ella vuelve a incorporarse y se coloca encima de él, desabrochándole la bragueta y metiéndole la mano dentro de los pantalones y calzoncillos; sus dedos ansiosos hacen repetidamente la misma pregunta sin obtener la respuesta que ansían.

Se le escapa un bostezo de agotamiento entre subidones de cocaína. Lennox intenta contenerlo, pero se zafa de su rostro, casi provocando una contracción espasmódica de su mandíbula. Oye a Robyn jadeando desesperadamente, «Sexy…, chico sexy…».

Seguramente no ha pasado mucho rato desde la medianoche, pero él ya nota el amanecer del día siguiente sobrevolándole en él espacio.

Al echarle una mirada a Robyn comprueba que sus ojos siguen desorbitados, como los de un científico loco. «Puedo excitarte, Ray. ¡Sé lo que os gusta a los hombres!».

Se acerca tambaleándose al armario que está junto a la cama y saca un par de esposas forradas de piel de un cajón. «Podemos hacer cualquier cosa que quieras. ¿Quieres atarme a la cama? Puedes hacer lo que…».

Un grito de terror que no cesa llena el aire interrumpiendo a Robyn. Lo primero que piensa Lennox es que parece el de una niña. Entonces tanto él como Robyn se dan cuenta de que es su hija. Está chillando. Lennox se sube la cremallera y sale

corriendo hacia el origen del ruido con Robyn siguiéndole. Abre la puerta del dormitorio de la niña de un empujón. Dentro se encuentra a Johnnie, encima de la cría, que no para de forcejear, intentando taparle la boca con la mano. Johnnie ha echado la ropa de cama a un lado y tiene la otra mano dentro del camisón de la niña.

Lennox se acerca de un salto y coge a Johnny por su lacia cabellera; al principio apenas consigue agarrarlo debido a la grasa de su pelo, y después acusa el dolor de la mano mala al sacarle de encima de la niña y de la cama. Johnnie grita y sus alaridos se suman a los chillidos de Tianna, regulares como una alarma antirrobo, mientras Lennox le arrastra por el suelo y le patea.

Después Lennox nota cómo le retuercen el brazo izquierdo tras la espalda, y a continuación un dolor cegador y ardiente que se extiende desde el hombro y le lacera el alma, produciéndole náuseas. Golpea hacia atrás con el talón contra una rótula; la presa se afloja. Lennox se zafa y se encuentra cara a cara con un Lance Dearing que cojea con una mueca de dolor en el rostro. «¡Ya basta!», le amenaza, empujando a Lennox por el pecho y llevándole de nuevo hacia el salón mientras éste sacude el brazo en un intento de recuperar algo de sensibilidad. Se pone de lado y empuja con el hombro para recobrar la compostura y mantenerse firme, con el brazo todavía inutilizado colgando. «¡Saca a ese hijo de puta de su puto dormitorio!», grita. Oye el llanto de la niña mientras su madre y Starry discuten histéricamente y él se abalanza hacia delante y echa a Lance Dearing a un lado. Dearing le agarra y vuelve a intentar aplicarle una llave, pero Lennox le ve venir y comienza a recobrar la sensibilidad en el brazo izquierdo. Se zafa del agarre de Lance y forcejean, tambaleándose hacia delante, cayendo encima de la mesita de centro de cristal y rompiéndola.

«¡Mi puto pedrusco…!», grita Starry mientras la cosa y los cristales rotos caen sobre la alfombra y el suelo de madera.

Los dos hombres, que no se han cortado de milagro, se ponen de pie dificultosamente. Lennox es el primero en levantarse y volver corriendo al dormitorio. Sacude a Johnnie un crochet de derecha en la mandíbula, lo que hace arder de dolor su nudillo lesionado. Robyn persigue a Starry a gritos y, captando la expresión suplicante de la niña, Lennox la coge de la mano y entra con ella a la carrera en el cuarto de baño, donde se encierra.

«¡No dejes que se me acerquen!», aúlla Tianna, atemorizada y sentada sobre la tapa del inodoro, mesándose el cabello.

«No te preocupes, chiquilla, no pasa nada», le susurra Lennox con la mano derecha palpitante y el brazo izquierdo dolorido, «es que todos hemos bebido demasiado. Nadie va a hacerte daño».

«Intentó…, ¡le dije que me dejara en paz! ¿Por qué no me dejan en paz?».

«Está bien…». Lennox intenta emplear un tono tranquilizador, porque oye el estruendo de las discusiones que transcurren fuera; la histeria estridente de Robyn; el

desprecio amenazador de Starry. Después la voz de Lance Dearing desde detrás de la puerta, serena y autoritaria: «Tenemos que tranquilizarnos todos. Venga, salid de ahí».

«¡No!», chilla Tianna.

«Tia, cariño», gimotea Robyn.

Lennox acerca la cara a la puerta y grita a través de ella: «¡Escuchadme! ¡Sacad de aquí a ese gordo hijo de puta! No lo pienso repetir. ¡Ya!».

Puede que sus posibilidades con esos dos y con la psicópata de Starry sean escasas. Y la niña ya ha visto de sobra. La puerta va a seguir cerrada.

Tianna mira al hombre que la está protegiendo. Puede que, sin embargo, sea igualito que los demás, y quiera hacer algo malo con ella. Estaba hasta arriba del polvo ese de locos que tomaban todos. Se aparta y mira al loro de plástico que descansa sobre el alféizar alicatado de la ventana. El que le compraron en Parrot World, con Chet y Amy. Ojalá estuvieran los tres en el barco en este momento, lejos de este lugar horrible.

Desde el foso de las serpientes de fuera, Lennox oye a Johnnie protestar de forma casi inaudible, diciendo algo que suena como: «Me gusta el sabor de los coñitos jóvenes, eso es todo».

«¡SACADLE DE AQUÍ DE UNA PUTA VEZ!», ruge contra la puerta, volviéndose para echarle una mirada fugaz a la niña sentada encima del retrete.

Entonces vuelve a oír la voz de Dearing: serena, conciliadora, controlando la situación. «Vale, de acuerdo. Lo haremos a tu manera, Ray. Lo haremos a tu manera. Hemos perdido todos un poco el control con la cosa esa tan tonta. No empeoremos las cosas. Johnnie ya se va. Me lo voy a llevar y voy a traer café a las chicas de la cafetería que está abierta las veinticuatro horas. Así nos tomamos un tiempo para tranquilizarnos todos. ¿Me oyes?».

«Sí. Sácalo de aquí».

Tras algunas negociaciones se oye el ruido de la puerta principal al cerrarse de golpe. Fuera: ruido de pisadas sobre los escalones de la escalera embaldosada.

Lennox se da cuenta de que el corazón le palpita con fuerza. Se sienta en el borde de la bañera. La desdichada niña, temblando sobre el inodoro, llora silenciosamente. *Una cría no debería tener que aguantar toda esta mierda*.

«¿Estás bien?».

Asiente, abatida; sus facciones contraídas apenas se ven a través de sus cabellos.

«¿Te ha hecho daño?».

Tianna sacude lacónicamente la cabeza. *Es evidente que está en estado de shock*, piensa Lennox.

La niña deja que el pelo caiga delante de su cara y le observa desde detrás de su escudo. El tiene la misma mirada loca que los demás. Puede que sea el alcohol y las

drogas. Pero parece fuerte: quizás tanto como Johnnie o Tiger.

Aguardan un rato. Él está casi convencido de que todos se han marchado, pero de repente oye cerrarse de golpe la puerta de un armario, y a continuación los pasos de una única persona, seguidos por el ruido de la puerta principal al cerrarse.

Lennox abre cautelosamente la puerta del cuarto de baño. Al salir, oye cómo se cierra cuidadosamente a sus espaldas. Echa un vistazo alrededor del piso. «No hay nadie. Se han ido todos», dice. Al cabo de un par de minutos, la niña sale con recelo del cuarto de baño. «Tu madre volverá pronto. Vuelve a la cama, venga», le pide. «No dejaré entrar a nadie más. Sólo a tu mami».

«¿Lo prometes? ¿Sólo a mamá?».

«Sí», insiste Lennox. «Vuelve a la cama, por favor».

Mientras ella, vacilante, se dirige al dormitorio, Lennox se acerca a la puerta principal e intenta recoger los cristales rotos. El número de *Perfect Bride* está entre las ruinas; la sonrisa de sacarina de la novia vestida de blanco de la portada resulta espectacularmente incongruente en semejante entorno. Es obvio que Starry ha llevado a cabo una operación de rescate de la coca, pero en la alfombra todavía queda un poco. Por un segundo se plantea intentar aspirarla con un billete de dólar, pero después la patea y la pisotea con el talón de su bota.

Lennox se dirige al recibidor y corre el cerrojo de la puerta. Todo aquel que quiera entrar tendrá que pasarle a él por encima primero. Cuando vuelve al salón, ve el sofá; agotado, se desploma agradecido en él.

7. Edimburgo (2)

Pese a lo agotado que estabas, aquel viernes por la mañana saliste de puntillas de tu piso de Leith como un ladrón novato, sintiéndote culpable de haber arañado unas horas al sueño. Fuera hacía un día fresco y vigorizante; las hojas otoñales estaban oscureciendo, y te detuviste a tomar un exprés doble en el Stockbridge Deli, apurándolo antes de cruzar la calle y dirigirte a la jefatura de policía. Para el personal de la casa aquello era Fettes, pero en lo que se refiere a la población general nunca logró arrebatarle ese título al viejo colegio privado que estaba al otro lado de la calle. Mientras los pájaros piaban entre la luz incipiente que comenzaba a extenderse sobre el pavimento gris, tú ibas pensando en lo bien que ese pequeño sector de Edimburgo definía no sólo a la ciudad, sino al Reino Unido en general. La solemne institución docente para los ricos, que descollaba sobre la jefatura de policía, como si supervisase su propia vigilancia de Broughton, el instituto de segunda enseñanza para las masas.

Britney Hamil llevaba dos días desaparecida, pero a los empleados de la librería Forbidden Planet de South Bridge sólo les costó cinco minutos hacer saltar por los aires las fantasías acerca de Gary-Forbes-El-Hombre-Más-Malvado-de-Gran-Bretaña. Éstos declararon a Amanda Drummond que en el momento de la desaparición de Britney había estado allí hojeando libros, como casi todos los días. Le acusaron, como habías pronosticado, de hacer perder el tiempo a la policía después de arrastrar a dos agentes uniformados por unos bosques de Perthshire durante media tarde.

Ronnie Hamil era harina de otro costal. Con todo, no se había informado de nada tras el registro de su piso de Dalry. La gente del barrio dio fe de sus erráticas correrías, y se estableció por consenso general que era un personaje bronco y de aspecto desaliñado que llevaba una existencia marginal y apestaba siempre a tabaco y alcohol. Sabías que no tardaría en aparecer, que seguramente estaba refugiado en alguna parte borracho perdido; esperabas con todas tus fuerzas que fuera en compañía de su nieta, sana y salva.

La desaparición de Britney fue primera plana en todos los medios. En la pequeña y claustrofóbica habitación compartida por el equipo de investigación, empezó a hacerse sentir un ambiente de estado de sitio a medida que rostros crispados miraban boquiabiertos a Angela Hamil en Sky News, suplicando emotivamente por el regreso de su hija a pesar de los tranquilizantes. Gary Forbes nunca había sido un candidato serio, pero la desilusión de tu equipo seguía siendo manifiesta. Con la posible excepción de Amanda Drummond, te miraban como lo habría hecho una pandilla de bebedores empedernidos en el instante en que uno de ellos pide un zumo de naranja.

Tenían sangre en la comisura de los labios. No iban a dejar de devorar. A una manada de leones hambrientos no se le podía decir que acababan de abatir a la cebra equivocada. No habías estado tan cerca de Gillman desde las vacaciones en Tailandia. En varias ocasiones te llevaste la sorpresa de descubrir que tamborileabas nerviosamente con los dedos en la nariz.

Pero seguía sin haber pistas del hombre al que todo el mundo buscaba. Acompañado por Amanda Drummond, visitaste a Angela Hamil. La desesperación y el sentimiento de culpa ante el hecho de haberte mostrado menos que entusiasta en relación con el candidato más evidente te indujeron a ser implacable. Te sentaste en el desgastado sofá de Angela con una taza agrietada de té con leche en la mano.

«Tu padre está en el paro y tú trabajas todo el día. Y él, ¿nunca te echa una mano con las niñas?».

Como respuesta a tus insinuaciones, Angela bajó la vista; tenía los ojos cansados y ojerosos. «No se le dan bien los críos», farfulló mientras daba otra calada reconfortante al cigarrillo antes de apagarlo.

Su pasividad y su resignación te irritaron y tuviste que hacer un tremendo esfuerzo para que no se te notara. «¿Por qué no confías en tu padre para que te ayude con las niñas?».

La respiración de Angela se aceleró mientras encendía otro cigarrillo; era como si temiese que introducir aire no acompañado de tabaco en sus pulmones pudiera resultarle fatal. Podías imaginártela olvidándose de llevar los cigarrillos encima un día y cayendo fulminada en plena calle camino de la tienda de la esquina.

«No se le dan bien ese tipo de cosas», dijo con voz ronca.

«No estaría de más que fuera capaz de ocuparse de ellas durante unas horas», insististe tú, echándole una mirada fugaz a Drummond, que tenía los ojos como platos. «Para echarte una mano».

«Mi hermana Cathy me ayuda…, a veces viene por aquí…», aseguró Angela Hamil en tono inquieto. No se le daba bien mentir. Amanda Drummond la miró con una expresión comprensiva.

Tus preguntas se hicieron más duras. «¿De verdad? ¿Cuándo fue la última vez?».

«No lo sé. ¡No me acuerdo!».

Tragaste con fuerza, tratando de extraer algo de oxígeno del humo que te rodeaba. «Voy a ser muy franco contigo, Angela. Estoy haciendo esto porque tu hija ha desaparecido y hace varios días que nadie ha visto a tu padre. ¿Me explico?».

La mujer se estaba cociendo a fuego lento en el silencio que pendía en el ambiente. La mano que sostenía el cigarrillo, que iba consumiéndose lentamente, se contrajo espasmódicamente.

«¿Me explico?».

Angela Hamil asintió lentamente, seguida por Drummond.

«¿Tu padre te ha dado alguna vez motivos para que pensaras que se había comportado de forma incorrecta con las niñas?». Tras una breve pausa, prosigue: «¿Se comportó así contigo cuando eras pequeña?», añadiste sin alterarte, escrutando el terrible hieratismo de aquella mujer. Sentiste que se desmoronaba poco a poco por dentro. «Contéstame, por favor», insististe en tono grave, como un perro casi a punto de empezar a gruñir. «Podría estar en juego la vida de tu hija».

«Sí…», jadeó casi sin aliento. «Sí, sí, sí lo hizo. Nunca se lo había dicho a nadie…». Sus mejillas hicieron implosión bajo una inhalación masiva. Apenas podías creer la velocidad a la que consumió el cigarrillo. Extinguió la colilla en un gran cenicero azul y encendió otro. El pánico apareció en la superficie de su piel cetrina. La observaste mientras languidecía ante su arremetida. «¿No creerá…», y se vino abajo, «que él y Britney…, no, Britney…, no…»; Drummond se acerca a ella y rodea sus delgados hombros con un brazo. «Como la haya tocado», amenazó su rostro arrugado, «cuando le ponga las manos encima…».

Esas amenazas vacías e impotentes, pensaste con desdén. «Sé que esto es muy penoso. Amanda, ¿te importa quedarte con Angela?», preguntaste mientras asentías con la cabeza, pero el astuto guiño que le dedicaste a Drummond añadía: descubre todo lo que puedas.

No tenías el menor interés en los detalles. Saliste a la calle y llamaste a Bob Toal. El jefe tenía razón, tú estabas equivocado. Ronnie Hamil era un pederasta, y ahora ibas a perseguirle sólo a él, renunciando a todos los demás. Desempolvaste todo el metraje de cámaras de videovigilancia que pudiste en el área de Dalry durante los últimos días, rebobinando y adelantando a partir del instante de la desaparición de Britney. La dificultad residía ahora en la abundancia de material; la casa de Ronnie estaba cerca del estadio de Tynecastle y en el vecindario había cámaras para dar y tomar. Intentar identificar una imagen del abuelo a partir de las multitudes de hinchas futboleros, compradores y bebedores era como buscar una bolita de poliestireno en un glaciar.

¿Y qué pasaba con el resto de tu vida? Estaba Trudi. Cuando volviste al despacho, abriste uno de los cajones cerrados con llave y sacaste el reluciente anillo de compromiso que llevaba unos cuatro meses allí. Nunca parecía ser el momento apropiado. Quizás, pensaste, era mejor hacerlo en el momento equivocado, para darte ánimos cuando lo necesitaras de verdad. Mientras estabas allí sentado en tu despacho mirando el diamante, dejándote hipnotizar por él, Dougie Gillman asomó la cabeza por la puerta.

«¿Seguimos sin noticias de Gary Glitter?»[11].

«Sí». Mientras cerrabas lentamente la caja del anillo, dejándola encima de la mesa antes de volver a inclinar la cabeza sobre los papeles con los que trabajabas, notaste la mirada de Gillman sobre ti durante unas cuantas frías pulsaciones más

antes de que se retirara. Te dio la impresión de que la violeta africana se había marchitado un poco más. Te guardaste la caja en el bolsillo, furioso por la intervención de Gillman.

Después de un turno infructuoso y lesivo para el cerebro, acudiste al pub y te tomaste la primera copa en mucho tiempo. La segunda te obligó a dejar el coche en Fettes y coger un taxi para ir a casa de Trudi. Por el camino, una emisora transmitía un debate bastante tibio sobre lo que habría que hacer para conmemorar el tricentenario de la unificación de Escocia e Inglaterra en 1707, para el que sólo faltaban unos dieciocho meses. Nadie parecía saberlo y tampoco daba la impresión de que a nadie le importara. Te distrajiste al ver a Jock Allardyce subiendo por Lothian Road, y por un segundo pensaste que te había visto saludarle con la mano, pero evidentemente te habías equivocado, pues no dio la menor señal de reconocerte.

Cuando llegaste a casa de Trudi la encontraste muy ocupada con un informe para el trabajo sobre una reestructuración de su sección. Ella te lo estaba contando y tú no la escuchabas. «¿Qué pasa, Ray?», te preguntó. «¿En qué piensas?». Te miró más de cerca. «¿Has estado bebiendo?».

«Sí», respondiste tú con una sonrisa.

«Pero Narcóticos Anónimos… Keith Goodwin…».

«Hay algo que me ronda la cabeza».

«¿El trabajo? ¿El caso de la niña?».

La emoción te embargó cuando la miraste. «Estaba pensando que deberíamos casarnos».

Y entonces avanzaste por el suelo de rodillas y sepultaste la cabeza en su regazo, sacaste el anillo, levantaste la vista y se lo pediste. Ella dijo sí y más tarde os fuisteis a la cama y os pasasteis la mayor parte de la noche haciendo el amor. Resulta estrambótico pensar que aquélla fue la última vez.

Porque cuando el sábado por la mañana te levantaste, Britney llevaba tres días desaparecida sin dejar rastro. Cuando te diste cuenta te dejó por los suelos. Las cosas empeoraron cuando Trudi se puso a recorrer el cuarto de estar de un lado a otro, hablando por el teléfono móvil y chillando de emoción al darles la noticia a sus amistades. Podría haber prescindido de decir: «He hecho una reserva en el Obelisk para el domingo. Sólo tú, yo, nuestros padres, Jackie y Angus y Stuart y quienquiera…».

Notó tu expresión petrificada.

«¡No pude encontrar ningún sitio decente para un sábado por la noche con tan poco tiempo!».

«No es eso…, ¿no podríamos mantener un poco de discreción durante un tiempo?».

«Tenemos que decírselo, Ray. Son familia», insistió Trudi mientras te silenciaba

con un beso, «¡se supone que es una ocasión feliz! ¡He llamado a todo el mundo y creo que saben lo que se cuece!». Acto seguido declaró: «¡Lo único que tienes que hacer es presentarte allí mañana a las ocho y ser amable!».

«De acuerdo».

En ese momento recibiste una llamada de Notman al móvil. «Ronnie Hamil acaba de aparecer en su piso. Parece hecho polvo. ¿Quieres que lo llevemos a comisaría?».

«No. Estoy en Bruntsfield. Nos vemos allí dentro de diez minutos. Quiero echarle un vistazo a su piso».

Trudi te miró con ojos suplicantes, tratando de colorear un poco tus fríos espacios en blanco.

«Lo siento, nena, pero creo que acabamos de pillar a ese cabrón», dijiste, y recordando que habías dejado el coche en Fettes tuviste que pedirle las llaves del Escort.

Notman te estaba esperando en una furgoneta azul delante del bloque de pisos. El piso de Ronnie Hamil era una vivienda de la última planta que se había librado milagrosamente de las renovaciones en una zona en la que llevaban ya casi treinta años sucediéndose. Lleno de desperdicios, mal iluminado y con unas escaleras muy gastadas, parecía, como el abuelo, un vestigio de los años setenta.

Dos sonoras llamadas hicieron acudir a la puerta a Ronnie Hamil. Era un hombrecillo desaliñado, de mirada furtiva y cara de acordeón. Exhibía su dentadura negra y amarillenta con una sonrisa de complicidad. Con el resuello bronquítico que le acompañaba, parecía el retrato robot del Viejo Asqueroso y Pervertido del departamento de contratación de actores. Pensaste en Angela, en cómo la había violado de niña con sus dedos manchados de nicotina. ¿Pero era él el responsable de que las manos de Angela, marcadas de forma similar, sólo arroparan a una de sus niñas por la noche?

«Policía», dijiste, y casi te atragantaste con la palabra; cuando entrasteis en el piso, Notman y tú os encogisteis físicamente ante el impacto de un hedor inmundo que hizo que te lloraran los ojos. Asombrosamente, Ronnie Hamil no pareció darse cuenta cuando te invitó a tomar asiento en su sofá.

Encontraste un sillón desvencijado, tras echar a un lado algunos periódicos viejos para hacerte sitio. Jamás habías visto tantos: en pilas ordenadas y en montones caóticos, desparramados por el suelo y los muebles, algunos amarillentos por lo que esperabas que fuera la vejez. Parecían todos ejemplares del *Daily Record* y el *Edinburgh Evening News*. Pensaste que aquello era una trampa mortal en caso de incendio, pero tenías asuntos más urgentes de los que ocuparte.

«¿Dónde ha estado últimamente, señor Hamil?».

«Eso es asunto mío».

«No, es asunto nuestro. ¿No lee usted la prensa?», le preguntaste sin pensarlo,

antes de mirar alrededor de la habitación y enarcar las cejas. Te diste cuenta de que lo único que impidió a Notman estallar en carcajadas fue el repugnante olor que se respiraba.

«Esa niñita era un ángel», dijo Ronnie con tristeza. Acto seguido, los ojos se le llenaron de animadversión. «Si pudiera ponerle las manos encima a ese hijo de puta…».

«¿Dónde ha estado usted desde el miércoles?».

«Me fui de parranda». El pederasta incestuoso esbozó una sonrisa. «No recuerdo gran cosa de eso».

«¿Ve usted a las niñas a menudo?», preguntaste tú, tosiendo al hacerse el olor más intenso, volverse más denso y madurar en tus fosas.

«Sí, suelo pasarme a tomar una taza de té y charlar un rato».

«¿Pero ellas nunca vienen a verle a usted?».

Su expresión facial se derrumbó de forma tan violenta como si le hubiesen golpeado en la mandíbula con un objeto invisible. Su tono de voz descendió una octava. «No mucho».

«¿Cuánto? ¿Una vez a la semana? ¿Una vez al año? Es de suponer que querrá verlas más a menudo, ¿no?», le retaste, mirando con desagrado el papel pintado viejo, el revoltijo de envoltorios y los cartones de comida para llevar, pero sobre todo los periódicos. ¡Lo peor de todo, sin embargo, era aquel olor fétido y nauseabundo! Tosiste, y entonces casi te volvieron a dar arcadas. Te fijaste en que Notman se había desabrochado los botones superiores de la camisa y que el ojo izquierdo le temblaba de forma incontrolada. El hedor superaba cualquier cosa que fuera capaz de producir la basura vieja, la comida quemada, el pan rancio o el tabaco. Algo maléfico estaba apestando el piso hasta un extremo insufrible. Te estaba matando. Un miedo terrible te atenazó.

«¿De qué va todo esto?», gruñó Ronnie Hamil, todavía ajeno en cierto modo a tu desagrado y a su fuente.

«Va a tener que acompañarnos a comisaría para ayudarnos con la investigación, señor Hamil», dijiste, esforzándote por aparentar indiferencia mientras aquel olor acre seguía llenándote la boca y asaltándote de forma implacable y abrumadora. Viste cómo a Notman se le erizaban los pelos del cogote y enarcaba las cejas, y no ibas a ir a ninguna parte hasta que te respondiera a otra pregunta: el origen de un hedor capaz de quemar la piel. «Aquí dentro hay un olor muy intenso», y te levantaste y te pusiste a buscar. Lo primero en lo que se te ocurrió pensar fue en el hueco del techo.

«Ya, pensé que venía del piso de al lado…».

Notman descubrió el origen: un gatito negro muerto, que se había electrocutado al mordisquear un cable que daba a una lámpara, y que estaba debajo de un montón de periódicos detrás del sofá. Estaba cubierto de lo que parecían granos de arroz. Al

principio pensaste que se habría envenenado con algún cartón de comida china pasada, pero entonces te diste cuenta de que los granos se movían. Te inclinaste un poco más: el gato muerto estaba infestado de gusanos.

«Emlyn», dijo Ronnie Hamil con sincera y emotiva congoja. «Conque ahí es donde estabas, so boba…». Cayó de rodillas ante el cuerpo del animal en descomposición.

Te marchaste apresuradamente y tomaste nota de que había que llamar al Departamento de Salud Medioambiental y a la Sociedad Protectora de Animales. A la salida pululaban multitudes que se dirigían al estadio. Mientras metía a Ronnie en la parte trasera de la furgoneta a empujones, Notman se volvió y rezongó: «Vamos en cabeza de la Liga y nos perdemos el partido por culpa de un puto pederasta».

Subiste a la furgoneta —recogiste el coche de Trudi más tarde— dejando que Notman pasara por delante de la tribuna llena de amianto diseñada por Archibald Leith, única parte superviviente del antiguo estadio. En el terreno de juego, los muchachos locales habían sido sustituidos por hombres-anuncio extranjeros que llevaban uniformes de color granate. En lugar de las empinadas gradas donde los hombres rugían, bebían, se peleaban, se abrazaban y se meaban unos encima de otros, estaban aquellas tribunas de color rosa. La fábrica de cerveza adyacente había cerrado, acabando así con el penetrante olor a lúpulo característico de la zona.

Ronnie Hamil despedía su propio aroma distintivo durante el trayecto hasta la jefatura de Fettes, donde proseguiste con el interrogatorio. Dijo que el miércoles por la mañana, cuando desapareció Britney, salió a echar un trago y luego se fue a dar un paseo por el canal. No tenía testigos. Lo único que decía recordar era haberse despertado aquella mañana en el suelo del piso de un compañero de parranda en Caplaw Court, una torre de pisos en Oxgangs que iba a ser demolida. Una vez más, los carromatos formaban en círculo. Pero tenías tus dudas. El abuelete era débil. Incluso contando con el factor sorpresa, ¿habría tenido fuerza suficiente para dominar a Britney con tanta rapidez? No había nada que vinculase al abuelo con lo que Toal consideraba aquella obsesión tuya tan nociva: la furgoneta blanca. Ronnie Hamil sabía conducir, pero no tenía vehículo y no se pudo comprobar que hubiera alquilado o tomado en préstamo ninguno recientemente.

Además de interrogar a Angela Hamil, pediste a Amanda Drummond que hiciera lo propio con la hermana mayor de Britney, Tessa. La muchacha, recuperada de la intoxicación alimentaria, confirmó que les habían dicho que evitasen al abuelo. «Mamá dice que no nos debemos acercar a él. Dice que está mal de la cabeza».

Notman y tú, animados por la noticia de que los Hearts habían ganado por dos a cero, lo que ampliaba a once partidos su racha imbatida, intensificasteis el interrogatorio de Ronnie Hamil. Al ver resbalar por su rostro gotas de sudor contaminadas de alcohol, te dio la impresión de que se disolvía bajo las luces

fluorescentes del techo. Para Bob Toal, su desaparición y la confesión por parte de Angela de que había abusado de ella habrían bastado, pero no había cadáver. De modo que no se presentaron cargos contra el violador alcohólico de su propia hija, aunque sí lo pusieron bajo vigilancia las veinticuatro horas. Querías que estuviera en la calle con la esperanza de que te condujera hasta Britney, o al menos hasta lo que quedara de ella.

Tras escoltar a Ronnie Hamil hasta el mostrador de recepción, le seguiste con la mirada mientras desaparecía arrastrando los pies en la oscuridad de primeras horas de la noche antes de regresar a tu despacho. Notman asomó la cabeza por la puerta. «Más noticias», dijo en tono apesadumbrado, y por un instante esperaste oír que se había descubierto el cuerpo de la niña. «Romanov acaba de despedir a Burley».

Te volviste en la silla: «¡Joder, no me tomes el pelo!».

«No, en serio, lo han dicho en *Sky*».

«¡Pero si vamos en cabeza de la Liga y estamos imbatidos! ¿A qué cojones está jugando?».

«Quién coño sabe…».

De repente te hirvió la sangre. Tu ira no estaba dirigida en realidad contra los Hearts aunque te sentiste inducido a decir con voz entrecortada: «Y encima el puto derby es la semana que viene».

Tu equipo acababa de volver a dispararse en un pie, pero tú tenías la sensación de que en aquellos momentos daría igual a quién pusieran; los días de gloria de los años cincuenta y sesenta no iban a volver. Los clubs de Glasgow se habían situado mejor, utilizando el sectarismo para promover sus intereses y luego apostando por el consumismo. Pero por ti ellos y sus compañeros de viaje podían quedarse con todo aquello. Lo único que tú querías era encontrar a una niña ilesa.

Al día siguiente, dos excursionistas dominicales que hacían frente a los azotes del viento frío y la lluvia vieron algo arrastrado hasta las rocas por la corriente cerca de una ensenada pedregosa en unas colinas próximas a Coldingham. Al examinarlo más de cerca, vieron el cadáver grisazulado de una niña. «Parecía una muñeca», dijo uno de ellos. «Al principio no podía creer que fuera una niña».

Estabas en el piso de Trudi en Bruntsfield cuando te dieron la noticia. Durante el trayecto en coche por la A1 te sentiste extrañamente sereno. Entonces viste su fría piel besada por el agua. «Lo siento, cariño», susurraste entre dientes mientras sentías que tus manos se entumecían y helaban. Una de las partes del trabajo que más detestabas era hablar con las víctimas de los delincuentes sexuales. En general eran de sexo femenino, de modo que el protocolo del departamento solía ahorrarte ese suplicio. Pero la niña nunca podría contarte quién le había hecho aquello. Ahuecándote las manos delante de la cara, les echaste tu cálido aliento encima. A

algunos metros de allí estaba la cartera de Britney con los libros dentro. Puesto que no había rastro de su ropa, aquello parecía más un acto deliberado que un descuido, pues desentonaba con el resto del crimen.

Un helicóptero rescató el cadáver y lo llevó a la morgue. Britney no llevaba muerta más de catorce horas, pero había estado desaparecida durante más de tres días. El asesino la estranguló antes de arrojarla por el acantilado con la esperanza de que la marea se la llevara mar adentro. Los buceadores rastrearon la costa, pero no recuperaron nada más. Tres horas después, el domingo hacia la hora de comer, Ronnie Hamil fue formalmente acusado del asesinato de su nieta.

A ti no te bastó. El abuelo apestaba a bebida rancia, era evidente que había estado borracho durante días. ¿Podría haber estado lo bastante centrado para hacer todo aquello? Dejando aparte la incongruencia de abandonar allí los libros, el asesinato parecía meticulosamente planificado. En el cuerpo se encontraron restos de lubricante, pero no de esperma. El asesino había utilizado condón. No había sangre ni ningún otro elemento que revelase ADN ajeno, sólo algunas marcas de cinta adhesiva en las muñecas y los tobillos. En el cuerpo de la niña no había nada que pudiera vincular a Britney con Ronnie. En uno de los libros escolares aparecieron algunas huellas dactilares suyas, pero también de mucha más gente. Era perfectamente posible que ella se lo hubiera enseñado cuando las había visitado la semana anterior, como sostenía. Aquello recordaba muchísimo a los casos Ellis.

Así que telefoneaste a alguien a quien habías conocido el año anterior en un cursillo de formación sobre el perfil psicológico de los delincuentes sexuales. Le recordabas como un hombre con aspecto de tubérculo, con una carga terrible sobre unos hombros muy caídos, pero cuya mirada nerviosa insinuaba que ya veía por el rabillo del ojo la trampilla invisible para huir hacia una jubilación inminente. Will Thornley había sido uno de los agentes encargados de investigar el caso Stacey Earnshaw en Manchester. A diferencia de George Marsden, Will era sin lugar a dudas un hombre entregado en cuerpo y alma a la empresa. No estaba de servicio y no le gustaba que le interrumpieran cuando estaba arreglando el jardín. Se mostró tan poco dispuesto a ayudarte que cuando finalizó la llamada te había convencido por completo de que Ellis no había tenido absolutamente nada que ver con el asesinato de Stacey.

El ambiente de fiesta en la jefatura de policía te dejó frío. Afortunadamente, cuando Notman te dio aquella palmada en la espalda Gillman no estaba en el pequeño salón-bar de Fettes. «Bueno, ya tenemos a ese hijo de puta, Ray».

«Sí», asentiste, «eso no cabe duda de que lo es», y por primera vez te alegraste de tener una cena familiar con Trudi aquella noche.

Así que dejaste a los miembros del equipo celebrando, hiciste de tripas corazón y fuiste al despacho de Bob Toal. El jefe te ofreció un habano que rehusaste.

«No me gusta esa cara», te advirtió Toal. «Tendrías que estar contento».

«Ya sé que no es lo que te apetece oír, Bob, pero mi obligación es contarte lo de Hertfordshire y Manchester, ya que forma parte de mi investigación».

«Adelante, Ray, águanos la fiesta. Sigue».

Al trabarse vuestras miradas se produjo un gélido instante de terror entre ambos. Él habría querido que guardaras silencio. Tú también querías. Pero hablaste: «Me preocupa el asunto este de Ellis. No es seguro. Acabará explotando».

«¿Así que quieres desautorizar unas condenas que implican a dos cuerpos de policía?».

«Si han hecho correctamente su trabajo no tienen nada de lo que preocuparse», dijiste, y en el mismo momento en que las palabras salieron de tu boca se te antojaron ridículas.

Toal no estaba de humor para transigir. «Me pregunto en qué planeta has estado, Ray. Porque no era la Tierra».

«La relación de Ellis con el caso Earnshaw es una tontería. Ha sido una chapuza de trabajo. Y no hay ninguna prueba forense de consideración que lo vincule con Welwyn».

Toal sacudió la cabeza con tal violencia que se le movieron los carrillos, haciéndote pensar por un instante en un sabueso que sale de un río. «¿Le oíste en esa grabación, junto a la tumba de esa niña? ¿Escuchaste lo que decía?». Tenía los ojos desorbitados. «¿Las cosas que dijo que había hecho con ella?».

Se te pusieron los pelos de punta al recordarlo. «Que es un hijo de puta y un enfermo está claro, pero él no la mató. No hay nada que lo vincule con la furgoneta blanca…».

«¡QUE LE DEN POR CULO A LA FURGONETA BLANCA!», bramó Toal. «¡Todos los piratas del país que trabajan de extranjis o se cepillan a alguna zorra a la que no deben cepillarse tienen furgonetas blancas! ¡Olvídalo, Ray! ¡Tenemos a nuestro hombre!».

Después de aquella regañina, sentiste el hormigueo paranoico de la humillación. Y la primera persona que viste en el pasillo fue a un Gillman sonriente.

El restaurante Obelisk era un garito con clase con dos estrellas Michelin, débilmente iluminado por lámparas de cobre fijadas a unas paredes de terracota y colocadas sobre grandes mesas de madera. No estabas del mejor humor cuando apareciste. Tu madre, Avril, y tu hermana, Jackie, acababan de llegar, y el maître estaba recogiendo sus abrigos. Tu madre te saludó con inquietud y ojos saltones. «¿Qué pasa? ¿Va todo bien?».

«Sí», dijiste, molesto por su inquietud. «Ya os contaré».

«Este sitio está muy bien», comentó aliviada, volviéndose y escudriñando el local

antes de ofrecerte el rostro para que le dieras un beso, que le diste diligentemente, acompañado de otro para tu hermana, de rasgos herméticos, a quien aquel entorno no impresionaba con tanta facilidad.

«Angus no ha podido venir, está asistiendo a una conferencia en Londres», te informó Jackie. Asentiste con gesto sombrío, casi logrando mantener la sonrisa.

Donald y Joanne Lowe ya estaban sentados al lado de su hija. Trudi llevaba un vestido azul que nunca habías visto, y había pasado por la peluquería. La besaste, le hiciste un cumplido y le guiñaste un ojo antes de saludar a sus padres. Te caían bien los dos. Eran una pareja joven, de unos cincuenta años, pero parecían más próximos a tu generación que a la de tus padres. Donald era un hombre apuesto, de rasgos delicados, con cabello gris y ralo. Trabajaba como director de transportes de una empresa de autobuses y había sido futbolista profesional; había jugado de portero en el Morton y el East Fife. Joanne era una mujer esbelta y de ojos luminosos con una sonrisa de ganador del gordo de la lotería; llevaba una tienda de tarjetas postales y regalos en Newington.

Los Lowe saludaron a Avril y a Jackie con entusiasmo, lo que obligó a ambas mujeres a disculparse por la ausencia de sus maridos, aunque Avril subrayó que en su caso era temporal. «Ha ido al despacho», dijo, entornando los ojos. «¡En domingo!», añadió, en un tono demasiado estridente para tus maltrechos nervios.

Tu padre siempre trabajaba los domingos; decía que era el mejor día para los trenes de carga. John Lennox supervisaba las operaciones locales desde una pequeña oficina de Haymarket a la que le trasladaron después de un ataque al corazón que tuvo lugar mucho antes y que le impidió seguir conduciendo trenes. A ti te gustaba el aire vetusto y gótico de aquel oscuro despacho; a veces quedabas allí con él para llevarle a comer a alguno de los pubs locales. A pesar de que las operaciones habían sido informatizadas hacía mucho, tu padre mantenía archivos ordenados de impresos de envíos, notas de entrega y planes de ruta, y disfrutaba pensando que cuando fallaban los sistemas informáticos, él podía seguir trabajando.

Cuando llegó, unos minutos después, a ti te saludó con un gesto de la cabeza; besó a Trudi y estrechó las manos de Donald y de Joanne, saludando someramente a su esposa e hija antes de tomar asiento.

«¿No ha venido Stuart?», preguntó John.

A Stuart que le den, pensaste tú. Aquel pequeño hijo de puta mimado no habría tardado nada en conseguir que la velada girara en torno a él. «Vendrá cuando tenga que venir», dijiste mientras pedías champán. Te hizo gracia ver a todo el mundo fingir que no sabían lo que pasaba. Echaban miradas furtivas a las manos de Trudi, cubiertas por unos guantes color crema. «Tenemos que anunciaros algo», dijiste, decidido a cumplir con aquella parte del trámite con la menor cantidad de chorradas posible. «El año que viene, seguramente en septiembre, nos casaremos».

Entonces Trudi se quitó los guantes de golpe para mostrar el anillo ante los gritos de placer y los comentarios de los congregados. Intentaste calibrar las reacciones: nadie se encabronó abiertamente. Los menos entusiastas fueron tus padres, y acusaste el bofetón de la envidia mientras los suyos abrazaban y besaban a Trudi. Tu padre se limitó a asentir con la misma expresión de confirmación silenciosa que desplegaba cuando el banquillo de los Hearts hacía por fin el favor de proceder a la sustitución que llevaba toda la tarde reclamando. Casi pudiste oír el «ya era hora» salir de labios del viejo. Viste cómo algo subía y bajaba en el cuello nervudo de tu madre, como una escopeta de repetición manual. Siguió haciendo ese movimiento durante un instante antes de encontrarse la voz: «El Mondo…, mi pequeño El Mondo», gimoteó, repitiendo tu apodo de infancia, el que había adornado los carteles de corridas de toros que tenías en la pared de tu dormitorio, comprados durante unas antiguas vacaciones en España.

Ya llevabais un buen rato cenando cuando apareció tu hermano en estado de semiembriaguez. John Lennox se apartó de su mujer para que su hijo más joven pudiera sentarse entre ambos, como si fuera un niño al que tuvieran que vigilar por turno. «Ayer estuve en una audición en Glasgow», explicó. «Pasé la noche en el país de los *Weedgies*[12] y el tren se retrasó. La ingeniería funciona».

Sonreíste de forma confusa y miraste a tu padre. «La decadencia del ferrocarril, ¿eh, papá?».

John Lennox era un hombre dado a discursos coléricos sobre qué es lo que había fallado en Gran Bretaña, tema que inevitablemente acababa vinculando al ferrocarril. Pronunciaba las palabras «Beeching[13]» y «privatización» como otras personas habrían mentado una enfermedad de transmisión sexual, pero aquella noche tu padre había decidido reservarse la opinión.

«Tu hermano mayor se casa, Stuart», dijo Jackie. Su intento de apaciguar a Stuart chirriaba; como abogada criminalista rompepelotas, nunca se comportaba de aquella forma con ninguna otra persona.

«¡Anda, Sherlock, no jodas!», se rió él. «Lo cierto es que había llegado a la conclusión de que ése podía ser el motivo de esta pequeña juerga», dijo mientras se servía una copa de champán. «Por Ray y por Trudi», brindó, «¡que la fuerza os acompañe!»[14].

«¡Stuart!», le reprendió Jackie.

Tu hermano hizo caso omiso de tu hermana y miró a la esposa en ciernes. «En fin, Trudi, yo no puedo evitar tener un hermano policía», dijo, «pero ¿casarte con uno? Es una decisión muy valiente, y no lo digo de coña».

Lo harías si encontraras uno al que le molaras, pensaste tú, pero te mordiste la lengua. En su lugar, te conformaste con decir: «Lamento haber sido una cruz tan enorme para ti».

«La llevo con dignidad», respondió Stuart, riéndose en voz alta. Miró a Donald, que había enarcado una ceja, y a Joanne, que parecía estar disfrutando de su numerito, y cuyos ojos chisporroteaban como aspirinas efervescentes. «Sabes, hace un montón de años, un montón de gente de la escuela de teatro subíamos todas las mañanas a Dundee para engrosar los piquetes de la fábrica Timex. Le pregunté a mi hermano: “¿Cómo puedes dedicarte a proteger a los ricos y a cagarte en los pobres?”».

«Seguro que ahora vas a contarle a todo el mundo lo que te dije». Pusiste cara de aburrimiento, tamborileaste con los dedos sobre la mesa y miraste al techo.

«Claro. Me dijiste que te hacías esa pregunta todos los días». Stuart hizo una pausa y miró alrededor de la mesa. «Todos los días», repitió.

«Ya», dijiste tú, tratando de aparentar hastío.

Pero Stuart ya había activado la función «actor» y disfrutaba de ser el centro de atención. «No, es broma; dijiste algo así como: “Lo hago para atrapar a los malos. Pregunta a las personas más vulnerables de Muirhouse o Niddrie a quién temen más y todos te dirán que a los hijos de puta que hay entre ellos”. Así que yo dije algo a efectos de: “Muy bien, Raymond, pero ¿qué me dices de los hijos de puta ricos?”». Y te miró de forma muy significativa, animando a todos los demás a hacer lo mismo.

Tú soltaste una pedorreta. «Esos se libran, salvo que sean muy torpes», admitiste. «De ese departamento se ocupa Jackie, el sistema penal. Yo no soy más que un mandado».

«A mí dejadme al margen», dijo Jackie.

Recordaste que Stuart nunca se daba por satisfecho con aquella respuesta. Y hacía bien. Aunque fuera cierto, había otro factor, una cuestión personal que nunca te atreviste a incluir en tu discurso prefabricado. Ahora Stuart, con los ojos abiertos y una mirada tan suplicante como sincera, se daba manifiesta cuenta de la omisión; no era la primera vez, pero nada te arrancaría esa revelación. «Ayúdame, Ray», te rogó, «intento comprenderte».

Ahora los Lowe, muy sensatamente en tu opinión, estaban absortos en una conversación con tu padre en la otra punta de la mesa. Al terminarse la comida y la bebida, tu madre quedó atrapada en el fuego cruzado de las discusiones entre sus hijos.

Entonces dijiste tú: «¿Te acuerdas de la muñeca aquella? ¿Cómo se llamaba?». Tú, por supuesto, te acordabas perfectamente de Marjorie.

Jackie te lanzó una mirada venenosa.

«¡Raymond!», suplicó Avril.

«No pasa nada, mamá», intervino Jackie. «No es más que lo que pasa cuando nos reunimos en familia. Stuart desprecia a Ray por ser quien es y Ray me desprecia a mi por ser quien soy».

Aquello te desconcertó. Tanto más porque te diste cuenta de que era cierto. Intentaste devolvérsela a Stuart dando un rodeo, preparándote para sacar el tema de que habías querido tanto a aquella muñeca que a tu padre empezó a preocuparle que fueras maricón. Para cuando apareció Stuart (que sí era gay), John Lennox se había convertido en un progenitor más liberal y había olvidado el incidente Marjorie-y-el-boli, que tanta vergüenza os había causado a tu hermana y a ti.

«Era un muchachito tan encantador», anunció desesperada tu madre a la concurrencia. «Mi dulce El Mondo».

No tenéis ni puta idea de quién soy, pensaste con amargura, mirando en torno a la mesa a tu familia.

Donald Lowe rodeó con un brazo a Trudi. «Pues yo tengo que decir que esta chica nunca nos dio ningún problema, ¿verdad, Joanne? Es la hija perfecta», proclamó con orgullo.

«¡Yo no diría tanto!», exclamó riéndose Joanne, sacando a colación una trivial anécdota de la infancia; tú estabas encantado de que ahora le tocase pasar vergüenza a Trudi. Luego, durante un segundo o dos, la mesa se desvaneció y lo único que viste fue una losa con un pequeño cuerpo azulado encima.

Respirabas agitadamente e intentaste calmarte mirando fijamente a una lámpara en forma de cuña atornillada a la pared. «¿Te encuentras bien, hijo?», preguntó tu madre, que había notado tu desasosiego.

Te pusiste a mirar fijamente a Stuart. El pelotilla con cara de angelito se había convertido en un gilipollas dogmático y odioso, y aun así todos le consentían. «Menos mal que te tengo a ti para que me cuentes que si no me hubiera metido a policía, ahora Escocia sería una república libre, socialista y utópica».

Stuart levantó las manos en un gesto de rendición fingida. «Vale, Ray, perdóname. Me he pasado. Es que estoy un poco mosqueado de que no me dieran ese papel en *Taggart*[15]. Me apetecía muchísimo».

«Pero ya has salido en *Taggart* otras veces, hijo», le consoló Avril.

«Ya, mamá, pero fue en otro papel».

Pero esta vez no ibas a dejar que dominase la situación. «Y me alegro de que sepas tanto de mi trabajo como para decirme que oprimo a los pobres. Hace un momento estaba alucinando mientras pensaba en el cadáver de una niña de siete años a la que alguien violó y torturó. La saqué del mar. Y todo había sido culpa mía. Era de una barriada; a lo mejor es que la estaba oprimiendo».

«¡Basta ya!», saltó John Lennox. «Un poco de respeto, vosotros dos. ¡Venga!».

Stuart y tú intercambiasteis una fatigada mirada de confirmación de la tregua mientras el camarero se acercaba a la mesa a recitar la lista de los postres. Mientras tú volvías a llenar tu vaso, notaste que la conversación se desplazaba hacia el tema de los Hearts y el despido de George Burley. Estabas a punto de hacer una aportación

entusiasta al tema cuando sonó el móvil. Era Keith Goodwin.

«Hola, Ray. ¿Qué cuentas? ¿Qué es de tu vida?».

«Estoy tomando un poco de champán con la familia», le dijiste. «Acabo de comprometerme».

«Ah, pues enhorabuena, pero ¿lo de beber te parece prudente? Quiero decir…».

«Te llamo en otro momento, Keith», dijiste antes de cerrar de golpe el móvil. Un plasta de pub era un plasta de pub, con o sin alcohol o drogas. Te prometiste que aquella noche ibas a echar unos tragos decentes. Era lo que hacía la gente cuando se comprometía y metía entre rejas a asesinos de niños.

Aquel lunes por la mañana fue como una bofetada en pleno rostro para todo el mundo. Los del equipo estaban de resaca después de la fiesta y tú también te sentías un poco atontado después de la cena de compromiso.

Ronnie Hamil no tenía coartada, pero los registros hospitalarios del Departamento de Accidentes y Urgencias del Western General sí. Un hombre le sacó del Union Canal poco después de que, borracho, cayera dentro de él tras haber consumido vino de alta graduación la noche del martes anterior a la desaparición de Britney. Estuvo en el hospital hasta las diez del día siguiente, cuando reanudó la borrachera en el piso de un amigo, bebiendo hasta entrar en coma etílico completamente ajeno al hecho de ser el hombre más buscado de Escocia. Había estado demasiado ebrio para recordar el incidente, pero quedó muy claro que la persona que le salvó, que pasaba por ahí mientras hacía footing, sí lo recordaba.

Tras la puesta en libertad del abuelo, lo primero que hiciste fue llamar por teléfono a George Marsden y narrarle la situación. «Ajá», fue su escueto comentario.

Quizás te contagiara algo de su petulancia. Aquella noche, el olor a fracaso se respiraba en el ambiente, cuando el grupo de Delitos Graves entró en tropel en Bert's Bar. No te diste cuenta de la cara de ya-os-lo-dije que ponías, pero no habrías podido jurar que no la pusieras. Dentro del bar la tensión fue aumentando durante toda la noche, como en una fogata, hasta que Ally Notman dijo, arrastrando la voz por efecto del alcohol: «Es un puto pederasta. Nos habría valido».

«Es una escoria pero no un asesino de niños y sería dejar escapar al verdadero asesino», respondiste. Una o dos de las cabezas que había alrededor de la mesa asintieron. La mayoría se negó a mirarte a los ojos. Te estaban haciendo el vacío. No era la primera vez ni sería la última: se te acusaba del delito de no participar.

La noche siguiente, cuando te marchabas de jefatura después de otra solitaria velada examinando archivos, declaraciones y grabaciones de vídeo, una silueta de cabellos plateados con abrigo atravesó la puerta automática y se aproximó.

«¿Estás bien?», preguntó tu jefe.

«Lo siento, Bob. No tenemos nada. Cero», dijiste. Era la primera vez que veías a

Bob Toal desde que la pista de Ronnie Hamil había acabado en un callejón sin salida. Ahora tu jefe parecía tan agotado como te encontrabas tú.

«Sigue con ello», asintió Toal, y el golpecito en el hombro, un puñetazo paternal de entrenador, bastó para lanzarte de nuevo a la enrarecida oscuridad de una fría noche de Edimburgo.

Te sentías completamente inútil. El poli como filósofo popperiano: refutaste todas y cada una de las hipótesis que formulaba tu departamento. A lo largo de los días siguientes te identificaste con tu jefe. La jubilación estaba al caer, y Toal quería llegar a la línea de meta intacto. En cualquier departamento de policía en el que un caso importante no avanzaba siempre afloraba la cuestión de la culpa. Esas eran las reglas. Estaban operando en un medio financieramente restrictivo. Ya se habían previsto medidas para recortar gastos. Iba a haber una reunión disciplinaria. Acusaciones de negligencia flagrante. Despidos sumarios. Lo único que faltaba por averiguar era hasta dónde llegarían las responsabilidades.

Empezaron a oírse voces discrepantes. En primera plana de *The Independent* apareció una investigación exhaustiva. Planteaba dudas acerca de la solidez de los cargos contra Robert Ellis, dando alas a tu opinión de que había un asesino múltiple suelto. Pero la presión por parte de Toal te obligó a seguir encima de Angela Hamil y los hombres que hubiera en su vida.

«Ahí hay alguna historia rara por medio; encubre a algún cabrón», había dicho Toal, con un acento más propio de Tollcross que de Morningside que revelaba la versatilidad de tu jefe. Alguien que en otras circunstancias quizás habría sido un maleante. «No le des tregua, Ray», te había dicho. «Lo he visto otras veces en mujeres débiles como ella. Se quedan hipnotizadas, dominadas por algún hijo de puta maligno. ¡Averigua quién es!».

Así que, como el resto de Delitos Graves, te obsesionaste por la vida sexual de Angela. Te burlaste abiertamente de ella cuando decía que «nunca traía a hombres a casa por las niñas», sabedor de que la pobre mujer estaba demasiado deshecha para hacerte frente. Odiabas su pasividad, te veías convertido en maltratador, quizás como muchos de los otros hombres que había conocido, pero eras incapaz de parar. Conseguiste sacarle un nombre, un tal Graham Cornell, que trabajaba en el Scottish Office. Al describirlo, dijo que «sólo era un amigo».

Un par de días más tarde, regresaste a la oficina de Delitos Graves y volviste a examinar la espantosa pizarra vileda. Al cabo de un rato, Ally Notman te invitó a un trago. Cuando entraste en Bert’s Bar, estaban todos allí. Era una encerrona. Relajada al principio, hasta que Gillman y Notman declararon al unísono: «Es él. Cornell».

Esa fue la señal para que Harrower y McCaig se sumaran al coro. Tú eres de los nuestros. Nuestro líder. El jefe. No nos decepciones. Nos está dejando a todos como unos capullos.

Y en parte sintonizabas con aquello. Porque aquel hombre tenía algo. Pero luego hablaste con Cornell la noche de Halloween. Le pillaste cuando estaba a punto de salir de su piso, vestido con un disfraz rojo con rabo y cuernos. Incluso prescindiendo del atuendo, el comportamiento de Cornell proclamaba a los cuatro vientos que era gay. En tu opinión era ridículo imaginar que secuestrara a una niña. Pero, según algunos de tus compañeros, como Gillman, gay equivalía a pervertido, lo que a su vez equivalía a pederasta. Se les podía enviar a todos los cursillos de igualdad de oportunidades del mundo, pero aquella álgebra, formulada hace mucho tiempo, no se podía encriptar del todo, y siempre estaba pronta a resurgir. Lo hizo con energía redoblada entre aquel grupo, fatigado y desesperado, que sudaba bajo los fluorescentes de aquella minúscula oficina, se quemaba las pestañas con las pantallas de los ordenadores, llamaba a puertas y hacía las mismas preguntas una y otra vez. Temías ser el único que se daba cuenta de la psicosis colectiva que los tenía a todos en un puño. Cada vez que Drummond, la única agente de sexo femenino del equipo, entraba en la habitación, se sumían en el silencio. Incluso Notman, que vivía con ella.

Tu respuesta a las voces que te parloteaban era ocuparte de tus propios y cada vez más urgentes incordios. Una tarde de comienzos de noviembre, gris y deprimente, atravesaste la frontera en un tren con destino a Newcastle. Tras un breve trayecto en taxi te metiste en una ruina de taberna del West End de dicha ciudad, donde, como poli escocés, te sentiste lo bastante seguro para pillar tus primeros gramos de cocaína en más de cuatro años.

Y la necesitabas como los demás parecían necesitar a Cornell. No se podía admitir que un asesino múltiple de niños andaba suelto. Un sinfín de carreras judiciales y policiales cimentadas sobre la detención y el procesamiento de Robert Ellis habrían quedado empañadas para siempre. Y un personaje odiado se pasaría el resto de su vida en las Bahamas a expensas del contribuyente. El pensamiento grupal de la organización burocrática se puso en marcha a toda máquina: Cornell era su hombre. Y, a tu manera, tú hiciste lo mismo.

Día tres

8. Everything But the Girl

Trudi Lowe estaba sentada en la habitación del hotel, aparentemente viendo la televisión, pero en realidad inmersa en un recuento de incidentes de su «vida anterior» en común, como suele calificarla. Hace años, cuando él se destapó como un borracho que se detestaba a sí mismo y recurría a la indignación grosera y prefabricada como torpe escudo contra su propio sentimiento de culpa. Sabía de dónde venía él. Discutieron sobre su comportamiento y él le había gritado: «No tienes ni puta idea de cómo son los hombres, ¿verdad?».

La vida anterior ha regresado. *Y yo que pensaba que había cambiado*. Ese pútrido cliché se desliza rumbo al sur, hacia su pecho, mientras una vocecita dentro de su cabeza dice despectivamente: *eres una idiota de mierda*.

Pero la cólera que rebosa se resiste a desbordarse. Se levanta para caminar de un lado a otro de la habitación y asomarse al exterior. Su ira es más intensa cuando está sentada. Así que ha vuelto a dejarse caer en la silla y siente cómo el veneno la recorre.

Cuando reanudaron la relación él estaba desenganchado, así que le echó toda la culpa a la cocaína. Y Narcóticos Anónimos parecía haberle dado resultado. Su nueva vida en común fue como un auténtico renacimiento. Iban al gimnasio, asistían a clases de francés, veían películas, disfrutaban de una sexualidad vigorosa y participaban en expediciones de acampada y senderismo. Su trabajo siempre estaba en el trasfondo, pero parecía tratarlo como eso: un trabajo, si bien especialmente tocapelotas y exigente. Pero entonces empezó a beber otra vez. Le echaba la culpa al horrible caso de la niñita asesinada, y evidentemente estaba lo de su padre y el distanciamiento posterior de su familia. Pero fuesen cuales fuesen las causas, la bebida estaba allí y llevaría a la cocaína, que a su vez le llevaría a otras mujeres. Y entonces estarían acabados.

No tienes ni puta idea de cómo son los hombres. En la habitación de hotel vacía, aquella hiriente proclama del pasado reverbera más intensamente que nunca. Pero su padre no era así; recuerda su manita enguantada de niña dentro de la suya, esperando en la cola del cine en las calles grisazuladas de Tollcross. Evoca tan nítidamente el aroma que desprendía su padre de joven que cuando deja de ver su imagen experimenta una sensación de diacronía, como si se hubiera reencarnado en el cuerpo de un descendiente futuro. Y el padre de Ray era un hombre agradable y decente. Mientras se esfuerza por no despellejarse las cutículas, a Trudi sólo se le ocurre una cosa: se supone que han venido aquí a *hacer el amor*. A reconducir su vida sexual al buen camino. Está premenstrual y con las hormonas activadas, y le necesita. Y él se

ha esfumado.

Trudi es consciente del desprecio que Ray siente por su actividad profesional y, cuando piensa en el montón de servicios que mantienen el pulso vital del país, encuentra de repente la forma de convertir toda esa ira que la paralizaba en energía. Eso la impulsa hacia el bar, pero está vacío y, en lugar de quedarse allí, sale a la calle. Después de caminar un rato, juguetea con la idea de que puede hacer lo que le apetezca, pero no se siente inclinada a visitar los establecimientos hosteleros locales, ruidosos y llenos de detestables varones con aliento a cerveza; por lo visto, no existe una categoría aceptable situada entre jóvenes zafios y hombres sórdidos de mediana edad. En Lincoln Avenue es cada vez más consciente de su condición solitaria, cuando los vivos colores de las obras que exhibe el escaparate de una galería le hacen señas para que entre. El local está prácticamente vacío. Los originales son caros, pero ve un grabado de precio razonable. Se detiene ante él, preguntándose si a Ray le gustaría. Seguro que no. Se le ocurre que ése podría ser motivo suficiente para comprarlo. Entonces se le acerca él.

Oye ruidos en la cabeza mientras uno de sus ojos enfoca poco a poco un techo blanco. El otro está sellado por secreciones gomosas. Se lo frota y nota el muelle de un sofá viejo pinchándole en la espalda. Está tapado por un cubrecama. Por la noche se había desmadejado y alcanzado una especie de paz exhausta. Los acontecimientos de la noche pasada se cuelan en su cabeza. *La has vuelto a cagar*, se lamenta en un mantra masoquista. La luz del sol atraviesa los encajes amarillos de las cortinas mientras la neuralgia le apuñala dentro del cráneo.

Trudi.

Los ruidos. La televisión. Se incorpora hasta sentarse. Ve a la niña, Tianna, acostada en el suelo; está viendo la caja tonta y bebiendo una lata de Pepsi. Intenta levantarse. Lo consigue. Se estira y bosteza. Mira a la niña. Está absorta en la tele, pero estuvo observándole mientras dormía, con el rostro contraído, como si estuviera peleándose, pero en sueños. Roncaba tanto que tuvo que subir el volumen del televisor. Pero también quiso despertarle. Para averiguar de qué iba.

«¿Dónde está todo el mundo?», pregunta Lennox mientras se fija en los cristales de la mesa de centro rota. Recuerda que intentó recogerlos, pero sigue habiendo montones de esquirlas por el suelo.

Hostia puta, va descalza.

Tendida sobre la alfombra delante de la televisión, la niña lleva pantalones cortos azules y una camiseta amarilla sin mangas. En una de las tibias tiene una especie de sarpullido, como marcas de quemaduras rojas e inflamadas. Ni siquiera se da la vuelta mientras con la pierna derecha marca un ritmo sobre la izquierda. Es como si él apenas existiera. O no existe o siempre está allí, medita Lennox.

«¿Dónde está Robyn?».

«No sé», contesta Tianna, incorporándose y volviéndose hacia él. La camiseta lleva la palabra BITCH[16] estampada en relucientes letras doradas. Ella le mira un instante antes de volverse y reclinarse de nuevo ante la caja tonta.

No es una niña con la que uno pueda encariñarse, piensa Lennox. Recorre el apartamento. Está vacío. Se encoge de hombros ante un público invisible y se dirige hacia la puerta. Se detiene. No puede dejarla sola sin más, no sin saber cuándo va a volver Robyn. Aquel saco de mierda baboso podría volver.

Piensa en Trudi. ¿Estará preocupada por él? Puede. Es probable. En cuanto se calmó, debió de pensar: *¿Dónde está Ray?* A Lennox le resulta poco menos que inconcebible que alguien pueda echarle de menos.

Pero por supuesto que ella lo echaba de menos. Es su prometida. Ha estado enfermo. Sigue estándolo.

Me he quedado toda la noche por ahí. ¿Qué cojones he hecho?

El coño es mío, las reglas las pongo yo. Por Dios todopoderoso, joder.

No. Trudi estaría muy dolida. Es posible incluso que haya vuelto a casa, que haya tomado un vuelo de regreso a Edimburgo, que quizás le haya dicho a su familia —a lo que queda de ella— que él ha sufrido otra crisis. ¡Tal vez la policía le esté buscando! O tal vez esté con Ginger y con Dolores.

Pero no puede dejar aquí sola a la niña.

Eso no está bien. Su madre está…

«¿Suelen dejarte sola a menudo?», le pregunta Lennox a la silueta tendida mientras empieza a recoger los cristales restantes. La mesa está tan fragmentada como la noche pasada en su memoria. La cabeza le zumba como un nido de avispas. Las fosas nasales y la garganta, en carne viva, le arden.

«No sé», contesta ella, encogiéndose de hombros.

«¿Cuándo se supone que vuelve tu madre?».

«Como si a ti te importara», le espeta ella. Lennox casi reacciona, pero, además de reprimenda, el tono de la niña contiene una pizca de interrogación.

Así que desiste de recoger los cristales y se sienta en el sofá. Tiene ganas de marcharse. Pero ¿y si fueron a otra fiesta y se han olvidado por completo de ella? Si te metes coca suficiente, puedes llegar a olvidarte de cualquiera y de cualquier cosa. Y Robyn tenía pinta de meterse coca suficiente. En el suelo hay un paquete de tabaco vacío: verlo le deprime.

Se levanta y entra en la cocina. En la nevera quedan unas cervezas, latas de Miller. Se muere de ganas de tomarse una. Sólo una. Pero estaría feo bebérsela delante de la niña. Estaría feo porque es lo que hacían todos. Todos los hombres que entran en el piso de su madre visitaban la nevera a todas horas. Era como si los viera recorrer la senda que empezaba en el sofá como un biólogo habría seguido la pista de

un oso en busca de salmones. Quiere enseñarle a la niña que eso no es lo normal, en lugar de dar por hecho que una niña tenga que ver a un hombre tras otro entrar en su casa y en su vida apestando a cerveza. Porque si eso le parece normal, entonces cuando crezca andará con hombres que apestan a cerveza a todas horas y todos los días. Porque los hombres que apestan a cerveza a todas horas y todos los días son un mal rollo para las mujeres. ¿Qué otra cosa podrían ser?

¿Qué otra cosa?

Así que Ray Lennox se prepara una taza de café y espera.

Los minutos van formando bloques de un cuarto de hora, tensando al máximo unos nervios que ya parecen cuerdas de piano y contrayéndolos bruscamente después, dejando que una aguda fatiga se filtre por oleadas que van desde el cerebro hasta las sienes y los ojos. Cada uno de estos bloques temporales se asemeja a un trecho de mar y él se siente un esclavo, esposado y remando en medio de un barco-ataúd que intenta atravesar aguas revueltas. Penitencia por beber y drogarse, por deslindar traviesamente tiempo y espacio la noche pasada. Las reflexiones estratégicas le vienen a la cabeza de forma lenta y cautelosa.

Debería llamar a Trudi. Siente la tarjeta en el bolsillo. Ella tiene una copia. Una tarjeta separada con la dirección. Estará profundamente dormida. Aún es pronto: las 8.33 según el reloj digital. Puede que no se lo agradezca. ¿Qué puede hacer? No tiene perdón. Eso es lo que le dirá. *Esa clase de comportamiento no tiene perdón*. ¿Qué excusas podría darle? Tiene razones, pero ¿cuándo dejan de ser excusas?

A tu edad ya deberías saber estas cosas. Había cumplido treinta y cinco años. Si admitimos el viejo dictado bíblico de que vivimos noventa años, había ingresado oficialmente en la edad mediana. Se reclina, mira los dibujos animados en la tele. El correcaminos humilla por enésima vez al coyote.

De vez en cuando Tianna se vuelve y le mira. Se levanta una vez para servirse más refresco de cola. El palpitante fulgor de la narración —las circunstancias que le trajeron a esta habitación— late dentro de su cabeza, pero la voz en off es de otra persona. La cordura continuada induce a actuar, así que Lennox hace inventario de la cocina. En la casa no hay comida.

Hay cantidad de putas cervezas, pero para el desayuno de la niña no hay nada.

Vuelve a sentarse y se fija en Tianna haciendo zapping. Está cada vez más inquieta, Lennox se da cuenta. No se trata sólo de los excitantes que lleva la bebida de cola.

Estirándose y doblándose para poner a prueba sus doloridos músculos, recoge el número de *Perfect Bride* del suelo. Lee acerca del protocolo nupcial. Piensa en quién podría ser el padrino. Su viejo amigo Les Brodie; de niños habían hecho un pacto mientras jugaban en el viejo columpio de Tarzán en Colinton Dell. Acordaron que si alguna vez se casaban harían de padrinos el uno del otro. Pero entonces se produjo el

incidente del túnel y dejaron de ir por Dell. Y estuvo años sin ver a Les hasta hacía pocas semanas: en el funeral de su padre. Cuando dio el espectáculo. *Pero hice bien en hacerlo, porque los hijos de puta con los que te topaste en esta vida te arrancaron el corazón, joder. Había que decírselo*. Pero aquí estaba. Matrimonio. Padrino. Era inevitable que se lo pidiera a uno de los muchachos del cuerpo, aunque sólo fuese porque no había nadie más a quien pedírselo. Ni a Les ni a Stuart. Seguramente a Ally Notman, obedeciendo al criterio de que era el menos propenso a ofender a nadie. En el supuesto de que casarse siguiera figurando en el orden del día.

Se da cuenta de lo que abulta el cuaderno de Trudi en su bolsillo trasero; casi le aferra la nalga como solía hacer ella con la mano. Lo saca y lo examina: todas las entradas son de una o dos palabras. Listas. Sitios web. Su letra: esbelta, ondulada y expresiva. Es tan vivaz que le hace suspirar por ella. Y luego más todavía, cuando pasa una página y ve escrito varias veces Trudi Lennox; la misma «L», «o» y «e» de su apellido actual. Quizás fuera el momento de telefonear y dar explicaciones.

No ha pasado nada.

Pero no es cierto. Han pasado un montón de cosas. Y siguen pasando.

Tianna aparta la vista del televisor para echarle una mirada fugaz, como si estuviera tranquilizándose para decirle algo. Antes de que pueda hacerlo, el desgarrador timbre del teléfono que yace en el suelo los alancea a ambos. Se miran el uno al otro con expresión apremiante. Ambos esperan que descuelgue el otro. «Podría ser tu mamá, será mejor que contestes», dice Lennox, horrorizado ante el tono de niño asustado que desprende su voz.

Tianna coge el auricular. Tiene un hueco entre los incisivos; hasta entonces no se había fijado. Le da aspecto de niña modelo.

En lugar de…

Le da aspecto de niña americana modelo. *Los Walton*. Una valla pintada de blanco. Es la clase de niña que, de haber tenido otra —¿qué?— ¿«ma»?, ¿mami?, ¿madre?, llevaría un aparato para las palas y estaría padeciendo los años preadolescentes y de la adolescencia temprana aguantando bromas tipo «Hannibal Lecter» a fin de conseguir esa encantadora sonrisa de presentadora de publirreportajes.

«Hola, cariño…». A Tianna le alivia escuchar la voz de su madre, pero conoce ese tono mezquino que se deshace en un millón de disculpas antes de volver a meter la pata. *Y mamá se va a meter en un buen lío, porque esa mesa se ha roto pero bien*.

«Hola…», dice Tianna. A Lennox le parece que se relaja visiblemente. Vuelve a echar los hombros, tensos y encogidos, hacia atrás. La voz del otro lado de la línea, sin embargo, está muy nerviosa y alterada. Desde donde está sentado, Lennox la oye. Sabe de quién es. Entonces Tianna le mira: «El tipo ese que habla tan raro. Sí…». Le tiende el auricular con una mano y el teléfono con la otra, como pidiendo ayuda.

Mientras él los coge, Tianna, de forma rauda y repentina, sale disparada por la puerta.

«¿Hola?».

«Ray…, ¿eres tú?».

Es Robyn. No se equivocaba.

«Sí. ¿Dónde estás? Debería…».

«Escucha. ¿Tia está bien?».

«Sí, estaba viendo los dibujos animados. A qué hora vas a…».

Ella vuelve a cortarle. «¿Está escuchando?».

Lo comprueba. Se ha ido. «No, creo que se ha ido a su habitación…».

Cuando Robyn vuelve a interrumpirle por tercera vez, Lennox se convence de que su confianza en sí misma procede más de la desesperación que de la cocaína. «Ray, escúchame por favor». Su tono, suplicante e imperioso, le agobia como una nube oscura y ominosa. «No tengo mucho tiempo para hablar. ¿Tienes papel y boli a mano?».

«¿Te encuentras bien?».

«No, no me encuentro bien, Ray, no me encuentro bien en absoluto. Aún no puedo volver al apartamento, ¡pero tienes que sacar a Tia de ahí ahora mismo! Ahora mismo, ¿me oyes?».

«¿Qué sucede? ¿Dónde estás?», salta Lennox, irritado ante la sucesión de imposiciones, «si estás metida en algún lío, deberíamos llamar a la policía. Los tipos esos de anoche…».

«¡No! Prométemelo, Ray. Prométeme que no vas a llamar a la policía. ¡Me la quitarán y se la darán a los servicios sociales! Por favor, Ray, por favor», suplica con voz áspera, casi entrecortada. «¡No se te ocurra llamar a la policía! ¡Prométemelo!».

«De acuerdo».

«Necesito que me hagas un favor. ¿Tienes papel y boli?».

«¿Qué?», pregunta Lennox mientras le hace a Tianna, que entra en ese instante por la puerta, ademán de escribir, pero la niña se estremece y retrocede tras el umbral. «Por supuesto que sí», dice, acordándose entonces del cuadernito de Trudi, con el bolígrafo sujeto a la espiral. «¿Qué pasa?».

«Tienes que llevar a Tia a cierto sitio. Inmediatamente».

«Yo…, no puedes dejar a tu hija conmigo», protesta él. «¡No me conoces de nada!».

«Confío en ti, Ray», cuchichea Robyn en tono apremiante antes de espetarle la dirección.

Él ya ha visto en qué clase de hombres confía; ha encarcelado a muchos como ellos, hombres que lograron ganarse de algún modo la confianza de una mujer. Hasta que uno no ve a las mujeres en cuestión, y entonces todo encaja. Lennox apunta de

mala gana la dirección. Se dispone a repetírsela cuando del otro lado de la línea oye un chillido gutural antes de que se haga el silencio.

Un espasmo estremecedor se apodera de él, junto con la idea de llamar al 999 antes de acordarse de que aquí es el 911. «¿Robyn?», jadea a duras penas, con la garganta en carne viva.

Detrás de la puerta, Tianna se revuelve nerviosa. Le ve por la rendija, con gesto crispado y mirada inquieta. *A lo mejor podría decírselo a todos: ¡que se vayan el baboso de Lance, el cerdo de Johnnie y la zorra de Starry y nos dejen en paz a mamá y a mi!*

Lennox se da cuenta de que ella le observa, pero entonces se pone otra persona al aparato: «Hola. ¿Quién es?».

«¿Quién eres tú?».

La persona que está al otro lado responde con calma, pagándole con la misma moneda y declarando: «Pero si es nuestro amigo escocés. Ray».

El tipo aquel, Lance, recuerda Lennox con un temblor glacial, Lance Dearing. Habían roto la mesa de Robyn, la mesa de su casero.

«Sí. ¿Dónde está Robyn?».

«Tenemos un problemita», dice Dearing con calma. «Robyn se ha pasado un poco de rosca. Eso no está bien cuando hay una cría de por medio, ya lo sabes».

«Sí», dice Lennox mientras la cabeza le da volteretas. Mira a Tianna, que acecha a medias tras la puerta. Sólo puede verle la mitad de la cara, un brazo y una pierna. Le tiembla el labio inferior y tiene la piel de gallina.

«No sé qué andabais haciendo en ese cuarto de baño anoche», comenta Lance riéndose. Lennox siente que se le desborda la bilis. «Pero desde luego no abríais ni a tiros. La pobre Robyn empezó a perder los papeles de mala manera. Se metió en un lío de los gordos».

«A mí no me pareció que fuera Robyn la que perdió los papeles».

«Bueno, supongo que los perdimos todos un poco. La mesita sí que acabó bien rota», dice Lance Dearing, obligando a Lennox a mirar el frío marco metálico y las patas. «No me guardarás rencor, ¿eh, amigo?».

Lennox deja que el silencio cree un vacío.

Dearing no parece tener prisa alguna por llenarlo y Lennox casi se pregunta si se habrá cortado la línea antes de que el americano hable por fin. «Voy a pasarme por ahí muy pronto. Ahora mismo voy a mandar a Johnnie para que me espere».

«¿Te has vuelto loco, coño? No. ¡Ni hablar!», le espeta Lennox. Mira a Tianna, que ha vuelto y se ha sentado en el sofá. Se recoge las rodillas contra el pecho para apoyar la cabeza sobre ellas. El pelo le cae sobre la frente, tapándole la cara.

«Anoche el viejo Johnnie sólo estaba tonteando. Derrapó un poco con la harina».

«Ya vi cómo tonteaba», dice Lennox sin alterar su tono de voz, «y como vuelva a

acercarse a la niña», declara antes de hacer una pausa lenta y deliberada, «le corto las putas pelotas y le obligo a comérselas. Será lo último que coma en esta vida», dice entre dientes, antes de dar un respingo al darse cuenta de la presencia de Tianna. No quiere mirarla.

«¡Pero oye!…, un momento, Ray, amigo. ¿A qué viene tanto disparate?».

«No soy tu amigo», le espeta Lennox.

Dearing levanta levemente la voz, pero guarda la compostura. «Me parece que te estás equivocando. Lamento el pequeño malentendido de anoche, pero deberías saber que Robyn es una mujer con muchos problemas». Lennox casi se siente seducido por ese tono tan racional y razonable. «Es un imán para los problemas y supongo que yo la protejo un poco más de la cuenta, eso es todo. Pero me doy cuenta de que sólo pretendes lo mejor para ella».

Entonces él se acuerda de Johnnie. «Aquí el tema es: ¿a quién proteges tú? Pásame con ella otra vez».

«Está histérica, Ray. Anoche ya la viste».

«Se trata de su hija», insiste Lennox mientras Tianna se aparta el pelo de la cara. «Pásame con ella».

«Me pasaré por ahí dentro de un ratito, compadre. Por qué no te tranquilizas un poco…».

«Te voy a decir yo una cosa *ahora mismo*: como no me pases con ella, llamo a la policía».

«¡Está bien, hombre!», exclama Lance con una carcajada; es como si Lennox le viera apartarse del teléfono, cambiar el volumen y la orientación de su voz, dirigirse a otra persona y volver a adoptar el papel de observador de conversaciones ajenas. «¿Has oído eso, zorra chiflada? ¡Ray está pensando en hacer lo mismo que yo! ¡Ir a ver a la policía con la chiquilla!».

«¡NOO!», grita desgarradoramente Robyn. Lennox aprieta contra el oído el auricular, que sujeta con fuerza en su puño malo, para que Tianna no la oiga. El grito se apaga, y ahora el brazo se le ha puesto rígido. Como no se oye nada al otro lado de la línea, lo deposita sobre la horquilla con un clic.

La niña le mira con ojos encendidos. «¿Qué pasa? ¿Dónde está mamá?».

¿Qué podía decirle? «Tu madre está enferma. No se encuentra demasiado bien, eso es todo».

Sus palabras dejan chafada a la niña. Los ojos se le ponen vidriosos mientras se arruga y se deja caer de nuevo en la silla.

«¿Son las drogas?», pregunta ella con voz cansina y resignada. «No puede tomar el polvo ese».

«¿Qué sabes tú de eso?».

Tianna le mira con expresión comedida y dice: «No sé. ¿Y tú?».

«Yo nada», dice con voz débil y titubeante.

«Por la forma en que te sorbes la nariz y resoplas yo diría que sabes bastante», dice Tianna. Lennox detesta su tono mundanal y despectivo.

Por su parte, él se esfuerza por adoptar un tono frívolo: «Estoy resfriado. Soy escocés. Aquello no es como Florida».

Ella vuelve a apartarse el pelo de la cara mientras le escruta con ojos de lince. «Sí, claro».

Lennox se siente mezquino e inmundo. «¿Tu madre… ha estado enferma otras veces? Ya sabes…». No logra decir «por drogas».

«Acaba de salir del centro de rehabilitación».

«¿Quién cuidaba de ti cuando ella estaba en rehabilitación?».

«Starry, supongo».

«¿No tienes una abuelita o un abuelito, o sea la madre o el padre de tu mamá?».

Ella niega con la cabeza y baja la vista.

Recordando a Ronnie Hamil, Lennox lo deja estar; lo último que querían algunos niños era ver a sus abuelos. «Starry, Johnnie y Lance no te caen demasiado bien, ¿verdad?».

Tianna le mira con gesto fiero. «Dicen que son amigos de mamá pero no lo son».

Eso le convence de lo urgente que es salir de ahí. No quiere volver a ver a Lance Dearing ni a Johnnie.

«¿Qué quieres hacer? ¿Tienes hambre?», pregunta.

Robyn le ha dado una dirección. Si es local, podría cumplir con el encargo y dejar allí a la niña. Y luego regresar al hotel. Hacer las paces con Trudi. Irse a dormir. Tumbarse en la playa, incluso.

Trudi. Me cago en Cristo.

«No quiero estar aquí». Es obvio que los sentimientos de Tianna coinciden con los suyos. «Quiero ir a casa de Chet».

«¿Quién es Chet?».

«El tío Chet. Mola», dice ella. Su sonrisa hace pensar en el poder que tienen los niños para purificar la ictericia.

Lennox se fija en la nota garabateada en el cuadernillo. Apenas logra reconocer su propia letra. CHET LEWIS, OCEAN DAWN, PUERTO DEPORTIVO DEL GROVE, BOLONIA.

Robyn no le había proporcionado un número de teléfono, pero al menos Tianna sabía quién quería su madre que cuidara de ella y a la niña le parecía bien.

«¿Tienes el número de teléfono del tío Chet?».

«Supongo que estará allí, junto al teléfono», dice ella, señalando hacia el pasillo, «en el tablón».

Lennox se acerca a la pared donde está la pizarra vileda. Se queda paralizado por el pánico cuando la ve, resplandeciente y completamente inmaculada. Antes estaba

llena de números y de mensajes. «¿Quién la ha borrado?».

Tianna le ha seguido y mira primero a Lennox y luego a la pizarra. «No sé».

Lennox se acuerda de Ally Notman limpiando la pizarra en el trabajo, pasándole una esponja con trazos largos y amplios. Borrándolo todo. Fin de la investigación. El nombre de BRITNEY, en gruesas mayúsculas, erradicado para siempre.

Se estremeció cuando vio aquella pizarra completamente limpia. Ahora, en el pasillo de aquel apartamento de Miami, experimenta un escalofrío familiar.

Ya con la función «poli» activada, registra sistemáticamente el piso en busca de cartas, notas, facturas, extractos de cuentas, lo que sea. Ha desaparecido todo. Lennox sabe que una persona tan caótica como Robyn no podía ser tan meticulosa. Aquello había sido una operación de limpieza en toda regla, pese a haberse llevado a cabo de forma apresurada mientras él estaba encerrado en el cuarto de baño con la niña. *Dearing. El último en marcharse tuvo que ser él. Le habría costado apenas unos segundos borrar la pizarra, y si sabía dónde mirar, sólo unos minutos meter sus efectos personales en una bolsa de basura*.

Tianna está de pie, a escasa distancia de él. Esperando. Con los brazos doblados sobre el pecho. «¿Vamos a ir a casa de Chet?».

«¿Cómo está de lejos?».

«No sé».

«¿Podemos llegar hasta allí a pie?».

Su mirada fulminante indica que es muy poco probable.

«Vamos a desayunar y averiguar a cuánto está de aquí. Tengo hambre. ¿Y tú?».

«Supongo».

Lennox se fija en sus brazos desnudos. En su camiseta sin mangas y en la leyenda obscena. «Será mejor que te pongas una chaqueta. Creo que hace más frío de lo que parece», dice antes de dirigirse al salón y recoger la revista para novias.

9. Policía

Los rayos de sol se filtran a través de una fina malla de nubes, pero un viento fresco y persistente despoja de calor al aire. Lennox tiene razón; no hace tanto calor como habían anunciado. Tianna, que lleva una mochila en forma de oveja aplanada y una chaqueta vaquera de color azul claro, le da un poco de envidia; Lennox podría hacer algo para taparse los brazos. Ha perdido su gorro de los Red Sox y las gafas de sol; seguramente se los dejó en uno de los bares o en el autobús. Con su mano buena, sujeta la revista para novias. No tiene ni idea de adónde va ni por qué. Una furgoneta blanca le pone los pelos de la nuca de punta al detenerse junto al bloque de pisos. Del interior sale un hombre vestido con un mono y una lata metálica en la espalda al que Tianna saluda someramente.

«¿Quién es ése?», pregunta Lennox.

«El exterminador», le explica ella. La expresión atolondrada de él la obliga a añadir: «Fumigan los pisos para acabar con los bichos».

Atraviesan enormes aceras de hormigón llenas de grietas entre bloques de pisos, y pasan por delante de casas y jardines hasta llegar a una avenida principal y un centro comercial. No se ve nada de interés: una inmobiliaria, una empresa de seguridad y una peluquería. Pero el barrio no es malo. Lennox los ha visto mucho peores. La niña, a su lado, mantiene el paso, profundamente absorta en sus propias reflexiones. La brisa le alborota un poco el pelo, y Lennox se la imagina caminando al colegio, como hacía Britney.

A Tianna ir caminando al colegio siempre le recordaba Alabama. Absorber la mezcla de formas, sonidos y movimientos a lo largo de la ruta del río Tallapoosa, con aquellos aromas pantanosos que despojaban de urgencia a las voces emocionadas del día… En Miami era distinto: un triste trayecto en autobús escolar serpenteando entre avenidas llenas de palmeras. Desde el principio tuvo que soportar burlas por su rudimentario *spanglish*. El primer día dos chicos le quitaron la cartera y jugaron a pasársela el uno al otro. Sabía que querían que se exasperara y se humillara tratando de recuperarla. Pero de repente se sintió picada por el atroz recuerdo de lo que él le había dicho acerca de ser una mujer, no una niña, y se limitó a aguardar con gesto desdeñoso a que se aburrieran. La insultaron en español cuando dejaron la cartera a sus pies, pero lo hicieron sin ganas, y se marcharon rápidamente en busca de una víctima que respondiera mejor. Papi Vince también le había enseñado cosas buenas.

El piso, un palacio de lujo discreto y funcional, se encuentra a una breve carrera en

taxi del bar. En un patio acristalado hay una piscina y un jacuzzi con vistas al océano, cuyo color azul tinta se funde casi imperceptiblemente con la noche. Él le había propuesto tomar la última copa en su casa, y cuando ella pensó en Ray, por ahí de juerga, hasta arriba de cocaína y seguramente en brazos de alguna guarra, aceptó de buena gana.

Aaron Resinger parece tan de diseño como su hogar. Cabello oscuro y ondulado. Un cuerpo voluminoso, con músculos trabajados y cincelados en el gimnasio desde que fue a la universidad. Adicto confeso al trabajo, le cuenta que es uno de los pocos nativos auténticos de Florida del Sur. Estudió Finanzas Inmobiliarias y Urbanismo en la Universidad de Miami y se enriqueció con el boom de los bloques de pisos de comienzos de los noventa. El éxito tuvo un precio, ya que unos meses antes había roto con una pareja de muchos años. «Supongo que llevo lamiéndome las heridas desde entonces», canturrea con un ligero deje de melancolía tras una hilera de dientes de inmaculada blancura.

Después de servirle a Trudi una copa y mostrarle su colección de arte, salen al patio, desde donde se asoman al punto en el que Biscayne Bay se encuentra con el océano Atlántico. «Cuando construí este sitio decidí que simplemente no podía encontrar otro lugar mejor para vivir», le dice con voz melosa. Trudi se siente como una estrella de cine, ennoblecida y exaltada por las atenciones de este hombre. Cuando la besa, ella responde, al principio de forma vacilante y luego, al pensar en cómo la ha tratado Ray Lennox, con feroz abandono. Cuando se separan, él le aparta el cabello del rostro, la mira a los ojos y le dice con una sinceridad que a Trudi le resulta abrumadora: «Me gustaría mucho hacer el amor contigo».

Trudi sonríe y deja que él la lleve de la mano hasta el dormitorio principal. Sabe en ese momento que cuando regrese a su país y les cuente esta historia a las chicas en alguna enoteca, soltarán salvas de carcajadas irreprimibles. Pero ahora mismo, rodeada de tanto lujo, bajo la luz de la luna, con el rumor de las olas estrellándose contra las rocas y enardecida por el alcohol y el recuerdo de un novio traicionero e indiferente, le parece con mucho la mejor opción.

Mientras caminan, él va marcando un ritmo nervioso sobre el muslo con el ejemplar de *Perfect Bride*. Lennox había tratado de darle conversación, pero la niña no estaba muy comunicativa. No insistió porque intuía que albergaba la clase de dolor que engendra introspección.

Le duele la boca, y se plantea comprar chicle. Andar con la niña americana esta le está agobiando y le alivia enormemente toparse con una comisaría local. No quiere alarmarla. Por suerte, al otro lado de la calle hay una cafetería. «He estado allí antes», dice Tianna con nerviosismo y señalándola con el dedo: «Allí es donde trabaja Starry».

Quizás Starry pudiera ayudar a resolver este lío. Anoche se portó como una absoluta arpía, pero también es cierto que iba hasta arriba de coca. Y es amiga de Robyn. ¿O no? Pronto lo averiguaremos.

Mano’s Grill podría considerarse un buen lugar donde trabajar de camarera. Un espacio muy estrecho en forma de L en el que no hay mesas propiamente dichas, sino una barra adosada a una de las paredes y junto a la que están colocadas las sillas. Los clientes casi pueden estirar el brazo y tocar a los encargados de la plancha, uno de los cuales parece ser el propio Mano. Junto a unos grandes ventanales de vidrio cilindrado, había otra barra con más taburetes. Lennox se imagina a Starry estirándose para pasarles los platos a los clientes por encima de las cabezas de los pobres pringados sentados ante el mostrador.

Pero se jugaría algo a que eso nunca lo hace cuando Mano anda por ahí. Una agresiva caricatura colocada por encima del mostrador retrata una versión más joven, más peluda y más esbelta del personaje, pero que sigue siendo instantáneamente reconocible. El pie de foto advierte: ESTO NO ES BURGER KING: AQUÍ LAS COSAS LAS HACEMOS A MI MANERA.

Con Tianna a su lado a su pesar, Lennox observa a Mano en acción. Mientras le grita a una camarera, destila suficiente amargura como para contaminar hasta el último bocado que prepara. Entonces Lennox se da cuenta de que hay un pasadizo que lleva a los servicios y después a un comedor más grande. El imperio de Mano abarca un área de mesas concurridas, sillas, y otro mostrador con caja registradora. Incluso parece haber otra cocina activa.

Lennox recuerda vagamente que anoche Starry le dijo que llevaba cuatro años trabajando allí. Imagina que en un sitio como aquél eso seguramente equivalía a toda una vida. Con mordacidad de semiborracha, le había dicho, a medio camino entre el alarde y el lamento, que era el tiempo más largo que había aguantado trabajando en un mismo sitio en toda su vida. Por muy desquiciada que fuera su vida, Starry sostenía que jamás se había perdido un turno. En el momento a Lennox aquello le había parecido dudoso. Se revela como un disparate cuando le pregunta a la camarera —la misma a la que Mano había abroncado— si la estaban esperando. Ella le mira con gesto furibundo. «¿Conoce a esa zorra? ¿Dónde está?».

«Esperaba que me lo pudiera decir usted».

«¡Ja! ¿Y yo cómo iba a saberlo? Tengo que hacerme cargo de su turno», escupe con una ira nada artificiosa.

Lennox toma asiento con Tianna, que parece aliviada por la ausencia de Starry. A Lennox le apetece tomar un batido. Se acuerda de los que tomó en Howard Johnson’s, en Times Square, cuando visitó Nueva York con los muchachos. Estaban buenos. Pero enseguida dieron paso a los Bloody Marys.

Pidieron un batido de chocolate para él, acompañado de tostadas y huevos fritos.

Para Tianna una Coca-Cola, una hamburguesa y patatas fritas. Lennox ha perdido el apetito. Da ligeros empujoncitos a los huevos con el pan, y deja caer por accidente un churretón de yema sobre *Perfect Bride*, sorbiendo el batido para refrescarse la garganta en carne viva. La chiquilla tiene hambre. Hay algo veloz, metódico y resuelto en el modo en que devora la comida. Lennox se pregunta cuándo habrá comido por última vez. «Tú quédate aquí», le dice mientras se levanta. «Sólo voy a salir aquí al lado a por tabaco», dice, largando con soltura una mentira fácil de poli traidor.

«Guau», replica ella con los ojos como platos. «De puta madre».

«Para mí», salta él, exasperado. «Espérame aquí», repite.

Lennox abandona la cafetería a zancadas y cruza la calle en dirección al elegante edificio nuevo con el rótulo del Departamento de Policía del Condado de Miami-Dade. Ocupa buena parte de una manzana. Dentro habría hombres y mujeres que, igual que los colegas de su país, se ganan la vida como agentes de la ley. Es una locura. Él es un poli experimentado, pero no sabe qué va a decir. Sin autoridad ni estatus, quedaría reducido a lo que era: un escéptico que operaba en un mundo en que tales lujos estaban mal vistos. Lennox se detiene ante las puertas de cristal. *Ahora no es momento para dudar. Ahora es momento de actuar*.

Alguien como Dougie Gillman habría entrado con paso decidido y denunciado el secuestro, el abandono, los abusos y el intento de violación de una menor al agente del mostrador de la entrada. No sólo eso, lo habría hecho con una expresión de desprecio burlón que proclamase: «¿Y vosotros dónde coño estabais?». Y para hacer eso se arma de valor, pensando en su hermano actor, Stuart, cuando le contaba cómo se metía en la piel del personaje.

Al abrir la puerta, ve a una mujer muy corpulenta apoyada en el mostrador. Su gigantesco trasero, revestido con unos leotardos de color rosa estirados al máximo de su capacidad, bloquea parcialmente la vista del agente que la atiende tras el mostrador de recepción. Entonces el hombre se desplaza hacia un lado y levanta la cabeza. Lennox y el poli del mostrador se miran fijamente el uno al otro con cara de mutuo desconcierto.

Lance Dearing es el primero en hablar, mientras el impulso de huir explota como el pistoletazo de salida de un juez dentro de Ray Lennox, que se aparta del mostrador.

«Espera un momentito, Ray», empieza Lance, pero aquel tonel de mujer le está gritando: «¡Tienen que sacarle de mi casa! ¡No tiene ningún derecho a estar en mi casa!».

«Discúlpeme, señora…», dice Dearing mientras sale de detrás del mostrador.

Ray Lennox atraviesa rápidamente la puerta de cristal y abandona la comisaría. El discordante *staccato* con el que baja las escaleras recuerda a un pianista tocando unos palillos orientales. Una vez abajo, rompe primero a trotar y después echa a correr. El

lapso de inactividad deportiva se nota: el peso de su cuerpo le lastra el corazón y los pulmones, y le duelen los músculos de las piernas. Llega a temer por su estabilidad, porque las losas del pavimento están agrietadas y son desiguales. Después la masa biliosa parece despejarse, su pecho resiste el aire y se siente más liviano; Lennox corre que vuela.

Tianna está sentada donde la había dejado; está terminando de comer y hojeando la revista de bodas. La urgencia manifiesta con que Lennox entra por la puerta la induce a echarse a la boca unas cuantas patatas fritas con ketchup antes de que llegue a la mesa.

«Tenemos que irnos», dice él con voz entrecortada mientras saca unos billetes del bolsillo.

«¿Y qué pasa con mamá?», pregunta Tianna. Por un instante, Lennox piensa en su propia madre.

«Tu mami no se encuentra bien, pero se recuperará».

Lennox apoya las manos en el mostrador. Respira agitadamente, subiendo y bajando los hombros. Mano le recompensa con una mirada suspicaz que le recuerda una escena de una película. «Ahora tenemos que marcharnos, tenemos que ir a ver a Chet», reitera, recogiendo la revista y dirigiéndose hacia el mostrador. Paga al encargado y conduce a Tianna hacia la puerta.

«Tienes que hablarme de los dos tipos que vinieron anoche. Johnnie y Lance».

«No me apetece hablar de ellos», dice ella, girando la cabeza con movimientos rápidos y enérgicos. «¡No me gustan!».

«¿Quiénes son?», insiste él. «¿Han intentado hacerte daño otras veces?».

La niña mira más allá de él, con los ojos desorbitados y a la espera del trauma inminente. Está en alguna otra parte y él necesita que esté aquí. De forma suave pero firme, la coge de los hombros; ella le mira a los ojos.

«Sé que has oído esta sandez de frase otra veces y te garantizo absolutamente que volverás a oírla. Pero ahora es el momento de creértela: confía en mí».

Cuando se vuelve para mirar por encima de su hombro una chispa prende en su interior. «Rápido». Ella le coge del brazo y le guía por las puertas hasta los servicios. Mientras la sigue, Lennox echa una mirada furtiva a la cafetería abarrotada de clientes. Por la otra puerta acaba de entrar Lance Dearing, que escudriña el garito. Sus miradas se encuentran y Dearing frunce las cejas mientras hace una mueca con el labio inferior. Partiendo del supuesto de que tendría las pelotas o la desesperación suficiente para matarle a tiros en una cafetería atestada y luego decir que había secuestrado a una menor, Lennox deja que la puerta de resortes se cierre a sus espaldas.

Evidentemente, Tianna sabía que los servicios también conducían a una extensión del restaurante cuya parte trasera daba a un parking. Atraviesan rápidamente el

espacio, en el que sólo hay unos cuantos coches y un contenedor. El pánico a un balazo en la espalda disparado por un tirador experto hace que Lennox se encoja ante la expectativa de un impacto. Vuelve la cabeza hacia Tianna, pero ella se mantiene a su altura con pasos acompasados mientras corren hasta llegar a otra calle. De nuevo, Lennox echa un vistazo a sus espaldas en busca de indicios de Dearing, pero nada. En lugar de perseguirles a pie, habría vuelto a su coche y estaría intentando localizarlos. La calle principal da a otra serie de calles laterales divididas en bloques; se escabullen por una de ellas. A Lennox le parecen monótonas por su uniformidad, mientras las recorren con rapidez, volviendo la vista atrás para ver si les persigue algún vehículo. Ahora hace más calor, y se siente más pesado tras el esfuerzo realizado para huir de Dearing. El sol se concentra en su nuca y su espalda; tiene el cerebro entumecido por el déficit de oxígeno y aflojan el paso hasta trotar primero y caminar después, mudos de espanto y sin fuelle, resignados a que los detengan.

Y sin embargo nada sucede mientras siguen desplazándose en una calma ensimismada, alegrándose del exiguo amparo que les proporcionan los árboles que brotan de las calles y los jardines, cobijándoles un poco tanto del sol como de las miradas de posibles viandantes.

Tianna piensa en los chicos del autobús escolar. No le importaba que la llamaran guarra. A las latinas católicas les decían lo mismo incluso cuando salían de misa ataviadas con su uniforme escolar. Aquella vieja iglesia de estuco cuyas toscas vidrieras habían sido decoloradas por aquel sol que escupía sin cesar a través de las hojas de las palmeras. Tianna incluso había pensado en acudir, al preguntarse si otras niñas habrían compartido su suerte y habían hallado la paz allí. Pero a su mamá no le gustaban nada los viejos verdes de cara santurrona que llevaban hábito y zapatos baratos. *Eran los únicos hombres que no le gustaban nada*. Ahora mira al escocés alto —pensaba llamarle Bobby, en honor a Baseball Bobby de Escocia—, pero está hablando consigo mismo, como un chalado gilipollas, con los ojos desorbitados; estaba chiflado, no cabía duda. Le oye decir algo raro entre dientes, algo acerca de que había que seguir caminando, acerca de los críos, acerca de cómo siempre tiene que cuidar de los críos. ¿Quién demonios se habrá creído que es este baboso escocés que de ella no sabe un pimiento? *Caminar siempre era lo que se hacía en Mobile. ¿Es que acaso no lo sabe?*

En la cabeza de Lennox hay un solo pensamiento: soy el silencio incómodo. Pero tiene que haber farfullado, delirando por el calor, el esfuerzo y el bajón; a lo mejor ha dicho algo acerca de que había que caminar.

Porque ahora Tianna le está gritando. Al principio no la oye a ella, sólo oye un ruido tan uniforme como el silencio. Tiene que parar, que sintonizar deliberadamente.

«… y me gusta caminar y no soy ninguna cría», declara con violencia mientras arruga el rostro con expresión de ira, «¡así que no me trates como si lo fuera!».

«De acuerdo», dice Lennox con humildad. Caminan en silencio durante lo que parece una eternidad, desconfiando el uno del otro y de 7th Street, adónde acaban de volver a salir, parpadeando como los fugitivos de una cuerda de presos en el desierto. Cada coche patrulla que pasa delante de ellos le acelera el pulso. Imprime una cadencia más veloz a los golpes que se da en el muslo con la revista.

El cazador cazado.

Tiene la sensación de que la gente le mira. Vestimenta, porte, color de la piel; no encaja aquí. Quizás se trate de la niña, de sus lentos ojos de ángel siguiéndole mientras cumple con su lúgubre y piadosa misión. El aire se espesa por efecto del calor; la mano le suda en la revista satinada. Ellos parecen ser los únicos peatones: este hombre blanco y la niña tan jovencita. Le choca que ni siquiera sea capaz de deducir a partir de los rasgos de Tianna y la tonalidad de su piel nada acerca de la identidad étnica de su padre. Podría ser negro, asiático, blanco o latino. Piensa en el jugador de golf Tiger Woods: el nuevo americano modelo. Intenta hacer un Photoshop mental para eliminar el rastro de Robyn de su hija y ver lo que queda, pero aun así no aparece ninguna imagen convincente. Lo único que le viene desagradablemente a la cabeza es el vello púbico de Robyn.

En el barrio de Britney nadie se habría fijado en nosotros. En aquella barriada las guerras se hacían contra el refugiado bosnio realojado por el ayuntamiento o el pacífico aficionado a las maquetas de ferrocarriles que vivía solo. O el pintor de brocha gorda pluriempleado. Puede que contra la vacaburra picajosa que compró el último paquete de hamburguesas en la tienda de la esquina y el obsequioso paki hijo de puta que se las vendió. O contra el fornido matón que echaba la puerta abajo de una patada y se llevaba la tele y el estéreo mientras el escuálido y cadavérico juez de distrito agitaba la orden ante las caras estupefactas de los inquilinos. O contra el marido borrachuzo cuyo enorme complejo de culpa no le impide fundirse otro mes de alquiler en bebida y caballos. Libraban sus guerras entre ellos y eran una pasión devoradora; fruto del desempleo, de la miseria y la frustración. Mientras tanto, un monstruo auténtico se había colado inadvertidamente entre ellos.

Mr. Confectioner jamás se habría puesto a hacer labores de reconocimiento en un distrito de clase media lleno de fisgones y patrullas de vigilancia vecinal, que habrían llamado enseguida a la policía al ver la furgoneta blanca aparcada en su calle.

Entonces aparece ante ellos, imponente, un estadio: una visión exultante para un escocés. Tianna le dice que es el Orange Bowl. Dirigiéndose hacia él, se topan con otro centro comercial pequeño y venido a menos. Pero delante de él está parado un taxi, y la señal indica que está disponible.

En el sofocante taxi, la paranoia le ha arrancado un par de capas de piel. Ahora Lennox está decidido a mantener a la niña alejada de Dearing, Johnnie y Starry; esa

gente es un peligro para ella y Robyn no puede protegerla. Pero a lo mejor el tal Chet sí puede. El problema es que se ha puesto hecha un basilisco. Así que él le enseña la dirección al taxista. El hombre no habla demasiado bien el inglés y no sabe dónde queda. Le explica que es de Nicaragua. *«No from here»*, repite sin parar.

Estoy entre retrasados que no conocen este país, piensa Tianna, pero Bobby el Escocés intenta ayudarla, llevarla a casa de Chet, así que transige. «Está bastante lejos».

En un primer momento a Lennox le deprime oír esas palabras, pero después siente una oleada de euforia. Es la primera vez que él le dice algo sin que él le haya preguntado antes.

«¿Cómo de lejos? ¿Fuera del estado?».

«No, está en Florida. Está junto al mar, pero como al otro lado de la autopista grande».

Lennox se plantea acudir al aeropuerto: las empresas de alquiler de coches. No está demasiado lejos. Se dirigen hacia allá mientras él intenta ordenarse las ideas. La cabeza le da vueltas. No lleva antidepresivos encima. Está asustado. *Piensa como un poli*, se dice a sí mismo mientras intenta volver a poner en marcha su caótico cerebro. Tiene los ojos llenos de la arenilla fantasma causada por el insomnio y su cabeza está a punto de estallar.

Lance Dearing. Piensa como un poli. ¿Cómo pensaba él? ¿A qué jugaba?

Que Dearing sea poli cuadra. La llave de brazo era una técnica policial en todo el mundo. Aquella voz: llena de tranquila autoridad.

Lennox sabe que tendría que haberlo sospechado desde el primer momento. Pese a que fuese la primera vez que le aplicaban la llave a él, el hecho de que no se diera cuenta inmediatamente le indica lo poco preparado que está.

A Tianna le tiemblan los labios. «¿Estamos huyendo de la policía o sólo de Lance?».

Buena pregunta. «Sólo de Lance», conjetura. «Tu mami quería que te llevara a casa de Chet y que no te dejara con nadie más. Así que me da igual que él sea poli; eso es lo que voy a hacer».

Eso parece apaciguarla, así que Lennox habla en inglés chapurreado con el taxista, que le confirma lo que ya sospechaba acerca de la suerte de los conductores de taxis en Miami.

«Yo no trabajo de noche. Tengo familia. ¡Mi jefe es demasiado tacaño para poner cristales antibalas!».

Lennox oye un estruendo; levanta la vista y ve un avión descendiendo para aterrizar. Se pregunta contra cuántos hombres, con o sin su placa, habrá disparado Lance Dearing.

10. El mejor batido de toda Florida

La de veces que se había sentado a ensayar reproches, afinándolos para intensificar su impacto devastador. *La de veces que me has decepcionado, Ray. ¿Cambiar? ¿Tú? Tú no cambiarás nunca. No puedes. Tú mismo lo has dicho: eres como eres. Me has vuelto a tomar por idiota*. Y ahora, en la cama de este desconocido, todos aquellos ensayos se han echado a perder.

El hombre que dormía a su lado. Respiraba con poca profundidad, pero sin llegar a roncar, en sintonía con el aire acondicionado, casi silencioso. Por la noche se había levantado para deshacerse del condón. Como había hecho con los dos primeros. Como si fuese indecoroso que ella lo viera. Pero ella se había fijado en la sangre que había en el último, cuando él se lo sacó discretamente de su exhausto pito. Trudi aprovechó para levantarse de la cama, utilizar el bidet y ponerse la compresa de repuesto que llevaba en el bolso. Una mancha de sangre de aspecto corrosivo en las sábanas; al volver a la cama notó su humedad y se sintió sucia. *¿Qué he hecho?* Porque en ese momento Trudi Lowe se dio cuenta, con un fogonazo de clarividencia violento e inflexible, que Ray Lennox, su prometido, estaba enfermo.

Mentalmente enfermo. De un modo que iba más allá de la estupidez, el egoísmo y la debilidad habitual de los hombres. Presa de un pánico cada vez mayor, se escabulle de la cama de aquel desconocido, se viste en silencio como puede y sale del apartamento a hurtadillas, yendo a parar a un área de uso común de la urbanización, suntuosamente amueblada y decorada con gran cantidad de plantas. Un conserje comprensivo, pequeño y ágil, cuyo aspecto y movimientos recuerdan los de un ex boxeador de peso mosca, llama a un taxi para que la lleve de vuelta a su hotel. Charlan un poco, y cuando llega el taxi, él la toma del brazo y la acompaña —como un padre haría con su hija en el día de su boda, fantasea ella— por una escalera que conduce a una salida en dos niveles que da a una calle flanqueada por árboles que se encuentra al otro lado de la bahía. Aunque parezca mentira, no le resulta incómodo ni molesto, pues ese hombre se mueve con garbo y control, sin el menor indicio de segundas intenciones. El taxi aguarda y Trudi sube a él con sensación de gratitud.

Cuando piensa en Lennox su sentimiento de culpa se desvanece. Ansiosa pero decidida, se propone intercambiar con él noche por noche y suceso por suceso. *¿Ah, conque conociste a una gente y te fuiste de pingo? Qué curioso, yo también. ¿Tú qué tal? ¿Yo? Ah, pues no estuvo mal*.

Necesita estar allí para, llegado el caso, tragarse su dolor. La desenfrenada infidelidad de la que había gozado durante la mayor parte de la noche le excita y le repele a la vez. Al llegar a la habitación del hotel siente una mezcla de alivio y de

horrible tristeza e ira al ver que él aún no está. *Qué capullo*. Pero en el fondo lo agradece; se va directamente a la ducha a quitarse el recuerdo del hombre de la inmobiliaria. En el teléfono no hay ninguna lucecita encendida que indique mensajes. Ni una nota. *El muy hijo de puta ni siquiera ha llamado*. No ha vuelto. *Muy bien*, piensa mientras se reclina sobre la cama y siente un latido entre las piernas. Un hombre grande, duro y fuerte. *Que te follen, Lennox*.

No tienes ni puta idea de cómo son los hombres.

Pero ¿y si…? ¿Y si Ray Lennox estuviera en el hospital o muerto en un callejón?

Trudi se incorpora. Ray sigue sin estar en la habitación. Mi rayo de sol. Hasta en plena depre silenciosa y sombría, su presencia hace que todo sea azaroso y caótico, como una tormenta eléctrica sin el rumor de los truenos. Su tendencia a complicar la vida más de la cuenta la entristece; ese arbitrario oscilar del desapego sombrío al compromiso apasionado. ¿Para qué?

Un sol refulgente blanquea un sector de cielo azul claro. Cerrando un ojo ante los rayos que azotan su perfil, su nariz torcida apunta al otro lado de la calle, hacia una hilera de casas pintadas de colores brillantes con jardines irregulares. Un hombre de cabello crespo vestido con una mugrienta camisa amarilla empuja un carrito de la compra con ritmo lento y uniforme, con la cabeza inclinada sobre el contenido, levantando sólo de vez en cuando la vista, mientras el tráfico pasa volando, rugiendo y rechinando por la intersección. Delante de un edificio de oficinas hay una serie de macetas de hormigón llenas de eucaliptos colocadas para impedir que la gente aparque. Tianna está sentada sobre una de ellas, con las piernas cruzadas y leyendo la revista apoyada en su regazo. Lennox atrapa con la vista al vagabundo del carrito, siguiendo la trayectoria visual de éste hasta llegar a un letrero:

BARCLAY Y WEISMAN

CONSEGUIREMOS QUE LE INDEMNICEN POR DAÑOS

Cerca de la entrada, un viejo neumático desechado con una paloma muerta dentro del círculo negro logra animar un poco a Lennox, como si fuera una muestra del empeño de la fauna local por resistirse a la incursión de este ubicuo pájaro de los climas templados. Se estira y bosteza, despegándose la camisa de la piel y sintiendo cómo el torso se le llena de aire.

Dentro de la oficina, T. W. Pye nota el chirrido de la silla acolchada bajo su voluminoso cuerpo cuando se desploma en ella. Sorbe la Coca-Cola tamaño súper y le hinca el diente al Big Mac, dejando que la grasa se escurra entre sus dedos sudorosos y la temblorosa papada triple llena de manchas de vejez que brota cual trufa de su boca y que le llega hasta el pecho. Pye, que tiene ahora cuarenta años,

padece obesidad crónica desde la adolescencia debido en gran medida a su adicción a la comida rápida y los refrescos de cola. Hace poco que se ha dado cuenta de que eso le ha despojado de la salud, de la fuerza y de la sexualidad. Jamás ha gozado de intercambio sexual con una mujer por la que no haya pagado.

Su chulería impertinente comienza a derrumbarse ante la presión de esta compulsión, las correspondientes dificultades respiratorias, los dolores en pecho y brazos y los demoledores ataques de depresión y ansiedad que padece por las noches. Pero, ante todo, lo que la socava es la incesante avalancha de datos que le llegan por todos lados contándole en tono inequívoco que la basura con la que se mantiene le está matando. No puede encender un televisor sin que algún presuntuoso nutricionista progre le señale con el dedo como el artífice de su propia destrucción.

Lo pagará con el mundo, o cuando menos con la parte del mundo con la que tiene contacto. La reputación de la franquicia de Qwik Car Rental como empresa menos rigurosa que las más grandes asegura que los clientes de Pye sean habitualmente personas desesperadas y con prisa. La policía le interroga al menos una vez a la semana. Pero a T. W. Pye le encanta hacer preguntas; disfruta del poder que ejerce sobre sus clientes más desfavorecidos. El teléfono de su escritorio suena con estridencia en el preciso momento en que Ray Lennox entra en su oficina desierta. Un incongruente cordón de terciopelo rojo, más propio de un club nocturno, va guiando a la inexistente clientela hacia una fila de paso. Pye deja la hamburguesa encima de la mesa y coge el auricular mientras que, con gesto de irascible desaprobación, echa una mirada somera a Lennox.

«¡Hey! ¡Gus! ¿Qué tal te va?». *Pero quién será este maricón flacucho y sin culo, por Dios*. «Vale, Gus, eso está hecho…».

Lennox se fija en el gordinflón, desviando la vista hacia la imagen de una muchacha pechugona, evidentemente realzada por la silicona, que pugna por salirse del bikini amarillo en el calendario colocado a su espalda.

«Eso que me cuentas es muy raro, Gustave, raro de verdad. Hecho, colega. Tráetelos esta noche. Estaré en casa».

Lennox arde de impaciencia cuando su mirada se cruza con la de Pye. En el instante siguiente se gesta una aversión recíproca.

«Hasta luego. Nos vemos, Gus». Pye deja que el auricular se le deslice de la mano hasta encajar en la horquilla. Unos ojos concentrados contemplan a Lennox con alegre malicia. «Dígame», le suelta, exhibiendo una sonrisa servil.

«Necesito un coche. Para ir a Bolonia».

«Muy bien», le dice Pye con una sonrisa mientras Lennox le entrega su carné. Lo mira al trasluz durante unos segundos, como si fuera un billete de banco de gran valor. «No tendrá intención de cruzar la frontera del estado, ¿verdad?».

«No. Voy a Bolonia, Florida. Sólo lo necesitaré un par de días».

T. W. Pye baja la cabeza y nota cómo su sonrisa crece hasta alcanzar los límites de su perfidia. «Es que con eso de que es usted extranjero no podemos entregarle ningún coche si piensa cruzar la frontera del estado. Reglas nuevas: la guerra contra el terrorismo. En ese caso pueden ayudarle los peces gordos, Hertz y Avis».

«Nada de cruzar la frontera. Voy a Bolonia, Florida», repite Lennox, incómodo en el papel de suplicante. «Dos días como máximo».

«Bueno, pues tengo un Volkswagen Polo». La sonrisa de Pye resiste, pese a que un chorrito de sudor le resbale por la sien y le cruce la mejilla, como un tajo propinado lentamente por un psicópata. «Europeo. Económico. Seguro que le gusta. ¿De dónde es usted?».

«¿Cuánto es?», pregunta Lennox, sacando su Visa platino.

Pye vuelve a sentarse, con el ceño fruncido, y empieza a recitar tarifas y condiciones mientras Lennox asiente con gesto glacial. Entonces se abre la puerta y entra Tianna tan campante, con la chaqueta enganchada con el dedo y colgada con gesto indiferente tras la espalda. Imitando a Lennox, se da golpecitos con la revista sobre la pierna. Pye se fija en los pantalones cortos color añil y el top color mostaza, chispeante eslogan incluido. Ve los miembros largos y huesudos que sobresalen de las prendas. Reacciona con una mirada lasciva de depredador: entorna los ojos, crispa el gesto y palidece. Lennox capta el tufo a lujuria aletargada, lo que hace que le rechinen los dientes de nuevo.

Pye percibe su reacción y se vuelve hacia él simulando una amable indiferencia mientras Tianna se balancea contra el escritorio. «¿Su hija?», pregunta.

Lennox le fulmina con una mirada silenciosa y amenazante, mientras agarra con fuerza el borde del mostrador. La mano mala está acuciada por una intermitente sensación de dolor intenso que se esfuerza por combatir.

«Es mi tío Ray», interviene dulcemente Tianna, volviéndose hacia Lennox con un preocupante aire de complicidad. «El tío Ray vive en Escocia».

«Ya me parecía que tenía usted acento», declara Pye en tono empalagoso, sonriendo primero a Lennox y luego a Tianna.

«Todo el mundo tiene acento», dice Lennox sin inmutarse, relajando las manos y disfrutando de la desaparición progresiva del dolor. «¿Tiene las llaves?».

«Acompáñeme».

El obeso empleado se levanta y sale resollando del otro extremo del mostrador. Lennox y Tianna le siguen por las losetas de moqueta marrón oscuro que cubren el suelo de hormigón, algunas de ellas tan sueltas que podrían provocar caídas y fracturas. El picaporte de la puerta de cristal esmerilado, enmarcada en un separador de madera de nogal falsa, está mugriento y cubierto de roña. Lennox se resiste a tocarlo; tiene la sensación de que hacerlo sería como sacarle el pito de los pantalones a Pye y apuntar con él a la taza media docena de veces al día.

Recorren un pasillo y pasan por delante de dos series de escaleras de incendios cuyas puertas están abiertas mediante cuñas, hasta llegar al aparcamiento. Por el camino, Lennox la ve en la pared, enumerando los coches devueltos: otra pizarra blanca que institucionaliza la imbecilidad y exhibe pornográficamente las previsibles divagaciones de la mente. Le entran ganas de arrancarla.

Desde lejos, el tablón que daba la vuelta a las paredes de la oficina de la Unidad de Delitos Graves parecía una representación parvularia del martes de Carnaval. Estaba engalanado con marcas de rotulador fluorescente, fotos y post-its que producían un efecto chabacano incongruente con su macabro relato: la muerte de Britney Hamil. La forma en que Drummond y Notman se aseguraban de mantenerlo en un estado meticulosamente atractivo resultaba variopinta y ligeramente insultante.

Luego estaba lo de la pizarra de Robyn; alguien le había pasado un trapo para dejarla limpia. A pesar de toda la coca, estaba lo bastante centrado como para borrarlo todo, hasta el último nombre y número de contacto. *Sólo Dearing, sólo un poli, podría haber actuado tan meticulosa y premeditadamente. Sólo un poli. O un maleante*.

Y ahí está él ahora, conduciendo para alejarse de un bicho raro de una empresa de alquiler de coches, en compañía de una niña, una cría a la que ni siquiera conoce. *Estoy huyendo de los pederastas, y éstos nos persiguen. ¿Conocerá el pedófilo ese de la empresa de alquiler a Dearing? Quizás formen parte de una red. Pederastas por doquier: una hermandad de pedófilos. Una logia de pederastas*.

Es ridículo. Supera su capacidad de entendimiento. La situación es superior a sus fuerzas.

Pero los niños necesitan protección. Hay que detener a los delincuentes sexuales. Por eso se hizo policía. Los pederastas convertían el oficio de poli en algo real, en una forma de vida viable y justificada. Ya no se trataba de imponer leyes ruinosas y anticuadas ni de proteger las pertenencias de los ricos. Se convertía realmente en una batalla abierta entre el bien y el mal, frente a la prosaica norma de tratar de poner freno a las consecuencias de la miseria, el aburrimiento, la estupidez y la codicia.

Ahora, en el Volkswagen alquilado, Lennox conduce cautelosamente por un ancho bulevar entre un tráfico incesante. La niña silenciosa y seductora que está a su lado se muerde el labio inferior. Encerrados en un carril exterior, los desvían a una autopista. Al darse cuenta de que no sabe adónde va, Lennox la abandona en cuanto llega a la siguiente salida.

«¿Cómo está de lejos el sitio ese, Bolonia?».

Tianna tiene la cabeza metida en *Perfect Bride*; las huellas de Lennox han ensuciado el vestido de la novia.

«En coche es un viaje largo».

«¿Cuántas horas?».

«No sé, dos o tres. Puede que más».

Joder. Tenía que encontrar un garaje. Una gasolinera. Comprar un mapa.

En la radio suena «Like Toy Soldiers», de Eminem. El estribillo hace que Lennox se estremezca de emoción. Sus manos, aferradas al volante, palidecen. La derecha vuelve a dolerle. *Ese cabrón es un puto genio*, piensa, casi ahogándose de la emoción. Se le acumulan las lágrimas en los ojos. *We all fall down*.

El cuerpo de Britney, frío y exánime. Lleno de moratones, sobre todo en la garganta. Ojos desorbitados, fijos en su último instante de dolor y de terror. Arrancarle el alma a una criatura de ese modo tan truculento era la transgresión más inmunda y vil que cabía imaginar. *Mr. Confectioner. Tan frío*.

Mientras piensa en Britney en la morgue, mira a Tianna. Se pregunta qué es lo que Johnnie —y, por lo que él sabe, Lance y Starry— tenía pensado hacer con ella. Sin duda no sería lo mismo que Mr. Confectioner había hecho con Britney. Pero él es un extranjero al volante de un coche alquilado con una niña prácticamente desconocida. En caso de que un poli le ordenase parar sería tan difícil arrojar luz sobre sus actos como explicárselos a Trudi.

Tianna estudia al hombre que está al volante. Ambos son forajidos que huyen de Dearing. Chet nunca permitiría que Lance la encerrase, eso seguro. Bobby el Escocés tampoco. Se pregunta qué pasaría si intentara tocarla. Se acuerda de Vince, de su amabilidad y su tez pálida, de sus lentas caricias, de sus palabras tranquilizadoras mientras ella reprimía el impulso de llorar y los ojos se le llenaban sin cesar de lágrimas que no llegaban a caer, de la suavidad de sus manos, como de mujer. Este sería de esa clase de monstruos a los que el negro veneno que corría por sus venas transformaría hasta ponerle los ojos vidriosos y volverle sordo; no como Clemson, que siempre fue una fuerza hostil, con aquella sonrisa arrugada que sugería una tormenta inminente, y una mirada capaz de hacer entrar en vereda a una manada de perros salvajes. Cerró los ojos para ver a Bobby el Escocés con más claridad. *El tanto que dio la vuelta al mundo*. Los abre de golpe y pregunta: «¿Así que de verdad vamos a casa de Chet?».

«¿En Bolonia? Sí, supongo que sí».

«Guay», dice ella, sorprendida ante su propia reacción, de entusiasmo inesperado y chispeante.

«Voy a buscar una gasolinera…, eh, una estación de servicio [17], a ver si conseguimos un mapa de la zona».

Tianna se mordisquea el labio inferior pensativamente. «Una gasolinera», repite como un papagayo. Aquello le divierte.

«¿Conoces el número de su casa? Tu madre me dio la dirección, pero no había número», dice, echando el cuaderno de Trudi sobre el regazo de Tianna.

Ella lo mira y sacude la cabeza: «Vive en un barco. Es bastante guay».

Lennox vuelve a fijarse en la dirección. De repente, es como si se produjera una sorda sacudida de reconocimiento tardío; la casa no tenía número porque era un barco. Ahí está, redactado con su propia letra acusadora: *puerto deportivo*. Por algún motivo, había imaginado que aquí ese término no significaría nada: jerga inmobiliaria para una urbanización que estaría a varias millas del agua por lo menos. Vuelve a sentirse abatido; es un mal poli, que sigue prescindiendo de lo obvio y se deja llevar por fantasías idiotas. El mito de que «obtenía resultados» era exactamente eso, un mito, y sus ya lejanos ascensos los había obtenido jugando a la política de aparato, escogiendo al buen amo al que servir en el buen momento. Empieza a ruborizarse. «También necesito encontrar un cibercafé para ver cómo van los *Jambos*[18] en la Copa de Escocia», le explica, topando con una mirada inexpresiva. «Los Hearts. Es un equipo de fútbol; lo que vosotros llamáis *soccer*. ¿Te gusta el *soccer*?».

«Supongo. Antes jugaba».

«¿Por qué lo dejaste?».

«No sé. Es un poco soso. No entiendo el rollo ese del fuera de juego».

«Jamás dejará de asombrarme que las chicas nunca entiendan la regla del fuera de juego. Es sencillísimo; el delantero principal tiene que estar al menos a la misma altura que el último defensa cuando le pasan el balón, de lo contrario está en fuera de juego. Sin embargo, si el arbitro estima que el delantero que está más avanzado no está interfiriendo con el juego, como en el caso digamos de…».

«¡Para el carro, que se me funden los sesos!».

Lennox se ríe y piensa en los deportes americanos. El más importante es el béisbol. Nunca ha ido a un partido. Recuerda una conversación de borrachos que tuvo una vez en Las Vegas con un universitario y un viejo irlandés incondicional de la *Gaelic Athletic Association*. El muchacho yanqui había proclamado que en los deportes lo más difícil era golpear con un bate una pelota que se movía a gran velocidad. El viejo de la *GAA* lanzó un grito de rechazo sofocado que recordaba el ruido de un desagüe atascado y les contó que en el *hurling* irlandés había que coger la pelota con el palo, controlarla y correr a toda velocidad con ella mientras una cuadrilla de chalados intentaba derribarte como fuese. Lennox pensó en la versión del mismo juego que existía en Escocia, en la que se utilizaban palos más grandes. Kingussie y Newtonmore disputando la final del Mundial de Shinty [19].

«¿Y qué me dices del béisbol? ¿De los Merlins, por ejemplo? Seguro que los llaman así porque son unos magos».

«Son los Marlins».

«¿Cómo Marilyn Monroe?».

«M-A-R-L-I-N-S», deletrea ella, arrugando el gesto pero sonriendo levemente. «Son unos peces, ya sabes, como… los peces espada, supongo».

Lennox asiente, acordándose súbitamente de la necesidad de concentrarse en unas

carreteras que no conoce, con los nervios de punta por el tráfico y la cafeína. Está muy lejos de sentirse cómodo cuando cambia de carril; los camiones van traqueteando, los descapotables les adelantan con ademán arrogante y los utilitarios deportivos hacen otro tanto con ademanes lentos y amenazantes, como si fueran los porteros de discoteca imprevisibles del mundo del automóvil.

Tianna se acuerda de cuando jugaba al béisbol en el parque. Aquellos tops de poliéster y los pantalones cortos que llevaban siempre olían muy bien. Se acuerda de que iba a formar parte del equipo de *softball*. Mamá se quedaba sentada en la tribuna descubierta, con el pelo recogido en una coleta que asomaba por la parte trasera de la gorra de béisbol, una camisa y unos vaqueros más ceñidos que los de las demás mamas y unos ojos atareados que coqueteaban bajo la visera. Un día apareció otro rostro junto al suyo; el de Vince, con una gran sonrisa indulgente. Entonces se fueron a Jacksonville, luego a Surfside, y luego aquí; siempre rumbo al sur, como si alguien les empujase hacia el mar. La obligaron a jugar al fútbol con las entusiastas chicas latinas, pues era a lo que se jugaba. Mamá miraba, con el pelo más corto y el rostro más chupado, mientras ella trataba de controlar la pelota y a la vez permanecer ojo avizor ante el siguiente tío que apareciera a la vera de su madre.

Lennox escucha por la radio una grabación en la que Elvis dice lo mucho que le gustaba la vida militar. Recuerda haber oído el discurso entero en una exposición de Graceland; su respetuosa antipatía no se parecía en nada a esta emisión propagandística, toscamente retocada para incitar a la depauperada juventud americana contemporánea a alistarse en el ejército. Pero para la hornada actual de soldados no habría apartamento privado en Alemania ni Priscilla de catorce años. Igual que el ejército, sus padres cerraron los ojos ante las prematuras relaciones del Rey con su hija. Era un caballero, decían.

Lennox se detiene en una gasolinera. El hedor de los efluvios de gasolina se mezcla con el olor a productos químicos de las freidoras del McDonald's adyacente. Dado el calor que hace, probablemente sean más embriagadores que la cerveza de baja graduación que un letrero de neón azul le hace soñar con beberse. El comercio adosado es una desaliñada pero añeja tienda de saldos que vende imanes de frigorífico con la forma de los distintos estados de la unión, periódicos varios, comida rápida tipo patatas fritas y un producto de aspecto inquietante llamado *beef jerky*[20]. Empaquetado como si fuera un hijo bastardo de la carne y la confitería barata, jamás podría pasar por un alimento natural. Tras un cristal se asan sobre un espetón unos pollos del tamaño de palomas. En la pared que hay detrás del mostrador se amontonan cartones de cigarrillos en los expositores y unas portadas censuradas delatan las revistas obscenas de las estanterías superiores.

Tianna se fija en los imanes de los distintos estados. Su madre los coleccionaba, aunque sin mucho entusiasmo; en la nevera tenían dos de Illinois. *Coleccionar ese*

tipo de cosas era de locos: siempre se perdía alguno y nunca conseguías acabar la colección.

Lennox compra un libro de mapas de la zona de Miami-Dade County, y un desplegable que mostraba las principales carreteras y ciudades del estado de Florida.

«¿Hay algún cibercafé por aquí?», le pregunta al empleado.

«No, no me suena que haya nada semejante. ¿De dónde es usted?».

«De Escocia».

«¡Sean Connery!».

«Eso. Sólo quería saber los resultados del fútbol».

El empleado se vuelve para asegurarse de que el local está vacío, antes de hacerle una seña para que pase a una pequeña habitación marcada con un letrero: SÓLO PARA EMPLEADOS. Enciende un ordenador y empieza a navegar. «Yo soy mexicano. Escocia no va a ir al Mundial, ¿verdad?». Lennox sacude la cabeza con gesto triste y entra en el sitio web oficial de los Hearts. Dos a uno contra el Kilmarnock. *Perfecto, pasamos sin problemas al sorteo para la siguiente ronda*. Echa un rápido vistazo a Kickback, el foro de los fans. Maroon Mayhem ha vuelto a escribir.

Ese cabrón está criticando, qué digo, insultando a Craig Gordon por un puto error. No quiere pasar página.

Lennox escribe utilizando su avatar, *Ray of Light*.

> ¿Pero qué les pasa a algunos zumbaos? El mejor portero que ha producido Escocia en décadas ¿y no es lo bastante bueno para los Hearts? ¿Sólo vale para que lo pongan a parir retrasados como Maroon Mayhem?

Lennox da las gracias al encargado de la gasolinera, deseándole a México toda la suerte del mundo en el Mundial, antes de acordarse de que juegan vestidos de verde, el color del Hibernian [21]. Fuera, mientras bizquea bajo el sol, Lennox estudia el callejero de Miami-Dade County, sin encontrar nada que se parezca al domicilio o atracadero del tal Chet en Bolonia. Después busca en el mapa del estado de Florida. Bolonia está en la costa opuesta, la que da al golfo de México. El índice del final del libro le confirma que la niña tenía razón. Es probable que el trayecto dure por lo menos tres horas.

«Vuelve al coche. Tengo que hacer una llamada».

«¿Vas a llamar a mamá?».

«¿Te sabes el número de su móvil?».

Tianna sacude la cabeza.

«¿Por qué no?».

«Porque no», dice ella, frunciendo el ceño. «No tiene saldo, y cambia demasiadas veces de número para que me acuerde».

«Vale, la llamaremos cuando lleguemos a casa de Chet. El probablemente lo sabrá, y puede que para entonces ella haya resuelto sus problemas».

«Puede», dice la niña en tono cansino. «Tengo que ir al baño».

Mientras Tianna se marcha hacia los servicios adosados a la tienda, Lennox atraviesa la explanada de la gasolinera hasta la cabina telefónica. Respira hondo y llama a la habitación del Colonial Hotel.

«¡Hola!», exclama una voz aguda.

«Trudi, soy yo».

«¡Ray! ¿Dónde demonios has estado? ¡He estado preocupadísima! Iba a llamar a la policía local y a hacer la ronda de los hospitales; hasta iba a llamar a tu madre y a Bob Toal», lloriquea. La sensación de culpa la arrolla como un tren a toda velocidad y se alegra de que él no pueda verle la cara. «¿Estás bien?».

«Sí, perfectamente». Lennox tiene que hacer acopio de fuerzas para reprimir otro ataque de fatiga. «No llames a la policía».

«¿Has tomado algo?», le interroga ella, con un tono de pánico agudo y urgente. «¿Has tomado cocaína?».

Lennox vacila. Decide ser tan sincero como sea posible. «Me metí un par de rayitas en una fiesta». Hace una pausa; tiene ganas de expulsar a escupitajos todo el engaño. La psicología pop, los tonos de autoanálisis que le pegan. Se alegra de que no pueda verle la cara. «Pero no pasó nada. Supongo que sólo quería saber que podía darle la espalda. Fue como una prueba», dice en tono grave. «Ya sé que suena extraño, pero sentí que tenía que estar seguro de que aquello ya no era para mí, de que podía darle la espalda».

«¿Y así fue como le *diste la espalda*, Ray? ¿Quedándote por ahí toda la noche? ¿Dónde has estado, Ray?».

«Lo sé…, lo siento…, es que necesitaba tiempo para pensar…, fue un error».

«¿Tiempo para pensar? ¡Ya has tenido tiempo para pensar, Ray! ¡Fue el *tiempo para pensar* el que causó todos estos putos problemas!». Desiste por un instante. «¿Qué pasa, Ray? ¿Estás metido en algún lío? ¿Dónde has estado, Ray? ¿Dónde estás? ¿Estás metido en algún lío?».

«No, yo no. Otra persona. Anoche acabé un poco borracho…, conocí a una gente, a… una pareja, y me invitaron a una fiesta en su apartamento. Luego aparecieron unos tipos y uno de ellos intentó abusar de la niña. Su madre está metida en algún lío. Discutió con su novio y él se marchó, así que ella me ha pedido que lleve a la niña a casa de su tío. Es un trayecto de entre dos y tres horas, y ahora estamos de camino. Alquilé un coche».

«¡¿Qué?!».

«Alquilé un coche. No podía dejar sola a la niña. Estaba completamente sola».

«Pero ¿dónde está la madre? ¿Y qué haces tú en medio? Escucha, Ray, aquí

tienen su propia policía. ¡Esto no tiene nada que ver contigo!».

«No puedo dejar sola a la niña», protesta Lennox. «Sólo voy a dejarla en casa de su tío».

La línea era un reguero de pólvora, el auricular era el explosivo y la voz de Trudi, que hablaba cada vez más alto, la llama que se aproximaba.

«¿Quién te has creído que eres? Esto no tiene nada que ver contigo. Yo sí tengo que ver contigo. ¡Soy tu prometida! ¡Estamos de vacaciones!».

«Aquí pasa algo de lo más chungo. Tengo que asegurarme de que la niña esté a salvo». Entonces echa una mirada urgente al otro lado de la explanada. Tianna está conversando con un par de adolescentes. *Parece una jovencita. Parece una puta de bar de carretera*.

«¡Tienes que! ¡Tienes que! ¡Qué chorradas dices! ¿Pero qué coño pasa? ¿No oyes lo que dices, Ray? ¿Es que nunca te paras unos segundos a escuchar la bazofia que echas por la boca? ¿Es que ésa va a ser la pauta de nuestra vida de casados?», lloriquea Trudi abatida. «¿No puedes dejar de interpretar el papel de policía? ¿Eres imbécil o qué?».

Putas alimañas. Uno de los chavales tiene rasgos rebeldes y edad de ser consciente de que ya no es propiedad de nadie. Le acompaña un chico mayor, rebosante de hormonas juveniles, en busca de un agujero que llenar con su acuciante ego. «Tengo que dejarte. Todo está bien», salta. Los dos adolescentes que hablan con Tianna. No pueden ver que él les observa.

«¿Bien? ¿Contigo jugando a *Corrupción en Miami*? ¿Quién coño te has creído que eres?», le espeta Trudi con aversión. «Te quedas por ahí fuera toda la noche, haciendo quién cojones sabe qué…».

«La gente tiene problemas. Puede que para ti eso no signifique nada, pero yo no trabajo para la puta compañía de la luz», despotrica Lennox sin quitarle los ojos de encima a la niña. *¿Pensaba subirse al coche con esos chavales? ¡No puede ser!*

«¡Eso es, rebájame a mí y mi trabajo, gilipollas engreído y presuntuoso! Lo único que quería era tranquilizarme y planear la boda. Disculpa, Ray». Su sarcasmo recorre la línea. «Lo siento de veras. Siento haber querido irme de vacaciones con mi prometido. Siento haberme disgustado porque él se quedó por ahí de fiesta toda la noche con una mujer a la que no conozco y con cuya hija anda ahora por ahí. ¡Siento ser un bicho tan raro, joder!».

Tianna flirtea, recostándose provocativamente sobre el capó del coche como una modelo mientras se aparta el pelo de la cara. El mayor tiene una expresión acartonada y mueve rítmicamente los pies in situ. El más pequeño la mira, boquiabierto y asombrado. «Mira, Trudi, yo…».

En la habitación del hotel, Trudi estrella el auricular sobre la horquilla. Después le entra el pánico y quiere volverle a llamar inmediatamente. Marca el número de la

centralita para pedir el número de la llamada.

Lennox estrella el auricular a su vez y atraviesa la explanada con pasos apresurados. Los chicos toman nota, alarmados por la velocidad con la que se aproxima a ellos. «No te lo vas a creer, Tianna». Gruñe con un tono áspero y seco: «Los Hearts han ganado dos a uno. En Tynecastle. No sé quién marcó los goles. Pero te lo dije. ¿A vosotros os lo dije? Para mí que no», dice ya ante las narices de los muchachos, «porque no tengo ni puta idea de quiénes sois. ¿Me lo vais a decir?».

«Sólo estábamos hablando, señor», dice el más joven, transformado de golpe en un chiquillo encantador. El mayor es más duro; mira a Lennox hoscamente y con ojos despiadados, acumulando una confianza malévola mientras se acerca una pareja madura. El hombre —da por supuesto que se trata del padre de los chicos— es un tipo musculoso que lleva una camisa de manga corta y unos pantalones cortos de color caqui. La barba incipiente sugiere que ha pasado una noche difícil. La madre lleva un vestido ceñido que delata que está embarazada. Tiene unos brazos voluminosos y fofos.

«¿Qué pasa aquí?», pregunta el hombre.

«Pregúntele a sus hijos», responde Lennox. Percibe la suciedad bajo las uñas de su interlocutor. Se le disparan las alarmas.

«Sólo estábamos hablando», repite el muchacho encantador.

«Conque sí, ¿eh?».

«No sé por qué se indigna tanto, caballero», dice el recién llegado mirando a Tianna. «¿Deja vestirse así a su hija? ¿Cuántos años tiene? ¿Sabe lo que le digo? Que debería sacar su culo da aquí antes de que llame a un poli. A los hijos de puta como usted los enchironan, ¿lo sabía?».

«¿Qué…?».

Tianna se ruboriza de vergüenza. «Sólo estaban, quiero decir, estábamos hablando, como ha dicho él», dice ella, señalando al chico más joven.

Lennox mira primero al hombre y luego a Tianna. Entonces se da cuenta de que lleva maquillaje: algo en los ojos y carmín. No parece una niña de diez años. Ha debido de ponérselo en los servicios. Con la burbuja de su indignación reventada, retrocede mentalmente un paso.

«No pasa nada por hablar, ¿eh? Vámonos, cariño», dice mirando a Tianna, «no hagamos esperar al tío Chet».

Mientras regresan al coche la pareja le observa con suspicacia. Lennox tiembla por dentro con cada paso que da. *Seguro que llaman a la policía y me detienen. No puedo ser tan estúpido. No con los contactos que debe de tener Dearing*. Se acuerda del tipo de Edimburgo, Kenny Richey, que ya llevaba veinte años en el corredor de la muerte en una cárcel de Ohio por un delito que hasta el estado reconocía que no podía haber cometido. *Aquí el sistema legal es tan medieval como en cualquier otro*

lugar, si no tienes dinero y contactos y te indispones con los agentes del poder. Tiene un color, y ese color es el verde. Está la justicia tipo Rodney King y la justicia tipo O. J. Simpson.

Ajeno al timbre triste y solitario del teléfono de pago, suben de nuevo al coche y Lennox pisa a fondo el acelerador, observando mientras tanto por el espejo retrovisor cómo desaparece la familia escandalizada. Atraviesan bloques residenciales interrumpidos por aparcamientos y centros comerciales que acogen empresas de bajo rendimiento, como agentes de seguros baratos, reparaciones eléctricas y suministros para mascotas.

Girando por error en dirección norte en 27th Avenue, pasan por un distrito lleno de jóvenes negros que les lanzan miradas ceñudas, fulminantes y amenazadoras desde las esquinas o los porches de viviendas de colores apagados. Lennox comprende instintivamente su terrible ira; han sido colocados bajo cuarentena económica y social en el gueto, y les acucia la necesidad de abrir agujeros a patada limpia en un mundo tan restrictivo e inflexible.

«Intenta no detenerte en ningún semáforo», le ruega Tianna, «creo que estamos en Liberty City».

Tratando de complacerle en la medida de todo lo posible, Lennox conduce primero en dirección oeste y luego hacia el sur, antes de volver a dirigirse hacia el oeste, mientras le pregunta a Tianna: «¿Siempre vas vestida así?».

Una expresión de rebeldía y amargura tiñe el rostro de la niña. «Supongo».

«¿Se visten así las demás niñas de tu colegio?».

«Claro que sí».

Lennox lo duda y hace un mohín. La red de vías de acceso empieza a disiparse y la ciudad se esfuma. Tianna saca algo de su bolso. Son cromos: cromos de béisbol. Mientras ella los va mirando, Lennox vuelve a encender la radio.

Los altavoces del coche emiten un ritmo disco enlatado y ululante. Lennox lo modula hasta que se oye con más fuerza. La música le impregna, despertando su enervado cuerpo como la excitación inútil del subidón de cocaína. El compás le apuñala entre las costillas como la hoja de un cuchillo. Lennox tiene la sensación de estar haciendo algo ilegal, y se pregunta si será así o no. Intenta controlar el espasmo repentino que le contrae uno de los lados de la cara. Anhela el alivio que le proporcionarían sus pastillas. Quisiera avanzar en el tiempo, hasta ese instante en que la resaca hubiera desaparecido y él pudiera abrirse cual flor para absorber la bondad del mundo.

Tianna es consciente de haberle irritado al hablar con los chicos aquellos. Sabía lo que quería el mayor de los dos. *Pero ni de coña podría haberme obligado o engañado ni nada. Sólo era un crío. Y era como si el escocés, Bobby Ray, tuviera celos. Si una niña podía comportarse como una mujer, quizás un hombre pudiera*

comportarse como un niño. Baja la ventanilla, dejando que la brisa le eche el cabello hacia atrás, y apoya el codo en el borde, echando de menos unas gafas de sol chulas.

Al cabo de un rato se detienen en el parking de un gran centro comercial. «¿Por qué paramos aquí?», pregunta Tianna.

«Vamos a comprarte ropa nueva».

«¡Guay!».

«Pero la elijo yo», dice Lennox mientras abre la puerta del coche, «o por lo menos tengo derecho de veto. Tú viajas conmigo», le dice con firmeza como respuesta a su mohín de contrariedad.

Tianna sale del coche y cierra de un portazo. Le mira desde el otro lado del vehículo, bizqueando por efecto del sol. Otra vez la pose de modelo: «¿Y yo qué saco de todo esto?».

El tono es burlón y hace que Lennox se sienta incómodo cuando ella se le arrima. «Sacas un batido», dice, señalando la franquicia de una heladería. «Ahí dice que hacen los mejores batidos de toda Florida».

Tianna se vuelve, sacando el trasero y meneándolo mientras proclama: «Los mejores batidos [22] de toda Florida los hago yo».

A Lennox le entran ganas de echarse a reír porque la niña es graciosa. Pero no es una bailarina de barra americana y no está bien que se porte así. Transforma el impulso nervioso de reírse en una expresión ceñuda.

Ella capta su evidente desagrado: «Jobar, relájate».

Él está a punto de decir algo pero no se le ocurre nada. No es más que un poli escocés con problemas de salud mental y una prometida neurasténica y manipuladora que necesita su debilidad para poder jugar a ser la Madre Teresa de vez en cuando, y eso no le prepara para esta situación. «Es que preferiría que fueras un poco más tapada, eso es todo».

«¿Por qué?».

«Porque cuando la gente ve mucha piel expuesta, reacciona. Tú eres una chica lista, pero la gente no se da cuenta. No ven más que piel. No te toman en serio, no te ven como una persona». En su tono, Lennox capta el encuentro entre el feminismo más extremo y el talibanismo.

Tianna siente que algo la golpea con fuerza por dentro. *Piel. Eso era lo que pasaba con Vince y Clemson, todos ellos. Piel*. Medita sobre este sencillo misterio, con mirada ágil y afligida. «¿Pero ni me ves como persona?».

La niña lo ha pillado. Joder, la niña lo sabía. Por primera vez Lennox siente que muy en el fondo la niña tiene lo que hay que tener. A lo mejor él sólo ve lo que quiere ver. «Pues claro», dice, sonriendo y dándole una palmadita en la espalda antes de retirar rápidamente la mano, como si hubiera tocado unas brasas encendidas. *¿Cuántos pederastas en potencia empiezan por ahí, por contactos humanos*

normales, antes de pisar el acelerador?

Por fuera el centro comercial tiene un aire insulso y estéril, pero cuando se abren las puertas automáticas, es evidente la superioridad de su aire acondicionado al de cualquier centro equivalente en el Reino Unido. La suciedad del Salford Shopping Centre, situado en las inmediaciones de donde desapareció Stacey Earnshaw, estaba a un millón de kilómetros de aquel central brillantemente coloreado en tonos naranja pastel, limón y rosa salmón. Había una tienda de discos al otro lado de una hilera del teléfonos de pago. Lennox le entrega a Tianna dos billetes de veinte dólares. «Tengo que hacer una llamada. Tú ve a esa tienda de discos y compra algo de música para el viaje».

«Guay», vuelve a decir Tianna, cogiendo los billetes y brincando por el suelo del centro comercial.

Lennox pide un listín al encargado del mostrador de información. Abundan las entradas de las oficinas locales del departamento de policía de la ciudad de Miami. Quiere ver si puede hacer reaccionar a Dearing, el poli que parece tener la sartén por el mango. Primero se fija en la 21.ª comisaría de Allapattah 1888 NW. *No*. Está muy cansado y acusa mucho el desfase horario y el síndrome de abstinencia de la coca. Echa en falta sus antidepresivos cuando empiezan a sucederse oleadas de pánico a ritmos irregulares. Tiene que hacerles frente, pero le achicharran la mente como un mal curry le quemaría las entrañas. Le preocupa conducir en este estado con la niña. La telefonista le dice que allí no trabaja ningún Lance Dearing. Así que prueba suerte con West Little Havana sólo porque Flagler Street, donde está la comisaría, le suena. Le contesta una voz hispana de mujer. «Pruebe a llamar a North Little Havana. Allí encontrará a Lance», le informa alegremente. Lennox ve la entrada y la dirección de North Little Havana. *Starry tenía razón acerca de Robyn y sus ínfulas de ser de Riverside*. Marca el número y pregunta por Lance.

«Agente Lance Dearing al habla. Comisaría de North Little Havana. ¿En qué puedo ayudarle?».

La voz de Dearing le hace estremecerse, pero Lennox saca fuerzas del asco que siente y se prepara. Es el momento de presionar. «Podrías ir rezando para que alguien te ayude a ti, Dearing. Es lo único que puedes hacer a estas alturas».

«¿Quién demonios…?».

Lennox capta cómo al otro lado de la línea su interlocutor se da cuenta de con quién habla. Le reconforta saber que Dearing sólo es un agente, no un sargento. Un retrasado uniformado prescindible. *Pero puede que le cubra las espaldas algún cochino pederasta situado unos cuantos peldaños más arriba del escalafón*. Lennox se acuerda de la fuente fanfarrona utilizada por Maroon Mayhem, y de los comentarios amenazadores que dirigía a otros foreros en Kickback. Aunque estaba claro que era un tarado que vivía con su madre, Lennox se sorprende a sí mismo

remedando su estilo. «Te conozco, carapolla. Sé quién eres, dónde vives y dónde trabajas. Y lo que es más importante, sé exactamente lo que te traes entre manos y con quién. Voy a desmontarte el chiringuito, campeón».

Si Lance Dearing está desconcertado, sus facultades de disimulo son dignas de un maestro. «Pero si es nuestro amigo escocés. Escúchame, Ray: estás metido en un lío de los gordos. Déjame que te diga una cosa: como no devuelvas a esa niña a su madre, amiga mía desde hace mucho tiempo, voy a emitir un comunicado público acusándote del secuestro de una menor en el estado de Florida. Créeme cuando te digo que eso es algo que no te conviene, Ray».

Muy bien, piensa Lennox. Tono profesional. Me informa de la gravedad de la situación, pero al mismo tiempo utiliza el nombre de pila como señal de amistad y aceptación. Intentando aislarte a la vez que se presenta como tu único aliado. «Supongo que eso quiere decir que darás mi descripción a todos los coches patrulla», dice. *Puede que Dearing no esté marcándose un farol*.

«Eso es exactamente lo que haré. Sólo me he abstenido de tomar esa medida hasta ahora porque eso les crearía mayores problemas con los servicios sociales a Robyn y a Tianna. También creo, y a lo mejor en eso soy un idiota sin remedio, que estás actuando en función de lo que consideras mejor para ellas. Pues deja que te diga una cosa, Ray: estás equivocado, y como sigas manteniendo a esa niña lejos de su hogar, vas a complicarte mucho la vida, y a Robyn y a la niña también».

«¿Hogar? ¿Llamas hogar a un puto nido de pederastas?», se oye decir a sí mismo. «¡Eso no es hogar para una niña!».

Lennox tiene la impresión de que todos y cada uno de los átomos de su cuerpo laten con la misma corazonada: que ha tropezado con algo más que un pervertido sexual alcoholizado y una madre cocainómana de dudosa reputación que ha vuelto a abandonar a su niña. Lo que no sabe es de qué se trata, ni logra elucidar el papel de Dearing.

«Creo que te equivocas del todo, Ray. Lo que acabas de decir está completamente fuera de lugar».

Tiene que pensar, sonsacar a la niña. Y al tal Chet. «Volveré a llamarte dentro de un rato. Puede ser a la comisaría o a tu móvil. Tú eliges».

«¿Dónde estás, Ray?», pregunta Lance Dearing con calma.

Lennox ya está harto de interrogatorios telefónicos. «Dame tu número de móvil. Ahora mismo o cuelgo».

Tras una pausa, Lance Dearing parece un poco más cauteloso cuando vuelve a hablar. «Vale, Ray, pero asegúrate de cuidar bien a esa niña, ¿me oyes?». Tras lo cual, vocaliza con parsimonia el número; Lennox lo anota en el cuaderno de Trudi, mientras saborea la euforia de esta pequeña victoria.

«Haz lo que debas, Ray», dice Dearing, «por la niña y por su mamá».

Cede el control con demasiada rapidez. ¿Farolea o de verdad tiene todas las de ganar? Lennox no se fía de su capacidad para dilucidarlo.

Acto seguido, en un *flashback* salvaje, su cerebro se inflama con la imagen de Johnnie encima de Tianna, intentando violarla. *Me gusta el sabor de los coñitos jóvenes, eso es todo*. El aire relajado e imperturbable de Lance: *Aquí todos somos perros lo bastante viejos como para disfrutar de nuestros placeres allí donde los encontramos. Sin hacer preguntas*.

«Como cruces la frontera del estado con esa niña te vas a meter en un follón de los gordos…», empieza Lance.

«Cierra la puta boca, mamón», le corta desdeñosamente Lennox. «El follón será todo tuyo, te lo garantizo», añade antes de estrellar el auricular sobre la horquilla. Ve a Tianna aproximándose alegremente. Se esfuerza por dejar de temblar.

«No hay mucho donde elegir. Es una tienda bastante cutre, pero he encontrado algunas cosas buenas», dice, sacando una bolsa de plástico de la mochila en forma de cabeza de oveja.

«¡Ja!». Lennox echa un vistazo a los CD. Iba a ser un viaje largo. Levanta la vista para mirar a Tianna. «Vamos a conseguirte algo de ropa, a ver si te tapamos un poco».

«Pues vale».

Es lunes por la mañana y muchas de las tiendas están cerradas, incluso Macy's, que, como les informa un letrero, está cerrada por inventario.

«Sears está abierto», dice Lennox, señalando los grandes almacenes con el dedo.

Tianna pone mala cara. «Allí no entraría ni el abuelito de mamá. Es verdad; toda la gente que hay dentro es anciana». *Si mi madre fuera americana, allí es donde haría la compra,* medita Lennox. Al intentar vestir a Tianna de forma apropiada, se siente como si hubiera pasado de proxeneta a anciana tía solterona quisquillosa. *Pero no es más que una cría, no puedo permitir que vaya vestida como una fulana*.

Lennox le compra a Tianna unas cuantas prendas holgadas, reemplaza su gorra de los Red Sox perdida y se hace con unas gafas de sol nuevas. Entonces Tianna se dirige a los servicios del centro comercial y reaparece con unos vaqueros y una camiseta. Está mejor, pero le suplica que se quite el maquillaje y ella vuelve a entrar a regañadientes para complacerle.

«Estupendo», dice Lennox, satisfecho con el resultado. Parece una niña de diez años.

«Parezco una pasmada», dice ella, pero sólo es una protesta simbólica.

Entran en la heladería; Lennox pide el mejor batido de Florida, el de chocolate. Tianna toma un batido de helado de fresa. Vuelve a mirarla, los dos están encantados con el ruido que hacen las burbujas de los últimos restos del postre al subir traqueteando por la pajita. No es más que una cría. ¿Por qué está con ella? ¿Qué hace

con ella?

Soy un poli.

No soy un buen poli. He llegado hasta donde he podido.

No. No es cierto.

Había llegado hasta donde hacía falta. Lo suficiente como para dar caza a los cabrones hijos de puta y encabezar la investigación. Otro ascenso más y se convertiría en un Toal: sedentario. Su cruda suerte era que le atraía el lado oscuro de la labor policial —cualquier otra cosa habría sido hacerle perder el tiempo— pero dejaba que le afectase. Para hacer esa clase de trabajo, dormir bien, levantarse y repetir todo el proceso al día siguiente, había que ser como Dougie Gillman. A Gillman jamás lo ascenderían. Comparecería ante cualquier junta de peces gordos y respondería con monosílabos a sus preguntas chorras mientras los juzgaba en silencio. Ellos percibirían su ira desdeñosa y su desprecio. Serían incapaces de mirar a aquellos ojos gélidos y odiosos. Porque Gillman expresaba una verdad, una verdad muy siniestra y brutal, pero que seguía siendo capaz de avergonzar y condenar a los embusteros que le rodeaban.

Y, al igual que Robbo antes de que perdiera la chaveta, Gillman era un buen poli. El miedo que inspiraba hacía que uno se alegrase de que estuviera en su bando. Lennox jamás podría ser así. En una pelea limpia habría hecho papilla a Gillman con su *kickboxing*. Pero jamás habría acabado con él. Así que Gillman se recuperaría, iría a por él y lo extinguiría como a la llama de una vela. A diferencia de Lennox, no tenía límites. Como superior dentro de la jerarquía policial, Lennox era tan impotente como un padre progre que no cree en los castigos corporales a la hora de lidiar con un hijo calculador y psicótico.

Era curioso, pues, estar pensando en Gillman al mismo tiempo que miraba distraídamente a la bonita camarera hispana, que brincaba de mesa en mesa, ligera y elegante como una avecilla, sirviendo café.

«¿Te parece guapa?», pregunta Tianna.

«Supongo», dice él. A la niña no se le escapaba nada, lo que redobla su intención de no tener hijos jamás, sobre todo si son niñas. *Que le den*.

Tianna dice en tono cantarín: «Quiero cortarme el pelo para dejarme flequillo[23]».

Lennox descifra el brillo de su mirada como un gesto pícaro y se le hiela la sangre. Tianna capta enseguida su reacción y se alisa unos mechones sobre la frente. «Así», le explica.

«Ah…, un flequillo», dice Lennox con alivio mientras se le normaliza el ritmo cardíaco.

Tianna levanta la vista y le lanza una mirada inesperadamente fría que aniquila algo en su interior. La vibración cariñosa y paternal que estaba empezando a

asentarse se evapora cuando se ve reflejado en los ojos de la niña; por lo que se desprende de esa mirada despectiva y presuntuosa, podría ser un poli novato de orejas desabrochadas diciéndole a una ricachona altiva que allí no podía aparcar.

El tío Chet sabrá qué hacer, piensa, con la cabeza dándole vueltas. *Chet se ocupará*. Pide la cuenta. La heladería se está llenando de madres y de niños, polis y dependientes. Tianna le habla del gran barco que tiene el tío Chet en la costa del Golfo antes de cambiar bruscamente de tema: «Los hombres que mamá trae a casa son unos hijos de puta», sentencia con voz grave y temblorosa, casi como si esperase que Lennox la castigara por su lenguaje procaz.

«Pero Chet no es así, ¿verdad?».

Tianna sacude vigorosamente la cabeza.

«¿Es hermano de tu madre o de tu padre?».

«Sólo Chet», dice antes de cerrarse en banda otra vez.

La camarera se acerca brincando con la cuenta, con la mirada clavada en la fila que se ha formado ante la puerta. Lennox capta la indirecta; pagan, se levantan y se dirigen hacia la salida.

Otro tío suplente. Pero ¿era eso necesariamente algo malo? Él mismo intentaba desempeñar ahora ese papel, y no sabía prácticamente nada de niñas preadolescentes. Intenta recordar cómo era su hermana Jackie cuando tenía la edad de Tianna. Era distinto evaluar a alguien desde la perspectiva de un niño. Jackie tenía cinco años más que él, y era la que pensaban que acabaría colocándose mejor. Sus lecciones de equitación fueron un asunto de gran trascendencia familiar, y también muy elocuentes. Y Jackie prosperó. Acabó la carrera de derecho y ejerció un tiempo antes de casarse con un abogado muy prestigioso. A Lennox, lastrado por la convicción inquebrantable de que todo aquel que se ganaba la vida por medio de la palabra era un fantasma, le costaba mucho esfuerzo no despreciarlo en público.

Había notado cómo el desprecio de Jackie por los demás aumentaba con cada lección de equitación que recibía. Odiaba el perverso orgullo con el que su madre se regodeaba en el desdén de su hermana y consideraba una victoria haber criado a una niña que había aprendido a tratarles con condescendencia y a aborrecerles simplemente por sus orígenes de clase trabajadora.

Jackie vivía en una casa georgiana en el New Town, tenía una casa de campo en Deeside, un marido triunfador y unos niños educados que asistían a colegios de pago. Era su vida y, por lo que a él concernía, que lo disfrutara con salud. Pero era consciente de que Trudi codiciaba idéntico estatus, como si pensara que Lennox estaba hecho en esencia de la misma pasta, y que con el bisturí de su amor podría extirpar las partes malas y devolver al buen camino a aquel policía de carrera.

Las lecciones de equitación. Caballito, caballito.

Mientras Jackie montaba a caballo, Lennox y su amigo Les Brodie iban a todas

partes en bicicleta. Como les habían dicho que se mantuvieran lejos de las carreteras principales, fueron pedaleando con las bicis a Colinton Dell por el camino que atravesaba el bosque junto al río, hasta que llegaron a la oscura boca del antiguo túnel de piedra.

De repente, Lennox se estremece cuando algo pasa volando delante de su rostro. Se sosiega: tres chavales jugando al Frisbee en el parking mientras su madre carga la compra en el maletero del coche.

«Perdone, señor», dice un muchachito flaco y de aspecto lozano. Aun prescindiendo del melancólico discurrir de sus reflexiones, Lennox piensa que, con esos ojos entusiastas pero a la vez de cachorrillo tristón, es el prototipo de esa clase de chavales que siempre inspiran una ligera sensación de lástima. Lennox recoge el Frisbee y se lo lanza con efecto giratorio al chico, que lo coge y se lo devuelve con una chispa en la mirada que dice que ha empezado una partida con todas las de la ley. Lennox se lo lanza a Tianna, pero cuando pasa volando a su lado, ella no hace ningún movimiento para interceptarlo.

Querría sumarse, pero no son más que unos críos descerebrados. Eso es lo que le dijo: *No seas una niña estúpida, eres una mujer, una hermosa joven*. Le había explicado a Tianna que la edad numérica no significaba nada, que todo era cuestión de madurez. Había niños de diez años que tenían diez años, y otros que aparentaban cinco. Había gente de veinte años que parecía tener cuatro. Tianna no; ella siempre era una mujer: fuerte, orgullosa y sexy; no tenía de qué avergonzarse. Vince, papi Vince, le había dicho que jamás debía avergonzarse de no ser una niñita tontorrona.

Y su infancia pasó por su lado como el Frisbee, destinada a ir a parar a otras manos.

11. Viaje de pirados

Con el mapa temblándole en la mano inflamada, a Lennox le agobia simultáneamente la sensación de estar cagándola a lo grande. Tratar de conducir y fijarse al mismo tiempo en un callejero de Miami y un mapa de carreteras de Florida es jugársela. Ante su fatigada vista, la cartografía urbana no es más que un conjunto de rayas mal impresas de distintos colores: rayas negras que parecen coordenadas, algunas rojas, unas cuantas azules y alguna que otra verde. Los caracteres son tan pequeños que apenas logra descifrarlos. ¿Qué significaba todo aquello? Le molesta descubrir que está conduciendo en dirección oeste por la Autopista 41, lejos de la ruta que pretendía tomar, la Interestatal 75, más conocida como Alligator Alley. Peor aún, parece que la autopista le lleva de regreso al distrito donde vivían Robyn y Tianna, que es de donde venían huyendo. La niña está en el asiento del pasajero, y vuelve a estar obstinadamente sumida en ese mundo silencioso al que él no tiene acceso.

No puede hacer otra cosa que seguir viajando en dirección oeste. Las dos o tres horas que cuesta llegar a Bolonia por la interestatal se dilatarán conduciendo por la 41, el Tamiami Trail. Entran en ella sin darse cuenta, con su frustrante limitación de velocidad a noventa kilómetros por hora, mientras la barrera de aluminio de la mediana, que luce con ecuanimidad las cicatrices de accidentes pasados, separa los carriles de hormigón de la autopista.

A Lennox le sorprende la rapidez y la rotundidad con que las afueras de Miami dan paso a los pantanos de los Everglades. En las alturas revolotean unas aves carroñeras que nunca había visto; parecen cuervos gigantes cruzados con halcones. Muchas acaban aplastadas bajo las ruedas cuando acuden en busca de otros animales atropellados y se convierten a su vez en víctimas desperdigadas por la calzada en diversos grados de pulverización. Algunas zonas de bosque han sido diezmadas por lo que Lennox imagina que son los daños causados por un huracán. Se ven árboles doblados, combados y marchitados, como si los hubiera deformado un calor intenso en lugar del viento, y también vallas arrancadas. En el pantano hay grandes grullas blancas congregadas de forma inverosímil en árboles pelados, lo que le hace volver a pensar en Les y las gaviotas.

Tianna ha rescatado su vieja colección de cromos de béisbol y los está contando.

«Te gustan esos cromos, ¿eh? ¿Los coleccionas?».

«No, sólo guardo éstos. Eran de mi papá». Tianna le contempla a través del escudo formado por su pelo, a la espera de su reacción. «No valen nada, pero tenía algunos que sí eran valiosos. ¿A ti te gusta el béisbol?».

«La verdad es que no. Para serte sincero, los deportes americanos no me

entusiasman demasiado. Entiéndeme, es que el béisbol es igual que el *rounders*[24], un juego para críos», se burla Lennox antes de recordar la edad de Tianna. «¡Lo que quiero decir es que nunca ha habido un escocés que jugara al béisbol!».

«Conque no, ¿eh?», le reta Tianna mientras le entrega uno de los cromos.

BOBBY THOMPSON

(23 de octubre de 1923, Glasgow, Escocia)

264 carreras en 14 temporadas. Célebre por «el tanto que dio la vuelta al mundo» que llevó a los New York Giants a ganar el banderín de la Liga Nacional contra los Brooklyn Dodgers en 1951.

El «escocés de Staten Island» era el más joven de una familia de seis miembros que inmigró a los Estados Unidos durante la infancia. Jugó en los Giants, los Braves, los Cubs, los Red Sox y los Orioles. En la actualidad está retirado y vive en Savannah, Georgia.

Lennox va echando miradas furtivas mientras sujeta el cromo contra el volante. «¡Me está bien empleado!».

Tianna se ríe y recupera el cromo; de repente la distrae un vehículo que pasa por delante, cargado con dos bicicletas de competición en la baca. «Guay», dice señalándolas. «¿De niño montabas en bici?».

«Sí». Lennox se siente herido en lo más vivo al acordarse de la preciada Raleigh azul y blanca que le regalaron por su undécimo cumpleaños y de lo mucho que insistieron sus padres en que la cuidara y no se la dejara a nadie del barrio.

«¿Cómo era?».

«Era una bici y punto», responde, acusando el azote del recuerdo y la acidez de la bebida de anoche en el gaznate mientras su cerebro arrasa a su paso viejas rutas neuronales abandonadas. Traga con fuerza y contrae el esfínter.

«¿Qué otras cosas te gustan?», le pregunta a la niña para cambiar de tema. «¿Te gustan los animales?».

Tianna medita un rato al respecto. Paradójicamente, la deferencia con que ella le otorga a la pregunta un peso que no merece le hace sentirse aún más simplón por habérsela hecho.

«Supongo que los delfines sí me gustan. Vimos unos cuantos cuando estuvimos en el barco de Chet. Y también las focas, los caimanes, los peces y los manatíes; todos los bichos marinos».

«Por aquí habrás tenido que ver muchos».

«Más que verlos, he leído sobre ellos».

«Bueno, pero habrás visto algún caimán».

«Pues no, nunca he llegado a ver uno de verdad», dice ella. «Hemos atravesado los Everglades en coche un montón de veces, pero siempre me decían que no había tiempo para parar y ver reptiles. Supongo que tendrían mucha prisa por llegar a sus fiestas. Mamá y Starry y…».

Vuelve el rostro hacia la ventana, incapaz de terminar la frase.

Lennox visualiza a Robyn y Starry, puestas de coca y rumbo a alguna velada, y a Tianna, adormilada en el asiento trasero. «¿Quién?», pregunta. «¿Quién conducía? ¿Tu madre?».

«Mamá y alguno más».

Lennox la observa mientras se mordisquea los extremos de los cabellos y clava la vista en el suelo del coche. «¿Como Lance y Johnnie?».

«No quiero hablar de ellos, Ray», dice, arrugando el rostro y levantando la voz. «Por favor, ¿podríamos no hablar de ellos?».

«De acuerdo, cariño, no te preocupes», dice Lennox, dándole una torpe palmadita en el hombro a la muchacha consternada. Decide no insistir. Va a ser un viaje largo; que ella se lo cuente cuando esté preparada. Se da cuenta de que es la primera vez que le llama directamente por su nombre. *Hostia puta. Ni siquiera dejaban parar a la cría en medio de los putos Everglades para ver a los caimanes. Pero ¿qué clase de gente son?*

Lennox escucha un poco de jazz vanguardista en la radio para tranquilizarse, pero enseguida lo reemplaza una bazofia folclórica de residencia de ancianos que le come la moral e irrita a Tianna hasta el punto de que su brazo sale disparado hacia el dial para acabar con el sonido en cuestión. «¡Me está dando un asco que me supera!».

«¿Y qué hay de la música que compraste en el centro comercial?».

Rebusca en la mochila con forma de oveja y saca con entusiasmo un CD de Kelly Clarkson, que desliza dentro del reproductor. Lennox se siente aliviado al comprobar que el estéreo del coche no deja de expulsarlo. Con los demás sucede lo mismo.

«¡Pero qué cutrez!», exclama Tianna.

«Habrá que informar al concesionario», dice Lennox, que se esfuerza por no sonreír. Fracasa, porque Tianna le pilla y le da un golpecito juguetón en el brazo.

«¡Eh, tú!».

Se pasan a la 101.5 Lite FM, que se anuncia a sí misma como «la emisora de radio número uno del sur de Florida». Empieza a sonar el «So Hard to Say I'm Sorry» de Chicago, y Lennox se acuerda de Robbo.

A esto le siguen un montón de cuñas radiofónicas donde suenan voces de tono sincero pero emocionado que ofrecen préstamos individualizados y facilidades de

crédito para casi todo, pero principalmente para viviendas y coches. A continuación, una plétora de agencias que ofrecen con absoluta convicción paquetes de consolidación y reducción de deudas. *Serán los mismos*, piensa Lennox mientras se lleva a los labios una botella de Evian; otra andanada en la batalla contra la achicharrante sed que padece.

Le interrumpe una voz fantasmagórica que dice entre dientes: «Si estás sentado en una habitación a oscuras con la escopeta en las manos y pensando en matar a tu jefe, enciende la luz. Pon Lite FM».

Ante la insistencia de Tianna, cambia de emisora. Los Beatles interpretan «Love Me Do». Lennox está pensando en Trudi cuando pasa por delante de un camión que luce una pegatina con la leyenda «Apoya a nuestros muchachos», y empieza a cantar con exagerado acento *Scouse*[25]. Tianna se suma, al principio en voz baja, y después con cada vez más entusiasmo. Mucho antes de llegar al final se están ofreciendo mutuamente una serenata cutre.

Al terminar la canción, a los dos les causa embarazo la intimidad recién descubierta y hortera que ha brotado entre ellos. Retroceden de forma afectada, como la pareja de un musical del Hollywood que acabase de disfrutar de un baile espectacular. Tianna se aparta el cabello de la cara y pregunta tímidamente: «Cuando estábamos en la gasolinera, supongo que a quien llamabas era a tu novia, ¿verdad?».

«Sí».

«¿Está en Escocia?».

«No, eh, está aquí en Miami», aclara, señalando con un gesto de la cabeza la revista que Tianna tiene sobre el regazo. «Nos vamos a casar este año».

Tianna guarda silencio y parece meditar un rato al respecto. Después pregunta: «¿Qué tal es?».

«Es maja», dice Lennox, dándose cuenta inmediatamente de lo insulso de su respuesta. La había hecho pasar por tantas cosas y aquí estaba él, alejándose a toda velocidad de ella en compañía de una niña a la que apenas conoce.

Tianna le mira con expresión vigilante. «Entonces, ¿no eres, eh…, uno de los novios de mamá?».

«No», dice él de forma categórica, mientras una visión del felpudo mohicano de Robyn y su mano metida dentro de sus pantalones masturbándole casi le pone los pelos de punta, antes de añadir: «Sólo somos amigos».

Eso parece animar a la niña. «Creo que me caes bien, Ray», le dice con una sonrisa de anuncio.

«Tú a mí también», le corresponde Lennox con una sonrisa, sin dejar de mirar hacia delante y súbitamente consciente de que así es. De pronto, al sentir los brazos de la niña rodeándole el torso en un abrazo temerario, se pone rígido. Al notar su turbación, la niña retrocede de forma instantánea, mientras él la devuelve a su asiento

con la mano. «¡No hagas eso!», salta Lennox. «¡Estoy conduciendo!».

Aferra con fuerza el volante con la mano derecha mientras siente cómo se le clavan en los tendones los pequeños huesos fracturados y Tianna se reclina con ojos luminosos. Vuelve a sacar los cromos de béisbol de la mochila.

Lennox se da cuenta de que esta niña le da miedo; teme su proximidad física, el daño que podría infligirle ahora que es consciente de su poder. Ha visto surgir muchas veces al tirano calculador entre los injustamente maltratados; lo único que puede hacer es tratar de mantener la inteligencia y la humanidad de la niña en primer plano.

En la radio está sonando «Angel of the Morning», y Lennox aprovecha para cambiar de dial. Pasa a una emisora en la que emiten ritmos urbanos hip-hop, cuyo presentador chilla: «Esta es Beyonce, la de las tetas grandotas».

Tianna se ríe cuando Lennox se encoge y vuelve a cambiar el dial. Mientras conduce, nota que ella le observa con mirada evaluadora. El silencio continúa, pero cuando llegan a un poblado indio comercializado, Lennox decide parar. Necesita salir y estirarse un poco. La rigidez y la languidez llevan un buen rato reconcomiéndole. Se pone la nueva gorra de los Red Sox y enreda con la correa, pero es incapaz de encontrarle una posición tan cómoda como la de la anterior. Ve un letrero que anuncia visitas guiadas a los pantanos. Habían estado hablando de caimanes y él nunca ha visto ninguno. Tianna tampoco. Aquello era de locos tratándose de una niña que vivía en Florida. Otra parada de una hora no les vendría nada mal. Tianna se echa hacia delante para dejar la revista encima del salpicadero, y Lennox nota cómo su cálido aliento alisa los finos pelos de la muñeca de la niña. Sale del coche, dándose cuenta al levantarse de que lleva la camisa pegada a la espalda, como si de una segunda piel se tratara. Se encoge de hombros para soltarla antes de admitir que no hay nada que hacer. Estira sus miembros agarrotados, dejando que el intenso sol le bañe con su luz. «Vamos a echarles un vistazo a esos caimanes», dice con una sonrisa, al ver cómo se le ensanchan los ojos a Tianna; está esperando a que vuelva a decir «guay», y ella no le decepciona.

Sacan un billete para hacer un crucero en el pantano a bordo de una lancha que tiene una jaula de malla metálica en torno al área del asiento del pasajero; resulta a la vez premonitorio y tranquilizador. Aparte del guía, un tipo flaco y con ojos de loco que está sentado enfrente de ellos, tan cerca que Lennox nota cómo sus rodillas tocan las suyas, hay dos mujeres de avanzada edad y dos parejas jóvenes, una de ellas con un niño pequeño. El motor carraspea y se pone en marcha; el barco se aleja del embarcadero mientras el guía, que se presenta como Four Rivers, les advierte: «¡Mantengan los dedos dentro de la jaula si quieren volver con ellos a casa!».

Mientras llegan chisporroteando a los manglares, a Tianna le impresiona la ubicuidad de los caimanes de todas las tallas. Algunos pasan despacio, como troncos

a la deriva con los ojos justo por encima del agua, mientras que otros yacen parcialmente sumergidos en zonas poco profundas. La mayoría disfruta del sol encima de las marismas amontonadas debajo de los manglares con aspecto decididamente siniestro. «¡Mola cantidad!», exclama ella encantada.

A Lennox no le parece que los caimanes representen un peligro. Sobre todo cuando pasan por delante de un grupo de los más grandes. Esas criaturas gordas y sonrientes parecen tan satisfechas y conspiradoras como unos *hooligans* futbolísticos veteranos relajándose bajo los parasoles de las cafeterías continentales. No van a ir nadando de un sitio a otro en busca de presas; esperarán pacientemente a que se presente la oportunidad antes de atacar sin piedad. No es de extrañar que Lacoste sea una marca tan popular entre los matones, cavila.

De repente les asalta los oídos un sonido prolongado, gutural y estridente. Four Rivers capta su inquietud y sonríe antes de decir: «Eso es un caimán».

«No sabía que hicieran ese ruido», dice Tianna, sorprendida de la resonancia, que recuerda la de un mamífero.

«Debo reconocer que de día es bastante poco habitual. Pero cuando oscurece en el pantano se les oye perfectamente, llamándose los unos a los otros por la noche. No le recomendaría a nadie que viniera aquí a esa hora», dice el guía antes de empezar a narrar relatos descabelladamente aterradores sobre los reptiles. Hace rato que su estrecha proximidad y su mirada espeluznante enervan a Lennox, quien percibe algo en él que no acaba de gustarle. Es la voz; parece una fusión de diferentes acentos que no logra ubicar; eso y el hecho de que aparente mostrar un especial interés por Tianna.

«¿Y tú qué me dices, jovencita? ¿Nunca habías visto un caimán en vivo hasta hoy? Y no quiero decir en un zoo, sino en plena naturaleza».

«Bueno, no lo vi porque estaba durmiendo en la parte trasera del coche, pero una vez mamá iba conduciendo por la autopista y casi atropellamos a uno. Mamá dijo que volvió a la orilla y se metió otra vez en el pantano. Paramos el coche, pero no salimos».

La risotada de Four Rivers pone al descubierto una boca llena de dientes podridos, y Lennox percibe su aliento a alcohol. Le hace pensar en Escocia y en el trabajo. «Pues fuisteis muy inteligentes, porque los caimanes pueden llegar a tener cinco metros de largo y en distancias cortas se mueven tan rápido como los leones y…».

«Conque cinco metros, ¿eh? ¿Alguna vez ha visto uno tan grande aquí?», le interrumpe Lennox.

«Casi. Vi a un bicharraco que debía medir unos cuatro y medio», dice el ladino Four Rivers con una sonrisa de oreja a oreja. «¿De dónde es usted, caballero?».

Una parálisis familiar se apodera de Lennox. ¿Qué decir cuando estamos en el

extranjero? ¿Escocés? ¿Británico? ¿Europeo? «Soy de Escocia, que forma parte del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, que a su vez forma parte de la Comunidad Europea», dice, desconcertado por su propia pomposidad.

«Pues, bueno, Gran Bretaña o Escocia o como quiera llamarlo no es más que una isla chiquitita y seguro que allí no se ven animales salvajes del tamaño que sea», dice en tono condescendiente y burlón Four Rivers, animando a unos cuantos turistas a sumarse.

«Ya. No es tan grande en extensión territorial como los Estados Unidos», reconoce Lennox. «Eso sí, cuando estuve en Egipto, en las orillas del Nilo vi cocodrilos al lado de los cuales sus caimanes parecerían carnada para peces».

Del grupo salen unas cuantas carcajadas. Es evidente que disfrutan de la rivalidad, sobre todo Tianna. «Entonces, ¿los cocodrilos son más grandes que los caimanes, Ray?».

«Un caimán, como dice aquí el amigo», explica Lennox, estirándose gozosamente bajo el sol y señalando con la cabeza a Four Rivers, que ahora le mira con un silencio inquietante, «puede llegar a alcanzar los cinco metros. Pero un cocodrilo puede llegar a superar los treinta, el doble del tamaño de este barco».

Lennox se da cuenta de que ahora se siente bien; aunque todavía acusa mucho el cansancio, lo hace de un modo agradable, pues la resaca va remitiendo. No ha conectado con Four Rivers, pero eso no le causa el menor problema; piensa que si le cayeran bien todos los integrantes de una raza de otrora orgullosos guerreros que apestan a alcohol, jamás habría procedido a realizar una sola detención en Escocia. Pero apenas puede creer que esté compitiendo lamentablemente con él por la atención de Tianna.

Cuando la lancha llega al pequeño embarcadero, Lennox se queda de piedra. Les espera un coche patrulla con dos polis en presencia de tres nativos americanos elegantemente trajeados. Uno de los hombres le señala, y nota cómo Tianna, presa del pánico, le coge del brazo. Se les para el corazón por un instante a ambos hasta que caen en la cuenta de que a quien buscan es al guía. Four Rivers inclina la cabeza y dos agentes se lo llevan y lo depositan en la parte de atrás del coche patrulla.

Derrochando alivio al ver cómo se marcha, Lennox sondea a uno de los hombres trajeados, que le informa de que Four Rivers no tenía permiso para utilizar aquella lancha y había entrado en la reserva sin autorización.

«Entonces, ¿no pertenece a la tribu de los Miccosukee?».

El hombre bufa desdeñosamente. «Ni siquiera es nativo americano; es un irlandés chiflado que ganó el barco en una partida de póquer».

Lennox y Tianna se miran el uno al otro y se tranquilizan con una risotada compartida.

Comen en el restaurante que está junto a la aldea india. A Lennox le encanta el

siluro frito; eran unos cochinos depredadores de los fondos, como las gambas, pero aquel sabor tenía algo. En Escocia se venderían bien, y se los imagina servidos en el *chippy*[26], con bananas y boniatos: un buen intercambio cultural por el pastelillo de carne picada. A esto le siguen unos helados; antes de volver a la carretera, Lennox se echa al coleto un café exprés doble.

Tianna parece más contenta. Le habla de Mobile, Alabama. De cómo es una Nueva Orleans en miniatura. A medida que va hablando, su acento se vuelve más sureño. Reconoce que echa de menos su antiguo colegio y sus amistades. Al cabo de un rato se vuelve contemplativa y sigue leyendo *Perfect Bride*.

En una de las páginas, un elegante novio rodea con el brazo a su prometida. En su gozosa expresión ve a Vince; evoca la desesperación que seguía a sus estallidos de ternura, reproduce la transformación que daba paso al rostro de marioneta como si la estuviera viendo, y piensa en lo que tenía que hacer para conseguir que regresara el Vince bueno. Siempre le había suplicado, diciéndole que no le gustaba aquello. *Bueno, algún día te gustará, cariño*, le había asegurado él. Para ti es todo nuevo, nena, sólo tienes que acostumbrarte, acostumbrarte a ser una mujer. *Luego le pasaba el brazo alrededor a mamá y ella le miraba con ojos amorosos mientras él nos sonreía a las dos como si no hubiera pasado nada más*.

«Mira», le dice una voz al oído, y Ray, el Bobby-Ray escocés, le muestra una gran grulla blanca y luego muchas más en el pantano que discurre junto a la carretera. Entonces detiene el coche para ver a unos caimanes en el canal navegable que está detrás de la valla de la autopista; hay un montón, aún más de los que habían visto desde el barco. De nuevo son de distintos tamaños; toman el sol o se quedan en la orilla bajo los manglares. Tianna observa a Lennox mientras se quita las gafas de sol y bizquea bajo el sol. A ella le habría gustado muchísimo tener unas, pero él se había portado bien con ella con lo de la ropa y tal, y no quería ser una aprovechada.

La vegetación, ahora menos exuberante y más seca desde que dejaron las afueras de Miami, se ha vuelto más densa y lozana a medida que se acercan a la Reserva Nacional Big Cypress.

«Aquí es donde rodaron *Tarzán*», dice Tianna.

«¿Sí?».

«Pues sí. La primera, la que hizo el tío ese de Europa al que le dieron el empleo porque sabía cantar al estilo tirolés».

«¿Johnny Weissmuller?», pregunta Lennox con cara de sorpresa. Tanto él como Trudi eran cinéfilos y socios del Filmhouse Cinema de Edimburgo. Para él los cines son templos sagrados: altares de adoración cultural. Una sala de cine es el único sitio donde puede sentarse, completamente relajado y absorto, sin que le importe lo mala que sea la película y sin sentir la llamada del pub. A veces asiste a tres proyecciones en una tarde, y muchas veces se queda ligeramente dormido, con la banda sonora

mezclada con sus reflexiones y ensoñaciones, creando en ocasiones una potente y trascendental remezcla de narrativa, sonido e imagen que resulta más satisfactoria que la película en cuestión.

«Supongo».

Es asombroso que una cría de su edad sepa este tipo de cosas. «¿Cómo sabes todo eso? Lo de Johnny Weissmuller».

«Me lo contó el tío Chet. Lo sabe todo acerca de Florida».

Lennox medita al respecto. Se pregunta cuánto sabrá el tal Chet acerca de Robyn, de sus problemas con las drogas y de su desaparición. O acerca de Starry. O de Lance Dearing y Johnnie. Considerar a Chet una fuerza benévola le ayuda, y le viene a la cabeza una imagen de su propio padre. Se acuerda de haber visto al viejo bromeando con sus nietos cuando los trajo de vuelta de una visita a algún museo. Había imaginado que ser los destinatarios de esa amabilidad natural y cariñosa era privilegio de él, de su hermana Jackie y de su hermano Stuart. Por un instante o dos odió a los jóvenes usurpadores de Jackie.

«¡Mira! ¡Allí!», grita Tianna al ver aparecer ante ellos las primeras señalizaciones.

Bolonia 32
Punta Gorda 76

Lennox siente el beso del alborozo. Lo habían logrado; habían atravesado el estado: del océano Atlántico al golfo de México. En los mapas, Florida siempre parece tener el tamaño aproximado del Reino Unido, pero la impresión que da es la de un lugar más pequeño. Empieza a relajarse. Deja que el agotamiento abandone sus hombros. Conducir en Estados Unidos está tirado, una vez que uno se acostumbra. Las carreteras son más grandes, mejores y, sobre todo, rectas. Se cerciorará de que el tal Chet es un tipo legal. Después llamará a Trudi, se disculpará por su comportamiento y volverá derechito a su lado.

La necesidad de saber qué le ha sucedido a Robyn le agobia. Pero ése es el departamento de Chet; él ha cumplido de sobra con su obligación. Gracias a él, la pequeña Tianna ya estaba a salvo de escoria como Johnnie y el tiparraco ese de Lance. Y encontrará la forma de dar caza a esos hijos de puta. En el mundo del mantenimiento de la ley existen contactos internacionales y piensa correr la voz. Siempre hay modos y maneras.

Vuelve a sonar la canción aquella: «Alcohol», de Brad Paisley. La cantan a dúo en voz baja. A Lennox le perturba el modo cómplice con que Tianna canta la letra. *Eso no está bien en una niña. Es graciosa y lista; tiene chispa y te acabas encariñando con ella. Se merece algo mejor*.

A Tianna le fascina la revista de Trudi. «¿Vais a casaros en un castillo? ¡Cómo

molaría!».

«It's awfay dear».

«It is sodear»[27], dice ella, entendiéndole mal. «Madonna se casó en un castillo escocés».

«Sí, en alguna parte de las Highlands», confirma Lennox. Se casó con un inglés que hacía películas policíacas. Lennox había ido a ver una. Le había gustado. Era una estupidez, por supuesto, como la mayoría de los delitos en la ficción y la televisión, pero la acción era trepidante. Entretenía.

¿Será esencial el crimen, cavila, para producir fantasías tan amenas? ¿Qué sería de nosotros sin las debilidades humanas? Hollywood estaría jodido. Debemos mucho a los gángsters y criminales. Al suministrar los delitos creaban una demanda. De guardas jurados, polis, boquis, abogados, constructoras, administradores, técnicos, políticos, guionistas, actores, directores. ¿Qué sería de nosotros sin ellos?

Eso sí, no consigue recordar el nombre del castillo. «Es un castillo grande. Está cerca de Perth o algún sitio del norte. Hacen montones de fiestas allí».

«¿Está cerca de donde vives?».

Medita al respecto. ¿A tres horas en coche? Sí y no. ¿Muirhouse está cerca de Barnton? Sí y no.

«Más o menos».

Ahora Tianna le enseña cómo se juega al béisbol. Saca un cuaderno de la mochila y dibuja un rombo, explicándoselo con esmero y paciencia. Entradas: parte superior e inferior. Pítchers, bateadores y fieldeadores. Cuatro pelotas. Tres strikes. Cargar las bases. Carreras. El *bull pen*. A ella le gustan los Braves de Atlanta, Georgia, porque son el equipo de la Primera División más próximo a Alabama.

Le enseña los cromos. Lennox se da cuenta de que no son valiosos, sino reediciones modernas con su marchamo oficial de calidad de 1992. Scots Bobby, Mickey Mande, Joe DiMaggio, Babe Ruth. Reggie Jackson. Willie Mays. La mayor parte de ellos seguramente había muerto antes de que su madre hubiera pensado siquiera en tenerla a ella. Pero, al margen del cine, a Lennox aquellos nombres le decían poco. Cree recordar que Marilyn Monroe se folló a uno de ellos. DiMaggio. *Eso es, la canción de Simón y Garfunkel. También se tiró a JFK y a Arthur Miller. ¿Era una cazafortunas? ¿Se sentía atraída por los hombres poderosos o era un polvo-trofeo para ricachones canallas? ¿O se trataba más bien, como podrían elucubrar los articulistas, de la atracción mutua entre los dotados de carisma, a la que ambas partes eran incapaces de resistirse?*

«Sí, para mí que deberíais casaros en un castillo», insiste Tianna. «Sería guay».

Lennox se entretiene con la idea: él de uniforme Highlander completo; Trudi, cómo no, de blanco nupcial. Pero todas las novias le parecen iguales, sobre todo cuando llevan el pelo peinado hacia atrás, que les da ese aspecto adusto y hierático.

No quiere que Trudi tenga esa pinta. Con el pelo recogido podría decir algo que le hiriese diez veces más que esas mismas palabras pronunciadas si lo lleva suelto y ondulado. Había leído un artículo de *Perfect Bride* que afirmaba que la novia británica media superaba en cuatro kilos su peso normal en el momento de la boda. La opinión ortodoxa del bar era que se mataban de hambre para salir estupendas en las fotos de la boda, y luego se ponían moradas durante la luna de miel e iniciaban una batalla vitalicia contras la obesidad. No era así, por lo visto. El nerviosismo prenupcial fomentaba los excesos alimentarios, así que suben al cuadrilátero con sobrepeso. Parece verosímil: eso explicaría la cantidad de tocinas que salían en las fotos del *Evening News*.

«No sé. Es curioso», medita Lennox mientras frunce los labios, «Trudi, mi novia…, mi prometida», se apresura a corregirse, «quiere una gran boda. Yo preferiría gastarme el dinero en unas buenas vacaciones, ya sabes, una luna de miel».

«¿Intentaréis hacer un bebé durante la luna de miel?».

La curiosidad cómplice de Tianna le ofende primero y le repugna después. *No es más que una niña pequeña tomándote el pelo*. Con la piel hormigueándole, vuelve a fijar la vista en la carretera. Les adelanta un coche plateado que después reduce la velocidad. Era la segunda o tercera vez que sucedía.

«Ése es un tema que sólo concierne a los dos interesados. No se debate en público». Lo dice en un tono altanero que delata la influencia de su hermana.

A Tianna le desconcierta su respuesta. «Pero la gente sí que habla de eso en público. Brad Pitt le dijo a todo el mundo que Angelina Jolie iba a ser mamá».

«Pero ellos son estrellas de Hollywood. Quieren contárselo todo a todo el mundo porque para ellos la publicidad es como una droga…, como las golosinas. La necesitan. Ahora hay mucha gente que lo hace, pero acaban descubriendo que se parece demasiado a las golosinas: y luego se ponen enfermos», reflexióna en voz alta mientras se fija en el coche plateado que va delante *Puto mamón. ¿Adónde cojones iría?*

Tianna aparta la vista y se pasa un cepillo por el pelo. Se lo echa hacia atrás y lo recoge con una goma. Nota su suavidad entre los dedos. Es muy distinto del de Clemson, sobre cuya húmeda piel crecían unos pelos como pinchos. Se le pone la piel de gallina al recordar el tacto de sus pútridos labios. Después se estremecía en el huequito del techo, abrazada a la escalera mientras él gritaba: *¿Dónde demonios te has metido, putilla?* Su madre estaba abajo, dormida por efecto de los sedantes que él le había dado, ella pensaba que sería mejor bajar y acabar de una vez que vivir con aquel miedo.

12. Bolonia

Trudi sorbe su amargo café mientras se fija en la pareja sonriente que aparece en pantalla en ropa de deporte, flexionando sus propias extremidades y las de dos grandes y dóciles felinos domésticos. La idea es ofrecer a los profesionales atareados la oportunidad de combinar mantenerse en buena forma física y proporcionar ratos de calidad a sus mascotas. La mujer sujeta al gato anaranjado con una mano debajo del vientre y la palma de la otra apoyada en el pecho del animal. Lo levanta con movimientos lentos, rítmico y repetitivos. «Veinte a este lado, veinte al otro», dice.

«Estupendo, Melanie», dice el hombre, sonriendo. Y mientras la cámara pasa a ofrecernos un primer plano de la cara del somnoliento gato, vemos que Phoebe también parece disfrutar. Entonces el objetivo regresa al hombre, sentado sobre una *cama* y con el voluminoso gato atigrado encima de las espinillas. «Este es un poco complicado, pero recuerden, si su gato se siente incomodo y se marcha, es que lo está haciendo demasiado rápido». Dicho esto, levanta poco a poco al animal con una extensión de piernas. «Despacio…, así…, casi de forma imperceptible. Por suerte, ahora Heidegger está un poco cansado. Uno…, dos…, tres… No puedo dejar de subrayar la importancia de hacerlo de forma lenta y controlada… ¿Melanie?».

Trudi Lowe mete la ropa del gimnasio en una bolsa pequeña y se dirige al estudio de fitness Crunch de Washington Avenue. Acaba de acordarse de Aaron Resinger diciendo: «Yo utilizo Crunch. Es funcional y fácil de utilizar. Personas de todas las formas y tamaños, pero todos entrenando en serio. No me gustan los gimnasios a los que la gente va sólo a marcar poses».

El afeminado joven del mostrador ha intentado mostrarse altivo e indiferente, pero reacciona ante lo que percibe claramente como un acento exótico y decide que ahora lo que más juego hace con su estado de ánimo es la efusividad histriónica. «¡Dios mío, me encanta su acento! ¿De dónde es usted?».

Mientras él le imprime el pase diario por veinticuatro dólares, Trudi se lo explica diligentemente. Como una hija de Caledonia con todas las de la ley, calcula el cambio en libras esterlinas. Piensa en posibles suplementos golosos, pero es poco probable que Aaron ande por ahí. Estará trabajando, vendiendo propiedades inmobiliarias de alto standing. Seguro. *¡Qué sorpresa verte por aquí! Lo siento, tuve que marcharme sin despedirme. ¿Me perdonas? ¿Qué tal un café? Estupendo.*

Tiene que pensar en él porque cuando Trudi piensa en su prometido lo único que experimenta son oleadas de desesperación, rabia y frustración. Había tenido la cara dura —*pero qué puta desfachatez*— de preguntarle por los hombres con los que había salido durante la pausa de su relación, pausa precipitada por sus infidelidades. Ahora

Ray estaba transportando a una niña extraña —*una menor*— de aquí a Dios sabía dónde.

Mientras sube la estrecha escalera que conduce del área de recepción al gimnasio, la recorre un escalofrío. Recuerda a Ray sentado en el suelo con la cabeza entre las manos, murmurando cosas alarmantes sobre chicas muy jóvenes en Tailandia. La emoción vibra y reverbera, prendiendo fuego a una región oscura de su cerebro, y sólo adquiere fuerza cuando cae en la cuenta de que no es por él por quien teme.

La Autopista 41 atraviesa los Everglades y llega hasta Bolonia, donde se transforma en ruta costera durante todo el camino hasta Tampa. Pese al aire acondicionado del coche, Lennox engrasa continuamente con la mano la cubierta de cuero del volante. Trudi va quedando cada vez más lejos y la niña que está sentada junto a él, inmersa en el examen de sus cromos, ha vuelto a enmudecer. Parece una pauta: asoma cautelosamente la cabeza por encima del parapeto hasta que algún elemento del presente le recuerda los frutos podridos de su propio pasado; entonces se repliega sobre sí misma de forma inequívoca.

El Tamiami Trail, en el sector sudoeste de Florida, es un conducto horroroso de centros comerciales, establecimientos de comida rápida y concesionarios de coches de segunda mano que se funden con la ciudad de Bolonia. Algunas notas rudimentarias en el atlas de Florida explican que pese a haber sido bautizada en honor a una ciudad italiana concreta, su construcción se inspiró en el modelo de otra: el milagro veneciano. La semejanza se debe al grado en que ambas dependen de un exhaustivo sistema de canales para el tránsito. En Bolonia, Florida, sin embargo dicho sistema de transporte pertenece más bien a la vertiente del ocio. Los jubilados y los marineros aficionados que hacen del barco su segundo hogar navegan por canales, en los que se ven barcos atracados que surgen de patios traseros y conducen a las diez mil islas, desembocando más allá en el golfo de México.

Lennox se fija en las carreteras bien señalizadas que conducen a comunidades urbanizadas con vallas de seguridad vigiladas, vistas de césped de Bermuda y lagos dragados. Las agencias publicitarias han inventado nombres bucólicos y tropicales como Spring Meadow, Ocean Falls y Coral Reef, que no guardan la menor relación con realidad geográfica alguna. Pero para los jubilados de los estados del Norte, acostumbrados a inviernos implacables, la noción de un santuario al sol ejercía un atractivo arcádico en los satinados folletos y los sitios web. Así que las inmobiliarias arrasaron hasta dejar limpios aquellos exuberantes terrenos; levantaron sus estructuras prefabricadas, adjuntaron los paneles y los bloques de hormigón ligero, el PVC y el pladur. Después rodearon las residencias de altas murallas, pese a venderlas con la promesa de que en aquella región la delincuencia era insignificante. Invariablemente remataban la operación colocando una *Old Glory* en un mástil, para

que ondease laxamente con toda legitimidad.

Lennox y Tianna van conduciendo hacia el centro de la comunidad, más consolidada que la mayor parte de las que han surgido en el sudoeste de Florida. Las casas varían en lo que se refiere a su escala de riqueza y esplendor; muchas de ellas están rodeadas de palmeras maduras, manglares y vegetación menos tropical. En la pequeña área del centro los puntos de venta al público tienen mejor calidad y están agrupados en torno a balcones de hierro forjado en edificios de dos plantas inspirados en ciudades sureñas más antiguas, como Savannah, Charleston y Nueva Orleans. Más abajo, hacia el puerto deportivo, la ciudad vuelve a ser insulsa; ejércitos de bloques de pisos que bordean céspedes poco cuidados. El Volkswagen verde desentona entre los grandes 4x4 y los descapotables pijos que tanto proliferan, y Lennox baja la ventanilla mientras recorren las estrechas calles de la localidad bajo el sol. La deslumbrante opulencia que se exhibe debería excluir toda delincuencia, pero la gente adinerada a menudo quiere otras cosas, la más seductora de las cuales es la ilusión de que no es sólo su dinero lo que les distingue del resto de la humanidad.

La carretera termina ante un muro donde hay un punto de admisión y un letrero: CLUB DE PLAYA GROVE Y PUERTO DEPORTIVO PRIVADO.

«Aquí es», dice Tianna con impaciencia.

Lennox entra en el aparcamiento que hay delante de una hilera de oficinas y de tiendas. El puerto privado está concurrido; la mayor parte de los barcos amarrados son descomunales, y en los diques secos adyacentes hay varias embarcaciones en perfecto estado. Sobre el puerto descuellan nuevas y elevadas construcciones de bloques de pisos. Una de ellas sigue en obras, con los andamios puestos y trabajadores hispanos tocados con cascos de albañil recorriendo las pasarelas.

El parking está concurrido. En el mismo momento en que encuentran un espacio para aparcar y salen del coche, un Porsche negro conducido por un hombre que lleva una camisa roja, rubio y con gafas de sol, intenta salir y embiste en marcha atrás a una furgoneta estacionada. El descapotable sufre ligeros daños en la parte de atrás. Furioso por su propia falta de atención, el individuo sale del coche y empieza a gritarle al conductor de la furgoneta: «¡Maldito imbécil! ¡Qué demonios…! ¡Mi coche!».

El renuente destinatario de sus atenciones es un varón latino pequeño y corpulento que lleva casco y ropa de obrero de la construcción, que protesta, atónito.

«Pero… pero… ¡si me has dado en marcha atrás!».

«¡No es cierto!…, ¿cómo se atreve?…, pero qué demonios…, ¿dónde trabaja usted? ¿En esa obra de allí?». El cartílago de la laringe del tipo blanco bulle mientras señala hacia el otro lado de la entrada, donde está la urbanización en construcción.

El albañil mira hacia el edificio en construcción y guarda silencio.

El tipo blanco vuelve la vista hacia Lennox y Tianna, que han estado observando

el intercambio de palabras. Lennox da media vuelta.

«¿Ha visto eso? Disculpe, señor».

La insistencia de ese individuo crispa tanto a Lennox que se da la vuelta y se encara con él.

«¿Ha visto eso?», vuelve a preguntarle, boquiabierto y con un aire de beligerancia insidiosa que recuerda a alguna otra persona.

«Sí lo he visto», dice Lennox escudriñando lentamente al reclamante antes de echarle una mirada al obrero de la construcción. Entonces se quita las gafas de sol y se las engancha en cuello de la camiseta de los Ramones antes de mirar fijamente y con gesto severo al de raza blanca. «Y le recomendaría encarecidamente que se disculpe con este caballero», dice, señalando con un gesto de la cabeza al albañil hispano.

Su interlocutor queda desconcertado por la autoridad con que habla Lennox. Las manchas oscuras de las sobaqueras de su camisa se extienden un milímetro más. La piel de su rostro, en torno a las gafas de sol, se vuelve todavía más roja. «Pero yo…».

«Se está pasando de la raya. Le sugiero que se disculpe si no quiere que me vea forzado a tomar las medidas oportunas».

«¿Quién demonios es us…?».

Lennox se acerca un poco más a él para ver titubear su mirada y comprobar cómo le lloran los ojos tras los cristales tintados de las gafas. Constata que destila ira y dogmatismo. Ya hay varios espectadores interesados. «Ahora mismo no estoy de servicio. Si me obliga a volver a estarlo, convertirá esto en un asunto personal entre usted y yo. Con sólo disculparse ante este caballero, todos podremos marcharnos y seguir con nuestras vidas. De lo contrario podrá comprobar hasta dónde estoy dispuesto a llegar. ¿Qué me dice?».

El hombre rubio mira primero a Lennox y después al albañil, que parece tan avergonzado como él. «Disculpe…, supongo que di marcha atrás…, compré el coche la semana pasada…, y el aparcamiento este siempre está tan lleno…».

«Está bien», dice el albañil, mostrándole a Lennox la palma de la mano en un gesto de gratitud forzado antes de volver a subirse a la furgoneta.

El tipo blanco sube discretamente al descapotable y se larga.

Lennox levanta la vista hacia el sol, entorna los ojos ante la calima y vuelve a ponerse las gafas de sol. Mira al otro lado del aparcamiento, donde está Cunningham’s Lobster Bar, núcleo social del puerto deportivo.

«Pues sí que le has cantado las cuarenta a ese gilipollas», comenta Tianna en señal de aprobación.

«Eso es exactamente lo que era», dice Lennox con una sonrisa de complicidad.

«¿Eres poli en Escocia?», le interroga Tianna con cierta preocupación. «¿Qué querías decir con eso de que no estabas de servicio?».

«Peor todavía», dice Lennox, activando de nuevo la función detective embustero. «Trabajo en seguros. El tío del cochazo está de suerte. Podría haberse pasado años pagando a tocateja».

«¿Te gusta tu trabajo?».

Pausa por descarrilamiento. En Escocia se alentaba habitualmente a los niños de clase trabajadora —a menudo con razón— a no contarle nada a la policía. Seguramente las cosas no serían muy distintas en los Estados Unidos, y Tianna sabe cómo se gana la vida Dearing. «Sí, no está mal, pero es cierto que estoy de vacaciones y está bien poder desconectar un poco». Se interrumpe para no seguir engrosando la cuenta de los embustes. «Estoy sediento. ¿Te apetece beber algo?», pregunta mientras señala el bar-restaurante.

«Pero…», dice Tianna, volviéndose y señalando el puerto, «el barco de Chet estará justo a la vuelta de la esquina».

«La garganta se me está cerrando», suplica él.

«Claro que sí», dice ella, sonriendo. «Te duele la garganta, ¿no?».

«Aye».

«Aye»[28], canturrea Tianna mientras se echa el pelo hacia atrás. «*¡Aye!* Me encanta cuando dices *aye*. ¡Dilo otra vez!».

«Aye», dice Lennox al tiempo que se encoge de hombros y atraviesa el aparcamiento entre las risas de Tianna.

Lo cierto es que tiene la garganta seca —siempre la tiene así— y que también le duele, pero quiere averiguar qué sabe Tianna antes de dejarla en manos de Chet.

Dentro del bar, la opulencia les sacude como si fuera ozono. La humanidad había sido eliminada de la ecuación, absorbida cual pedo por la campana extractora de un prohibitivo retrete de hotel. Toman asiento. Tianna le pide a la camarera una Pepsi Light y Lennox también, pese a que lo que en realidad le apetece es una cerveza. *No tendremos hijos jamás. Pasaré por la ceremonia. Construiré un bonito hogar. Pero sin niños*. Se pregunta qué tal le irá a Trudi por Miami Beach. Parece como si ya hiciera días que se metió en este asunto. Pero se siente animado por una terrible euforia que el encuentro con el tipo del parking ha intensificado. Las cosas estaban mejorando: había manejado la situación de forma más satisfactoria que el conflicto con la familia de la gasolinera. *Al carajo. Hace falta. Es terapéutico*. Empieza a sentirse vivo, como cuando estaba en Escocia trabajando, con ese sabor de boca familiar a ira vengadora alimentando la sensación de que alguien iba a pagar por aquel delito.

Y había habido un delito: la agresión sexual de Johnnie contra la niña. ¿Podían condenarle? ¿Testificaría Robyn? ¿Qué dirían Lance y Starry si les llamaban a declarar como testigos? Sería complicado. Su capacidad de juicio anda por los suelos, pero su instinto le dice que sería difícil conseguir que detuvieran y condenaran a

Johnnie cuando es evidente que Dearing se empeñaría en protegerle. *Pero ¿por qué?*

Lennox estudia la carta. La abstinencia de alcohol le ha provocado un ansia insaciable de comida basura. Intenta convencerse a sí mismo para no hacerlo. Agita la tarjeta desdeñosamente. «Para ser un garito tan pijo el papeo parece bastante de andar por casa. Mar y montaña, hamburguesas…».

Tianna hace caso omiso de su mirada socarrona. «Es un local para paletos con pasta. Y a ésos jamás va a entusiasmarles nada muy sofisticado».

Lennox echa un vistazo a su alrededor y vuelve a evaluar el local. Los gilipollas estresados con chalet de playa, como el yuppy del parking, estaban en realidad en minoría. Se trataba sobre todo de gente mayor que había trabajado y ahorrado toda la vida para asegurarse un lugar bajo el sol. *La niña no es tonta, es una chavalita lista que te cagas. En las circunstancias apropiadas podría desarrollar los recursos para superar su dependencia, como hacen la mayoría de críos al hacerse adultos. Podría educarse y adquirir una confianza y una capacidad de interacción social genuinas, en lugar de quedarse en esa chulería de pacotilla que lo único que hará es conducirla a los brazos de algún maltratador. Con los debidos estímulos, esa chávala sería capaz de romper un ciclo de malos tratos y abusos sexuales que quizás llevara generaciones repitiéndose en su familia*. O puede que no; a lo mejor Robyn sólo la había cagado porque el eslabón débil era ella. «Tu madre no ha tenido una vida fácil, ¿eh?».

Tianna entorna la mirada y tensa los labios mientras se frota un mechón entre el pulgar y el índice. «Mamá es buena persona…, ha sido muy buena conmigo. Supongo que como todavía es joven le apetece salir de fiesta y esas cosas. Pero parece que siempre acaba con tíos que no le convienen. A ver, las cosas empiezan bien pero la cosa cambia enseguida. El único que se ha portado bien eres tú».

Lennox es consciente de los movimientos de su faringe. Había dejado sola a Trudi, había salido y se había metido un montón de coca en compañía de dos desconocidas. Un temblor le recorre las vértebras. *¿En qué cojones estaba pensando?*

«¿Y tu madre qué tal es, Ray?», pregunta Tianna, antes de añadir con humor negro azabache: «¿Está tan loca como Robyn?».

«Es una madre». Al darse cuenta de lo brusco de su contestación, piensa en lo extraño que resultaría llamarla por su nombre de pila. *Avril. Avril Lennox, de soltera Jeffreys. Madre. ¿Y eso qué coño es?*

«Seguro que es maja», dice Tianna, sacando a Lennox de sus reflexiones y forzándole a mirarla brevemente con una expresión boquiabierta de incomprensión. «Me refiero a tu mamá. Lo sé porque tú lo eres…, no eres como los demás tíos que trae a casa mamá… Como Vince… Al principio era majo».

«¿Era uno de los novios de tu mamá?».

Tianna asiente lentamente, se queda callada y baja la cabeza.

Lennox se echa hacia atrás; lo que quiere es que siga hablando, no inducirla a cerrarse en banda.

«¿Y qué me dices de tu padre? ¿Lo ves alguna vez?».

«Murió en un accidente de coche cuando yo era bebé», dice ella, levantando la vista para comprobar la reacción de Lennox.

«Lo siento», dice él. Sabe que la niña está mintiendo.

«No le recuerdo muy bien».

Esa es la verdad. Era la circunstancia extrema de la ausencia de su padre la que hacía que ocupase un lugar tan preponderante en su vida. Lennox se fija en los cromos de béisbol mientras reprime un bostezo de fatiga. Mira la mochila en forma de oveja chafada.

«Por eso te gustan los cromos».

«Los cromos…, sí», dice ella, apartando la vista otra vez.

Se merece más, pero primero tiene que sobrevivir. Tiene que evitar a la gente como Dearing y Johnnie. Son escoria, pero no lobos solitarios, como Mr. Confectioner. Aquí hay algo que no cuadra. Parece haber pederastas por todas partes: es como si hubiera una pandilla de pedófilos de medio pelo picoteando alrededor de Robyn y de la niña. No es sólo mi paranoia. El tal Vince, ¿conocerá a Dearing? ¿A Johnnie?

Apuran sus consumiciones y salen al exterior. El sol ya se había ocultado parcialmente tras el horizonte pero seguía pegando con fuerza en aquel cielo despejado. Lennox se frota los ojos semicerrados para quitarse las legañas y vuelve a calarse la gorra de béisbol, ajustando la banda y moldeándola para que se ciña al contorno de su cráneo. Tianna no consigue reconocer el *Ocean Dawn*, pero Lennox se da cuenta de que a ella todas esas naves relucientes, blancas y opulentas podrían parecerle iguales. Mirando del otro lado de la ensenada hacia el edificio en construcción, ve a los obreros de una de las pasarelas tomándose un descanso. Uno de ellos le saluda lentamente con la mano: el tipo del incidente del aparcamiento. Le devuelve el saludo.

La oficina del capitán de puerto se encuentra entre inmobiliarias y aseguradoras de yates. El gerente del puerto deportivo es un hombre de sesenta y tantos, vestido con vaqueros, botas y una guayabera verde, que se presenta como Donald Wynter. Hombre de entusiasmo desenfrenado, con cabello blanco y raya, tiene un asombroso parecido con el actor Steve Martin. De hecho, es tan grande que a Lennox le entran ganas de contar chistes. No obstante, le pregunta: «¿Conoce usted a Chet Lewis?».

«Al viejo Chet lo conoce todo el mundo», dice Wynter, sacándoles a la calle y mostrándoles a Lennox y a Tianna dónde suele estar atracado el *Ocean Dawn*.

Sólo que ha desaparecido.

Don Wynter capta la expresión alicaída de Ray Lennox «Chet habrá bajado por la

costa para echar unas cuantas nasas y atrapar un poco de pesca fresquita. Hay sobrepesca de cosas buenas, así que en estos tiempos hay que echar las redes un poca más allá. Para mí que habrá regresado mañana por la mañana. Es más, sé que lo hará, porque tiene que recoger unas cosas que pidió aquí en la oficina. Suele ir a ver al viejo Mo a la casa que tiene en una de las islas. Estarán jugando a las cartas y bebiendo cerveza». Wynter habla como un hombre al que le asustara estirar la pata antes de haber pronunciado todas las palabras que tiene asignadas.

«¿Y cómo se llega allí?».

«No se llega, salvo que uno tenga barco y conozca esa aguas», dice Wynter, sacudiendo la cabeza. «Sí, seguramente estará amarrado en algún punto de la costa ahora mismo».

Lennox agradece su ayuda, pero está fatigadísimo y cuando aquel hombre se lanza a perorar sobre las mareas y las condiciones meteorológicas, su verbosidad le crispa. Y una mirada al rostro afligido de Tianna le dice que ha superado su umbral de aburrimiento. Mientras Wynter divaga, Lennox se acuerda de los testigos talluditos a los que entrevistó en relación con el caso Britney. Hablaban por los codos, inflando su papel para que pareciera fundamental en el drama de su corta existencia. Por supuesto, lo que les pasaba era que se sentían solos y en un principio uno no podía dejar de simpatizar con ellos, pero se las ingeniaban para agotar enseguida ese manantial de buena voluntad. Al final le daban ganas de abrir aquellas quebradizas cabezas y gritarles: *Esto no tiene que ver contigo, egoísta de mierda. Estamos investigando un asesinato*.

El peor de todos fue Ronnie Hamil, el apestoso abuelo de Britney.

Después Angela y ahora Robyn. No te podías fiar ni de tu puta madre.

Basta.

La aparición de una mujer bien vestida y de mediana edad proporciona a Lennox y Tianna el pretexto que necesitan para abandonar discretamente al distraído capitán de puerto. Salen del puerto deportivo y van en coche hasta el centro antes de salir a la autopista. Lennox no sabe qué hacer. Se maldice a sí mismo. *¡Joder! ¡Si no hubiera mariconeado tanto con los caimanes y los batidos…!*

«No quiero volver», dice Tianna en voz muy baja, con los ojos convertidos en grandes globos llenos de temor. «Quiero quedarme con Chet».

Enseguida se haría de noche y no verían a Chet hasta mañana. Lennox sopesa las opciones. El apartamento de Robyn en Miami no era una de ellas. Habían venido aquí para alejarse de ese sitio y de la gente que había en él. Podía volver con ella al hotel de Miami Beach o a casa de Ginger en Fort Lauderdale, y llevarla por la mañana a casa de Chet. De repente suena la bocina de un camión; cuando Lennox pisa el freno a fondo, de su cuerpo parecen desprenderse cinco capas de piel. Da gracias a un poder supremo por no tener nada detrás. Casi se empotra en la parte trasera del

camión. Eso, además de la reacción de susto de Tianna, zanja la cuestión. Está demasiado cansado; necesita dormir. En su actual estado de fatiga, él representa un peligro mayor para ella que ninguna otra persona. Detiene el coche en la siguiente gasolinera y vuelve a llamar a Trudi.

«Ray, ¿dónde demonios estás? Me dijiste que estarías de vuelta…».

«Estoy con la niña de la que te hablé. Tiene diez años. Su madre y ella están metidas en un lío muy gordo. No puedo defraudarlas, Trudi, como hice con Angela y Britney. Sencillamente no puedo».

«¿Es que aquí no hay policía?».

«Sí. Conocí a uno de ellos. Es él quien la acosa. Así que ahora no puedo arriesgarme a acudir a la poli, no sé qué rollo hay con el tío este. Tengo que encontrar a alguien que sea absolutamente legal. Voy a tener que pasar la noche aquí. Por la mañana dejaré a la niña con su tío, cuando su barco haya vuelto a puerto. ¿Sabes lo que te digo?».

«¿Estás con esa chiquilla ahora?».

«Sí. Se llama Tianna».

«¿Y vas a pasar la noche —¡a pasar la noche!— con esa chiquilla en un hotel?».

«Un motel», dice Lennox, pensando en los que habían visto antes junto a los centros comerciales de la Autopista 41. «A ver… ¡por supuesto que estaremos en habitaciones separadas! Hostia puta, dame tregua».

«¡Dame tregua tú a mí, Ray!», exclama Trudi. «¡Dime dónde estás y voy a buscarte! Ginger vendrá y me recogerá».

«No es seguro».

«Estás loco, loco y delirando, so…», jadea, y de repente se ve a sí misma ayudándole a entrar en su piso con la mano destrozada, mientras él farfullaba estupideces acerca del caso Britney Hamil, Tailandia y Dios sabe cuántas cosas más; entonces ve sus propios dedos, con el anillo de compromiso que le regaló él, en torno a la polla circuncisa y venosa de un agente inmobiliario. Suaviza el tono: «Ray, por favor, escúchame. Has…, lo has pasado muy mal. Sé que no tienes tus pastillas, Ray. Las necesitas. Si no quieres volver, déjame que vaya a donde estás tú…».

Lennox se queda anonadado por ese cambio radical de actitud. Cuando la ira se disipa, Trudi está genuinamente preocupada por él. Echaba de menos todo lo que ella había hecho por él. No se había dado cuenta de que buscar refugio en los planes de boda era una manifestación de su propio estrés. Lennox habla con un tono de voz ronco, preñado de emoción: «No, cariño. De verdad, volveré mañana por la tarde. Nos daremos una vuelta por las tiendas de vestidos, nos sentaremos y terminaremos la lista de invitados…».

«¡La boda me da igual! ¡Me importas tú!», exclama Trudi, desolada al pensar en su estúpida aventura con el untuoso tipo de la inmobiliaria. Ray la quiere. La

necesita. «No me di cuenta, cielo, no me di cuenta de que seguías desmoronándote por dentro. Creí que ya estabas recuperado. ¡Por favor, cariño, vuelve conmigo!».

Lennox se encoge y toma aliento. «Tienes que confiar en mí. Te suplico que lo hagas».

No tienes ni puta idea de cómo son los hombres.

«Yo necesito que tú confíes en mí, Ray. Al menos dime dónde estás», lloriquea Trudi.

«Estoy a unas tres horas al oeste de donde estás tú, del otro lado de los Everglades, en la otra costa, el golfo de México. Eso es todo lo que puedo decirte. Te llamaré pronto, lo prometo».

A esto le sigue una pausa insoportablemente larga. Finalmente, escucha la voz de Trudi: «¿Me lo prometes?».

«Sí».

«De acuerdo. Ten cuidado», dice ella. «Hasta luego». El tono es monótono, y cuando añade: «Te quiero», su cansina resignación casi parece de ultratumba.

Entonces se corta la comunicación. Lennox se queda mirando el auricular, como si acabaran de arrancarle las entrañas.

Trudi se recuesta en la cama; su cuerpo suspira con esa satisfacción que le entra tras una buena sesión de gimnasio, cuando ha consumido toda la adrenalina y se apodera de ella una fatiga deliciosa. Aaron no había dado señales de vida, lo cual era a la vez una buena y una mala noticia, pero un tío le había tirado los tejos, lo cual también era a la vez una buena y una mala noticia. Existía vida más allá de Ray; y en potencia era muy buena. Es joven. Ahora es su momento. ¿Podía permitirse el lujo de desperdiciarlo con un tío que quizás no se pusiera las pilas nunca?

Esa obsesión con los delincuentes sexuales. Esa obsesión por el sexo. Sus rollos sexuales raros.

Las cosas que había dicho en el túnel cuando sufrió la crisis. Sobre Tailandia. Sobre chicas jóvenes en Tailandia.

Ray tiene secretos. No secretitos bobos. Secretos de los gordos. Puede que de los malos. Trudi Lowe se estremece y se incorpora. Bebe un trago de agua. Se arrima y baja el aire acondicionado.

Un poco antes habían pasado por delante del American Inn, con sus bloques de hormigón en forma de H, su bandera gastada con las barras y estrellas y su letrero de neón de color rojo mate en el que se leía intermitentemente HAY HABITACIONES LIBRES. Los muros tenían aspecto de haber albergado toda clase de emociones desesperadas y de sueños rotos. Lennox imagina poder oler el semen rancio de mil pederastas

impregnando la estructura del edificio. Es como si le obligara a enfrentarse a él, como si le retara. Tianna lo mira con expresión perpleja, sin delatar emoción alguna mientras él dice con falsa tranquilidad: «Parece un lugar tan bueno como cualquier otro».

Antes pasan por un Walgreens para comprar unas pastillas de jabón, pasta de dientes y cepillos. Con la irritación y la fatiga que lleva a cuestas, a Lennox le ofende la discrepancia entre el precio marcado y el precio real —sigue sin entender el impuesto sobre las ventas— y luego ya están otra vez en el motel, a punto de registrarse.

El recepcionista es un anciano blanco de aspecto cadavérico. Tiene una piel translúcida y tal expresión de fatiga y aflicción que da la impresión de que si se quitara la camisa se le verían los tumores. Solicita a Lennox alguna forma de identificación; esta vez saca el pasaporte. El cuerpo del recepcionista se tensa como la soga de una horca bajo el peso de su carga al darse la vuelta y colocar sobre el mostrador un simple registro en el que pide a Lennox que firme. Mientras éste cumple, el anciano se fija en Tianna, que está echando un vistazo a los chabacanos folletos que se encuentran en un viejísimo soporte de plástico de la pared, debajo de un mapa de la zona que tiene pinta de remontarse a los tiempos de los habitantes anteriores a la llegada de los blancos. Se vuelve con gesto deliberado hacia Lennox: «¿Es su hija?».

Lennox le mira a los ojos: «No, soy un amigo de la familia», declara, y acto seguido añade: «Necesitaremos dos habitaciones».

El recepcionista enarca levemente las cejas, mira fugazmente de arriba abajo a Lennox y luego baja la cabeza con expresión malhumorada para inscribirles en el registro. Lennox se estremece; ahora le parece que no ha sido buena idea quedarse aquí. Pero está reventado y necesita descansar desesperadamente. Ve a Tianna bostezando de forma prolongada. Se pregunta cuánto habrá dormido los últimos días, semanas o meses.

Mientras vuelven a salir al exterior para echar un vistazo a sus habitaciones, el sol, cual placa de latón y ocre que parece el símbolo de la vida perdida, se pone ante los ojos escocidos de Lennox. Debajo de él divisa, a través de una luz cada vez más difusa, el acogedor brillo del letrero de neón de un punto de venta de pastillas de freno Roadhouse junto al centro comercial del otro lado de la autopista. No es demasiado tarde. Un par de cervezas —no más— le sentarían de maravilla y asegurarían que durmiera profundamente. Pero no puede dejar sola a Tianna, ni siquiera en el supuesto de que se durmiera enseguida. Así que se acercan a una máquina expendedora que está en recepción y saca una Pepsi para ella y un agua mineral para él.

Haciendo hincapié en su estado de agotamiento, Lennox le dice a Tianna que va a

retirarse y le recomienda a ella que haga lo mismo. La niña vacila un segundo antes de dirigirse a sus aposentos, situados dos puertas más allá de los de Lennox.

La habitación de Lennox está amueblada con enseres viejos y funcionales: cama, mesita de noche con lámpara, mesa y silla, cuarto de baño con inodoro, lavabo y ducha. Junto a un televisor grande pero venerable, dos desvencijadas butacas verdes con cojines amarillos que tienen más cosas que contar de las que nadie querría oír. Tras atravesar una anémica alfombra llena de quemaduras de cigarrillo, corre las cortinas de la ventana de atrás y desvela unas vistas tan poco estimulantes como la autopista de la parte de delante. Hileras de edificios prefabricados rodeados de altas vallas que pertenecen a un complejo de almacenes y distribuidores resplandecen desafiantemente bajo un sol cada vez más débil, como si fueran *starlettes* ansiosas por estar en el candelero y disfrutar de sus papeles secundarios.

Lennox encuentra el mando a distancia, inverosímilmente gastado, y enciende el televisor. Mientras sube el volumen para ahogar el traqueteo industrial del antediluviano aparato de aire acondicionado —una gran caja metálica incrustada en la pared—, coge el vaso que hay encima de la mesa y lo levanta al trasluz. Parece limpio, así que lo llena con agua de la botella y vuelve a dejarlo en la mesita de noche. Da unos sorbos a lo que queda en la botella de plástico y se desploma en una de las butacas, con una pierna colgando de uno de los apoyabrazos para ver la tele. Según va navegando entre canales, nota cómo la tensión de su mente se va soltando y vaciando, mientras sus reflexiones dan vueltas rumbo a la nada y giran sobre sí mismas. Trudi se había portado bien, más que bien. *Era leal, una entre un millón*.

Una llamada a la puerta le devuelve a la habitación de mala muerte. Cuando abre ve a Tianna de pie delante de él, mirándole con ojos grandes y esperanzados. «No estoy cansada. ¿Puedo quedarme aquí un ratito viendo la tele contigo?».

«Claro», dice Lennox, «pero sólo media hora, porque estoy absolutamente destrozado».

Tianna se sienta en la otra butaca. La verdad es que Lennox podría prescindir de su presencia, pero entiende que a la niña la han dejado sola tantas veces que debería esforzarse un poco. Además, puede que se sienta lo bastante relajada para darle algo más de información acerca de la pandilla de Miami, y del tal Vince, el de Mobile. Cogiendo el mando, Tianna se decide por MTV. Lennox experimenta una sensación de náusea al encontrarse de golpe con el viejo vídeo de Britney Spears vestida de colegiala. Cuando lo estaba rodando le dijo al mundo entero que era virgen. En su momento él reaccionó desdeñosamente, pero ahora aquello casi tenía sentido. Tianna está como paralizada viéndolo. Finalmente se vuelve hacia él y dice: «¿Crees que Britney sigue estando buena? La vi en una revista de mamá y estaba gorda y asquerosa. ¡Puaj!».

Lennox piensa en el cuerpo estrangulado de Britney Hamil, muerto y colocado

encima de la mesa del depósito de cadáveres. Una niña a la que le pusieron el nombre de una estrella del pop que iba a vivir más que ella.

«Acaba de tener un bebé», dice Lennox. «Dale tiempo».

No se siente cómodo viendo el vídeo con ella y le pide que cambie de canal. «Está un poco pasado», le explica de forma poco convincente. Tianna va recorriendo los programas y se detiene, emocionada, ante uno de ellos, un *reality*.

«¡Beauty and the Geek!», chilla.

A Lennox le sorprende disfrutar secretamente del concurso de ligue, a pesar de que hubiera preferido verlo solo. El objetivo era que las supuestas «bellezas», la mayor parte de las cuales eran en realidad unas jovencitas bastante incultas y no muy agraciadas, acabasen emparejadas con unos empollones gafotas y obsesivo-compulsivos, reprimidos pero inteligentes, que solían ser unos cracs empresariales, científicos o informáticos.

Al principio, Lennox simpatiza con los chicos, torpes y tímidos, que parecen presa fácil para las vivaces pero groseras cazafortunas. Luego se va haciendo evidente que lo único que pretenden estos tipos es pulir su don de gentes para ver si follan. Bajo un barniz de frivolidad, las mujeres muchas veces parecen estar buscando un idilio auténtico. Aunque estén ansiosas por encontrar una pareja con dinero y perspectivas, y se esfuercen por hacer que los empollones se vistan, se comporten y aparenten ser lo bastante enrollados como para hacerles buenas fotos de bodas, en general parecen capaces de concebir que exista algo más allá de un simple polvo. Al final, no obstante, el carácter banal y previsible del espectáculo empieza a deprimirle. El hecho de que Tianna tenga los ojos clavados en la pantalla le perturba. Enseguida empieza a luchar por mantener abiertos los suyos.

«¿Te ha gustado?», pregunta ella mientras pasan los créditos.

«Sí, no está mal».

«A mamá y a mí nos encanta».

Es como si viera ahora mismo a Robyn, icono irresponsable de la maternidad enrollada, resplandeciente de promesas rotas. Adjudicándose el papel de hermana sustituta mayor/menor de Tianna y sometiendo a la niña a una letanía de *reality shows* semejantes, sobre todo los que tienen un elemento de cita. Azotándole las neuronas con la clase de mierda que, en conjunción con el comportamiento de Robyn, forjaría la plantilla de la cosmovisión de la niña. Mientras hacen zapping entre programas del mismo género, es como si la televisión supurase más hastío que las calles y los bares, a la vez que los presentadores se afanan en aparentar una emoción lo suficientemente intensa como para que el contenido levante el vuelo. Es como si las cadenas de televisión fueran incapaces de encontrar personal lo bastante tonto para no avergonzarse un poco de administrar la banalidad extrema, mientras la realidad verdaderamente trascendental está fuera, a la vista de todo el mundo, pero

hurtada al debate público, como aislada por una invisible valla eléctrica. En su pecho va asentándose una mezcla de ira y desánimo.

«Deberías estar viendo las cosas que ven otras chicas de tu edad».

«¿Como qué?».

«No lo sé. Algo habrá. ¿Dibujos animados?».

«*Los Simpson* son divertidos. *South Park* mola. Y me gusta *Padre de familia*».

«Sí», dice Lennox, antes de volver a anunciar: «Estoy hecho polvo. Voy a acostarme». Señala la puerta.

Tianna se muestra reacia a marcharse. Lennox tiene que levantarse y abrir la puerta antes de escoltarla hasta su habitación. Pero unos diez minutos más tarde alguien llama a la puerta. Sabe quién es. Tianna se mordisquea el pelo y le sonríe de forma extraña. «No puedo dormir», le dice con una sonrisa tonta.

Su sonrisa y su lenguaje corporal le transmiten algo que le da náuseas.

«Mira, vuelve a tu habitación y pon la tele».

«¿No puedo meterme en la cama contigo?», suplica ella.

El corazón le late con fuerza, en concierto con el ritmo del aparato de aire acondicionado. Sujeta la puerta con fuerza, como un portero enfrentado a una clientela potencialmente agresiva.

«No. ¿Para qué ibas a hacer eso?».

«Supongo que porque me gustas. ¿No te gusto yo a ti?», pregunta ella con ojos grandes y suplicantes.

«Sí, pero somos amigos. No…».

«Es por Trudi. ¡La quieres! ¡Para una vez que de verdad me apetece estar con alguien, está enamorado de otra!», protesta dando un pisotón en el suelo.

Qué cojones…

«No», dice Lennox, echando un vistazo al exterior, presa del pánico. Está desierto. Respira hondo. «Mira, es mi chica, pero aunque no lo fuera, eres muy joven. Los tipos de mi edad…», empieza, antes de acordarse de la que tiene ella, «los tipos de cualquier edad ¡no se meten en la cama con chicas de tu edad!».

Ella le mira de forma penetrante. «Algunos sí».

«Ya», dice Lennox. «Se llaman pedófilos. Me he cruzado con un montón de ellos. Algunos son malvados; otros simplemente son tipos débiles y lamentables. Pero hacen mal, todos y cada uno de ellos. No tienen derecho a hacer eso. ¡Y ahora, por favor, vuelve a tu habitación!», exclama enérgicamente.

La observa mientras se marcha con gesto abatido y desaparece tras la puerta de su habitación; entonces Lennox cierra la puerta de la suya y apaga el aire acondicionado. El aparato se detiene poco a poco, con unos fatigados y cada vez más inaudibles clics de protesta mientras Lennox se mete en la cama. Sin saber por qué, empieza a pensar en el lozano felpudo de Robyn; eso le perturba. Su cerebro está en guerra consigo

mismo; una parte de él, con renegada obscenidad, piensa en Tianna y luego en los genitales impúberes de la niña muerta de Edimburgo. Pese a que por fortuna esto no le excite en modo alguno, maldice esos pensamientos incontrolados. Se siente manchado por esa vileza y por la noción de no ser mejor que ellos.

Un par de puertas más allá, Tianna se acuesta. Se siente afligida y posa su ceño sudoroso sobre una almohada pegajosa y descolorida. Retira la sábana sofocante y atormentadora para que el aire fresco le recorra el vientre, el pecho y las piernas, pero la habitación está llena de sombras que brotan de unas paredes que hierven con un millón de pesadillas. Su chaqueta, colgada encima de la puerta del cuarto de baño, ha adquirido la forma de un jorobado malévolo. Se le escapa un chillido y se tapa con las sábanas hasta la barbilla, esperando volver a sumirse enseguida en las arenas movedizas del sueño. Y así sucede, pero al cabo de unos minutos siente que se ahoga y entre jadeos lucha por recobrar el estado de conciencia.

A unos pocos tabiques de allí, a Ray Lennox le distrae algo que revolotea en torno a su oreja. *Algún puto insecto*. Un ruido vibratorio. Otra vez. Después parece calmarse. Echa un trago de agua del vaso que está junto a la cama. Luego se sienta, muy tieso, presa de un pánico mordaz, incapaz de respirar. Tiene algo atascado en la garganta. Empieza a atragantarse. Está vivo, se mueve y zumba. Se acerca hasta el cuarto de baño infestado de hongos tambaleándose; los ojos le escuecen y le gotean como si llorase sangre. Intenta expulsar al invasor a base de arcadas, pero no puede. Entonces sus entrañas entran en erupción violenta, pero la ardiente andanada de vómito parece chocar con algo que tiene en la garganta y la bilis le achicharra el esófago mientras regresa en cascada a su estómago.

Una idea le obsesiona: *así es como acaba la cosa*.

Ya desesperado, mareado y con miedo, con la cabeza a punto de estallar, vuelve a tener una arcada y expectora convulsiva y enérgicamente. Se asoma a la taza del váter y la ve, más parecida a un hámster volador que a una polilla, con unos minúsculos ojos redondos, negros y brillantes en un cuerpo dorado y peludo, luchando por liberarse del batido de vómito, batiendo el ala que se ha quedado fuera del agua.

«Vete a tomar por culo», le dice a la enorme polilla entre jadeos y resollando, antes de tirar de la cadena y ver a la criatura dar vueltas y arremolinarse como un derviche antes de desaparecer.

Durante unos minutos, Lennox permanece arrodillado, con el rostro acalorado apretado contra la fresca superficie vítrea del lavabo.

Incorporándose temblorosamente y volviendo a la cama, con el zumbido todavía en la cabeza, como si el fantasma de la polilla fuera a formar ya parte de él para siempre, Lennox se hunde en un sueño exhausto y embotado en el que oscuros pensamientos conscientes se mezclan con sueños desquiciados. Pasa el tiempo; no sabe cuánto. Tras una narración entrecortada y febril, ve con toda nitidez a Trudi

delante de él, junto a la cama. Se está quitando la ropa. Dice: «Te deseo, Ray, de cualquier forma que tú quieras». Casi puede tocarla.

Casi puede tocarla porque está allí.

La puerta de su habitación se ha abierto. Distingue la silueta gracias al alumbrado de fondo proporcionado por la luz de luna durante uno o dos segundos hasta que una brisa la cierra de golpe y le sume de nuevo en la oscuridad. Echa un vistazo a la pantalla del reloj: 2.46. Se mete —alguien se mete— en la cama con él.

«Sabes que te quiero», gimotea ella con voz entrecortada. «Puedes hacer lo que quieras. Sé que no me harás daño».

Lennox se queda de piedra. Se levanta de la cama de un salto y enciende la luz. Allí está Tianna, incorporada y vestida con una camiseta y unas braguitas amarillas con una mariposa blanca. Lennox estira la mano para coger sus pantalones, colgados encima de la silla, y se los pone encima de los calzoncillos.

«¡¿A qué demonios juegas?!».

Tianna le mira con un mohín de tristeza. «No puedo dormir».

«¡Pues tendrás que intentarlo, porque aquí no puedes quedarte!», grita Lennox. Ella empieza a llorar. El baja la voz. Un temor alarmante y desesperado se apodera de él: *como la oiga el recepcionista*… Puede ver a Lance Dearing, e incluso oírle: «Vaya, yo me limité a sacar a su madre de allí para tranquilizarla, y dejé allí al bueno de Ray con la niña. Nunca se me ocurrió que fuera a secuestrarla y llevarla al otro lado del estado. La verdad es que me siento culpable…». El terror le corroe las entrañas. «Mira, vuelve y ponte la tele. Por favor», le suplica. «Te quedarás dormida enseguida».

Tianna hace una mueca y sacude la cabeza. No piensa moverse. «No quiero. Déjame quedarme aquí, por favor, no intentaré tocarte…».

«¡No! Ve a tu habitación. ¡Ahora!».

Tianna encoge las piernas y se envuelve con la manta antes de mirarle. En un instante desaparece la pequeña depredadora retorcida y vuelve a aparecer la niña con el huequito entre los dientes. «Pero… creo…, creo que he dejado la habitación un poco cochina».

Lennox respira hondo. «Vale, vale. Quédate aquí». Se dirige hacia la puerta. «Yo me quedo durmiendo en tu habitación y nos vemos por la mañana», dice con voz entrecortada y con la garganta todavía en carne viva y ardiendo. «Por favor, ¡intenta dormir!».

Saca sus pies descalzos al frescor del porche, donde le llega el olor a diesel y gasolina. Sigue haciendo calor y no hay nadie a la vista; la única señal de vida relativa era la lamparilla que resplandecía tenuemente en recepción. A lo lejos, el leve alboroto de un convoy de grandes camiones que traquetean por la autopista mientras se apagan las luces del punto de venta de Roadhouse. Un viento frío roza su torso

desnudo. Bosteza, se estira y saca otra botella de agua de la máquina antes de volver a la habitación de Tianna, echando esta vez el cierre. Dentro, las mantas parecen completamente desordenadas pero todo lo demás parece estar en su sitio. Quitándose los pantalones, se mete bajo las mantas y encoge enseguida la pierna al notar la humedad.

«Joder», gruñe mientras se levanta apresuradamente de la cama. «¡Hostia puta!».

Se arranca las mantas y se traslada a un pequeño sofá, poco espacioso e incómodo. Vuelve a levantarse, quita el colchón de encima de la cama y palpa el otro lado. Por suerte, el pis no había llegado al otro lado. Después de darle la vuelta al colchón, hace una bola con la sábana bajera empapada y vuelve a taparse con las mantas. Pese a estar agotado, tiene los nervios más tirantes que las cuerdas de un piano y no consigue conciliar el sueño. Acaba levantándose de nuevo, refugiándose una vez más en la televisión y haciendo zapping hasta encontrar un reportaje en el Discovery.

El documental se ocupa de la progresiva extinción del oso panda en China y de los esfuerzos por salvarlo. La mayoría de dichos esfuerzos consisten, al parecer, en que los científicos molesten a los pandas y a sus crías, separen a éstas de sus madres, les pongan transmisores en las orejas y les tatúen la boca por dentro. Una mujer americana, acompañada por su hijo, hace de narradora del programa, que describe como un «viaje revelación». Ayudan a los zoólogos chinos a importunar a los pandas, y a éstos les produce una evidente angustia. Lennox cree que si los animales pudieran comunicarse con nosotros dirían: «¿Por qué no os vais a tomar por culo y nos dejáis comer bambú y extinguirnos en paz?».

Pero ésa no era la forma humana de hacer las cosas. Nuestra codicia os está matando, por lo que nuestra vanidad exige que os salvemos.

Tianna. ¿Será su cría de panda personal? ¿Hace todo esto por ella o porque su propio ego se niega a admitir que le venzan pederastas como Mr. Confectioner o Dearing? En última instancia, supone, el motivo es lo de menos. Lo importante es la acción. Hacer lo correcto.

Lennox apaga el televisor, se mete en la cama e intenta sosegarse de nuevo. Sigue sin poder dormir. Encima de la mesa está la mochila de Tianna. El estúpido rostro de la oveja parece burlarse de él. Estira el brazo y la coge. No quiere hacer un registro de sus pertenencias, pero él es poli y ella está en peligro. Necesita averiguar cosas sobre ella. Mientras abre las diversas bolsas y compartimentos de la mochila, experimenta el vergonzoso poder y la aguda agonía de esta violación de nuevo cuño. El poli y el pederasta: camaradas de atrocidades. Aparte de los cromos de béisbol, un cepillo para el pelo y algunos cosméticos, hay un cuaderno de tapas negras. En la página opuesta al rombo que dibujó antes ha garabateado una anotación:

Hola, Nushka:

Siento no haber tenido tiempo para escribirte en bastante tiempo. Supongo que me estoy volviendo perezosa. Nunca imaginarías lo que me ha pasado. He conocido a un tipo que se llama Ray. Vive en un castillo en Escocia, al otro lado del mar. Yo le llamo Bobby Ray. ¡El notición es que estamos enamoradísimos y nos vamos a casar! ¡Quiero que seas mi dama de honor! Viviremos en un castillo que está en Escocia. Puedes venir a visitarnos o quedarte a vivir allí. Tú y mamá. La dejaremos vivir en un chaletito de la finca para que podamos cuidarla. Podrá venir a ver la tele y a comer con nosotros en el salón de la casa grande.

Ray no es como los demás, como ya-sabes-quién. Ray se parece más al tío Chet, pero es más joven y apuesto. Tiene el pelo más o menos castaño, muy corto, como si fuera un marine o algo.

Supongo que estoy preocupada por mamá. Rezo por ella. Pero sé que Ray la ayudará. Sé que mi Bobby Ray y Chet harán que todo salga bien. Ojalá nos hubiéramos quedado en Mobile. Pero allí estaba el mentiroso de Vince y en cualquier caso, si lo hubiéramos hecho, nunca habría llegado a conocer a mi dulce Bobby Ray.

Tu queridísima amiga,

Tianna Marie Hinton

Lennox deja caer el cuaderno sobre la mesa. Se levanta una vez más para intentar sacarse el último resto de orina de la vejiga. Nushka parecía ser una amiga imaginaria. En parte, sin embargo, se siente halagado por la forma en que le ve la niña y la confianza que tiene en él. No es más que un enamoramiento adolescente, como el que pasó él con su maestra de primaria, la señorita Milne, por el simple motivo de que le trataba bien. Sin embargo, él era un niño asexuado y a ella la han jodido unos pederastas; eso da a la fantasía un matiz peligroso. Pero pese a que el mensaje esté distorsionado, lo cierto es que la niña confía en él; desea confiar en él con todas sus fuerzas. No puede defraudarla. Y, no obstante, se siente envilecido por lo que acaba de hacer, y se arrastra furtivamente de nuevo a la cama a cuatro patas.

Lennox guarda el cuaderno en la mochila y echa otro vistazo a los cromos. Babe Ruth. Reggie Jackson. Mickey Mande. Joe DiMaggio. Scots Bobby. Lee los datos de sus carreras en el dorso. Bobby Thomson no pertenecía a la misma categoría que los demás, evidentes monstruos del béisbol. Su legendario prestigio se basaba en ese único tanto, no en su historial deportivo. Y sin embargo Tianna lo había conservado. Lennox no entiende de béisbol. Quizás haya que ser norteamericano para entenderlo. Un bostezo le separa las mandíbulas; el sueño llama de nuevo a su puerta.

Satisfecho de sucumbir, se sumerge en él como agua de lluvia en un desagüe.

13. Edimburgo (3)

Estabas sentado en el *deli* de Stockbridge pensando en los últimos días de Britney, sin que el inestable cielo plateado del exterior te brindara seguridad ni certeza alguna. Al parecer, el cuerpo fue arrojado desde la cima de la colina hasta la ensenada llena de guijarros aquel funesto sábado noche, antes de que los resistentes excursionistas lo encontrasen a la mañana siguiente. El asesinato, no obstante, según el juez de instrucción, se había producido antes, el sábado por la tarde, por estrangulación. Mr. Confectioner mantuvo prisionera a Britney durante tres días y medio de infierno meticulosamente reconstruido por los patólogos y forenses.

En el café, una anciana te miraba fijamente; estabas haciendo vibrar la taza de café solo contra el platillo. Te detuviste e hiciste un barrido óptico de los ocupantes del local: un mar de cráneos rubios, pelirrojos y negros que se difuminaban hasta alcanzar un ubicuo tono gris rosado. Todo el mundo tenía a la vez un aspecto arquetípicamente noreuropeo y ligeramente desaliñado, un truco que sólo los escoceses podían dominar del todo.

Para la investigación del caso Nula Andrews, la policía de Welwyn Garden City había preparado una falsa sepultura, con lápida incluida y la publicidad correspondiente en la prensa local. Se trataba de una táctica que las fuerzas de policía empleaban a menudo. Sabían que el ansia de confesar era intensa y que el asesino a menudo experimentaba una irresistible compulsión de visitar el lugar de reposo y hablarle a la víctima. Entre los árboles circundantes se habían dispuesto cámaras de circuito cerrado y micrófonos ocultos para filmar y grabar las revelaciones de los visitantes póstumos de Nula.

George Marsden había sido un defensor de dicho procedimiento, pero ahora tenía sus reservas, como descubriste cuando volviste al despacho para realizar otra larga llamada de teléfono a Eastbourne.

«No es el culpable el que está entre rejas, Ray».

Pero tú empezabas a pensar que era la última oportunidad; dejando a un lado el callejón sin salida de Graham Cornell, la pista se había enfriado. Robert Ellis no era más que uno de los inadaptados sociales que se había «confesado» con la víctima en la sepultura de Hertfordshire. Oír la grabación de Ellis daba náuseas. En ella, ridiculizaba a la inocente Nula cruelmente y la pintaba como una guarra insaciable ansiosa de todo tipo de prácticas sexuales. Pese a estar de espaldas a la cámara, Ellis parecía estar masturbándose encima de su lugar de reposo a la vez que recitaba con voz entrecortada su demencial perorata. La grabación confirmó que Ellis era un perturbado que en algún momento se había torcido gravemente. Pero ¿era él el

asesino?, se preguntaban los de cabeza fría. Logísticamente, y teniendo en cuenta el marco temporal, eso habría requerido unas capacidades organizativas sobrehumanas y una concentración extraordinaria. Pero los agentes encargados de la investigación sabían que el gran público había olfateado sangre y que sus jefes se jubilarían mucho antes de que los medios, que habían azuzado a las turbas de linchadores, se sintieran obligados o reunieran el valor para investigar a fondo. Ser un cabeza fría se pasó de moda enseguida.

Volviste a examinar el expediente Welwyn, dedicando especial atención a la única persona que aún no había quedado descartada. Sólo había hecho acto de presencia una vez, luciendo una de esas parkas con capucha en forma de esnórkel, y permaneció en silencio junto a la tumba hasta que se sintió incómodo —por una ironía del destino—, como consecuencia de la aparición de Robert Ellis. Se había colocado en cuclillas junto a la lápida, la había mirado un poco, y luego, cuando Ellis entró a formar parte del cuadro, se levantó y se marchó. Intercambiaron brevemente unas palabras. Los comentarios de Ellis quedaron grabados, pero su espalda y la capucha alargada impidieron que se oyera nada de lo que dijo la otra parte.

Cogiste tu coche y fuiste en él hasta Manchester. Ellis estaba en la cárcel de Strangeways. Había realizado un par de visitas a aquella ciudad, que se encontraba camino del piso de su amiguita de Preston, y ahora ya conocía una pequeña parte de ella muy bien. Querías comprobar si su memoria había mejorado con el tiempo.

Robert Ellis estaba en buena forma física y en su mirada se leía el brillo de la determinación. Tú no fumabas nunca pero cuando visitabas a un recluso siempre llevabas encima un paquete de tabaco. Ellis rehusó cortésmente la oferta. Aquello te impresionó muy a tu pesar, pero era evidente que había sufrido algún tipo de transformación interior. Ellis era muy consciente de la ironía de su condición: la prisión en la que le habían encarcelado por error y de la que había pasado los últimos años intentando salir, se había convertido, de forma perversa, en el germen de su triunfo.

«Pese a que yo no debería estar aquí, este sitio me ha salvado», reconoció. «Yo era un imbécil hecho polvo. Pero ¿un asesino de niños?», preguntó desdeñosamente entre risotadas. «Por favor».

«¿Qué me dices del hombre de la parka?».

«Apenas le vi. Llevaba la boca tapada por una bufanda. Lo único que vi fueron unos ojos de loco enfilándome desde dentro de aquella gran capucha. Normalmente se me da de vicio quedarme mirando a la gente hasta hacerles apartar la vista, pero te puedo asegurar que la gelidez de aquellos ojos me llegó al alma».

«¿Qué dijo?».

«Cuando yo le dije: “Qué pena”, él me soltó: “Mueren niños a todas horas. De hambre. De enfermedad.”».

«¿Has conseguido recordar algo relativo al tono de su voz o su acento?».

«No logré situar el acento. No era *Jock*[29], por poner un ejemplo…», dijo Ellis con una sonrisa antes de hacerle un gesto con la cabeza al boqueras silencioso presente, «ni tampoco del norte de Inglaterra. Ni siquiera era como el mío. Era algo pijo, pero no de niño bien, sino bastante indefinido».

«¿Por qué dijiste aquellas cosas de Nula junto a su tumba?».

Ellis apretó los dientes; algo se le apagó en la mirada. Pensaste que quizás fuera vergüenza. «Porque era un pobre desgraciado. Estaba hecho polvo, lleno de ira y desesperado por llamar la atención. ¿Y sabes una cosa?». Miró alrededor de su entorno austero y sonrió de oreja a oreja. «¡Dio resultado!». Acto seguido, la sonrisa se desvaneció. «Pero no tengo intención de llegar a acostumbrarme demasiado a este sitio».

«¿Ah, no?».

«Vas a sacarme de aquí, ¿no?».

Quizás la transformación interior de Ellis no hubiese sido tan pronunciada como tú habías creído. Bajo la fachada lustrosa, captabas el tufillo de la anterior encarnación pululando cerca de la superficie.

«Voy a encontrar al hijo de puta que mató a Britney Hamil».

«De acuerdo, colega», dijo Ellis.

Pero durante unos pocos y espantosos días, aumentaron presión sobre Cornell, que se vino abajo y confesó. Salvo que lo que confesó no fue que era el autor del asesinato de Britney, sino que mantenía una relación ilícita con un diputado casado del Parlamento escocés, que luego fue maliciosamente filtrada a la prensa. El parlamentario tuvo que someterse a la humillación de confirmarlo y poner fin a su carrera para salvar a un inocente de la quema. A Toal aquello le destrozó; fue entonces cuando aceptó que colocaras la lápida de pega y las cámaras de circuito cerrado en el cementerio de Stockbridge.

El falso funeral de Britney se convirtió en funeral oficial. Puesto que Angela estaba tan pelada, les había suplicado: «¿No podríais, eh, enterrarla de verdad? Yo nunca podré costear algo parecido…».

Así que el contribuyente local pagó la cuenta con cargo al presupuesto de la policía. Y después de que los restos mortales de Britney fueran depositados bajo tierra, aguardaste dentro de la furgoneta y vigilaste por las pantallas a todos los mortales que se acercaban a su lugar de descanso. Fue una tarea deprimente y frustrante para todo el mundo. Era imposible evitar los dolores de espalda o que se te quedara tieso el cuello. Noviembre ya se echaba encima y el mundo situado más allá de la ventana era tan frío como el mármol.

En una ocasión fuiste a mear y cuando volviste te encontraste a Notman fuera de la furgoneta charlando con una mujer. Furioso, te acercaste corriendo a tu compañero.

«¿Se puede saber a qué cojones juegas?».

Notman se disculpó mientras la mujer, desconcertada, se marchaba apresuradamente. «Sólo había salido a estirar las piernas cinco minutos».

Volviste dentro y pasaste de nuevo la cinta de uno de los monitores. Nada. Tu ritmo cardíaco se fue ralentizando. Pensaste en tu equipo. Al margen de sus socarronas bravatas de pub y cantina, para ellos no significaba nada. No era más que una puta misión: había que simplificar y aprovechar para recuperar tiempo. Y tú lo sabías, porque cuando se trataba de cualquier otro tema tú eras exactamente igual. Notman también se dio perfecta cuenta.

«Para ti éste es un caso especial, ¿no, Ray?».

«Quiero pillar a ese cabrón».

«No quiero que pienses que estoy metiéndome donde no me llaman», dijo Notman, «pero tienes una pinta espantosa. ¿Consigues dormir?».

«No. Esa chiquilla ya duerme de sobra por los dos».

Cogiste turnos dobles. Cansado y psicótico, te metías benzedrina y esnifabas rayas de cocaína para mantenerte despierto dentro de la furgoneta de vigilancia camuflada aparcada fuera del cementerio. Sabías que sólo tendrías una oportunidad.

Al mismo tiempo, tenía lugar otro drama local. La mayoría de tus compañeros eran seguidores del Hearts Football Club y estaban escandalizados de que el popular entrenador George Burley hubiese sido reemplazado por Graham Rix, un inglés que había cumplido condena por mantener relaciones sexuales con una menor de quince años. La tarde siguiente a que se diera a conocer el nombre del sustituto, estabas en el despacho preparando la lista de turnos de Stockbridge cuando Dougie Gillman entró con una taza de la selección escocesa recién estrenada y tiró la de los Hearts a la papelera.

«¿Qué pasa con la taza de los *Jambos*?», preguntó Notman.

«Mientras esté al mando un pederasta no pienso arrimármela a la puta boca. Es mofarse de todo lo que representamos», espetó Gillman.

Con los nervios de punta, levantaste la vista y te volviste contra él. «¿Qué es lo que representamos, Dougie? ¿Qué representabas tú en Tailandia?».

«Estábamos de vacaciones. Eso es distinto».

«¡Y una mierda es distinto!».

Pero Gillman no se puso en absoluto a la defensiva. «¿Y tú qué, cuando lo de Robbo y la chavalilla aquella?».

Reprimiste el impulso de tragar saliva. «No te pases… ¡Robbo era un puto zumbado!».

Hubo una ocasión en que Robbo y tú estabais haciendo averiguaciones e interrumpisteis a una pareja joven mientras mantenían relaciones. La chica era una menor y el chico no era mucho mayor. Robbo te pidió que interrogaras al chico en la

otra habitación mientras él hablaba con la chica en el dormitorio. Dentro de su bolso encontró unas pastillas. Éxtasis. Salió un momento para pedirte que lo confirmaras. Después regresó al dormitorio e hizo un trato con la chica. A veces te daban escalofríos cuando pensabas en el trato en cuestión, pero no se presentaron cargos.

«Robbo se lo contó a toda la cantina. Obligó a la chávala a hacerle una mamada», dijo Gillman. «Luego me enteré de que la chica se metió una sobredosis y que hubo que hacerle un lavado de estómago».

«¡Si eso fue lo que pasó yo no tuve nada que ver!».

«Sabías cómo era Robbo. Un zumbado, como has dicho. Le dejaste a solas con una menor. Acuérdate», se burló Gillman, con gesto taimado y cómplice a la vez. «Acuérdate de eso cuando te pongas a pontificar y a contar historias sobre lo que pasa cuando no estamos de servicio. En la comisaría no, Lenny». Gillman se tocó un lado de la nariz con gesto provocador. Y notaste cómo te lloraban los ojos, igual que en aquel bar de Bangkok, cuando tu compañero te estrelló la frente en la cara.

Pero había otras cosas en las que pensar además de tu guerra, cada vez más encarnizada, con Gillman. Poco antes de las cuatro de una tarde gris ya de por sí, oscura y nebulosa, aquellos días solitarios y tediosos y esas noches de tortícolis sentado en la furgoneta rindieron por fin sus frutos. Habías ido a Greggs y disfrutado del breve e intenso placer del paseo en soledad mientras volvías con pasteles de color arenoso y cafés para ti y para Notman. Sin previo aviso, te asaltó una lluvia de granizo. Las frías piedras blancas te azotaron como si fueran perdigones. Te lanzaste hacia la furgoneta, donde Notman seguía pegado a los monitores. La intensa granizada tamborileaba sobre el tejado metálico del vehículo. Ya pasará, pensaste, y así fue, pero no antes de intensificarse furiosamente. Tomasteis agradecidos el café mientras hablabais de los Hearts y de la afición de su nuevo propietario de Europa del Este por la polémica. Bajo Rix el equipo estaba alcanzando unos niveles de inactividad comparables a los de los árboles del cementerio, como si estuviera en hibernación.

Entonces lo viste en pantalla: el hombre de la parka. La misma parka. El mismo hombre. Parado junto a la tumba de Britney. El hombre que visitó la de Nula antes de que Ellis le molestara. La capucha en esnórkel de la parka y el azote del granizo: ¿grabaría algo el micrófono? Daba igual; ya habías salido disparado hacia la entrada principal mientras le gritabas a Notman para que fuese hasta la entrada lateral para cortarle el paso.

Recorriste a toda mecha el húmedo sendero, y hubo un momento en que casi resbalaste. Pero él no se percató de tu aproximación por su espalda. Aflojaste el paso, cerraste la distancia con tu presa, aproximándote tanto y con tal sigilo que podías ver el aliento condensado saliendo por un lado de la capucha.

«¡Señor!», gritaste, sacando la placa. «¡Policía!».

Mientras tanto, Notman iba aproximándose por el lado opuesto. Le teníais cogido en un movimiento de tenazas. Esperabas que se resistiera, quizás de forma desesperada. Pero no echó a correr. Al contrario, se volvió lentamente, como si llevara tiempo esperando ese momento.

Sabías que era Confectioner. Unos ojos deslumbrantes pero a la vez extrañamente mortecinos. Cabello castaño tupido, ligeramente entrecano en las sienes. Tez rubicunda. Pequeño, ancho de espaldas y fuerte, como si perteneciera a una estirpe de granjeros, pese a que seguramente no había pisado una granja en su vida.

Ahora Notman estaba contigo. Él paseaba la vista de un poli a otro. «En fin, que me quiten lo bailao», dijo medio encogiéndose de hombros, como si acabaran de detenerle por hurto.

Aquella brusquedad tan arrogante. Había que ver cómo había normalizado a su conveniencia el universo abominable y espantoso que habitaba. Por extensión, alimentaba un desprecio y una aversión por la sociedad humana en su conjunto cuya implacable intensidad no tardarías en sentir. Te asustaba. Hacía que te sintieras débil y pequeño a pesar de tu justa indignación y de tener detrás a todo el Estado británico y a sus ciudadanos. Y ahora Mr. Confectioner tenía nombre.

«Soy Gareth Horsburgh», dijo con una sonrisa jovial. «Llámenme Horsey».

Acudiste al despacho de tu padre en el Haymarket; llevabas algún tiempo sin ver al viejo. Le llevaste a tomar una pinta. Así tú sólo tomabas una, pues siempre te moderabas en su compañía. Le sonreiste a Jasmine, la auxiliar administrativa que trabajaba con él, y que te acompañó hasta el pequeño despacho donde tu padre acababa de colgar el teléfono. Le oíste respirar de forma irregular, pero no lograste ver, por culpa de tu propia mierda, lo hecho polvo que estaba. Emocionalmente no delataba gran cosa, pero los indicios físicos eran claros. Llevabas un tiempo notando que tenía la piel del rostro más tensa y más enrojecida. La edad le estaba recociendo y reduciendo; las marcas coloradas bajo las que empujaban los pómulos se habían vuelto más prominentes.

Pero cuando tu padre habló, tú estabas pensando en «Horsey», el funcionario divorciado que vivía cerca de Aylesbury con su madre inválida. No tardó en llegarse a un consenso compartido por sus conocidos y compañeros de trabajo: Gareth Horsburgh era deprimentemente normal. Un hombre lo bastante agradable como para saludarle, si bien un tanto pomposo y pedante en grupo. Podría haber sido cualquier pelma de club de golf aburguesado, de esos con los que puedes sentirte cómodo tomando una sola copa antes de presentar tus excusas y largarte.

Tuviste la impresión de estar en garras de una especie de vigorosa alucinación auditiva, un vestigio de las truculentas entrevistas con Horsburgh y las horrorosas revelaciones que te hizo el lúgubre pedófilo mientras la áspera voz de tu padre te

informaba: «Llevan al menos diez años así, Ray», dijo con atónita indignación mientras plantaba un archivador encima de la mesa, «Jock Allardyce y ella, follando a mis espaldas durante diez años. Mi Avril —tu madre— y Jock Allardyce».

Lo que te fastidió fue lo de «follando». Y no porque tu padre nunca juraba delante de ningún miembro de su familia, salvedad hecha del sentido «hijo de puta» que le oíste soltar con voz entrecortada y apenada incredulidad cuando el primer disparo de Albert Kidd para el Dundee se estrelló contra la red en Dens Park en el ochenta y seis. Era la imagen del amigo de la familia y vecino, el anciano divorciado Jock Allardyce, el hombre al que creciste llamando «tío Jocky», cepillándose a tu madre, sudorosa y lujuriosa. La piel te hormigueaba con la mojigatería de un niño enfrentado a la sexualidad de sus padres. Miraste fijamente los ojos de carnero de tu padre, beligerantes pero a la vez desconcertados. Tuviste que reprimir el deseo de reírte en voz alta.

«¿Qué vas a hacer?», le preguntaste mientras notabas cómo un dedo se te iba nerviosamente a una de las aletas de la nariz. El apretujado despacho acababa de encoger más todavía.

«¿Qué puedo hacer? Tu madre y yo dejamos de mantener relaciones cuando lo de mi corazón», expuso con toda naturalidad. «Es el medicamento ese, que diluye la sangre. No se me…», titubeó antes de encoger los hombros. «Probé con el Viagra, pero me dijeron que era peligroso. Hasta empecé a mirar pornografía para ver si así me recuperaba un poco, pero no me sirvió de nada. A tu madre sigue apeteciéndole el sexo, así que ¿qué derecho tengo yo a interponerme?».

«Es tu mujer», dijiste tú, irritado por primera vez, tanto por la falta de dignidad del viejo como por la infidelidad de tu madre.

«¿Y yo qué clase de marido soy?».

Te aclaraste la garganta. Aquello era demasiado para asimilarlo de una sola vez. Horsburgh, que robaba sexo a niñas por medio de la violencia. Tu padre, incapaz de hacerlo con su esposa. Tu madre, venga a follar con su amigo y vecino. No tenías el menor deseo de conocer más detalles.

«¿Le has comentado esto a Stuart?».

«¿Y por qué iba a hacerlo?».

Inténtalo, porque yo he oído mucho más de lo querría, pensaste tú. «A Stuart se le dan bien este tipo de cosas. Porque es actor. Entiende a la gente y sus motivaciones».

«Yo había pensado que tú como poli…».

«Nosotros nos dedicamos a encerrar gente, papá».

Tu padre, desilusionado, asintió con la cabeza mientras tú te excusabas, diciéndole que estabas demasiado liado con el caso para tomar una pinta y que sólo habías ido a saludar porque pasabas casualmente por allí. Fue la última vez que le viste. Algunos días más tarde cayó fulminado; lo encontró Stuart, en el suelo de ese

mismo despacho. Había intentado compartir un terrible secreto que le atormentaba y tú sólo podías pensar en un despreciable asesino de niños.

Día cuatro

14. Temple marinero

La sala de subastas, atestada de cuerpos, está llena de aire viciado. Lennox levanta la vista para ver el rostro apesadumbrado e hidrocéfalo de Bob Toal, tras el atril y con el martillo suspendido en el aire. El lote que está a la venta es una figura femenina de tamaño natural. Está en un ataúd colocado de pie, rígida y muerta. Tiene el mismo pelo rubio que Trudi, pero la cara es la de la muñeca de Jackie.

«Es de la época victoriana», dice Toal en tono grave, «y su historia es tristísima. Una niña preciosa que fue secuestrada y asesinada en infames circunstancias. El cadáver ha sido conservado en formol y los huesos están conectados entre sí mediante varillas de aluminio ultraligeras…». Se acerca a la muñeca, la toma de la mano y la sacude. La muñeca permanece en posición extendida. «Como pueden comprobar, nuestra trágica señorita es perfectamente flexible. Sería una compañera ideal para enfermos y solitarios, o para cualquiera que aprecie las tradicionales virtudes femeninas de la pasividad y la obediencia…».

Lennox vuelve el cuello, rígido y pesado, a tiempo para ver a Amanda Drummond enjugándose una lágrima entre la multitud. «… Me gustaría empezar la subasta por la cantidad de mil libras», continúa Toal, antes de fijarse en una mano alzada al fondo de la habitación. Pertenece a Ronnie Hamil. «Mil libras. ¿Alguien ofrece mil quinientas…?».

Otra mano alzada. Es la de Mr. Confectioner.

«Detén la subasta», grita Lennox. «¡No puedes vendérsela a ellos! ¡Ya sabes para qué la quieren!».

Nadie parece oírle. Se levanta otra mano. Es la de Lance Dearing, que luce sombrero y traje de vaquero, flanqueado por un sonriente Johnnie.

«Dos mil», dice Toal con una sonrisa, «y quisiera aprovechar esta oportunidad para recordarle a nuestro amigo, el señor Dearing, de los Estados Unidos, que los pagos han de abonarse en libras esterlinas y no en dólares estadounidenses», bromea entre las corteses carcajadas de los asistentes.

Lennox intenta aproximarse a la tarima, pero de repente sus espinillas se han vuelto tan rígidas como barras de metal.

«Es mi prometida…, es mi…».

Algo se le atasca en la garganta, ahogando su grito hasta dejarlo en una boqueada suave y frustrante.

No puede hacer sino mirar el perfil de Dearing, bañado en una luz verde que le da un aire de caimán. «Estoy al tanto de la divisa en la que se realizan las transacciones, señor Toal», replica al tiempo que se vuelve y guiña un ojo a Lennox, «pero tengo la

certeza de que, en caso de quedarme un poco al descubierto, mi viejo compadre Ray me ayudará con mucho gusto a obtener tan bonito trofeo».

«¡Subamos las apuestas!», dice desde el fondo de la sala una voz con un marcado acento de las Midlands. «Dos millones de libras».

Lennox mira a su alrededor, pero el hombre en cuestión parece moverse de modo que permanece siempre justo fuera de su visual. Hay otros, pero siguen entre las sombras. La exasperación y el miedo le corroen.

Toal está a punto de cerrar la puja cuando Lennox ve a su viejo amigo Les Brodie de niño, mirándole y tirándole de la manga, exhortándole a pujar.

«¡Di algo, Raymie!».

Pero Lennox tiene la garganta paralizada y no puede hablar. El martillo de Toal desciende con gran sonoridad, trasladándole a otro lugar, a un sitio mejor. Otra vez.

Un sitio mejor.

Por unos segundos Ray Lennox cree estar viendo flamencos danzando entre los arbustos de los manglares y rodeados por una fina neblina blanca. Cuando parpadea, se hace evidente que simplemente se ha despertado en medio de un precioso amanecer rosado; la habitación está bañada en un arrebol de coral de una intensidad que hace que casi parezca neón.

Esos golpecitos en la puerta: cautelosos pero insistentes. Lennox se da cuenta de que todavía tiene los cromos de béisbol en las manos. Enseguida vuelve a guardarlos en la mochila de la oveja. Hace calor y está empapado en sudor. Su garganta devastada a duras penas consigue articular «Un momento», mientras se acerca a la puerta, la abre y echa un vistazo.

Es Tianna. Lleva puesta la camiseta con la leyenda *End of the Century*. «Te la he cogido prestada», le dice con el gesto apologético y avergonzado de un borracho resacoso «Tengo que coger mis cosas».

«De acuerdo. Dame un segundo».

Lennox cierra la puerta, se pone los pantalones, y enciende el aire acondicionado antes de dejarla pasar.

«Vale», le dice Lennox a la muchacha avergonzada, acosado por su propia sensación de culpa cuando echa una mirada de reojo a la mochila y piensa en los secretos que contiene. Lennox sale de la habitación y aguarda un rato antes de coger la camiseta que le tiende Tianna. Se dirige a la habitación que le asignaron en un principio, deteniéndose por un momento en el umbral para maravillarse ante el cielo color salmón y granate y disfrutar del suave clarín de los cláxones de los camiones que se oye desde la lejana autopista.

Ya en su habitación, echa el cierre y deja la camiseta y los pantalones en un ovillo a sus pies. Sigue estando impregnado de cansancio, detrás de los ojos, en los miembros, pero se siente más fuerte y más centrado. Hace una gama completa de

estiramientos de boxeador y, acordándose de mantener el peso sobre los talones de las manos, cien flexiones sobre la moqueta raída, notando el gratificante hormigueo de sus músculos antes de meterse bajo la ducha y deleitarse allí hasta que el agua sale tibia. Se seca con rapidez y se viste; al ponerse la camiseta de los Ramones capta el aroma oscuro y meloso de la niña.

Poco después, Tianna regresa a la habitación, sujetando castamente la mochila de la oveja delante del pecho. «Quería pedirte disculpas por lo de anoche».

«Esa no es forma de comportarse. No está bien. Sólo porque alguien te haya hecho cosas malas, no puedes resarcirte haciéndole cosas malas a otra persona», le dice Lennox. «¿Entiendes lo que te estoy diciendo?».

Tianna se sienta sobre la cama sin soltar la mochila. «Lo siento, Ray», dice con voz desconsolada. «Has sido muy bueno conmigo». Sus ojos se humedecen antes de reflejar una expresión de pánico. «No se lo dirás a mamá, ¿verdad?».

Lennox la mira. «Lo que hiciste estuvo feo, pero acepto tus disculpas. No pienso decirle nada a nadie».

«Entonces, ¿será nuestro secreto?».

Secretos entre adultos y niños: moneda de pederastas otra vez. A Lennox se le ponen los pelos de punta. «Como he dicho antes, queda entre nosotros. Hiciste algo malo, pero has sido lo bastante adulta para disculparte, así que yo seré lo bastante adulto para aceptar tus disculpas. Y punto».

Tianna deja la mochila encima de la cama y fuerza una sonrisa bondadosa. «¿Sabes, Ray…, cuando él…, Vince…, me acariciaba y me besaba y esas cosas…, no me parecía que estuviera bien, ¿sabes?».

Lennox asiente con expresión tensa.

«Era como… sucio. Pero pensé que si llegaba a hacerlo con alguien que me gustara, entonces estaría bien. Que no sería sucio, que no sería todo tan raro».

«No. Tiene que resultarte extraño y desagradable porque eres demasiado joven», expone Lennox. «Te pasarán cosas buenas, pero será cuando estés preparada. No dejes que te quiten tu infancia». Se acuerda de sí mismo cuando tenía su edad, con Les Brodie, metiéndose con la bicicleta en aquel túnel oscuro.

«No tiene nada de malo ser un crío», dice ella, a medio camino entre la afirmación y la pregunta.

«Claro que no. No si es lo que eres. De eso se trata», dice él. «Empezamos siendo bebés y nos gustan ciertas cosas. No esperarías que a un bebé le gustara el siluro o la malta o *Beauty and the Geek*, ¿verdad?».

Tianna sonríe y asiente con la cabeza.

«Pero no tiene nada de malo ser un bebé si es lo que eres. Luego nos convertimos en niños y nos gustan otras cosas, después nos hacemos adultos y volvemos a cambiar de gustos». Lennox la observa mientras ella asiente.

«El tío Chet…, ¿puedes hablarme un poco de él?».

«Es…», empieza Tianna, titubeando antes de terminar: «… amigo de mi madre. Es un amigo. Su nieta Amy es mi amiga. Es muy maja. En realidad Chet no es mi tío. Pero se ha portado bien con nosotros. No es como Vince».

«¿Quién es Vince?».

«No me gusta hablarle de él a nadie», dice ella, antes de clavarle la vista y agregar: «Sólo a Nushka».

Sabe que he estado mirando sus cosas. O al menos piensa que quizás lo haya hecho y quiere asegurarse.

«¿Quién es Nuskha?», pregunta él con naturalidad, a pesar de la sensación de vacío que nota en sus entrañas.

Tianna le observa con cautela antes de responder: «Mi mejor amiga».

«¿Va al colegio contigo?».

Tianna sacude la cabeza.

«¿Va a otro colegio?».

Tianna se deja caer sobre la cama y se queda mirando el ventilador del techo. «Supongo. Simplemente siempre está cuando la necesito. Le escribo sobre mis cosas».

«¿Como un amigo con quien cartearse?».

Ella no parece oírle, como si estuviera hipnotizada por las vueltas que da el ventilador. Cuando por fin habla, lo hace en un tono monótono pero cantarín, como si aquello fuera un juego que ya la aburre por repetitivo. «Cuando le escribo, después no estoy tan mal, ¿sabes? Cuando las cosas no van bien y no tienes a nadie con quien hablar, ¿sabes? A veces puedo hablar con mamá, pero sólo de ciertas cosas».

«¿Le has contado alguna vez lo de Vince a tu mamá?».

Tianna se vuelve hasta colocarse boca abajo y se apoya sobre los codos. Se muerde el labio inferior. Y entonces le mira y asiente.

«¿Qué pasó?», pregunta Lennox, esforzándose por evitar que su voz se deslice hacia la función interrogatorio-policial.

Tianna se incorpora y recoge las rodillas hacia el pecho, abrazándose las espinillas. Deja que el pelo le caiga por delante del rostro. Tras guardar silencio un rato, cuando encuentra la voz, ésta es pequeña y angustiosa; pertenece a una niña más pequeña. «La primera vez que le hablé de él a mamá, se puso a llorar. Después se enfadó muchísimo conmigo. Dijo que estaba equivocada», añadió con la voz cargada de ira, «que era una niña mala. Que sólo estaba celosa y no quería que ella fuese feliz. Así que no pude hablar con mamá para nada. Quería a esos tíos, supongo que necesitaba que ellos la quisieran», dice en un tono de autoridad estrambótica y casi optimista.

Ellos. La inquietud se desliza bajo la piel de Lennox.

«¿Cómo era el tal Vince?». Lennox nota que su voz adopta esa característica incorpórea, como si se tratara de otro yo desgajado de un origen físico común.

Aquel mecanismo le venía bien a la hora de distanciarse de los aspectos desagradables de su trabajo; Tianna también estaba desarrollando su propia versión. «Al principio Vince era muy majo. Mamá y él se conocieron por ordenador. La trataba muy bien y al principio a mí también me trataba bien. Me dijo que quería a mamá. Luego me dijo que yo era una chica muy especial y que a mí también me quería. A veces me compraba cosas o me llevaba al cine. Tenía que ser nuestro secreto, porque mamá se pondría furiosa y diría que me estaba volviendo una niña mimada. Esos fueron los mejores momentos», dice ella, radiante al recordarlos. «Solía llamarle papi. Eso le gustaba, pero me dijo que nunca lo hiciera delante de mamá. Entonces un día me dijo que tenía que confesar que me quería más que a nadie, incluida mamá. Dijo que no le gustaba mostrarlo demasiado delante de ella por si se sentía dolida. A veces, cuando salíamos juntos a una cafetería y la camarera preguntaba: "¿Es su niñita?", él sonreía, me miraba y decía: "Desde luego que sí". No sabes lo que me gustaba; habría hecho cualquier cosa por papi Vince». Tianna tiene círculos oscuros bajo los ojos, aunque probablemente sólo se trata de la luz.

Basta, por favor…

Lennox no soporta oír lo que le cuenta Tianna. Pero tampoco puede protestar, pues su propia voz ha quedado reducida al silencio en su tráquea reseca. Necesita que ella hable y a la vez querría que dejase de hacerlo. Sentado en la butaca verde sin moverse, paralizado, en una habitación aparentemente libre de oxígeno, lo único que puede hacer es esperar que siga hablando.

Vacaciones…

«Entonces empezó a jugar conmigo a juegos secretos; al escondite; al corre que te pillo. Empezó a darme besos. Distintos de los que me daba antes. Besos mojados que duraban mucho y metiéndome su enorme lengua en la boca. No me parecía que aquello estuviera bien y no me gustaba la forma en que cambiaba», dice ella con el rostro arrugado de dolor. «Se ponía muy serio, como si estuviera en trance. No era para nada como papi Vince. Y la única forma en que podía conseguir que volviera a ser como antes era acariciándole sus partes hasta que salía lo que él llamaba "lo malo". Entonces volvía a estar bien. Pero entonces empezó a hacer otras cosas… como de hombre y mujer».

Otras cosas…

Boda…

«Entonces supongo que mamá se sintió triste con papi Vince y quiso mudarse. Así que nos fuimos a Jacksonville y allí conoció a Clemson, y luego vinimos aquí y conocimos a Starry y a Johnnie y a Lance». De pronto, los ojos se le desorbitaron de rabia. «¡Les odio, Ray! ¡Les odio a todos!».

Lennox ha estado escuchando impasible con las entrañas y la cabeza revueltas. Clemson. No puede preguntar. Por fin encuentra la voz. «De momento no hace falta que me cuentes nada más».

«¿Ray?».

«¿Qué?».

«¿Me das un abrazo?», pregunta mientras se levanta y se acerca a él.

«Claro, princesa». Lennox se levanta y coge en brazos a la niña. Quiere decirle que él se ocupará de que nadie le haga daño, pero decide guardar silencio. ¿Cuántos pederastas habían dicho lo mismo?

Pederastas como Mr. Confectioner. Se las saben todas.

Incluso cuando le detuvieron y le estuvo interrogando.

Le interrogué; interrogué a aquel pederasta hijo de puta, sonriente, malvado y arrogante. Tendría que haberle aplastado, haberle hecho daño, haberle hecho sentirse como él las había hecho sentirse a ellas.

«Ayy, me estás chafando un poco».

La mente de Lennox sale disparada de la sala de interrogatorios, recorre el océano y se incrusta en su cráneo cual flecha. Suelta a la niña que tiene en brazos.

«Lo siento…», dice, retrocediendo un paso.

Tianna fuerza una sonrisa lúgubre y se frota el hombro.

Lennox la mira, sintiéndose un poco violento, y dice: «Oye, Tianna, me gustaría mucho que fueras una de las damas de honor de mi boda, en Escocia. ¿Harías eso por mí?». Traga saliva, horrorizado ante lo que acaba de decir. Se había pasado de la raya con la niña y ahora la estaba sobornando. *Igualito que ellos. Igualito que los cochinos pederastas.*

«¡Eso sería superguay!», chilla ella, danzando con entusiasmo sin moverse del sitio. «Podré ponerme un vestido, ¿verdad?».

«Sí…, si a tu madre no le importa, claro».

«¿Y subirme a un avión?».

«Aye.»[30] Lennox intenta calcular lo que costará un billete de aerolínea en septiembre.

Ella levanta la mano y chocan las palmas. *«¡Aye!»*, le imita. «Eres superenrollado, Ray Lennox».

No soy superenrollado pero no soy como ellos, piensa él. *Nunca jamás seré como ellos.* Espera que ella nunca le haya visto así. Lo que resulta cada vez más inquietante, sin embargo, es cómo le ve el recepcionista: no tiene ganas de quedarse más tiempo en el motel y levantar sospechas. Cada vez que su cuerpo amenaza con relajarse, la enormidad de la situación se le clava en el pecho como un arpón; él es un hombre de treinta y tantos y está en un país extranjero con una niña que no es su hija en un motel. Se marchan a las diez menos veinte.

Mirándose en el retrovisor, Lennox nota la aparición de un toque plateado en sus sienes, ahora que ha vuelto a salirle el pelo. Trudi le había advertido que no se lo dejara tan corto. Pero se siente extrañamente eufórico. Ahí estaba él, deprimido, triste y resacoso, en un lugar extraño, sin sus medicamentos y quizás más vulnerable de lo que nunca se había sentido en la vida. Bueno, casi. Acompañado por alguien que confiaba en él y recuperando el apetito sexual al mismo ritmo que disminuía la administración de fármacos. Sabía, no obstante, que preferiría cortarse el pito antes de acercárselo a Tianna o a cualquier otra niña. Por una ironía del azar, la conducta inadecuada y lamentable de la niña le había ayudado; había ayudado a demostrarle que por muy bajo que hubiera caído había un límite que nunca rebasaría. No es que la raya estuviera situada a gran altura, pero estaba allí. Ahora él tiene que ayudarla a ella. Puede subirla más ayudándola.

De repente se da cuenta de que está pensando en alguno de los hombres que conoce; hombres a los que llama amigos. Algunos de ellos habían tenido relaciones en las que se dieron malos tratos; otros habían frecuentado a prostitutas, volando a lugares como Praga, Kiev y Bangkok para hacer turismo sexual. ¿Qué habrían hecho ellos en su lugar?

En cuestión de segundos, un súbito manto de oscuridad impenetrable extingue la luz, y a esto le sigue la aparición de una chisporroteante vena dorada en el cielo. Cuando el estallido de un trueno le retumba en los oídos, da un respingo y enciende los faros. La lluvia empieza a caer con fuerza, marcando una retreta frenética y aterradora sobre el techo del coche. Los limpiaparabrisas no pueden mantener el ritmo y Lennox, desesperado, está a punto de detener el coche cuando la tormenta se interrumpe como un grifo que se hubiera cerrado de golpe y el cielo azul-rosáceo reaparece.

No hay forma de saber cuándo regresará el barco de Chet, pero podría tardar bastante. Entre los asuntos urgentes del día está el desayuno, y el cruce 107 les conduce a otro centro comercial de las afueras lleno de establecimientos de comida rápida. El International House of Pancakes es la opción preferida por Tianna, y Lennox está de acuerdo con ella en que parece el menos desagradable de los locales de la aldea de franquicias infernales en la que acaban de meterse.

La camarera, una corpulenta mujer latina de mediana edad, les atiende con rapidez y eficiencia: «¿Qué van a tomar?».

«Para mí un zumo de naranja, dos huevos fritos con patatas y cebolla, beicon y café», dice Lennox con una sonrisa tensa y los ojos vidriosos. La mujer le ha puesto cachondo. Se fija en sus poderosos muslos y se pregunta por la clase de mamonadas que sería capaz de soltar si estuviera entre ellos.

«Hecho», le espeta con desenvoltura la camarera, que ha captado algo en el aura del cliente. «¿Y usted, señorita?», pregunta, volviéndose hacia Tianna.

«Yo tomaré lo mismo».

La camarera se marcha y enseguida reaparece con dos grandes vasos de zumo de naranja de una pinta. «Que lo disfruten», amenaza.

Lennox así lo hace. Nunca ha probado un zumo de naranja semejante. El sol de Florida le explota en el paladar; un vaso pequeño jamás habría bastado. La comida es una masa de porquería coagulada y saturada, un pienso de engorde estándar, con la que juguetea.

«Aquí en los Estados Unidos no te ofrecen pimienta recién molida, sólo el polvillo este. No tenéis una cultura del picante».

«Deja de protestar, Ray Lennox», le regaña Tianna. El hecho de que le llame por su nombre completo le hace acordarse de Trudi. «¡Por lo menos tu resfriado escocés va mejor!».

A Lennox se le escapa una sonrisa. Es estupendo verla contenta, volver a tener delante a la cría después de haber visto a la ninfa retorcida de anoche y al alma en pena de hace apenas un rato. «El sol de Florida obra milagros», dice mientras se levanta. «Y ahora, si me disculpas, tengo que visitar el servicio de caballeros».

Mientras se marcha, se pregunta exactamente cuánto sabrá la niña. ¿Cuántos «resfriados escoceses» habrá sufrido Robyn a lo largo de los años?

Dentro del servicio de caballeros hay lavabo, retrete y un orinal con rejilla de plástico dentro y blasonado con el eslogan DI NO A LAS DROGAS. Ahora la gente podía hacer cola y mear sobre el mensaje. Su orina está más transparente, libre de las drogas recetadas por él mismo y por otros. El acto de mear, sin embargo, le ha hecho darse cuenta de que le hace falta una higiene más a fondo, así que se sienta en la taza, por fin aliviado de poder atender al asunto en cuestión. Lee la pintada que hay encima del expendedor de papel higiénico:

HERE I SIT, CHEEKS A’ FLEXIN
GIVIN BIRTH TO ANOTHERTEXAN[31].

Mientras abandonan la cafetería y regresan a la carretera, la satisfacción que siente Lennox le hace lucir una sonrisa. Adelantan a una camioneta que luce un lazo amarillo y una pegatina en la que pone: «Pita si apoyas a nuestras tropas».

«¿No vas a pitar?», pregunta Tianna mientras la luz del sol le recorre el rostro como si de granos de azufre se tratara.

«No. ¿Qué pintan las tropas estadounidenses y británicas en Irak? Yo no he visto tropas iraquíes bombardeando nuestros países».

Tianna medita unos segundos al respecto. Después mira a Lennox sin alterarse y dice: «Supongo que sencillamente está feo meterse con alguien más pequeño que tú sólo porque seas más grande y más fuerte… y puedes intentar engañarles con palabras».

«Sí», responde, notando cómo vuelve a enronquecen. Así que se asoma por la ventanilla al ver la pancarta que ondea desde la fachada de una iglesia: NO HIGH LIKE THE MOST HIGH[32].

Ve más nubes blancas y algodonosas poblando el cielo azul pálido. Los senos de Lennox están despejándose. Su resaca se está desvaneciendo, sin duda. El largo descanso nocturno le ha ayudado. Ya no ansia cocaína, ni siquiera una copa. Todo gracias al sol.

Sintonizan una emisora de música country mientras pasan por delante de una larga franja de concesionarios de coches de segunda mano por el trayecto de vuelta a Bolonia. Una vez más vuelve a sonar en la radio el «Alcohol» de Brad Paisley.

En el momento en que llegan al puerto deportivo, está entrando en él un barco grande; tiene un casco blanco y negro de fibra de cristal y lleva el nombre de *Ocean Dawn*. No es la mayor embarcación del puerto, pero tiene un tamaño considerable, unos doce metros de eslora, calcula Lennox. Entonces un hombre saluda desde el puente y Tianna le responde gesticulando fervorosamente.

«¡Tío Chet!».

«¡Pero si es Tianna Marie!», brama el marino. «¿Qué haces aquí?». Mira a Lennox con gesto suspicaz y luego a Tianna de nuevo. «¿Dónde está la loca de tu mamá?».

«Está como enferma, supongo».

«Vaya, qué pena», dice Chet mientras maniobra para atracar el barco. Don Wynter, que ha salido de su despacho, le ayuda a atar las amarras. Como es más joven y cabe suponer que esté en mejor forma física, a Lennox le parece apropiado ofrecerse a ayudar. Da un paso al frente pero después vacila; parecen saber lo que hacen. Don le da una palmada en la espalda a Chet e intercambian las breves cortesías de rigor antes de que el primero regrese a su despacho alegando que tiene que hacer unas llamadas.

Joder, menos mal, piensa Lennox, mientras Tianna y Chet se abrazan. Percibe el genuino afecto que desprende; Chet Lewis no ofrece el menor indicio de sordidez pedófila. Así que contempla la bahía. Un águila pescadora de pecho blanco desciende en picado y luego remonta el vuelo con un pez meneándose en el pico. Pero aquí no hay ninguna sensación de peligro humano. Chet es la personificación misma de la dignidad y la benevolencia. Se acabó; Tianna ya está en buenas manos.

Las manos en cuestión pertenecen a un sesentón de rasgos duros y delicados a la vez, bajo una gorra de pescador de visera larga. Cuando se la quita, deja al descubierto un pelo entrecano cortado al rape. Las mejillas de su rostro bien afeitado están un poco caídas, pero sus ojos grisazulados despiden una chispa juvenil y enigmática. Tiene un aire espontáneo y natural, así como una entereza y una afabilidad que Lennox asocia con la Norteamérica rural de las películas. Sin embargo,

su cuerpo parece animado por un dinamismo subterráneo que se concentra en torno a sus fornidos hombros. Es una contradicción; su acento y su porte inducen a pensar que tiene dinero, pero su físico musculoso y su ausencia de barriga parecen indicar que no es en absoluto ajeno al trabajo manual. Lleva camisa hawaiana, pantalones de franela blancos y zapatillas. Le tiende la mano y se presenta: «Chet Lewis».

Mientras Lennox le recita su nombre completo, otra rana saboteadora le obstruye la garganta.

«Encantado de conocerle, Lennox», responde Chet, al que evidentemente se le ha escapado el nombre de pila.

Chet mira a Lennox de arriba abajo. En condiciones normales, no le haría ninguna gracia que alguien lo escrutase de un modo tan ostensible, pero, dadas las circunstancias, le parece muy apropiado. Le cuenta a Chet la historia, pero omitiendo una vez más su verdadera actividad profesional. El viejo cuento de los seguros vuelve a dar resultado.

El marinero le escucha pacientemente. Parece un tipo de bien y Tianna le tiene cariño, pero Lennox necesita estar seguro al cien por cien, así que cuando Chet les invita a bordo acepta de buena gana. Al subir a la popa, su anfitrión le dice: «Muchísimas gracias por cuidar de esta jovencita», mientras Tianna, que ha bajado a los camarotes, se dedica a explorarlos. Chet baja la voz para que ella no le oiga.

«No estoy seguro de conocer a ese tal Lance, aunque es posible que Robyn lo haya mencionado. Él y sus compinches parecen de lo más desagradable. Robyn es una buena chica pero tiene… problemas».

La expresión de Lennox suscribe esa irrefutable verdad. «¿Y de qué conoces a Robyn y a Tianna?».

«Eso tengo que agradecérselo a mi nieta, Amy. El verano pasado ella pasó una semana conmigo; conocimos a Robyn y Tianna, que es de la misma edad que Amy, en el Parrot World de Miami. Las niñas congeniaron enseguida, pero Robyn parecía un poco angustiada. Así que las invité a venir al barco al día siguiente. Lo pasamos estupendamente y nos divertimos mucho. La amistad surgió así, de golpe», explica Chet con una sonrisa radiante antes de mudar abruptamente de expresión: «Pero debo decir que parece atraer a unas compañías masculinas bastante poco recomendables. Sobre ese tema me ha llamado llorando alguna que otra vez».

Lennox asiente con la cabeza.

«Así que disculpa si te parezco un tanto suspicaz».

«Lo entiendo perfectamente. Conocí a esos tipos».

«Tianna estará a salvo aquí hasta que pueda descubrir qué le ha pasado a su madre. Pero ahora tengo que echarle un vistazo a unas nasas para atrapar cangrejos y bogavantes que coloqué hace unos días, y que me olvidé, estúpido de mí, de recoger, así que, por favor, acompáñanos en una brevísima travesía por mar».

«Me encantaría, pero tengo que regresar a Miami Beach».

Tianna vuelve a subir por las escaleras y se detiene en el umbral. «Por favor, quédate un rato», suplica ella. «Tienes que venir a navegar en el barco de Chet, ¿a que sí, Chet?».

«Creo que Lennox tiene cosas que hacer, cariño».

«¿Cuánto tardaremos?».

«Una hora aproximadamente», responde Chet.

«Está bien», dice alegremente. «Me gustaría ver un poco el Golfo». Piensa en Trudi. Las cosas parecían haber vuelto a su cauce. «Estoy de vacaciones, ¿no?».

«¡Sí! Mola que te cagas», dice Tianna antes de taparse la boca con la mano mientras Chet hace una mueca y sube a la cubierta superior.

«*Aye*, a ver si cuidamos el vocabulario», dice Lennox. «Eso denota falta de imaginación por tu parte».

«Lo siento».

«Me refería a que andes siempre diciendo "guay"».

«¿No te importa que diga "que te c."?».

Lennox mira por un instante a Chet y luego le guiña un ojo a Tianna. «La próxima vez, di *SFA*[33]. Es una expresión cariñosa que empleamos en Escocia en honor de nuestra bienamada *Scottish Football Association*».

«SFA…», dice Tianna antes de que su mirada adquiera el brillo del mercurio. «¿Hablabas en serio cuando me dijiste lo de ser dama de honor?».

«Sí», confirma él mientras le guiña un ojo. *Otro asunto más a tratar con Trudi*.

El desagrado de Chet por las palabrotas de la niña era muy real, pero se recobra lo suficiente para enseñarle el barco rápidamente a Lennox.

«Éste es un 410 Express Cruiser. Vale tanto para salir de pesca como para hacer travesías más largas. De vez en cuando viajo a las islas del Caribe, y a veces llego hasta Cayo Oeste».

«Tiene muy buen tamaño».

«Trece metros y medio de eslora».

No está mal, piensa Lennox mientras abandonan el área de asientos al aire libre de la popa. Por uno de sus lados se accede a una puerta que a su vez lleva a los camarotes. Junto a la puerta, hay unos escalones que conducen al timón. Lennox sigue a Chet, que le enseña los controles y los sistemas de navegación por satélite de la embarcación. Nunca en su vida ha estado a bordo de un barco, exceptuando una lancha policial que cogieron una vez para interceptar al *Lassie of the Forth*, un viejo transbordador que había sido alquilado para celebrar una fiesta privada y donde hicieron una redada antidroga. No había disfrutado mucho de la experiencia, pues en aquel momento tenía un bajón de coca tremendo.

Delante de ellos se extiende la proa, rodeada por una barandilla metálica. Había

tres claraboyas que proporcionaban luz natural a las dependencias de abajo. En el dosel que estaba encima del timón había dos más. Lennox se fija en que encima del tejado hay un transmisor-receptor de radio dotado de una antena, y una caja y un disco que Lennox da por hecho que forman parte del equipo de navegación.

Aferrándose a la barandilla con la mano buena, sigue a Chet en un descenso-culo-por-delante por unos escalones de roble. El camarote huele a madera aceitada y a diesel, pero resplandece de forma opulenta e impecable cuando pasan a una cocina y un área de comedor revestida con paneles de roble y equipada con aparatos, electrodomésticos e instalaciones de apariencia prohibitiva. Los asientos de enfrente están tapizados con cuero blanco.

«¿Hace mucho que lo tienes?», pregunta Lennox.

«Sólo cuatro meses. Aceptaron el anterior como parte del pago. El agente es amigo, así que me ofrecieron unas condiciones muy buenas».

«Aun así, supongo que te costaría un dineral».

«Mejor ni te cuento, amigo», se ríe Chet.

Mejor sí, piensa Lennox, *porque soy un poli cabrón entrometido*. La cocina es al menos tan grande como la de su piso de Leith. Conduce a lo que Chet llama, un tanto pomposamente, el «salón», el dormitorio principal que está debajo de la cubierta. Está dominado por una cama de matrimonio y una pantalla de plasma, y hay más armarios de roble, del mismo estilo que los del resto del barco.

Al otro lado de la nave hay un dormitorio más pequeño; tiene el techo bajo, ya que se encuentra directamente debajo del área de asientos de la cubierta de proa. Contiene una cama y un banco alargado que da la vuelta a todo el camarote, que podría servir como litera para un niño o un adulto pequeño.

«Muy bonito», dice Lennox al asomarse al servicio, dotado de lavamanos, taza y ducha. «Es más grande que mi piso», observa. «¿Vives aquí todo el año?».

«Casi». A Chet se le ilumina la cara. «Tengo un pisito en una urbanización aquí cerca, pero no es más que un trastero y una dirección postal con pretensiones. Salimos dentro de media hora o así, y tengo que repostar y hacer unas comprobaciones en la oficina. Como te dije, el viaje durará una hora más o menos, hora y media si paramos para comer. ¿Seguro que tienes tiempo?».

«Sí», dice Lennox, echándole un vistazo a un reloj digital empotrado. Aún es pronto, así que decide llamar a Trudi y asegurarle que todo está bien antes de que se le meta en la cabeza alguna otra idea.

«¿Hay algún locutorio de internet por aquí?».

«Lo mejor es intentarlo en el cibercafé que hay a unas pocas manzanas detrás de la carretera que lleva al puerto».

Lennox baja del barco y atraviesa el parking para coger el coche. Tianna sale corriendo detrás de él. «¿Adónde vas, Ray?».

«A buscar un cíber. Vuelvo dentro de media hora. Después nos hacemos a la mar y comemos algo. Tú quédate aquí».

«Vale», dice ella, haciendo ademán de regresar y dando un par de pasos antes de dar media vuelta. «Pero vas a volver, ¿no, Ray?».

«*¡Aye!* ¡Sólo voy a hacer una llamada y a enterarme de los resultados de la Liga Escocesa, so petarda!».

«*¡Aye!*», exclama Tianna, tocándose un ojo con el dedo índice [34]. «¡Tú eres el maldito petardo!», grita antes de volver al barco dando botes.

«*¡SFA!*», exclama él, riéndose y siguiéndola con la mirada mientras sube de nuevo al Volkswagen. Da un respingo al quemarse el brazo desnudo con el asiento, que está que arde. Al arrancar el motor y poner el aire acondicionado a tope, no puede dejar de pensar en la diferencia entre aquello y la gélida furgoneta de vigilancia aparcada a las puertas del cementerio de Edimburgo sólo un par de meses antes.

Lennox encuentra el cíber sin problemas y echa un vistazo a Jambos' Kickback. El debate de uno de los temas está en pleno desarrollo y ocupa ya dieciocho páginas. Se centra en si conviene o no que un hombre condenado por mantener relaciones sexuales con una menor ejerza como entrenador del Heart of Midlothian F. C.

La junta directiva nombró a un pederasta jefe del equipo. Dijeron que su historial como entrenador era magnífico.

Lennox no logra decidirse. *El tío cometió un error. Si ella tiene quince años eres un pederasta; si tiene dieciséis eres un cabrón con suerte. Pero no; eso lo puedes decir cuando tú tienes veinte, no cuando tienes cuarenta. Sabía perfectamente cómo son las cosas. Es un depredador. Pero el tío estaba separado de su mujer y de su familia. Se sentía solo. Cometió un error humano. Joder, joder, joder…*

Abre el siguiente tema.

> ¿Alguien cree sinceramente que el gol de la victoria del Skacel contra el Kilmarnock del sábado fue fuera de juego?

Entonces ve que está conectado Maroon Mayhem. El tema de Craig Gordon; la respuesta a su última afirmación.

> ¿Pero quién te has creído que eres para criticar mi opinión? Deberías tener ojito con lo que dices, amigo. Te estás poniendo un poco personal. Yo que tú me andaría con cuidado.

¿Quién será este cabrón?

Lennox se identifica y aporrea las teclas.

No soy tu amigo y tú eres un **** monigote. ¿Es lo bastante personal?

Después pasa al sitio de deportes de la BBC. Los Heans habían empatado en casa con el Aberdeen. Y, cosa asombrosa, ¡el Celtic había perdido ante el Clyde! Los Hibs habían empatado con los Rangers en Ibrox, así que era inevitable que su pesadilla de la Copa Escocesa se prolongase. La cosa pintaba bien. Regresa a Kickback.

El cretino había vuelto a ponerse en contacto.

No sabes con quién te la juegas. Conozco a mucha gente Cuidadito. Sería fácil localizarte.

Lennox está que arde de indignación; el fracasado este ya ha lanzado amenazas por internet otras veces.

Te ahorraré la molestia y te diré exactamente dónde estoy. En Miami. Pero vuelvo a Edimburgo el 21 de enero. El 22 estaré en el Vodka Bar de Shandwick Place a las 13.00 y con una chaqueta de cuero negro. Hasta te diré cómo me llamo: Raymond Lennox. Mi número de abono de temporada es el 052 en la tribuna Wheatfield. Por favor, hazme saber quién eres para poder arrancarte la cabeza. Me sorprendería mucho que lo hicieras. Tú y todos los demás a los que os da marcha ir de duros en esta onda soléis ser vírgenes de catorce años u otra clase de tarados antisociales que viven en casa con sus mamas. Pero me encantaría que me demostraras que me equivoco. Venga, dime cómo te llamas y dónde te gustaría quedar a tomar algo tranquilamente. Donde sea. Tú eliges. Allí estaré.

Le lleva cierto tiempo revisar, enviar y colgar su mensaje. Entonces, cuando hace clic en actualizar, aparece el moderador del foro.

Venga, vosotros dos, ya va siendo hora de decir basta.

De pronto, Lennox se fija en el reloj de la esquina de la pantalla. Es tarde. Le entra un arrebato de pánico. *¿Y si…?*

No debería haberla dejado sola. No antes de estar totalmente seguro. Pero Chet… ¡No! ¡Mr. Confectioner también podía ser muy convincente! Podrían haber zarpado ya, ella podría estar atada en la bodega y él podría estar conduciendo el barco a una guarida secreta de pederastas. ¡Ella quería venir conmigo y yo voy y la dejo allí, joder!

Ray Lennox estrella un billete de veinte dólares en el mostrador ante un dependiente desconcertado mientras sale a todo correr del cíber.

15. Pescando amigos

Lennox deja marcas de neumático cuando da la vuelta a la manzana a toda pastilla, entra a gran velocidad en el puerto deportivo y aparca el Volkswagen tan cerca como puede de los barcos atracados. Baja del coche de un salto, dobla corriendo la esquina hasta llegar a las fachadas de las aseguradoras de yates, con el corazón en un puño y un sabor metálico en la boca. *Britney… Tianna…, la he vuelto a cagar…, el puto barco…*

Todos esos símbolos irisados de opulencia parecen iguales: el brillo opalino contrasta con la elegante esterilidad de las negras aguas del puerto. Entonces sus ojos reparan en una silueta familiar; se le escapa un jadeo enorme al parar y permanecer doblado con las manos apoyadas en las rodillas. *Chet*.

Sigue allí. El barco. Chet está saliendo de la oficina del capitán de puerto. *Tianna está…*

Está en una de las pasarelas, observando a un gran pelícano posado sobre un poste de amarras que asoma de las aguas.

Chet es el primero en ver al escocés sin aliento. «Venga, Lennox, llevamos rato esperándote. ¡Pensábamos que nos habías dejado tirados!».

En el preciso instante en que se deleita con la palpable expresión de alivio de Tianna, Lennox se da cuenta de que no ha llamado a Trudi. El motivo fundamental de su marcha había sido llamarla, recuerda mientras se le normaliza el ritmo respiratorio, con remordimiento y flagelándose. *A veces pienso que los Hearts te importan más que yo, Roy*. Trudi aprendió a no volver a decirlo después de la respuesta que le dio la última vez: *Los Hibs me importan más que tú*. Era un chiste muy viejo que había ido pasando de una generación a otra, pero ella no le vio la gracia. Quizás Chet tuviera un teléfono a bordo o pudiera prestarle un móvil.

Suben al barco y zarpan; esta vez Lennox ayuda a Chet, que le informa de que los pájaros chafados de la carretera y los que patrullan los cielos son buitres negros. Los lánguidos círculos en el aire que van describiendo y sus súbitos y explosivos descensos en picado están dotados de cierta belleza fúnebre. Chet le ofrece una goma elástica con pinzas de contacto para asegurar la gorra de los Red Sox al dorso de la camiseta de Lennox.

«Es un viejo truco de marinero», le explica. «De lo contrario, unas cuantas se las acaba llevando el mar».

Lennox acepta gentilmente la oferta mientras se dirigen al sistema de canales en lugar de atravesar directamente la bahía rumbo a mar abierto. «Es un atajo», dice Chet desde el timón. Bordean la costa, frente a casas de fachadas acristaladas con

grandes jardines llenos de naranjos que dan al laberinto de vías fluviales. El agua es de un musculoso azul verdoso. La ruta, muy sombreada, está flanqueada con palmeras de diversas formas y tamaños; sabal palmetto, palmera real y cocoteros. En las ramas de los manglares se sientan enormes pelícanos, soportados sin dificultad, según le informa Chet, gracias a su escasa masa. Una vez más, Lennox se acuerda de las gaviotas que él y Les Brodie derribaron con aquel espíritu de crueldad adolescente que alguna gente no logra nunca sacudirse del todo.

Un haz de luz blanca se cuela bajo la visera de la gorra de los Red Sox y se le mete en los ojos, arrasando brevemente la comedia deiforme. A medida que recupera la vista, los ruidos y colores de las aves le hacen pensar en parajes idílicos y quisiera que Trudi estuviera allí para compartir aquello con él, para comprobar lo bien que había salido todo. Vuelve a pensar en Edimburgo, en su experiencia ornitológica, que se limitaba en gran medida a gaviotas carroñeras, grasientas y zureantes palomas, y gorriones que iban dando saltos y piando por las aceras de pizarra como si fueran gallitos.

Chet Lewis le cuenta a Ray Lennox cómo él y su esposa Pamela, que había fallecido dos años antes, se trasladaron a Florida desde Long Island tras la jubilación. Siempre les había encantado navegar y compraron una parcela donde construyeron su casa. Había quedado parcialmente destruida por *Charlie*, le explica Chet. Lennox, que ha pensado que era una alusión a la cocaína, está a punto de decir «es lo que pasa» antes de darse cuenta de que Chet hablaba del huracán [35].

Pese al buen humor y la salud que aparenta en la superficie, Lennox se da cuenta de que Chet se está marchitando en el vacío dejado por su mujer. La tristeza terrible que se ha asentado en su mirada denota un gran vacío, confiriéndole un aspecto anonadado.

Las casas y jardines de la orilla no tardan en ser suplantados por los manglares, que van espesándose hasta conformar una densa marisma. Chet le explica que en realidad los arbustos viven del agua dulce, de la lluvia, el rocío y las sustancias que contiene la tierra, pues tienen raíces muy profundas. Acto seguido, Lennox se sobresalta cuando, a escasos metros del barco, un pato se arroja de cabeza a las aguas del canal.

Mientras se van aproximando a mar abierto, ven un grupo de hombres pescando desde uno de los embarcaderos. Lennox envidia su camaradería espontánea, y se los imagina envejeciendo y engordando sin que les importe demasiado. Quizás la edad aporte esa elegancia con la que, al empezar a vislumbrar la muerte, uno aprende de verdad a que le importe una mierda todo lo que no sea la salida del sol y que uno mismo y los suyos se despierten y respiren todas las mañanas. O quizás sean unos tristes cabrones que no llevan la procesión por dentro, y la muerte se abalanza sobre nosotros cuando por fin comprendemos que es inútil poner buena cara por más

tiempo. No tardará mucho en descubrirlo, Dios mediante. Por vez primera, querría darle al botón de avance rápido para acceder a la vejez, o al menos a la idea que tiene de su versión benévola: la expulsión de los vestigios del deseo, el ego, las chorradas y la inseguridad. Descubrir ese pozo de satisfacción del que quieres beber, y limitarte a hacer eso y nada más todos los días.

Tianna está despatarrada encima de la colchoneta hinchable que hay en la proa leyendo *Perfect Bride*. Ray está aquí y Chet también; están en el barco y en el mar, lejos de Johnnie, Lance y los demás, pero siente un hondo desasosiego. No se trata de Ray, ni de Chet, sino del barco en sí. Por vez primera el *Ocean Dawn* le está dando náuseas.

Chet le grita para que baje. «Vamos a ir un poco más rápido», dice con expresión picara y cómplice. Tianna se une trémulamente a ellos en la popa, mientras Lennox, siguiendo las instrucciones del patrón, se apretuja en el asiento que hay junto al de Chet. Este acelera, y el motor ruge mientras la nave surca las aguas a toda máquina.

Se alejan bajo un cielo de mediodía blanco y brumoso; Lennox vuelve la vista atrás, hacia el menguante puerto deportivo, cociéndose al sol y refulgiendo al borde del mar. Naves blancas, inmóviles gracias a los nudos corredizos, como si fueran hileras de zapatillas en una tienda de deportes. Una bandada de ibis planea sobre la bahía como si fueran reactores en formación, haciendo combustión hasta convertirse en un etéreo resplandor de magnesio al chocar la luz del sol contra sus plumas. De repente, cuando el barco pasa por debajo de unas nubes espesas y arremolinadas, oscurece. Chet les explica que el cielo suele estar turbio desde última hora de la mañana hasta primera hora de la tarde. Apaga el motor, sumiéndolos así en un silencio sobrecogedor, y echa el ancla. Lennox lleva rato vigilando el dispositivo de navegación y el escáner sónico, lo que revela la distancia entre el casco del barco y el fondo marino. En la franja acuática que hay entre la costa de Florida y el área de las Diez Mil Islas, se ha fijado en que la distancia entre el casco del barco y el salobre fondo del mar llegaba a ser de poco más de treinta centímetros en algunos momentos y rara vez superaba los nueve metros.

Chet saca las nasas a la superficie; parece gratamente sorprendido de ver que una sólo contiene bogavantes y la otra sólo un surtido de cangrejos: arañas de Panamá, límulos, cangrejos azules, cangrejos caja. Se vuelve hacia Tianna y Lennox, que observan sus actividades, y se regodea en la satisfacción que impregna su rostro curtido.

«Lo habitual es coger toda la puñetera pesca: caballitos de mar, sargos, ascidias, peces loro, medusas. Una vez hasta encontré una raya[36]».

Tianna señala a Lennox mientras se ríe a carcajada limpia. Poco a poco, él también acaba riéndose. Chet parece un poco perplejo, pero deduce que es un chiste privado y se pone a guardar la captura en cajas y devolver al mar las piezas más

pequeñas. Cuando termina, Tianna opta por irse a la bodega con la revista mientras Chet pone el motor en marcha y la nave surca el mar a toda velocidad. Pronto se divisa lo que parece una isla.

A medida que se aproximan, Lennox apenas logra distinguir los restos de una vieja aldea situada a la derecha de la bahía, junto a otro puerto deportivo y una comunidad urbanizada. Chet aleja el barco de las luces, y lo deja en una ensenada sin marcas y apenas señalizada, que da paso a un puerto oculto y antediluviano; es como si entrasen en un mundo perdido. Mientras pasan por delante de las viejas casas de madera y los embarcaderos, un astillero decrépito en el que se ven algunos sucios barcos de pesca y un abrigo para barcos de aluminio en primer plano, y detrás unas chozas situadas en unos terrenos más altos. A la izquierda, los grandes bloques de pisos se yerguen amenazadores sobre una pequeña colina, gigantes dispuestos a devorar todo lo que les rodea.

Tianna ha salido a la cubierta con un cromo de béisbol en la mano. Frunce el ceño con expresión de intensa concentración, lo que turba a Lennox. Está a punto de decir algo, pero Chet necesita que le ayuden a echar las amarras. Mientras asegura un extremo, ve a la niña sacar los demás cromos de su bolso de lana y guardar el primero dentro del mazo. Los ibis merodean por el astillero. Desde la copa de un árbol, un águila marina pía como un periquito.

Sumida en un silencio meditabundo, Tianna baja del barco a la pasarela de madera. Cierra el puño y se muerde un nudillo. Lennox siente que algo le da vueltas por dentro. Quizás esté imaginándose cosas. Mira a su alrededor; después de haber estado en el mar, el aire parece bastante más caliente.

El viejo campamento da la impresión de tener los días contados. El bar-restaurante, una estructura de madera con un techo de estaño pintada de color gris, así como el núcleo del chirriante asentamiento, se sostiene, desafiante, sobre pilotes en el semicírculo de marismas que forman el puerto. Junto a su glamourosa hermana colindante, la avejentada bahía describe una curva, alejándose en dirección a la oscura bruma gris de las Diez Mil Islas que hacen de barrera entre la costa de los manglares de Florida y el golfo de México.

El restaurante es un garito *cracker*[37] floridense de la vieja escuela. Es uno de esos sitios de los que Lennox ha oído hablar mucho como buenos lugares de pesca pero que ahora resultan casi imposibles de localizar sin la ayuda de un guía. Mientras suben por los empinados escalones de madera, con Tianna a la zaga y absorta en sus reflexiones, Chet dice que, a pesar del ambiente isleño, en realidad han fondeado en una península. «Pero podría muy bien serlo. Todas las carreteras dignas de ese nombre conducen a comunidades urbanizadas y puertos deportivos llenos de lanchas motoras. Aparte de por mar, a algunos de estos viejos emplazamientos sólo se puede llegar por pistas de tierra. Es facilísimo pasar de largo en coche por la autopista sin

ver las salidas». Dentro del restaurante, una robusta mujer blanca les saluda y les sienta ante una mesa. Lennox coge la lámina que le tiende, charra y de colores que desentonan, y lee el mensaje de bienvenida de la cabecera.

PESCANDO AMIGOS

BAR RESTAURANTE MARISQUERÍA

«Para que el marisco supiera más fresco, tendríamos
que servirlo en el lecho del mar».

Las opciones del menú danzan ante los ojos de los tres. «¿A ti qué te apetece, Tianna?», indaga Lennox mientras se pregunta si será capaz de ingerir más siluro. Entonces le llama la atención el pargo rojo.

«Creo que pediré pollo», dice ella con escaso entusiasmo.

Chet frunce el ceño y sacude la cabeza mientras mira a Lennox. «En un sitio como éste pedir eso es un sacrilegio, jovencita. Dios mío, se puede sacar a la niña de Alabama, pero…».

Lennox siente deseos de salir en defensa de Tianna, pero Chet sólo está bromeando e intentando impartir al mismo tiempo un poco de sofisticación adulta. Chet es consciente del escrutinio a que le somete Lennox y tiene la gentileza de no sentirse ofendido y no avergonzarle.

«¿A qué te dedicabas antes?», le pregunta rápidamente Lennox.

«A algo no muy bien visto, Lennox», confiesa Chet, con gesto risueño y apesadumbrado a la vez. «Era inspector de Hacienda. Grandes empresas. Era un hombre muy odiado en Wall Street».

Lennox tuerce la vista mientras se fija en los fornidos antebrazos y poderosos bíceps de Chet. «No tienes aspecto de haberte pasado la vida en un despacho».

«Ah, bueno, es que fui *powerlifter* durante un montón de años. Competí por todas partes». La jovial reminiscencia de Chet da paso al lamento. «Me perdí las Olimpiadas de Munich en el setenta y dos por los pelos, y seguramente fue una suerte. Me seleccionaron para las de Montreal, pero me destrocé el hombro y tuve que retirarme». Lo levanta y lo masajea para subrayar sus palabras. Quizás le siguiera incordiando. «Será que no estaba escrito. Sigo intentando ir al gimnasio al menos dos veces por semana, y suelo conseguirlo, si las Parcas y las mareas no lo impiden. Tú pareces estar en bastante buena forma. ¿Vas al gimnasio?».

«Hago *kickboxing*», responde Lennox con cierta sensación de culpa, pensando que la valoración de Chet es generosa, «pero últimamente me he abandonado un poco».

«No digo que haya llevado una vida de monje, pero intento mantenerme en forma. Cuando te haces mayor te das cuenta de que compensa», dice con una sonrisa, dejando la carta sobre la mesa y escudriñando la pizarra para ver los platos

especiales. «Creo que yo tomaré delfín».

Lennox, disgustado ante semejante idea, hace una mueca. *Esos pobres cabrones tienen sonar. No son unos ceporros como las ovejas o las vacas. Es peor que comerse a un perro. Los* Septics [38]*se están pasando.*

Chet percibe su desasosiego. «No te preocupes, Lennox, no se trata del mamífero llamado delfín. Es un nombre antiguo para un gran pez verde, más conocido como *mahi-mahi*, pero que aquí llamamos delfín. Era la palabra española utilizada antes de que llegasen los colonizadores anglosajones y bautizasen al inteligente mamífero con ese nombre. Provoca una confusión sin cuento entre los visitantes británicos. Pero tampoco es que haya muchos en esta parte del estado. Cuéntame entonces: ¿qué tal es el negocio de los seguros?».

«Es un trabajo».

La torva semisonrisa de Chet indica su aquiescencia ante esa camaradería de cadalso que se establece entre todos los que trabajan por cuenta ajena. «¿Es igual de lucrativo en el Reino Unido que aquí?».

Antes de que Lennox pueda responder, su anfitrión se lanza en un santiamén a perorar sobre los daños causados por los huracanes y la ineptitud, venalidad y avaricia de los gobiernos federal y estatal. Pone a parir a los dos hermanos Bush, sobre todo a Jeb. «… la corrupción y codicia de sus compinches los especuladores. ¿En Gran Bretaña es igual, Lennox?».

Lennox se encoge de hombros con gesto indiferente. Su empleo le ha hecho reacio a discutir de política con desconocidos, ya que sus puntos de vista no solían estar en sintonía con los de los demás. Pero de pronto un simple movimiento de Chet le hiela la sangre. Toca a Tianna. No hace sino desenredar un mechón de su larga cabellera castaña, pero eso basta para que Lennox se ponga tieso en la silla. Porque capta el ardor de la tensión que surca el rostro de Tianna y la fugaz mirada suplicante que le lanza antes de esconderse tras la carta.

A Chet, preso de sus propias inquietudes, le han pasado desapercibidas ambas reacciones. «Me preocupan los niños, de verdad», prosigue. «Menuda herencia les estamos dejando, Lennox. La gente como tú todavía sois lo bastante jóvenes para querer cambiar el mundo a mejor, pero yo ya soy un abuelete. Sólo quiero salir a navegar en mi barco, pescar un poco y al final del día poner los pies en alto con un buen libro y una buena copita de tinto. Eso no es tan malo, ¿verdad?».

Lennox admite que no lo es, pero Chet no parece satisfecho. «¿Qué podemos hacer, Lennox?», pregunta con tristeza.

La comida llega a la mesa, pero pese a tener un apetito enorme Lennox se da cuenta de que Tianna apenas toca la suya. Empuja distraídamente una pata de pollo por el plato con el tenedor. «Ojalá lo supiera», dice, quitándose la pregunta de encima con otro movimiento de hombros y reevaluando la situación a cada segundo. Hace

ajuste fino y se corrige con la regularidad del sistema de navegación por satélite de Chet. No logra dar con la respuesta. La visión del mundo reduccionista y misantrópica de un poli escocés no parecía un salvavidas adecuado. Las viejas certezas que albergaba: los ricos, malévolos y en bancarrota moral; los pobres, ignorantes y sin rumbo; la burguesía, miedosa, mezquina y reprimida. Ni sumando su cretinismo impresionan lo bastante para haber dejado tan jodido al mundo como parece estar en la actualidad. Y él está demasiado cansado para pensar siquiera en Dios. ¿Cuál era la cosmovisión de Robbo? La mitad de las personas eran honradas. De ésos podías olvidarte. Quizás cometieran alguna falta, pero en lo fundamental se pasaban la vida acatando lo establecido. El cincuenta por cien restante se dividía entre los malvados, en torno a un diez por ciento, y los débiles y estúpidos, que representaban el cuarenta por ciento restante. Una vez más, dentro de ese cálculo los malvados no tenían tanta importancia; estaban allí para que les dieran caza. El grupo clave era el de los débiles y estúpidos. Eran al mismo tiempo los principales perpetradores y las principales víctimas del delito.

Cuanto mayor se hace, más inclinado se siente a aferrarse a paradigmas tan banales, al igual que podría aferrarse a una tabla saturada de agua una persona que se estuviera ahogando. Eso le deprime, y es consciente de que vuelve a apetecerle una raya de coca. Durante uno o varios latidos de su corazón es lo único que desea.

«¿Puedo tomar otra Coca-Cola?» le pregunta Tianna a la camarera mientras suena «Home Lovin' Man» en un móvil; alguien llama a Chet, lo que vuelve a recordarle a Lennox que tiene que telefonear a Trudi.

«Disculpadme», dice Chet, incorporándose con rapidez y saliendo a la calle. Su precipitación hace pensar a Lennox y a Tianna que se trata de una llamada importante; le siguen con la mirada a través de las ventanas del restaurante, mientras camina por el muelle, más allá de los abrigos para barcos, enfatizando sus palabras con gestos enérgicos.

Lennox se fija en la cara de Tianna, reflejada junto a la suya en el cristal. Es consciente de que ella le imita y copia sus acciones. Se siente perturbado y honrado a la vez de ser un mentor. ¿Es mejor él de lo que Robbo fue con él? *Porque esto tiene que acabar ahora: su sospecha sobre Chet. Como lo del tío del concesionario o lo de Four Rivers en el barco; no pueden ser todos pedófilos. Todas las personas del mundo que tengan polla —o coño, porque hay que tener en cuenta a Starry— no pueden ser pederastas. ¡Los pobres críos del garaje! Trudi tenía razón*. Está cansado. Hastiado. Ha dejado de ser él. Está asustado incluso. Ve cosas que no son. El fantasma de Britney. Le tiemblan las manos. Necesita sus antidepresivos. Fue una estupidez deshacerse de ellos. Está enfermo, clínicamente deprimido, y eso no hay cantidad de sol invernal que lo arregle. *Chet es legal. Seguro*. Se vuelve hacia Tianna. «Parece buena persona. Tenía que estar seguro, teniendo en cuenta la compañía con la

que estuvimos la otra noche. ¿Me comprendes?».

«Gracias por cuidar de mí», le dice ella, pero en voz muy baja y con una expresión propia de una niña más pequeña —derrochando emoción en lugar de cálculo— que siente que se evapora. Algo no encaja, y no encaja desde que Tianna bajó a la bodega.

«*Aye*», dice Lennox tragando saliva. Una visión terrible y patética de llevarla a Escocia inunda su cabeza. Debería ir a un buen colegio, tener amigos como está mandado, pasárselo bien en la pista de patinaje sobre hielo de Murrayfield o la piscina comunitaria, prepararse para el examen de bachillerato y participar en actividades familiares. No con él y con Trudi. No en su Escocia; eso sería como salir de Guatemala para meterse en Guatepeor. Lennox es sobradamente realista en lo tocante a su propia situación, pero disfruta con el mote de «tío Ray». Jackie y Angus tienen a sus dos chicos. Le caen bien, los llevó a Tynecastle, pero a ellos no les interesó demasiado. Una vez, antes de que a Angus le pegaran el tijeretazo, ella le contó que en realidad quería tener una niña. Él no tenía lo que hay que tener para estar pendiente veinticuatro horas al día, siete días a la semana, pero podía ser una influencia positiva; el tío diver que se lleva de vez en cuando a la cría por ahí. Podían ser coleguillas.

Lennox se sacude de encima sus fantasías de cuento infantil. Lo mejor que podía esperar Tianna era que le tocasen unos buenos padres adoptivos aquí en Florida. *Aun así, tiene mucho tajo por delante si no quiere acabar convertida en un desastre lamentable, como su madre*.

Chet vuelve, y le hace un lúgubre gesto de asentimiento con la cabeza a Lennox. Cuenta unas monedas de veinticinco centavos y se las entrega a Tianna. «Pon algo bueno en la gramola, cariño, antes de que esto acabe lleno de *crackers* chiflados y sus insufribles canciones country. A ver si hay algo de los Beatles o de los Stones».

Tianna coge el dinero sin decir palabra y se dirige a la gran Wurlitzer que está junto a los servicios.

«Era Robyn», dice Chet, ahora con gesto adusto pero con ojos desorbitados. «Se metió en un lío de los gordos y la detuvieron. Pero ya he encargado a mi abogado que se ocupe, y la soltarán mañana por la mañana. Así que esta noche Tianna se queda conmigo y mañana se la llevo a Robyn».

Lennox nota una sensación de desasosiego en el vientre. No sabe si es instinto policial o paranoia de drogadicto y tampoco le importa. Pero lo que acaba de decir Chet le convence muy poco.

«Robyn…, quiero hablar con ella».

La cara de Chet se ajusta hasta convertirse en un arquetipo de expresión de funcionario. «Me temo que no va a ser posible».

«¿Por qué? ¿Por qué no puede hablar conmigo o con Tianna?».

La impaciencia se esculpe en los rasgos de Chet: «Porque está bajo custodia policial en Miami, Lennox. Sólo la dejan hacer una llamada. Pero he llamado inmediatamente a mi abogado en Fort Myers; su compañero es uno de esos tipos listos de Coconut Grove que se las sabe todas. Él se ocupará del caso. Mañana saldrá en libertad bajo fianza». Bufa, exasperado. «Qué mujer tan estúpida. Fue una puñetera redada de cocaína. Si se enteraran los de los servicios sociales, podrían quitarle la custodia de la niña».

Lennox siente que su cerebro hierve como un panal de avispas que se arrastran y zumban. No sabe prácticamente nada del sistema de justicia penal estadounidense. Pero su sentido común le dice que algo no cuadra. Sin duda, una detención supondría pasar una noche en la jaula de los borrachos, durmiéndola sin ser acusada, no pasarse treinta y seis horas en una celda. Y supuestamente Lance Dearing era quien la había llevado allí. ¿Qué papel pintaba él en todo aquello? Y además, si de verdad había sido una redada de cocaína, se habrían presentado cargos.

De pronto siente la mano de Chet en el hombro, y capta en ella la fuerza sumergida del *powerlifter*. Eso y el descenso de su tono de voz en una octava bastan para que a Lennox le entre el tembleque. «Has hecho un buen trabajo, hijo. No hay muchos tipos dispuestos a tomarse tantas molestias por una desconocida. Pero a partir de ahora me ocupo yo». Chet retira la mano y vuelve a adoptar un tono alegre y simpático. «¡Tienes cosas de sobra que hacer, una prometida de la que cuidar y una boda que preparar!».

Aquello tenía sentido. Lennox ya había intervenido bastante. Uno tenía que parar, saber cuándo parar. Había mantenido a Tianna lejos de Johnnie y de Lance; ése había sido su objetivo. La había llevado hasta la seguridad del barco de Chet, cumpliendo los deseos de su madre. Había salvado a Tianna, pero sólo Robyn podía rescatarse a sí misma, desarrollando la sensatez suficiente para no meterse en líos y aprender a cuidar de su hija.

«Iré a despedirme», dice, levantándose y acercándose a la gramola.

Saca el cuaderno de Trudi y libera el bolígrafo de la espiral, garabateando un par de números de teléfono y direcciones terrestres y electrónicas. Arranca la página y se la entrega. «Aquí es donde estoy, si alguna vez me necesitas. Tienes correo electrónico, ¿no?».

«Mamá tiene», dice Tianna con voz plañidera, cogiendo el papel, mirándolo y volviendo a mirarle a él, en el preciso instante en que el sol entra por la ventana y la enmarca con raudales de luz dorada. «Te echaré de menos, Ray Lennox».

Lennox ve en ella a la humanidad eterna. Podría tener cualquier edad y es asexual. Es como una experiencia mística.

«Yo también te echaré de menos».

Lleva los cromos de béisbol en la mano. El de arriba no lo ha visto antes. Lo

mira. Hank Aaron. Tianna echa un vistazo al cromo y recorre el borde lentamente con un dedo. Vuelve a hablar con un hilo de voz y ceceando, lo que hace que la temperatura de la sangre de Lennox descienda varios grados. «Creía que quería ir en el barco con Chet», dice en un cuchicheo apenas audible, «pero ese barco ya no me gusta. Preferiría quedarme contigo».

Una voz le dice a Lennox: *no puedes abandonarla*. Pero otra le dice: *para. Esto lo haces por ti, no por la niña*. Las palabras de su prometida reverberan en su cabeza: *eres un gilipollas engreído*. Tianna no es Britney Hamil. Pero entonces se vuelve y mira a Chet, que se acerca sonriente mientras él le dice a Tianna: «Puedes venir conmigo si quieres. Puedes quedarte en casa de mi amigo Ginger en Fort Lauderdale, conocer a su mujer y a Trudi, y por la mañana iremos a buscar a tu madre».

Tianna asiente con expresión de alivio y determinación.

Ahora Chet está de pie junto a ellos, y ha escuchado la propuesta. «Creo que estará muy bien aquí», dice con contundencia. «Has sido más que amable, Lennox, y sería un abuso pedirte más».

Ray Lennox le mira a los ojos. «Te aseguro que no sería un abuso en absoluto», replica, regresando al tono desapasionado y policial.

«Creo que quiero irme con Ray», dice Tianna en tono apaciguador, y ahora Lennox toma nota de que ya no mira a Chet Lewis a los ojos. Algo pasó a bordo del barco. No puede ser que la tocara, porque Chet estaba con él. Tianna había visto algo en la bodega. Había encontrado algo. El otro cromo de béisbol.

Entonces Lennox capta el brusco cambio de expresión de Chet; lo ha visto otras veces, en un sinfín de gente. Los rasgos forzados hacia fuera y una sonrisa automática, todo boca, la mirada apagada y calculadora.

«Claro. Si eso es lo que quieres».

«Parece que tenemos consenso», declara provocativamente Lennox. Aún no ha olfateado al pederasta en Chet, pero si está allí, él lo hará salir. Insiste alegremente en pagar la cuenta antes de regresar al barco. Le ayuda a soltar las amarras y ponerse en marcha. Abandonan cansinamente el puerto, pero en cuanto rebasan las tenazas, Chet impulsa el acelerador para convertir el *Ocean Dawn* en la máquina que se abre paso a través de la superficie desigual y verdosa del agua.

Tianna se recuesta en la popa, mirando al espacio; su mandíbula tensa vibra en sintonía con el movimiento de vaivén del barco sobre la rizada superficie del Golfo. *Hank ha vuelto*, piensa ella, y a continuación, bajo la luz deslumbrante del sol y con los motores rugiendo, recorre con los dedos el casco resbaladizo y enmohecido del barco con la sensación de tener el estómago quince centímetros más arriba de lo normal. Se siente enferma, no mareada, sino enferma, como mamá: idiota y febril y sin saber dónde demonios está.

En el puente, Chet ha tomado nota de la arruga dubitativa que recorre la frente de

Lennox mientras inspecciona los mandos. «Hemos ido por un rumbo diferente, porque tengo que mirar otra nasa. No nos costará ni un minuto», explica mientras apaga el motor y fondea el ancla.

La nasa contiene captura. Lennox compadece al bogavante, que actúa inocentemente en su medio ambiente, y al que unos alienígenas luego secuestran, hierven vivo y devoran.

Tianna baja al camarote con Chet detrás. Preocupado por lo que ve, Lennox está a punto de seguirles, pero se fija en que Chet ha dejado su teléfono móvil encima de una hendidura que hay en la consola. Lo coge e investiga el listado de llamadas. Ahí estaba; ni siquiera tuvo que contrastar el número con el que había anotado en el cuaderno de Trudi. El identificador de llamadas recibidas anunciaba: LANCE D.

Lennox vuelve a guardar el teléfono en la funda. No había abogado y seguramente tampoco había habido detención. Robyn se había enterado de algo, y Dearing y sus secuaces la estaban manteniendo como rehén hasta que decidieran lo que iban a hacer. Y seguramente venía camino del puerto deportivo del Grove ahora mismo.

Fuera del camarote, Tianna se estremece, boquiabierta, cuando al asomarse ve la gran cama. Cierra la puerta y se sienta ante la mesa, mirando fijamente a la sonriente novia de la portada de la revista, mientras el trasero enfundado en franela de Chet baja por las escaleras. Se vuelve hacia ella con una sonrisa de fatiga. «La semana pasada hablé con Amy por teléfono». Le habla en tono apesadumbrado. «Me preguntó por ti. Pensaba venir pronto por aquí. ¿No crees que quizás estés mejor aquí, en el barco?… Entiéndeme, Lennox parece buena persona, pero fue tu madre la que dijo que te trajera, así que en realidad no puedo dejar que te vayas con él».

«¡Quiero ir con él!».

«Ponte en mi lugar, cariño», empieza Chet, arqueando sus pobladas cejas blancas, «tu madre…».

«¡No quiero quedarme aquí!».

«Pero si siempre te ha gustado…».

«¿Podemos ponernos en marcha, Chet? Ahora mismo, si no te importa. Mi prometida, como dices, estará esperando», grita Lennox mientras baja unos escalones.

«Sí, por supuesto. Disculpa». Chet se vuelve hacia él. «Sí que tienes prisa, sí», comenta, volviendo en vano la mirada de nuevo hacia Tianna antes de seguir a Ray Lennox por la escalera y regresar a proa.

Al llegar al timón, Chet, suplicante, arranca el motor. «Pero ¿estás seguro de que no quieres dejar a Tianna aquí?».

«No creo que eso sea lo que ella desea. ¿Es lo que deseas tú?», pregunta Lennox, contemplando el severo perfil del hombre mayor y fijándose en la palidez de los

nudillos de las enormes manos de Chet sobre el timón.

«Como quieras».

El viaje de ida había sido una línea recta atravesando la bahía de un puerto a otro. Pero ahora Chet se toma su tiempo. «¿Podríamos ir directamente al puerto deportivo, en lugar de navegar pegados a la costa?».

«Ha cambiado la marea. Tenemos que evitar los bajíos o podríamos encallar», dice Chet, señalando el sistema de navegación y el indicador de profundidad. «El agua sólo tiene treinta centímetros de profundidad en algunos puntos y este barco es muy pesado».

Lennox vuelve a mirar la pantalla. Había una ruta directa atravesando una zona donde el nivel de las aguas era el máximo. «Por ahí», dice, agarrando la mano de Chet y doblándole dos dedos hacia atrás. Un dolor agudo ilumina el rostro del patrón de la embarcación, igual que si se hubiera puesto en marcha la gramola. Chet sonríe forzadamente a Tianna, que se ha ido a proa, con la voz áspera del policía escocés raspándole al oído: «A mí no me toques los huevos, hijo de puta. No sabes en qué lío te has metido. ¿Está claro?».

«Como el agua», dice Chet con voz entrecortada, mientras Lennox le suelta. Endereza el rumbo y regresa en menos de veinticinco minutos.

Ray Lennox sabe que no le ha roto los dedos. Pero algo se ha roto dentro de Chet, y se queda ahí sentado, abatido, dedicándoles un gesto de adiós desolado mientras bajan del barco en el puerto deportivo de Grove.

Lennox y Tianna suben al coche y se marchan. Lennox había rechazado la tentación de utilizar el móvil de Chet para llamar a Trudi; eso habría supuesto que figurara en él el número del hotel, y no quería que ella tuviera nada que ver con aquello. Ahora no va a enredar con el Tamiami Trail. Ha calculado exactamente cómo llegar a la Interestatal 75: Everglades Parkway, más conocida como Alligator Alley.

16. Alligator Alley

Mientras recorren carreteras flanqueadas por casas estrechas y letreros verdes que anuncian los números de las calles y nombres de ciudades lejanas, el tráfico es escaso y siniestro. Estas dan paso a su vez a otro centro comercial lleno de negocios turbios. La gorra de los Red Sox descansa sobre el salpicadero. Ha decidido renunciar a ella; en sus sienes aún se aprecian dos depresiones. Lennox mira a Tianna, sentada en silencio a su lado, con los cromos en la mano.

«¿Chet se ha propasado contigo alguna vez?».

«No», dice ella, sacudiendo la cabeza y frunciendo a continuación el ceño en una expresión de tortuosa perplejidad. «Para mí que no, pero por más que lo intento, no consigo entenderlo. Me sentí rara estando en el barco».

«Pues ahora ya estás bien», dice Lennox, ocultando su angustia con una sonrisa pintada de oreja a oreja. «Menos mal que encontraste el cromo ese, el que te dejó tu padre».

La mirada de la niña parece asignar a Lennox el papel de un colaboracionista más, pero su ira no se dirige contra él; es la precursora de otra revelación.

«Mi padre no me dejó ningún cromo».

«Ah».

«No le conocí. Dejó a mamá mucho antes de que yo naciera. Eso suponiendo que de verdad hubieran estado juntos alguna vez. Encontré los cromos en el hueco del tejado de un sitio donde estuvimos viviendo en Jacksonville. Solía subir allí para escapar de…». Apenas puede pronunciar la palabra. «… Clemson».

Clemson. ¿Quién será ese cabrón…?

Lennox siente que sus palabras quedan petrificadas por el infinito vacío que acaba de formarse entre pensamiento y habla. Cuando por fin encuentra la voz, Tianna ha reanudado la conversación, y habla ahora en un tono alegre y esperanzado. «Pero me dio por pensar que le gustaría el béisbol y los cromos hacen que me sienta parte de él. Supongo que estoy un poco chiflada, ¿no?».

«No», dice Lennox, «en absoluto». Recuerda que de pequeño coleccionaba, con ayuda de su padre, unas monedas de los Mundiales que sacó Esso. Al fijarse en la triste expresión de esta niña americana, experimenta un patetismo tal que se habría asfixiado de no haber preguntado de forma apremiante.

«¿Quién es Clemson?».

«Tiger Clemson. Su verdadero nombre es Jimmy», dice Tianna con la mirada cargada de una ferocidad eléctrica. «Era el novio de mamá. Siempre fue muy bueno con ella pero malísimo conmigo. Le tenía mucho miedo. Lo sabía todo sobre mí… y

Vince. Decía que yo era así; que los hombres podían olerlo». De repente se le corta la respiración cuando le sobreviene una sensación de absoluto pánico. «Cuando me lo hacía, solía decir que Dios me había puesto en la tierra para eso. Que me estaba haciendo un favor y dándome ventaja con respecto a todas las demás niñas. Pero era distinto de Vince; sé que yo no le importaba nada. Así que era más fácil ponerme a pensar en otras cosas y dejarle hacer lo que quisiera. Pero a veces me hacía daño. A veces me hacía sangrar. Esperaba a que mamá se quedara dormida por las pastillas y luego venía por mí. Me dijo que si le decía algo a mamá ella le creería a él, no a mí. “Porque sé lo que has hecho antes”, me decía. Yo solía ir corriendo al hueco del tejado para esconderme de él».

Lennox reduce la velocidad y se mete por una salida asfaltada que desemboca en una planicie de hormigón diseñada como parking, pero que carece de control de entrada y está llena de la vida vegetal que asoma por las grietas de la superficie. Se detiene no sólo por su bien, sino por el de la niña. Sus manos, que hormiguean, siguen aferradas al volante mientras siente el latir de la sangre en los oídos.

«¿Cómo se enteró Clemson de lo que te hizo Vince?».

«No lo sé…». La niña se encoge de hombros. «Solía decir que conocía a las chicas como yo, que conocía el tipo. Que podía darse cuenta a un kilómetro de distancia de que no era virgen. Eso es lo que decía».

La bilis le corroe las entrañas.

«¿Es cierto, Ray? ¿Pueden ver los hombres cómo es una?», pregunta con desesperación y ojos desorbitados.

Lennox la coge de las manos con suavidad. «No. No pueden. Escucha, creo que has tenido muy mala suerte y que has conocido a algunas personas muy, muy malas. Tú no has hecho nada malo. Eres una niña buena. Los que han hecho cosas malas son ellos y lo van a pagar. Te lo prometo. ¿Entiendes lo que te digo?». La mira a los ojos.

«Sí».

«Vale», dice Lennox mientras arranca el motor.

Tianna.

Debería despertarse el día de Navidad en una casa como la de Jackie, abrir regalos y…

Lennox no puede creer que albergue esperanzas y sueños inverosímiles respecto del futuro de esta niña. Escenifica psíquicamente situaciones tranquilizadoras para a continuación reprenderse a sí mismo y decirse que son estupideces que están a años luz de como seguramente acabará. *El equilibrio de probabilidades. Pero los sueños es lo que tienen: los muy cabrones no cambian. Y cuanto más intensos se vuelven, más obligan a actuar*.

Mientras reflexiona sobre su propio futuro y piensa en Trudi, un espasmo abrupto explota en su pecho: se da cuenta de que ha dejado el *Perfect Bride* en el barco de

Chet.

«No has cogido la revista de novias, ¿verdad?».

«No», dice Tianna en tono de preocupación. «Supongo que me la dejé abajo. ¿Era importante?».

«Nah, puedo conseguir otra», dice Lennox sin alterarse, pero sin poder evitar que las muelas le rechinen involuntariamente. Trudi había rellenado algunos cupones adjuntos. *La dirección. Tienen su dirección.*

No significará nada. Pero la idea cala. *Que se atrevan a hacer algo en Edimburgo*. Le rechinan los dientes con más fuerza todavía, mientras se mentaliza con imágenes de violencia hasta llegar a ansiar sinceramente ese panorama. Acto seguido, posa sobre Tianna una mirada dislocada y protectora mientras se detiene en una gasolinera con cabina telefónica.

Lennox busca la tarjeta en los bolsillos, y maldice al no encontrarla; a continuación hurga con los dedos en busca de cambio, con la función barrido periférico activada por si aparece la calamidad en forma de Lance Dearing. La lógica le dice a Lennox que es muy improbable, hasta el punto de ser imposible, que sus caminos se crucen por casualidad en un lugar como éste. La paranoia, fuerza más poderosa, le informa simultáneamente de que es inevitable.

Las monedas caen de sus manos grasientas a la máquina con un tintineo. Cuando Lennox calcula que han alcanzado el nivel crítico requerido, pulsa con el dedo tieso las teclas metálicas. Del otro lado de la línea salta una voz áspera: «Eddie Rogers».

«Soy Ray. Necesito que me hagáis un favor. Dolores y tú», añade cuando se le ocurre que sería más sencillo dejar a Tianna con una mujer. Intenta estabilizar el mapa que ha emborronado con el sudor de sus dedos. «¿Podemos quedar en el bar de carretera de la salida 49 de la Interestatal 75?».

«Eso está en los Everglades», señala Ginger con voz chillona, «en la reserva india de Miccosukee. Pero ¿por qué…?».

«Las reservas son para los yuppies y los indios, ¿recuerdas? Necesito que me hagas un favor», repite Lennox.

Ginger frunce los labios y le resopla prolongadamente al oído. «Vale. Puedo estar allí en hora y media. Trudi me llamó y me dijo que te habías metido en un lío. Tienes que ponerte las putas pilas, hijo. ¿Qué te has creído que es esto, *CSF: Miami*?».

La broma de Ginger le corta a Lennox el resuello por un instante, y a continuación le dice: «Te oigo. Tú limítate a estar allí. No me falles, Ginger».

En la cabeza de Lennox el silencio va en aumento. Cuando Ginger explota por fin, el ruido que produce parece capaz de perforarle los tímpanos. «No lo haré», gruñe, «¡y que sea la última vez que tenga que recordarte que me llamo Eddie!».

«De acuerdo, Eddie», dice Lennox; el nombre le deja un sabor a fruta amarga en la boca. «Se agradece, compañero».

«Vale, pues salgo ahora mismo. Ponte las putas pilas, Raymie», le advierte antes de colgar.

Cuando regresa, se encuentra a Tianna sentada en el coche, con la cara hinchada y con el blanco de los ojos enrojecido por haber estado frotándoselos. Lennox piensa en decir algo, pero no se le ocurre nada, así que opta por dejarlo correr. Enciende el motor y abandonan la gasolinera.

Se acercan al punto de peaje del inicio de la Interestatal 75. Un letrero les indica que Miami se encuentra a doscientos cuatro kilómetros, y Fort Lauderdale a ciento noventa y nueve. El lugar de la cita, en la salida 49, parece estar a mitad de camino, así que deberían llegar allí aproximadamente a la misma hora que Ginger. Lennox se fija en el empleado de la cabina, un hombrecillo de raza negra con una barba gris, cuyo nombre figura en una chapa que se encuentra encima de la leyenda EMPLEADO.

«Hijos de puta», maldice Lennox a la salida, disculpándose a continuación con Tianna. «Quiero decir, saben perfectamente que la gente se da cuenta de que no es el director general. ¿Por qué tienen que restregárselo por las narices?».

Tianna vuelve a mirar al empleado y luego a Lennox. «Eres un tipo estupendo, Ray. Quiero decir, por hacer todo esto por mí y tal». Hace una pausa y a continuación pregunta: «¿Por qué me ayudas?».

«Somos amigos», dice Lennox, encogiéndose de hombros antes de especificar: «Colegas».

«Pero en realidad ni siquiera me conoces».

«Te conozco lo bastante para darme cuenta de que ahora mismo necesitas un amigo». Señalando la radio, dice: «Y yo necesito un tema».

Dándose por aludida, Tianna coge el dial y lo hace girar hasta dar con una emisora de música disco. Una remezcla vigorosa y machacona del «Lost in Music» de Sister Sledge anima el Volkswagen. El verso *«caughtin a trap, no turniri back»* les induce a mirarse el uno al otro en lúgubre sincronía.

Puede que fuera una interestatal con un límite de velocidad de ciento diez kilómetros por hora en lugar de noventa, pero por lo demás Alligator Alley se parece mucho a la Autopista 41: una autopista de dos carriles con un gran arcén lleno de matorrales en medio. En la carretera, casi desierta, se ven menos indicios de los daños provocados por los huracanes. A ambos lados, las vallas mantienen a raya una espesa vegetación, tan desesperada por asaltar el hormigón como una turba de niñas adolescentes por hacer lo propio con una estrella del pop. Lennox apenas permite al Volkswagen bajar de los ciento cuarenta kilómetros por hora. Ginger no iba a quedarse mucho tiempo por ahí y lo cierto es que siente verdadera necesidad de volver con Trudi.

Los árboles que dejan atrás se convierten en un borrón, y mientras van pasando a toda velocidad, Tianna parpadea. Entonces le ve: Tiger Clemson, en el umbral de su

habitación. «Tu mamá duerme como un tronco», le dice en voz baja y tono triunfalista. Tianna no para de moverse en el caluroso asiento de cuero del coche, nota el calor en la nuca, oye el ruido del motor en marcha, fortísimo, como el barco de Chet. Pero parte de ella está en la cama con Clemson diciéndole que esta vez la va a dejar de maravilla y le enseñará unos trucos que no olvidará jamás, pero no se trata de Clemson, es otro y entonces chilla…

Lennox se lleva un susto tan enorme que casi pierde el control del vehículo. «¡Hostia puta! ¿Qué pasa?». Frena y se detiene en el arcén. Los gritos de Tianna se aplacan cuando se le echa encima, obligándole a consolarla.

«No paro de ver una cara, una cara de hombre», dice, levantando la vista para mirarle con gesto tenso y torcido.

«No pasa nada», dice él, forzado e incómodo mientras le da palmaditas en la espalda. «No es más que un *flashback*; es como tener una pesadilla despierto».

Tianna hunde su rostro en el pecho. «¿Alguna vez se acaban?», pregunta con voz apagada.

«Claro que sí», dice él, poniéndole las manos en los hombros, obligándola a incorporarse y a mirarle. «¿A quién has visto? ¿Al tal Clemson?».

«No…», dice, enderezándose y apartándose, limpiándose los mocos de la nariz en la mochila de la oveja y mirando a Lennox con expresión compungida hasta que él le quita importancia a su inquietud. «Creí que sí, pero no era él».

«Vale. Quienquiera que fuese, no te hará daño».

«¿Me lo prometes?».

«Aye», dice Lennox con una sonrisa; ella intenta sonreírle a su vez, pero el miedo le ha paralizado los músculos faciales. Lennox vuelve a arrancar el motor.

Mantienen un tenso silencio mientras van devorando kilómetros, satisfechos de que el vehículo se llene de sonidos que vienen de lejos. Las voces de los radioyentes, ciudadanos tan orgullosos de demostrar anónimamente su inteligencia radiofónica como de hacer gala de estupidez ante las cámaras de televisión, suenan a todo trapo. Lennox gira el dial y un vibrante bajo de hip-hop invade el Volkswagen, adquiriendo tal densidad que parece ser él quien propulsa la aceleración del vehículo. Muy pronto un rótulo de carretera anuncia la inminente presencia de la salida 49.

Lennox y Tianna bajan del coche atolondrados; rodeados por el aire cálido y bochornoso se toman un breve respiro para adaptarse a la abrupta reducción de velocidad. La espesa noche diluye el milagro cotidiano de la luz marrón y verde que refleja la gran superficie de juncias y agua. No hay ni rastro de Ginger y Dolores. La antigua gasolinera, una vieja choza de chapa oxidada con tres surtidores, ostenta un moribundo letrero de Coca-Cola de neón que oscila enfermizamente encima de la ventana. No delata ningún indicio de vida: lo más probable es que guardase horarios irregulares. La calma es sobrecogedora; un silencio que todo lo invade, sin aves

canoras en los árboles ni coches en la autopista. Tianna se aproxima a un punto de la valla que rodea el manglar donde se ve un hueco.

«No te alejes demasiado del coche», le advierte Lennox. Se acuerda de Four Rivers, seguramente porque el desvío que conduce a la reserva está cerca de allí.

Tianna se acerca y se apoya en la carrocería del coche, toqueteando el cromo solitario. Al darse cuenta de que Lennox la observa, levanta la vista, se aparta el pelo de la cara y dice: «Encontré este cromo; creía que lo había perdido, pero estaba en el barco. Hank Aaron. También era de Mobile, ¿sabes? Pero no recuerdo haberlo perdido allí. Lo tenía la última vez que estuve en el barco, y más o menos recuerdo…, es como si me hubiera puesto enferma…, veía el agua. Fue como un sueño».

El silencio circundante sólo lo rompe el susurro de las hojas de unos arbustos de los manglares, seguido por el chillido breve y ahogado de un animal y un estentóreo bramido triunfal. Lennox mira con nerviosismo hacia el pantano, y luego otra vez a Tianna, como quitándole importancia. Es el presagio de una breve cacofonía de cantos de ave procedentes de la espesura, tras los que vuelve a hacerse el silencio.

«¿Qué quieres decir? ¿Que estabas en el barco y mareada?», pregunta Lennox mientras olfatea la salinidad de la brisa inminente.

«Es como si hubiera sucedido en el barco y fuera un sueño…, pero no, tampoco», dice Tianna en un vertiginoso instante de lucidez.

A Lennox se le acelera el pulso y traga más Nada. «Seguramente no fue más que una pesadilla».

Tianna se apresura demasiado en darle la razón. Intuyendo que necesita espacio para pensar, Lennox calla, dándole pie a ella para preguntarle: «¿Tienes pesadillas alguna vez, Ray? ¿Pesadillas tan, tan malas que no puedes contárselas a nadie?».

Lennox está atónito. Levanta la vista hacia arriba. Espera ver piedra negra en lugar de azul veteado. Pasan unos segundos. «Sí», dice por fin con voz temblorosa y débil. «Sí, tengo».

«¿Me las contarías?».

«Puede que luego, colegui».

Tianna vuelve a apartarse el pelo de la cara. El rayo de pálida luz de luna que se filtra a través de los árboles que hay detrás de la valla le proporciona la gravedad de un profeta espectral.

«¿Me lo prometes?».

«*Aye*».

Lennox es consciente de que su voz oscila entre un cuchicheo y un jadeo. Ansioso por distraerla, le indica que le pase el cromo, donde lee:

HANK AARON
(5 de febrero de 1934, Mobile, Alabama)

755 carreras en 23 temporadas. Récord en el béisbol de Primera División, que superó el del legendario Babe Ruth.

Hank Aaron fue hijo predilecto de Mobile. Sus padres se trasladaron al sur, desde Selma, para trabajar en los astilleros. Inició su carrera en las Negro Leagues, y de aquella época recuerda que los empleados del restaurante rompían los platos en los que habían comido él y sus compañeros. Su carrera en Primera División abarcó más de dos gloriosas décadas, repartidas entre los Milwaukee Brewers y los Atlanta Braves.

A Lennox le suena ese nombre. También recuerda vagamente haber leído algo sobre un gigante atiborrado de esteroides, triste y denodadamente empeñado en superar el récord de Aaron. «Parece un tipo impresionante, de esos que nunca dejarían que nada se interpusiera en su camino. ¿Dónde están ahora los gilipollas que rompieron esos platos? ¿A quién le importa lo que piensen?». Hace una pausa y le devuelve el cromo. «¿Entiendes lo que te digo?».

Ella le mira fijamente a los ojos. «Supongo».

«Acuérdate. No lo olvides nunca».

Lennox se inclina para encender el motor y poner en marcha la radio del coche. Escuchan la emisora de rock clásico de Miami, Big 105.9; está sonando el «Is There Something I Should Know» de Duran Duran. Después pasan al tumulto saltarín de un canal hispano de música dance; una diversión veloz y embriagadora que le da ganas de tomarse un tequila o un mojito.

Los dos se alegran por la distracción, pero entonces empieza una balada triste y Tianna vuelve a hablar.

«Nadie se casará conmigo nunca», declara con pesar y vacilación mientras enarca las cejas. «Supongamos, sólo por suponer, que yo fuera mayor y tú más joven: ¿te casarías conmigo, Ray?».

Lennox esboza una incómoda sonrisa. «No puedes hacerme esa pregunta. No sabes cómo era yo cuando era más joven». Por algún motivo se le aparece una imagen de sí mismo embutido en un par de vaqueros de la marca Falmer, un top con capucha y un flequillo largo y caído. Y el bigote. Aquel bigote bobo e idiota por el que todos le habían puesto a parir, hasta en la policía. El bigote había crecido en proporción a su adicción a la cocaína. Trudi quedó encantada cuando se lo afeitó, pero él se arrepintió de forma instantánea. Sin él se sentía desprotegido; desnudo y sucio. Un labio baboso.

Ingresó en el cuerpo unos cuantos años después de trabajar como aprendiz de

carpintero en una empresa de Livingston que fabricaba paneles para la construcción. Los vectores de las posibilidades educativas y de la emoción juvenil confluyeron en el programa de graduados de la academia de policía, y le enviaron a la Universidad de Heriot-Watt, donde le becaron para estudiar Tecnologías de la Información. Su amigo de la infancia, Les Brodie, al tiempo que se hacía aprendiz de fontanero, empezó a salir con los *casual*[39] de los Hearts para dar salida a la testosterona que bullía en su interior. Pero, más que un fin, la policía había sido un medio. Lennox tenía una misión, una misión soterrada e indefinida que en los últimos meses había empezado a perfilarse más que nunca.

La vida de poli no le resultó fácil. La etiqueta de solitario antisocial que le adjudicaron en el colegio y que siguió con él como joven carpintero, parecía empeñada en perseguirle sin tregua. Era el primero de la nueva hornada de policías con estudios que consideraban la labor policial un haz de ciencias —psicología, sociología, criminología, tecnologías de la información, medicina forense y relaciones públicas— y provocaba las iras de los representantes de la vieja escuela, para quienes el de policía seguiría siendo para siempre jamás un oficio callejero. Y había que tener en cuenta, además, la naturaleza aislante de la vida policial. Uno de los momentos más atroces para Ray Lennox llegó cuando era novato y estaba de servicio en la comisaría de Haymarket. Habían detenido a Les Brodie y a varios tíos más tras una riña futbolera de poca monta. Ambos se miraron un instante a los ojos, y a continuación los dos amigos desavenidos apartaron la vista, avergonzados, pero no antes de que cada uno fuera testigo de la humillación del otro. Lennox se encerró en su despacho durante el resto del turno, muerto de vergüenza y aliviado cuando fue a trabajar al día siguiente y comprobó que habían soltado a Brodie.

Ahora, junto a la autopista que atravesaba el pantano iluminado por la luz de la luna, Tianna le mira con una perturbadora expresión de coqueta indulgencia.

«Seguro que eras un cielo cuando eras más joven».

«Hay mucha gente que discreparía», dice con brusquedad. «De todos modos, no sabemos cómo serás tú de mayor. Puede que vayas a la universidad y tengas un buen trabajo y una carrera», especula esperanzado, antes de mirarla de forma harto significativa y preguntar: «¿Qué es lo que te hace pensar que nadie va a casarse contigo?».

«Vince… y luego Clemson. Decían que si le contaba a alguien lo que había hecho…, lo que había pasado…, estaría echada a perder para el matrimonio».

«Tú no hiciste nada. Fueron esos hijos de puta los que se portaron mal, no tú». Golpea el capó con la mano abierta, lívido de rabia. «No lo olvides nunca», le dice. «Nunca».

Bajo la luz plateada, los ojazos de Tianna tienen un aspecto meditabundo, pero Lennox sabe que su cólera la asusta en la misma medida en que sus palabras la

animan. Suavizando el tono, añade: «Cuando te plantees casarte, y seguramente lo harás, será con un buen tío que te quiera y te respete».

«Como tú quieres y respetas a Trudi, ¿no?».

«Sí», dice con voz entrecortada.

«¿Trudi tiene un buen empleo?».

«Supongo…, eh, sí», admite con poca convicción y flaqueando ante su propia arrogancia y egoísmo. Menospreciaba los logros de Trudi. Le había ido bien en Scottish Power; la habían ascendido un par de veces y estaba considerada una triunfadora. A Lennox se le había subido tanto a la cabeza su trabajo que exudaba presunción y desprecio por los demás. Siente una punzada de remordimiento, y si ella hubiera estado presente se habría disculpado con la más absoluta sinceridad.

Las conversaciones con Tianna, aunque espaciadas, son como ráfagas de fuego concentrado de un AK47. Le dejan lleno de agujeros: resulta mucho más desconcertante que hablar como poli con las víctimas de abusos sexuales. Aquí no tiene ningún papel que desempeñar, ninguna placa tras la que ocultarse. Pero mientras ella esté con él, no estará en manos de monstruos como Dearing, Johnnie y, por lo que sabe, Chet. Medita sobre el cromo de Hank Aaron.

«Cuando tu madre estuvo enferma y te quedaste con Starry, ¿te trató bien?». Vuelve la cabeza mientras un coche solitario pasa por la autopista a toda velocidad.

«Supongo», dice Tianna sin convicción. «Pero Johnnie, su hermano, siempre andaba por ahí. Siempre estaba diciendo guarradas. No soportaba que viniera a casa de mamá o de Starry».

«¿Johnnie es hermano de Starry?».

«Sí. Supongo que a Starry le tenía lástima, por eso de que mataron a su hijo a tiros a las puertas de un 7-Eleven y tal. Pero no me gustaba que mamá anduviera por allí con ella y con Johnnie».

Lennox no había detectado el menor parecido entre Johnnie y Starry.

«¿Y qué me dices de Lance?».

«Lance es policía. Se supone que eso debería convertirle en buena persona, ¿no?».

«Cierto», dice Lennox con voz débil, levantando la vista cuando el viento hace susurrar a las hojas de los árboles. *¿Dónde cojones está Ginger?*

Y la revista está allí. Esperando. *Perfect Bride*. Su tarjeta de visita, su excusa para regresar a aquella madriguera de pedófilos. Tiene todos los motivos. Ya no se trata sólo de Tianna. Que se atrevan a detenerle. *Que se atrevan*.

«¿Quieres a Trudi?».

Esa pregunta tan sencilla le deja sin aliento. La cabeza le da vueltas. «Sé que la quería antes», dice al cabo de poco, «pero a veces me pregunto si nuestro momento no habrá pasado. Es que…, bueno, tenemos tanta… historia compartida. Ahora, no sé

si es amor o sólo una forma de vida a la que nos hemos acostumbrado. A veces me parece que…».

«¿Qué?».

«… que quizás haya llegado el momento de dejarlo. No es fácil».

Entonces, la imagen de Trudi inunda su mente. La vez que le llevaron al piso de ella después de la crisis nerviosa en el pub. Otra ocasión, cuando ella vio el estado en el que se encontraba en el túnel, después del funeral: tenía lágrimas en los ojos. *Ay, cariño, mi Ray*, había dicho entre sollozos. Lennox nota que algo va creciendo en su interior. «Sí que la quiero», dice con una certeza bañada de tristeza, porque lo que en realidad le pesa es su propia sensación de falta de valía. «Y siempre la querré».

«Vince fue el peor tipo que mamá trajo nunca a casa», dice Tianna, forzando la voz mientras toma aire, «porque me dijo que me quería. Era todo mentira, pero yo me lo creí, y no está bien decirle eso a alguien si no es verdad». Hace un puchero. «Así que si la quieres, tienes que tratarla bien».

«Sí», asiente Lennox, casi enfermo de melancolía, «tengo que tratarla bien».

Mientras aguardan delante del bar de carretera desierto, a Lennox le crispa el bamboleo de los arbustos y de sus sombras, así como los extraños ruidos intermitentes procedentes del pantano. Antes de darse cuenta, vuelve a pensar en las pastillas: esas cápsulas, tan suaves, deslizándose por la garganta de un hombre que detesta tragar lo que sea. Se acuerda de su madre gritándole cuando no conseguía comerse el estofado, la grasa que tenían los trozos de carne le recordaba los mocos y la carne le recordaba la carne. Se acuerda de que se la guardaba en la boca, se excusaba e iba al váter a escupirla o a echarla a base de arcadas. Y de Jackie chivándose. «Es repugnante», solía decir, sinceramente asqueada. La expresión de compasión fatigada en la mirada de su padre. «Tú cómete una parte, hijo. Tienes que comer». Y entonces su madre se volvía contra él, completamente anonadada por su comportamiento.

«¡Es carne de estofar de la mejor!».

Ya entonces él se preguntaba cómo una carne que sólo valía para estofar podía ser descrita como «la mejor».

Pasa otro coche solitario; la reacción de Lennox es de euforia primero y de paranoia después. *Se está haciendo tarde. ¿Dónde está Ginger? A lo mejor no aparece*. Debería habérselo explicado y haber insistido en lo fundamental que era que viniera. *Dolores se habría negado. Habría pensado que era una cita de borrachos*.

A no ser que…

A no ser que la red de polis pedófilos abarcase toda Florida y Ginger también formase parte de ella. La forma en que había mirado a aquella chavalita del club de striptease.

Ponte las putas pilas.

Lennox nota que le cuesta respirar. A duras penas logra tragar algo de aire. Es espeso, como si estuviera lleno de partículas de hierro y le entrara en los pulmones. Quiere alejarse de Tianna. No quiere que ella le vea en este estado. La está perjudicando más de lo que la está ayudando.

Entonces un vehículo reduce la velocidad y se para. En la espesa oscuridad del pantano, Lennox no logra distinguirlo. Parece un 4x4. Nota cómo se le tensa toda la musculatura cuando se detiene a escasa distancia de ellos. No parece el carro de Ginger. Es Dearing, está seguro. «Vuelve a meterte en el coche», le dice a Tianna a voz en cuello. Ella obedece y él hace lo propio inmediatamente después. Entre la oscuridad y las sombras que proyectan los árboles no logra ver nada tras las ventanillas.

Entonces oye un golpe en el parabrisas. «¡Lennox! ¡¿A qué coño juegas?!».

Ahora el voluminoso rostro de Ginger se ve con claridad. A Tianna se le escapa un grito de temor ahogado y a Lennox otro de alivio, mientras sale del interior del coche.

«¡Ginger! Joder, menos mal…».

Lennox rodea con los brazos su contorno de tonel; ha venido con Dolores. El perro, Braveheart, salta del coche tras ellos ladrando frenéticamente. Tras la oscura pantalla formada por los manglares le responde a su vez un gruñido prolongado y gutural.

«¿Ginger?», pregunta Dolores, sonriendo con gesto intrigado, antes de empezar a chillarle a Braveheart, que anda olisqueando por una de las esquinas de la gasolinera.

«Joder, ¿cuántas veces…?», salta con enojo Eddie Rogers, volviéndose hacia Dolores, que ha salido en pos del perro. «… sólo es una broma, bonita», dice antes de volverse para mirar de nuevo a Lennox. «Disculpa que hayamos tardado tanto. Hemos tenido que recoger a…».

Lennox se vuelve y ve a Trudi salir de la parte trasera del Dodge. Lleva una larga falda azul y se ha soltado el pelo. Mientras él se acerca a ella tambaleándose, su vago aire de reproche se esfuma.

«Ray…».

«Perdona», gime él, sintiéndose obligado a cerrar la distancia que les separa y a tomarla en brazos, consciente de que se estremece cuando Trudi le rodea con los brazos, delgados y nervudos pero fuertes como una pitón, y su aroma se filtra por sus párpados cerrados y le llega directamente al cerebro. «Tenía que intentar ayudar. No podía quedarme al margen. No sé por qué», dice, y se repite: «No sé por qué».

Con la suave voz de Trudi en el oído, Lennox se da cuenta de lo mucho que adora su tono, su costumbre, propia de la clase media de Edimburgo, de articular todas las sílabas. «Lo de Britney Hamil no fue culpa tuya, Ray. No fue culpa tuya».

«Entonces, ¿de quién fue?», pregunta, y se acuerda de la vez que le expulsaron

temporalmente del colegio por inundar un pasillo con una manguera de incendios, y de su angustiada madre respondiendo ante sus lamentables protestas: «¿Y de quién fue la culpa sino tuya?».

«Del monstruo que la mató», susurra Trudi como si estuviera leyéndole una nana. «Ese tuvo la culpa».

Ahora Lennox se acuerda de la madre de Britney, Angela, diciéndole: «Hiciste todo lo que pudiste…».

Entonces Ray Lennox, con una sinceridad terrible, admitió ante aquella mujer deshecha: «No es cierto…, cometí un error. No es cierto porque te juzgué mal… Pensé… ¡Podría haberlo hecho mejor! La tuvo secuestrada más de tres días, joder… Podría haberla salvado».

Y el rostro de Angela quedó completamente transido de dolor cuando apartó la vista.

«No», insistió tranquilamente. «Hiciste todo lo que pudiste. Desde el principio supe que Britney te importaba de verdad».

Ahora Lennox oye una voz pequeña y persistente. «¿Qué?», pregunta Tianna. «¿Qué es lo que no fue culpa tuya?».

Rezuma culpabilidad. No puede mirar a la niña americana. Si lo hace sabe que verá en su lugar a una niña escocesa. Abraza con más fuerza a Trudi.

«Era una basura», espeta entre dientes contra el delgado cuello de su prometida. «No habría sabido ni podido hacer otra cosa. Esperar que se comportara de otro modo era como esperar que fuera el ser humano que jamás podrá ser. Yo soy el que tendría que haber sabido…».

«No. Tú cumpliste con tu trabajo, Ray. Intentaste ayudar», dice Trudi.

Entonces ella nota que le tiran del brazo. Es Tianna. Mira a Trudi con ojos llorosos.

«A mí Ray me ha ayudado», dice en voz baja. Trudi sonríe y rodea con el brazo a la niña. «Dijo que eras preciosa», comenta Tianna, lo que acentúa la expresión de dolor de Lennox, pues no recuerda haber dicho nada semejante.

«Hola, eh. Te llamas Tianna, ¿no?». Trudi se fija en la oveja que lleva a la espalda. «Me gusta mucho tu mochila».

«Ray me ha ayudado», repite Tianna, con lágrimas en los ojos. «A mí me ha ayudado».

Lennox nota que se le estrecha la garganta. El rostro de Tianna parece contener todas las posibilidades del mundo. Podría crecer y convertirse en una mujer fuerte, vivaz y hermosa, o encogerse sobre sí misma y tornarse pastosa y atormentada. Y es tan poco el tiempo de que dispone para descifrar el cruel rompecabezas en que la malignidad ajena ha convertido su vida.

«No pasa nada, cariño, no pasa nada. Te presento a Ginger y a Dol…».

«¡Eddie!», bufa Ginger, mientras ve a Dolores jugueteando pensativamente con el apodo.

«Perdona…, Eddie», dice Lennox, forzando una sonrisa débil y derrotada. Las malas costumbres; qué difícil es quitárselas. «Tianna, éstos son unos buenos amigos míos, Eddie y Dolores Rogers. Quiero que te quedes con ellos y con Trudi. Yo volveré más tarde».

«Quiero quedarme contigo», dice ella, manteniéndose firme.

Lennox le muestra las palmas en un gesto suplicante, remedando a un centenar de embaucadores escoceses a los que ha puesto entre rejas. «Estaré de vuelta antes de que te hayas dado cuenta».

La duda y la desconfianza tiñen la expresión de Tianna; ahora podría ser su madre. Se siente aliviado de que Trudi esté allí, y también de que esté Dolores, que le dice a Tianna: «¿Te gustan los delfines y la vida marina?».

«Supongo», dice mientras Braveheart se acerca a ella olisqueándole la pierna y meneando la cola.

«Puedes ayudarme a elegir vestidos», dice Trudi, cogiéndola de la mano mientras la llevan al 4x4. Pero la niña se vuelve hacia Lennox. «Lance es poli. ¡Te meterá en la cárcel! ¡Ten cuidado!».

«Claro que sí».

Trudi suelta a Tianna y se acerca rápidamente a él: «Ha llegado el momento de parar y dejar que se encargue la policía local, Ray», le ruega, mientras Braveheart sigue su olfato hasta el borde del canal.

«No puedo, tengo que…».

«Tienes que poner orden en tu propia vida. Intentar arreglar la de los demás no te salvará, Ray».

«Pero yo…».

En ese momento les distrae un gruñido. Siguiendo un rastro, el perro se ha acercado a un grupo de mangles que hay junto a la valla. Dolores, exasperada, sale del coche tras él.

«Oye, bicho, ¡ya me tienes hasta la coronilla!».

Entonces sucede algo de forma tan veloz que casi les parece una broma. El caimán que asoma las fauces entre los arbustos parece un juguete de plástico, pero ataca a gran velocidad y atrapa al perro al primer mordisco.

«¡BRAVEHEARTTT!», chilla Dolores mientras sale corriendo hacia la valla y el pantano antes de que Ginger se lo impida.

«¡No lo hagas, Dolly, joder!».

Al principio parece que el reptil vaya a tragarse entero al pequeño mamífero, pero después cierra repetidamente las mandíbulas, triturando los huesos del perro, que no deja de aullar. Se lo traga a medias, lo regurgita y lo sacude dos veces contra el suelo,

como si fuera una muñeca de trapo, antes de salir disparado por encima de un trozo de valla allanado por los huracanes, con el cuerpo sin vida entre las fauces.

Lennox y Trudi se acercan cautelosamente. Ella se detiene al borde del pantano, y Lennox se interna unos pasos en él, pero se detiene al sentir cómo se multiplica a su alrededor su frondosa e infinita oscuridad. Retroceden hasta el lugar donde Dolores grita angustiada mientras forcejea con Ginger. Lennox la retiene mientras Ginger regresa corriendo al maletero de su coche; le dice a Tianna que no se mueva y vuelve enseguida con una linterna, pero ambos animales han desaparecido entre las tinieblas. El silencio retorna a la marisma, aunque Lennox cree oír un gemido dulce y victorioso saliendo de uno de los claros. A Dolores, conmocionada, la meten hecha un ovillo en el Dodge, donde Trudi y Tianna intentan consolarla.

«Sanseacabó», comenta Ginger, volviendo nerviosamente la vista hacia el agujero de la valla.

«No sabes cuánto lo siento Eddie», dice Lennox desconsoladamente. «Me siento responsable. Fui yo el que os trajo aquí».

Ginger baja la voz y se arrima a él para que las mujeres no le oigan.

«No lo sientas», le espeta entre dientes, con regocijo apenas disimulado. «No le digas nada a Dolores, pero ese cabrito era mi cruz. Siempre quise tener un perro más grande, tipo pastor alemán. Un perro como está mandado. Oye, será mejor que lleve a las chicas a casa. ¿Vienes?».

«No. Tengo que volver. Iré luego».

«Ray». Trudi ha vuelto a bajar del coche. «Por favor, ven con nosotros».

«¡Vuelve adentro! ¡Es peligroso!», salta Lennox. Pero Trudi no se mueve.

«Trudi tiene razón», dice Ginger. «Tú ya has cumplido. A partir de aquí, lo único que puedes hacer es quedar como un capullo absoluto. Y con eso quiero decir más todavía».

«Ni hablar», dice Lennox. Piensa en Robyn. Y en Dearing, Johnnie, Starry y Chet. Ella sabe algo y ellos la tienen secuestrada hasta que decidan qué hacer con ella. ¿Qué van a hacer, teniendo en cuenta los recursos de los que disponen? Ahora, aquí entre los pantanos, le resulta escalofriantemente obvio. El mar. La perderán en el mar. Lance y Johnnie llevarán a Robyn al barco de Chet y la arrojarán por la borda en algún punto del golfo de México. Es muy arriesgado, claro. Guardacostas, alertas antiterroristas, equipos de control de inmigrantes ilegales, helicópteros de la DEA. No obstante, podrían estar lo bastante desesperados para intentarlo.

Pero no tanto como él. Porque él quiere empapelarlos: a Lance, a Johnnie y a Starry, esa trinidad de las malas intenciones. A Chet también, aunque la índole de su complicidad sea más difícil de calibrar. Y no logra desalojar de su mente febril la terrible posibilidad de que Robyn también sea culpable. A la música que suena en su cabeza se le está acabando la cuerda, porque su papel en la terrible balada de Tianna

toca a su fin. Ahora empieza una nueva melodía, o la remezcla de otra, antigua y olvidada. Y no tiene que ver con Britney. Va de un chiquillo asustado atrapado dentro de un oscuro túnel. Y, a pesar de los gritos de Dolores y las protestas de Trudi, es lo único que oye.

«Venga, Ray», le suplica Ginger.

Lennox se acuerda de la revista para novias con la dirección de Trudi dentro. «Olvidé algo», dice mientras sube de nuevo al Volkswagen alquilado.

17. Edimburgo (4)

Para ti el cuartel general de la policía en Fettes era una fábrica; una fábrica que calculaba y asignaba las unidades de humanidad estipuladas a todo aquel que atravesaba sus puertas. A los sospechosos. A los miembros de tu equipo: Gillman, Drummond, Notman, Harrower, McCaig. A ti.

En el transcurso de su procesamiento por los sistemas policial y judicial, Horsburgh hizo gala en todo momento de arrogancia y desdén. El registro de sus propiedades y bienes; las pruebas forenses; los interrogatorios; los informes del psiquiatra; los cargos. Disfrutó de todo ello como si se tratara de un juego y saboreó el bochorno colectivo que se creó cuando confesó ser el autor de los crímenes de Welwyn Garden City y Manchester. Para él no significaba casi nada. Pero para ti significaba muchísimo y Mr. Confectioner lo sabía.

La situación llegó a un choque frontal un miércoles de mediados de noviembre, tres semanas después de la desaparición de Britney. Pasaste horas encerrado con aquel hombre tratando de averiguar lo que le hacía ser como era. Escrutaste su alma y no viste nada. La exasperación acabó pudiendo más que tú.

«¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?».

«Porque podía», respondió Confectioner con súbita franqueza, quitándose los anteojos y meneándolos suavemente en el aire para subrayar lo que iba a decir a continuación: «Sobre todo por la diversión y el entretenimiento. Pero no me entiendas mal, ¿eh? Desde el punto de vista sexual me proporcionó gran placer, pero el motivo principal no fue ése. Eso es algo muy fugaz. Además, era una pizca más joven de la cuenta. Prefiero que sepan hasta cierto punto lo que les espera». Le temblaban los labios de fruición, pues sabía que te había alterado. «Se trataba de algo más que de la emoción de la caza, de acechar a la presa, de ir engordando los dossiers, de eludiros a vosotros. ¿Acaso no somos criaturas en busca de emoción?».

Tuviste que hacer grandes esfuerzos por guardar silencio y mantener una expresión inalterable, para seguir rastreando imparcialmente en busca de pistas. Estudiábamos a nuestros asesinos en serie, pederastas y asesinos de la misma forma que a nuestros científicos, intelectuales y artistas: para dar con una respuesta al misterio de nuestra naturaleza.

Y Confectioner, que había reconocido en ti aquella curiosidad fatal, la utilizó para juguetear contigo. «Tú no eres como los demás», declaró pomposamente. «Ellos sólo quieren saber cómo atraje, dominé, follé, maté y oculté. Pero tú estás absolutamente desesperado por conocer el porqué. Quieres que te cuente que me porculizó mi padre o el párroco o lo que sea. En tu mente de pigmeo siempre tiene que haber una causa y

un efecto. Pero lo único que haces es proteger a otros peleles como tú, Lennox. No puedes admitir que el hombre sea un cazador, un depredador. La sociedad civil se fundó para proteger a los débiles y cobardes —da igual que sean pobres o ricos— de los fuertes y virtuosos, de aquellos que tienen el valor de convertir en realidad el destino de la especie y las agallas de coger lo que desean».

Aquella alegre sonrisa forzada. Aquellos labios carnosos que querías arrancarle de la cara.

«Todos los cuerpos de policía del Reino Unido estuvieron buscándome durante casi cinco años sin tener ni puta idea de dónde estaba. Durante todo ese tiempo yo estuve presentando quejas en la comisaría local por vandalismo o por el ruido que hacen los pubs mientras vosotros hacíais lo imposible por ayudarme».

Era cierto. Mr. Confectioner, «Horsey», el pedante funcionario del Ministerio del Interior al lado del que nadie quería sentarse en el tren de cercanías matutino entre Aylesbury y Marylebone, les había engatusado a todos. Su imagen era una pura fachada que servía de tapadera a una mente pervertida pero calculadora. Se suponía que su pasión era la fotografía, pero el cuarto oscuro de la planta de arriba de su casa, fuera del alcance de su madre minusválida, era en realidad un laboratorio. Dedicaba todos sus fines de semana y sus vacaciones a planificar sus raptos y asesinatos. Sus verdaderos hobbies eran el secuestro, la violación y la muerte violenta.

Horsburgh solía alquilar un chaletito que estuviese a menos de dos horas en coche de la zona objetivo. A Nula Andrews la llevó a un lugar en Fenlands, a Stacey Earnshaw al Lake District, y a Britney Hamil a la costa de Berwickshire. Horsburgh también les había contado en qué lugar de Normandía se hallaba enterrado el cadáver de una joven francesa.

«Un amor de verano», comentó alegremente, respondiendo a tu expresión de cólera con una sonrisa de presentador de concurso televisivo. «Siempre tan efímeros».

Aquella revelación tuvo como consecuencia la puesta en libertad de un peón agrícola que había pasado siete años en una cárcel francesa. De crucial importancia, no obstante, fue que Mr. Confectioner se negase a colaborar cuando le mostraste fotografías de otras niñas desaparecidas.

«Ahí no estoy del todo dispuesto a ayudarte», había declarado en tono cordial. Pero tú estabas seguro de que había otras víctimas.

Ninguna de las niñas desaparecidas figuraba en la exhaustiva base de datos de jovencitas de Horsburgh ni en sus detalladas notas. También era cierto que faltaban los archivos correspondientes a Nula, Stacey y Britney; era evidente que los había borrado una vez cumplida cada una de sus abominables misiones. ¿Cuántas más habría habido?

Lo que sí encontraste fue la furgoneta blanca. Horsburgh también tenía una

furgoneta negra; guardaba ambas en un garaje que se encontraba a un kilómetro y medio de su casa y las utilizaba exclusivamente para cometer sus crímenes. Elegía a sus víctimas al azar, intentando que estuvieran bien repartidas geográficamente. También tenía los vídeos que había grabado.

Si hubo algo más perturbador que hablar con Confectioner fue ver la grabación de Britney antes, aquella misma mañana, en compañía de Dougie Gillman. «Ya van cinco veces», fue la observación mordaz y glacial de éste, «que se la folla, la asfixia hasta hacerle perder el conocimiento y la reanima para volver a empezar desde el principio. Eso es lo que le pone».

Al fijarte en las manos de Horsburgh, te vinieron de golpe a la cabeza tanto el comentario de Gillman como las imágenes. Una inspiración brusca te partió en dos mientras oías escapar una súplica infantil y en voz baja de algún lugar muy profundo de tu ser.

«No era más que una niña».

El asesino te miró como si fueras un ingenuo: con lástima y desprecio a la vez. En ese momento te diste cuenta de que Bob Toal había entrado en la sala de interrogatorios. Te hizo un gesto con la cabeza para que salieras fuera, te condujo hasta un despacho vacío y cerró la puerta.

«Estás perdiendo los papeles, Rap, te advirtió». «Vete a comer. Esta tarde quiero darle a Dougie una oportunidad con él».

Le agarraste del brazo: «Sólo una sesión más», le suplicaste.

Toal fijó la vista en el vacío, por encima de tu hombro: «De acuerdo, Ray», dijo al fin. «Tú le detuviste; mereces tener la oportunidad de llevar esto a buen puerto». Entonces bajó la vista y te miró la mano, avergonzándote hasta tal punto que le soltaste. Y agregó: «Pero que conste que me parece un error: estás hecho polvo».

No podías negarlo. La noche anterior te habías presentado en casa de Trudi borracho y divagando. Discutisteis, amaneciste en el sofá, y de ahí fuiste directamente a trabajar. «Lo siento», le dijiste a tu jefe. «Pondré mis pensamientos en orden».

La expresión de Toal era dubitativa. «Los porqués déjaselos a los loqueros. Descubre algo sobre las demás niñas».

«Gracias. Me ceñiré a los detalles, como has dicho», le aseguraste mientras os mirabais durante un impasse en el que ninguno de los dos supo muy bien qué decir. Finalmente le expusiste, casi sin aliento, tu intención de ir a comer algo y te largaste rumbo a Stockbridge.

Después, en Bert's Bar, mientras veías el noticiario de Sky News, apareció Robert Ellis en pantalla. Recién salido de presidio, autodidacta, culto. Disfrutaba de su nueva condición de ser el bueno de la película y además elocuente.

«Compadezco a las familias de Stacey Earnshaw y Nula Andrews. Merecían que

el caso se cerrara de verdad, pero en lugar de eso se les obligó a vivir una mentira durante un montón de años. Pero sobre todo compadezco a la familia de Britney Hamil. Mientras yo me pudría en la cárcel, ese monstruo andaba suelto y con toda libertad para hacerle todas esas atrocidades a esa niña. Rodarán cabezas», amenazó. Para quienes habían olvidado su inmundo sermón ante la tumba de Nula Andrews, Ellis era ahora un héroe. Pero tú albergabas la inquietante impresión de que si se hubiese mostrado igual de elocuente varios años antes, en lugar de instigar peleas de barra de bar, aquel hombre habría sido capaz de ponerse al frente de una nación en guerra.

No pudiste soportarlo: fuiste a los servicios y te metiste una raya de cocaína.

Cuando volviste a Fettes, paladeaste el frío ardor que te recorría las venas. Tenías la sensación de tenerle ya tomada la medida al pederasta. En la sala de interrogatorios, recobraste el tono distante.

«Fingiste que arreglabas algo en la parte de atrás de la furgoneta y te asomaste a las ventanas en busca de señales de vida, esperando a que Britney pasara de largo y que la furgoneta la ocultase a cualquier mirada indiscreta desde el otro lado de la calle. La agarraste, la metiste en la parte trasera, cerraste la puerta, la ataste y amordazaste, seguramente con cinta adhesiva extrafuerte, a lo mejor la forzaste a tragar un Rohypnol o a inhalar cloroformo, y luego te pusiste al volante, ¿no?».

«Y salí pitando rumbo a mi maligna guarida para devorarla poco a poco», apostilló Horsburgh con una sonrisa. «Mire que es usted listo, inspector Lennox. Incluso me atrevería a asegurar que tienes conocimientos de informática. Una calificación de “notable” en alguna universidad de segunda clase, pero en cualquier caso decente. Puede que hasta un máster…».

«Cierra la puta boca».

Horsburgh te miró primero con gesto ofendido, y luego enarcó desdeñosamente las cejas con cara de cierta decepción. «Pero hubo cosas que se te escaparon. Las secuencias filmadas en circuito cerrado de la tumba. Seguro que las has visto un montón de veces. Ese tipo de cosas destroza la vista. ¿Qué tal los ojos?».

Te pareció que te la estaba jugando. De repente tuviste muy presentes a tus compañeros, que te veían a través del espejo.

«¿Qué?».

«¿Te fijaste alguna vez en la primera aparición estelar del Hombre de la Parka?».

«En Welwyn…».

«Lo siento, me refería a mi debut en Edimburgo». Hizo una pausa efectista. Tuviste la impresión de que la habitación aumentaba de tamaño mientras que Horsburgh iba empequeñeciendo. «El metraje de las cámaras de seguridad del Burger Palace, en aquel espantoso centro comercial. Lo pasaste por alto, ¿verdad?».

Luchaste por mantener la compostura. «Sigue».

Mr. Confectioner estalló en carcajadas, sacudiendo convulsivamente los hombros. «Supongo que te sobrestimé. Échale un vistazo. La noche antes de llevármela, acudió con su madre y su hermana a aquel inmundo local de comida basura. Si le hubieras echado un vistazo al metraje, me habrías visto allí, luciendo mi fiel parka. Cometiste una negligencia, inspector Lennox».

Notaste las miradas de los demás —Toal, Gillman— clavadas en ti a través del espejo. Sabías que no estarían clavadas en Horsburgh.

«Había arrojado mi pequeño dispositivo a la papelera que había fuera, junto a la ventana. Una pequeña explosión que los atrajera a todos y, acto seguido, un cubo en llamas. ¡Hay que ver lo que les gusta el fuego a los niños! Me resultó facilísimo cambiar la bebida de Tessa por mi brebaje emponzoñado. Sabía que pediría un Sprite. Era lo que bebía siempre. Rogué por que al día siguiente Britney fuese sola al colegio, y en efecto…», dijo, regodeándose antes de proseguir: «Lo demás transcurrió grosso modo según tu descripción. Si me deshice de los libros escolares y de la mochila fue sólo para liaros. Una pequeña tomadura de pelo. Me hacía mucha ilusión imaginarte dándole vueltas con toda seriedad al significado profundo de unos actos completamente lúdicos. Pero… ¿no se te ocurrió echar un vistazo a las secuencias de la cámara de seguridad de la hamburguesería de la noche anterior? Una labor policial muy chapucera, Lenno…».

Recorriste de un salto la fría distancia que os separaba y cerraste las manos en torno a su garganta. Pero a pesar de que Mr. Confectioner relajó el cuerpo y no ofreció resistencia, en sus ojos desorbitados no había señal alguna de miedo. Al contrario, sus gruesos labios lucían una sonrisa enfermiza; recordaba un espantoso muñeco de ventrílocuo. Y le oíste decir, con un hilo de voz áspero y fantasmal: «Sienta bien, ¿verdad?».

Y entonces, con un pausado movimiento de caricia, Gareth Horsburgh llevó una de sus manos a tus genitales. Te quedaste de piedra, paralizado por el contacto del pederasta en tu pene, y te diste cuenta, horrorizado, de que tenías una erección. Le soltaste y retrocediste en el preciso momento en que Gillman y Notman irrumpían en la sala.

«Ahora empiezas a comprender», dijo Mr. Confectioner al tiempo que se masajeaba la garganta.

Entonces viste cómo se hacía. Viste a Gillman colocarse lentamente detrás de Horsburgh. Viste cómo la altanería daba paso a la aprensión en los ojos del pederasta. Viste al pedófilo nervioso tratar de armarse de valor. Estaba a punto de hablar cuando Gillman dijo, en un tono neutral y sin alterarse, como si hablase del tiempo: «Ahora eres mío».

«No le dejéis marcas», cuchicheaste, en un intento lamentable de recobrar una autoridad que sabías que habías perdido en cuanto cerraste la puerta, abochornado por

el secreto a voces que os envolvía a tus hermanos agentes y a ti, tan íntimo y taimado como el sexo clandestino.

Fuiste a la antesala y te desplomaste en una silla junto a Toal. Miraste con gesto derrotado la pantalla. Hay muchas formas de hacerle daño a alguien sin dejar marcas. A todos los interrogadores de todos los cuerpos de policía del mundo se las enseñan, de modo oficial o no, dependiendo de la naturaleza del régimen. Estabas seguro de que Gillman, que ahora se encontraba a espaldas de un desasosegado Mr. Confectioner, con una toalla blanca en las manos, se las sabía todas.

«Todo el rollo ese de ser un cazador», dijo con una sonrisita de suficiencia mientras hacía restallar la toalla, «me ha hecho una gracia enorme».

El silencio de Gareth Horsburgh equivalía al reconocimiento de que ahora el verdadero terror iba a infligírselo alguien que entendía de veras lo que era castigar.

«No acabo de verlo, ¿sabes?», comentó Gillman, sacudiendo la cabeza. «Yo lo único que veo es a un tipo de mediana edad que vive en casa con su mamá».

No pudiste quedarte. Te incorporaste de golpe, saliste y bajaste las escaleras, abochornado una vez más por el pederasta. Toal, que había salido detrás de ti, te alcanzó camino de la calle. Bajo un penetrante aire frío, tu jefe te largó el consabido sermón acerca de ser un buen agente que había hecho una buena labor. También el de no acabar como Robertson y terminar hundiéndote. A continuación te dijo en voz baja: «Te han filmado saliendo de un bar de Newcastle frecuentado por camellos».

«Jefe, yo…».

«No digas nada, Ray», dijo Toal mientras sacudía la cabeza de un lado a otro. «Nos hemos ocupado de ello. No le digas nada a nadie. He concertado una cita para que vayas a ver a la terapeuta Melissa Collingwood. Estás oficialmente de permiso hasta nuevo aviso. Ve a casa de Trudi, Ray».

Asentiste con la cabeza y saliste a Comely Bank Avenue, donde tomaste un taxi que te llevó al pub Jeanie Deans. Lo único que te pasaba por la cabeza era: no se me ocurrió lo de la cámara del centro comercial, en la hamburguesería. Había una para comprobar quién entraba y salía de los servicios, y otra sobre los mostradores, para los atracos y las agresiones a los empleados. Sencillamente no se me ocurrió pensar en la noche anterior. ¿Por qué? Porque sólo pensaba en Angela, y que había sido una arpía sucia y perezosa por intoxicar a su propia hija con su comida de mierda.

Así que acudiste al bar que solías frecuentar con Robbo y varios otros polis desafectos y quemados. Allí te encontraste con algunos de los muchachos y bebiste un montón de vodka antes de que un chiste de mal gusto te dejara fuera de combate.

18. En cubierta

Lennox regresa en coche hacia la costa del Golfo a una media de ciento veinte kilómetros por hora, con el aire acondicionado apagado y las ventanas bajadas; olfatea el aroma de la noche mientras abandona la autopista siguiendo el desvío que conduce a la Autopista 41 y pasa a la vía de acceso curvilínea que lleva a Bolonia.

A los treinta y cinco años se siente súbitamente viejo; tiene la impresión de que el paso del tiempo le acosa a un ritmo vertiginoso. El intervalo entre los veintiocho y los treinta y cuatro le pareció estático, un paréntesis bienvenido tras dos décadas de inestabilidad casi abrumadora, pero el trigésimo quinto año de vida representó para él un salto cuántico hacia la mediana edad. Atormentado por la angustia, se pregunta cuándo tendrá lugar su siguiente aniversario catastrófico; la curiosidad de probarlo casi le supera. Lennox cree que debería estar contemplando estrellas titilantes desde un promontorio, entre las oscuras y nudas copas de los árboles, pero está demasiado ocupado recorriendo esta carretera sinuosa, tan traicionera en comparación con las agradables autopistas americanas y que no aguarda sino el momento de cobrárselo como víctima. Tiene que concentrarse y reponerse de la fatiga, pero también presiente que en esos cielos acecha una seducción inquietante; aquí abajo las estrellas parecen más cercanas, fuegos artificiales paralizados en pleno estallido, arracimados en el aire con aire severo y aciago.

A ras de suelo, el aire sigue concentrando una humedad tan fina como una telaraña, pero mientras la carretera serpentea todavía más, el rumor de las palmeras en las alturas anuncia un vendaval en ciernes. De pronto, a su derecha, unas luces de intensidad variable titilan entre los árboles y de entre los manglares emerge la ciudad.

Conduce rumbo al muelle, con el puerto deportivo a la izquierda: las farolas brillan sobre las ondas del mar y las estrellas se han convertido ahora en pálidos atisbos de luz trémula en un cielo impenetrable, y entre la oscuridad moteada que asoma por el norte ve ominosos nubarrones de tormenta. Se avecinan de forma amenazadora atravesando las marismas con la ayuda de los vientos procedentes de los manglares.

Metiéndose en un parking desierto cercano, ve el barco de Chet amarrado bajo una farola encendida. Cuando sale del coche, una figura solitaria emerge del despacho donde están las aseguradoras e inmobiliarias.

«Has tenido la tremenda suerte de pillar aquí al bueno de Chet».

Don Wynter da vueltas a un llavero mientras señala con la cabeza el barco atracado. «Para mí que tiene pensado hacer un viaje largo. A los Cayos o incluso a las Bahamas. Lleva un montón de suministros; lo sé porque soy yo el que se los vende»,

dice el viejo entre risotadas. «Pero la verdad es que no suelta prenda. Para mí que tiene algún bomboncito escondido en alguna parte».

«¿No hay nadie más a bordo?».

«Para mí que no», dice el capitán de puerto parlanchín, y enseguida comienza a dar más detalles, pero Lennox ha dado bruscamente media vuelta y se dirige hacia la embarcación. Al subir por la plancha, contempla las aguas oleaginosas antes de meterse de un salto en la impoluta embarcación. Está todo a oscuras, pero del camarote de abajo sale luz. Sin embargo, Chet está en el puente y a ambos hombres les sobresalta la presencia inesperada del otro.

«Lennox… ¿Qué…? ¿Qué haces aquí?».

«Me olvidé algo», dice éste con hosquedad, y baja sin pedir permiso al área de cocina y comedor. La revista, sobada y con las esquinas dobladas, está encima de la mesa, donde Tianna la dejó, sin que al parecer la haya tocado nadie. La recoge; el semblante de la novia-modelo, radiante, le resulta extrañamente seductor. Entonces se fija en que la puerta del dormitorio grande está cerrada. La abre y echa una mirada dentro. Está vacío. Así que sube los cuatro escalones de roble y regresa a popa.

Chet está de pie temblando delante de él, pero pese a que la brisa sopla cada vez más fuerte, aún no ha hecho desaparecer la humedad del aire y no hace frío. Se fija en la revista.

«Debe ser muy valiosa para que hayas vuelto a buscarla».

«Sí», admite Lennox, «lo es». A continuación levanta la vista y comenta: «El tiempo ha empeorado un poco».

«Sí, pero los pronósticos no son demasiado malos. Las nubes deberían pasarnos por encima», dice Chet distraídamente. «¿Tianna está a salvo y bien?».

El radar de Lennox vibra. La seguridad de Tianna acababa de venírsele a la mente. «Sí, está con unos amigos míos».

«Estupendo», dice Chet con nerviosismo.

Lennox nota un pinchazo en el brazo. Se golpea con la revista, que lleva en la otra mano, en un área quemada por el sol, pero chafa al mosquito que acaba de hincharse con su sangre. «Hijo de puta», salta.

«Uno acaba inmunizándose; además, los de aquí no transmiten la malaria».

«No tengo intención de quedarme por aquí el tiempo suficiente para inmunizarme», dice Lennox. «Sólo una pregunta», dice, aunque sepa, fiel a la tradición policial, que a ésta le seguirán otras. «¿Ha estado alguna vez a bordo de este barco Lance Dearing?».

En el instante en que las palabras terminan de salir de su boca se da cuenta de que Chet está mirando por encima de su hombro. Entonces oye ruido en la escalera, pero no logra reaccionar a tiempo; algo choca con él con fuerza y es como si le saltasen los dientes de la cara por la espalda. Da un traspié, lucha por mantenerse en pie, pero la

explosión de color naranja de su cabeza se desvanece dando paso al negro. *Sobreponte a esta mierda. Pelea*. No siente nada, pero ve un revoltijo de pargo rojo y patatas fritas que, saliendo de sus entrañas, va a parar sobre la cubierta del barco. Alguien está encima de él, bajándole la cabeza sobre su propio vómito. No puede resistirse, es como una marioneta a la que le han cortado las cuerdas. Piensa inmediatamente en Dearing y Johnnie mientras nota que le atan las muñecas con algo —sospecha que se trata de sedal de pesca— y luego los tobillos. Lennox cierra con fuerza los párpados y le rechinan los dientes. Ahora es consciente de un espasmo en la garganta, y cuenta en silencio, a la espera de una tregua que le permita tragar o expulsar sus regurgitaciones parciales. Después tiene la impresión de estar respirando aire fresco a través de un agujero en el pecho.

Mientras se le aclara la vista, recoge las rodillas y se examina los tobillos, confirmando sus sospechas sobre la naturaleza de sus ligaduras. Entonces aparece ante sus ojos la silueta de una bailarina de barra americana y el eslogan YO AYUDO A LAS MADRES SOLTERAS; Johnnie está en cuclillas junto a él. Además de la camiseta, lleva un par de pantalones de poliéster. Lennox inspecciona el panorama con ojos somnolientos: ni rastro de Dearing. Ve el logotipo azul de *Perfect Bride*; la revista yace boca arriba entre su vómito.

Johnnie tiene en las manos una llave inglesa enorme y oxidada, y le está gritando algo a Chet. Lennox no consigue entender las palabras. Tiene la cabeza a punto de estallar y el hedor del vómito se le ha alojado en la nariz y la garganta. Sus bocanadas han alcanzado la velocidad de una locomotora a vapor. Cada una de ellas requiere atención. Apoyando la cabeza en la cubierta, cierra los ojos y yace aletargado durante lo que podrían ser horas, pero cuando los abre, la distancia de las luces del puerto indica que sólo han transcurrido unos minutos.

Intenta tragar. La saliva se niega a formarse en su árida boca y su garganta. La cabeza le retumba, los oídos le estallan, y la acre fetidez de su propia pota le sube a las fosas nasales desde la camisa. Tiene los tendones del cuello tirantes; es como si su cráneo fuese de plomo. Las ceñidas ligaduras de sus muñecas le impiden enjugarse el sudor, que le irrita los ojos. Intenta orientarse, mientras se apoya contra los asientos de la cubierta de la parte posterior de la embarcación. Ve a Chet al timón mientras el barco surca las aguas. El viejo empleado de la Hacienda Pública no puede mirar a Lennox, como si ser testigo de su humillación fuese una cruz demasiado grande.

Un hondo temor se apodera de él. El hecho de dedicarse a resolver casos de personas asesinadas en circunstancias sospechosas le ha vuelto aún más reacio a unirse a ellas. Los polis querían saber lo que comía el muerto que está sobre la mesa, lo que vestía, lo que bebía, lo que leía, a quién conocía, con quién follaba y cómo le gustaba hacerlo. Fisgoneaban debajo de las uñas, en la boca, en el culo, alrededor de los genitales y dentro del estómago. Después estudiaban minuciosamente tu

correspondencia, tu diario, tus correos electrónicos, tus cuentas bancarias e inversiones, hasta llegar a conocerte mejor de lo que tú mismo te conocías en vida. A Lennox siempre le ha atormentado el presentimiento humillante de que su yo espiritual se vería obligado a presenciar los ignominiosos abusos a los que serían sometidos sus restos mortales.

Lo último que quiere es que le toquen, pero cuando alguien tira de él por el sobaco para levantarle, la sensación resulta extrañamente reconfortante. Le duele tanto el cráneo que se lo imagina abierto por la mitad, con los sesos chorreando por la parte de atrás y deslizándose por la resbaladiza fibra de vidrio blanca del barco hasta caer al mar. La náusea se hunde en las profundidades de sus carnes como un ancla. Afianza las suelas de las zapatillas en un intento de agarrarse a una cubierta lubrificada por sus propias potas.

«No pasa nada», le dice una voz al oído. Siente en las posaderas el asiento de plástico; baja las caderas para colaborar con la fuerza que le acomoda en él. «¿Estás bien?», pregunta Johnnie; a Lennox le sorprende la genuina preocupación de su tono de voz.

«Creo que me has fracturado el cráneo». Mira fijamente la barba de varios días en el mentón de Johnnie. «Tengo que ir a un hospital».

«Si estás lo bastante despierto para hablar así, no necesitas ningún hospital». Ahora Johnnie adopta una actitud infantil y rebosante de espíritu de contradicción.

«Así que tú eres médico, ¿no?».

Johnnie ha perdido la llave inglesa, pero Lennox ve que lleva un cuchillo de buceador en el cinto, que parece fuera de lugar y contrasta con la pernera de poliéster.

«No quería hacerte daño», dice, sacudiendo la cabeza, «pero ¿por qué tienes que andar metiendo la puta narizota en los asuntos de los demás?».

«Va todo en el mismo lote», dice Lennox, tirando de las ligaduras. La naturaleza inflexible de la restricción le provoca un pánico que se esfuerza por combatir. Va a ahogarse. Le van a arrojar por la borda. La fuerza del mar va a aplastarle los pulmones y a sacarle el aliento. Visualiza su última bocanada, una burbuja hecha tangible y mensurable por el agua que la rodea. La imagina explotando al llegar a la superficie, liberada, mientras que su cuerpo exánime flota por debajo.

«¿Qué lote es ése?», pregunta Johnnie.

A Lennox no se le ocurre ninguna respuesta. Entonces Chet deja el motor en punto muerto para que el barco navegue a una suave velocidad de crucero. Lennox piensa en la polilla y se estremece. El terror se refleja en su mirada y se da cuenta de lo fantasioso de sus ideas acerca de la muerte decorosa.

¿Cómo he acabado aquí?

Mr. Confectioner; fue él quien me jodio el coco. Cada vez que Lennox se encontraba con Horsburgh, quería que la tierra se tragase a uno de los dos. Después

se retiraba al pub y bebía para tratar de borrar lo que había oído de boca de aquel hombre. Una raya de cocaína ayudaba. ¿Había sido Horsey, Mr. Confectioner, quien le había conducido allí?

«¿A qué viene el puto retraso?», le grita Johnnie a Chet. «¡No hemos venido aquí a ver putos delfines, joder!».

Un ave marina grazna, y Lennox siente cómo la humedad que levanta el barco le limpia el rostro. Le invade una calma asombrosa y sus reflexiones se vuelven más abstractas. Un dato extraño pero urgente le viene de golpe a la mente: *la pieza ausente del rompecabezas tiene que ser un delantero que marcase más de veinte goles por temporada. En el momento actual la carga de exigencia goleadora que había sobre los hombros de Skacely Hartley en el medio campo era desmesurada*. Entonces se da cuenta de que Chet está perdiendo los papeles y vendiéndole a Johnnie el viejo número del miedo a encallar.

«Estamos en los malditos bajíos y sin contar con tu culo mantecoso esta embarcación pesa diez mil kilos. ¡Te sugiero que procedamos con un poco de cautela si no quieres que encallemos y venga a buscarnos el guardacostas, joder!».

Johnnie mira a Chet con gesto boquiabierto y malhumorado; está a punto de decir algo pero se contiene. En su lugar, sujetándose a la barandilla periférica del barco, le dice a Lennox: «Vale, gilipollas. ¿Tú quién cojones eres?».

Lennox sigue pensando en Mr. Confectioner, Gareth Horsburgh. En la arrogancia del pederasta provocador: como si fuera un numerito que hubiera ensayado en privado muchas veces. Recuerda haberle preguntado a Stuart cómo preparaba sus papeles; el joven abogado corrupto que interpretó en *Taggart*, el veterinario en prácticas de *Take the High Road*[40], el delincuente juvenil hasta las cejas de drogas de *The Vice*[41].

Busca la esencia del personaje. Hazte uno con ella y utilízala.

¿Qué habría hecho Horsburgh si el cautivo fuera él? Se habría mostrado desdeñoso y burlón; habría hecho gala de su desprecio por aquellos insectos. El altanero funcionario, con su maletín y sus sándwiches, habría presumido de ser el animal más grande, más inteligente y más malvado de aquella jungla.

«Nunca quise involucrarme en todo esto, Johnnie». Oye su tono de voz, cortado y preciso. «Ahora voy a pedirte que hagas algo por mí».

«¿Qué… qué cojones quieres que haga *yo* por *ti*?».

«Voy a pedirte que te deshagas de mí».

Y Ray Lennox, Mr. Confectioner, intenta incorporarse. Consigue levantar el culo del asiento dos centímetros antes de que el movimiento del barco le devuelva bruscamente a él y le propine un golpe en la columna vertebral.

«Estate quietecito si no quieres que haga eso exactamente», dice Johnnie. «¡Echaré tu triste culo entrometido por la borda!».

«Pero si es lo que quiero que hagas. Quiero facilitarte las cosas», le ruega Lennox-Confectioner, intentando volver a enderezarse. «Ayúdame un poco y saltaré».

«No desde mi barco», brama Chet por encima del rumor de los motores. «Nunca he perdido a nadie en el mar y no tengo inten…».

«¡Cierra la puta boca!», ruge Johnnie antes de empujar a Lennox con una mano, obligándole a sentarse de nuevo y sujetándose a la barandilla con la otra. «¡Te lo advierto, gilipollas!».

Ahora Lennox mira a Johnnie con ojos deliciosamente entrecerrados, experimentando el palpito del poder en sus miembros constreñidos. «Sabes lo que quiero. Porque sabes que soy como tú y que sólo hay sitio para uno de los dos».

Chet se aferra al timón con la espalda rígida y los hombros levantados. Al volverse, tiene los ojos tan desorbitados y encendidos como la calavera de una bandera pirata.

«¿Pero qué demonios estás diciendo…?».

Johnnie mira a Lennox con gesto estupefacto, y a continuación salta una chispa de interés.

«Cuando me tropecé por casualidad con vuestro nidito de víboras me entró una emoción tremenda», cuenta Lennox con un deje amanerado y todos sus sentidos convertidos en mera correa de transmisión de la voz de otro: de alguien odiado. «Verás, había estado enviando correos electrónicos a casa, a mi propia organización, intentando entrar en contacto con espíritus afines en los Estados Unidos. Pero no tuve suerte. Andaba cazando por libre cuando la conocí, por azar. A la madre. Era casi como si la oliera; siempre se puede. Y a la niña. ¿Sabes cómo me llamaban allá en Gran Bretaña, Johnnie? Mr. Confectioner. Pero jamás he tentado a una niña con golosinas. Las madres, sin embargo, eran otra cosa. A ellas las compraba con unas cuantas copas y un poco de camelo».

Lennox ve reflejada su propia fealdad en los ojos de Johnnie. Como cuando miraba a Horsburgh.

Hay que ver cómo me ha marcado, cómo te marcan siempre.

«Una mujer boba y descuidada con problemas de autoestima, y una deliciosa ninfa, adiestrada para dar placer y no decir palabra al respecto. Estaba a punto de dar el paso decisivo cuando tú, Johnnie», dice con un lacónico gesto de asentimiento, «casi lo echas todo a perder con tus torpes modales. No obstante, en realidad debería darte las gracias. Fue tu acción la que acabó poniéndola en mis manos. Pasé una noche maravillosa en aquella habitación de hotel, Johnnie. Toda una victoria; se agradece».

«No dices más que gilipolleces», dice Johnnie, con ambas manos, pálidas, sobre la barandilla, pero su tibia expresión de desdén no logra ocultar su fascinación.

«Cerrad el pico», les espeta Chet. «¡Cerrad la boca, putos pervertidos!», y explota

a continuación en un alarido desesperado. «¡Ya estoy harto de vuestros putos chantajes! ¡HASTA AQUÍ HEMOS LLEGADO!».

Ahora Johnnie deja de mirar a Lennox y clava su mirada en Chet. «¡Cómo le cuente esto a Dearing, estás acabado, viejo!».

«Así que el botín es para el vencedor», sentencia Lennox con voz entrecortada, volviendo a atraer la atención de Johnnie. «Es tuya, y yo nunca volveré a gozar de la belleza de un coñito sin vello».

«Nosotros la vimos primero, cabronazo: estuvimos vigilando a esa zorra tonta del culo de la madre durante meses…, ¿crees que disfrutaba cepillándome a esa bruja llena de estrías?». Señala a la bailarina que lleva tatuada en el pecho. «A mí me van los chochitos jóvenes y punto. Yo hice el trabajo sucio de los huevos y entonces apareció Dearing, tan pancho…». Johnnie se para en seco, como si se diera cuenta de que ha hablado de más.

«Está bien», dice Lennox mientras Chet gime algo más que no acaba de captar. «Pues a la mierda: échame a los peces. A mí también me gustan los chochitos jóvenes; de hecho, no puedo vivir sin ellos. ¡Fue una buena racha mientras duró!».

Johnnie sacude enérgicamente la cabeza. «No vamos a echar a nadie a los putos peces…».

«Pero aquí el que manda es Lance. Querrá deshacerse de mí, y después te destruirá a ti, mucho antes de lo esperado, Johnnie».

«No sabes nada de nosotros…».

«Por lo que acabo de oír sé que el trabajo sucio lo haces tú y que él se queda con el beneficio».

Johnnie se pone tenso y apoya una mano en la cadera. «Joder, es así de claro», admite.

«Y también sé que yo podría darte más opciones». Lennox echa un vistazo a las aguas oscuras y tranquilas antes de proseguir: «Los Estados Unidos están acabados, Johnnie. Están plagados de agentes federales y de la DEA. Drogas, terrorismo, inmigrantes ilegales: toda esa atroz paranoia con las fronteras. Donde vivo yo, traemos a una chicas verdaderamente hermosas: europeas del Este, asiáticas. Los controles fronterizos son pocos y las alertas antiterroristas casi nulas. La mayoría de ellas ni siquiera habla inglés. Las tailandesas, Johnnie…», dice mientras su adversario se relame, «… son de lo que no hay. Como salen de la nada, se contentan con lo que sea. No son unas niñatas saturadas de MTV que esperan que les hagas regalos a todas horas; son silenciosas y obedientes, como a nosotros nos gusta, ¿verdad?».

Una sonrisa como la hendidura de un hachazo divide la pálida faz de Johnnie en dos mitades.

Lennox se esfuerza por corresponder a la sonrisita de complicidad. «Podría

solucionarte la vida, Johnnie».

«Joder, a mí me suena de rechupete», dice Johnnie. Entonces vuelve a poner cara de circunstancias. «Pero Dearing…».

«Olvídate de Dearing. Es un poli. Si empiezas a esconder cadáveres —y me da la impresión de que todo el asunto este se está yendo a la mierda—, ¿quién se va a comer el marrón? ¿La poli o los pringaos?». Lennox le grita a Chet: «¿Y tú qué, Lewis? No eres un asesino. ¿Vas a dejar que Dearing te lleve al huerto?».

«¡CALLAOS! ¡CALLAOS DE UNA VEZ, PERVERTIDOS DE MIERDA!».

Johnnie se vuelve y mira a Chet. «¡Anda y que te folien!».

«¡Ponte de mi parte, Johnnie!», grita Lennox. «¡No te arrepentirás!».

Johnnie asiente con un bobo gesto de complicidad; Lennox casi no da crédito. *Vaya un puto memo*. Y ahora se ha colocado detrás de Lennox y le corta las ataduras con un cuchillo de dientes de sierra. *No está bien de la cabeza*. Con la cara aplastada contra el fofo pecho de Johnnie, casi se compadece de Dearing por tener que cargar con un compinche tan inútil.

«No me vendría nada mal una ayudita, Ray. Las cosas se han salido un poco de madre. Dearing cree que se las sabe todas, pero…».

A Johnnie se le escapa un grito ahogado y los ojos se le dilatan antes de ponerse en blanco; se desploma hacia delante, aplastando a Lennox, que intenta en vano quitárselo de encima. Descollando sobre él y con un extintor en las manos, aparece Chet. Lennox se encuentra inmovilizado, con la mole inconsciente y jadeante de Johnnie sobre el regazo, incapaz de soltar las ataduras restantes. Trastornado por la cólera, Chet sigue con el extintor preparado.

«¡Putas escorias! ¡YA ME TENÉIS HARTO!». Levanta el cilindro metálico sobre la cabeza mientras Johnnie resbala de encima de Lennox y va a parar sobre la cubierta con el ruido de un pez recién sacado del agua.

«¡ALTO!», chilla Lennox. «¡No soy lo que piensas!».

Chet vacila y se tambalea, pero conserva el equilibrio, mientras Lennox se da cuenta de que nadie maneja el timón.

«Me inventé esa mierda para ganar tiempo con el gilipollas este». Baja la vista para mirar a Johnnie, que gime sin parar.

«Joder, nadie juega limpio», murmura éste, sin aliento y delirando, «sólo el viejo Johnnie intenta jugar limpio…».

Chet no está dispuesto a soltar el extintor. «Ya estoy harto de faroles y de engaños…».

«¡COMPRUÉBALO! Joder, comprueba la documentación que llevo en la cartera. ¡Soy poli!», grita Lennox. «Tianna está a salvo, está con mi prometida, Trudi. ¡En la cartera llevo un número de teléfono al que puedes llamar para preguntárselo!».

Por fin, Chet baja el extintor. Coge a Lennox del cuello con su cazo de

powerlifier. «Debería…», empieza a decir en el momento en que Lennox nota que el aire no le pasa por la garganta, pero con la otra mano el marinero le extrae la cartera del bolsillo. Relaja la presión y lee una tarjeta mientras Lennox se afana por respirar.

«¿Policía de Lothian and Borders? ¿Y eso qué demonios es? Ni siquiera es Alaska… o Utah…, ¡aquí no tienes ninguna jurisdicción! ¿Qué demonios tiene que ver contigo todo esto?».

«Nada», dice Lennox, respirando agitadamente y luchando por llenarse los pulmones de aire. «Una puta mierda. Soy policía y estaba aquí de vacaciones con mi prometida. Estábamos planeando la boda. Reñimos de lo lindo, me fui con el mosqueo a cuestas y conocí a Robyn y a su amiga en un bar. Entonces…, en fin, lo demás ya lo sabes». Señala con la cabeza a Johnnie, que sigue tendido en la cubierta viendo las estrellas y gimiendo.

Chet le mira durante unos segundos. «Te creo», dice al fin. «Te soltaré y luego…».

Pero de pronto Johnnie se incorpora de un salto, con sangre cayéndole en cascada por la espalda. Saca el cuchillo del cinto e intenta asestarle un tajo a Chet pero no lo logra.

«¡PODRÍAS HABERME MATADO, PUTO IMBÉCIL!».

Chet pega un chillido y sube corriendo a la proa con Johnnie pisándole los talones.

«¡No huyas de ese gordo cabrón! ¡Eres un *powerlifter*! ¡Pártele el cuello, joder!», vocifera Lennox.

Entonces se produce un parón irresistible y ruidoso; el impacto le hace salir disparado del asiento mientras ve desaparecer de la cubierta a Chet y a Johnnie, como si fuesen ayudantes de un mago. No le da tiempo a desentrañar lo que sucede: sigue maniatado mientras sale proyectado por la popa y se estrella de espaldas contra los escalones que llevan al puente.

Tras esa discordante pérdida de ímpetu, las cosas se ralentizan. Lennox sacude la cabeza para despejarse un poco. El barullo desgarrador de los motores, que parece una batidora amplificada por un equipo de sonido, le dice que el barco ha encallado. Intenta recobrar el aliento. Mientras los mecanismos de propulsión siguen rugiendo, Lennox, resollando de impotencia, no consigue averiguar qué ha sido de Johnnie y Chet, aunque todo parece indicar que el impacto los ha arrojado a ambos por la borda. Se aproxima a pulso hasta los escalones que conducen al camarote, pasando las piernas por encima. La caída es considerable y lleva los tobillos atados, pero no le queda otra opción. Tragando saliva, respira hondo para vaciarse de todo lo superfluo para el salto. Su cuerpo parece desprenderse de su esencia al caer, pero Lennox vuelve a ser uno de nuevo cuando sus pies golpean el suelo antes de que, al caer de lado, un dolor brutal le haga creer que se ha roto el brazo. Levantándose a pulso y

apoyándose contra una encimera, se coloca en posición a fuerza de saltitos e introduce el sedal de pesca que le aprisiona las muñecas entre los dientes del abrelatas eléctrico. Incapaz de ponerlo en marcha, va serrando como puede. Cuando el sedal salta y queda libre, el dolor del brazo está a punto de hacerle perder el conocimiento. Lennox se apoya sobre su mano derecha hecha papilla y respira hondo, tratando de moderar su ritmo cardíaco. Después rebusca en los cajones abiertos hasta encontrar otro cuchillo con dientes de sierra que se lleva a los tobillos, estremeciéndose de dolor mientras se libera a tajo limpio.

A su alrededor, el casco entero, colocado ahora en un ángulo de veinte grados, emite chirridos y aullidos que se lleva el viento, sacudiéndose y crujiendo, como si se desgarrara. Las puertas de los armarios se han abierto de golpe, y las provisiones caen y cubren el suelo de la embarcación.

Lennox se frota la nuca con su maltratada mano derecha. Le ha salido un bulto con forma de huevo que está tierno al tacto pero no sangra. El dolor del brazo izquierdo es insoportable y no logra levantarlo más allá del pecho. No obstante, la adrenalina hace su efecto, y sube las escaleras a pulso, saltando a proa. Arriba, en la cubierta superior, a estribor, está Johnnie, blandiendo el cuchillo pero sin atacar a Chet, que se sujeta a la barandilla y trata de regresar al barco volcado.

«Déjame subir si no quieres que se queme el motor», le advierte éste.

Joder, menos mal que son un par de aficionados que no saben lo que hacen, se consuela Lennox. Pedófilos asquerosos, vale, pero sin comparación con un asesino desquiciado como Horsburgh. Lo suyo es pederastia pura y simple; no tienen plan B de ninguna clase, ni estrategia de retirada. Las cosas les están saliendo mal, como había comprobado que acababa sucediendo con el tiempo en toda actividad criminal. Pasaba como con los corredores de apuestas o los casinos: las grandes ganancias ocasionales no hacían sino acelerar la llegada de la siguiente pérdida devastadora.

Pero está que hierve de asco y tiene ganas de desahogarse violentamente: «¡Venga, bola de sebo!», chilla, «¡ven, que te voy a dar lo tuyo!».

Johnnie se vuelve y se acerca a Lennox, cuchillo en mano, esforzándose por atravesar la cubierta inclinada. A pesar de su mole, Lennox se da cuenta de que desborda miedo. Había encasillado por error a aquel fumeta onanista en el papel de matón del *barrio*[42], pero Johnnie está tan fuera de su elemento como el barco varado.

Lennox adopta una guardia lateral de púgil, y pese a que el brazo izquierdo sigue doliéndole, consigue alzarlo hasta una posición de bloqueo. Hace blanco con un par de débiles directos que le duelen más a él que a su adversario; sin embargo, el mero shock del impacto prácticamente basta para incapacitar a Johnnie. Este consigue asestar un tajo poco enérgico y muy abierto que le desequilibra, lo que permite a Lennox dar un paso al frente y atizarle un codazo con la derecha para evitar dañar

más aún su maltrecho puño, seguido por una patada circular que derriba a Johnnie mientras éste lanza golpes alocados al aire. Tras varios golpes más, Johnnie deja caer el cuchillo y Lennox le sacude a voluntad.

«Vine aquí de vacaciones con mi prometida para ALEJARME de escoria como tú. Y el cabrón de Dearing es un puto poli». Patea el rostro del gordo, arrancándole un gañido perruno. «¿Dónde la tenéis, Johnnie?», pregunta Lennox entre golpe y golpe. «¿Dónde está Robyn? ¿Dónde está Dearing? ¿Dónde está esa puta de Starry?».

El ruido de los motores apenas deja oír los gemidos de Johnnie. Pero cuando éstos se apagan abruptamente, Lennox le oye aullar: «¡NO LO SÉ!».

Lennox mira hacia la cubierta superior de estribor. Tras volver a subir al barco, Chet había acudido al puente y había cortado la corriente.

Ahora Johnnie lloriquea como un cachorro; Lennox está sentado encima de él, con el puño lesionado rodeándole la garganta y el otro listo para aporrearle un poco más. Por fin se da lamentablemente por vencido: «Robyn está en su casa; Starry está con ella. Lance está viendo a una gente… esta noche en el Embassy Hotel… en Miami».

Ayudado por Chet, Lennox le da el mismo trato que Johnnie le había propiciado a él, atándole las muñecas y los tobillos con sedal de pesca.

«No pensábamos hacerle daño a nadie», dice Johnnie dócilmente.

«Cierra la puta boca», le espeta Lennox mientras le cruza la cara con el dorso de la mano izquierda. El charco amarillo que va creciendo bajo los pantalones de poliéster le induce a levantarse. Su lento curso rumbo a *Perfect Bride* le indica que el ángulo del barco casi se ha corregido solo desde que Chet apagó los motores.

Lennox aparta la revista de la trayectoria del pis de una patada y le hace un gesto a Chet para que le acompañe escaleras abajo. Toman asiento, mientras Lennox se frota el brazo y, con los párpados cerrados, se masajea los ojos, que le pican.

«Tienes que contármelo todo».

Chet asiente y se fija en el desorden que hay en el suelo; luego se levanta y se dirige hacia un armario todavía cerrado, del que saca una botella de whisky de malta y dos vasos bajos. Lennox hace una mueca ante el licor que le ofrece; su olor le da náuseas.

«Yo de eso no bebo».

«¿Eres escocés y no bebes whisky?».

«Así es», responde Lennox, aunque no cabe la menor duda de que necesita una copa. «¿No tienes otra cosa?».

«Un poco de vodka ucraniano».

«Eso me valdrá».

«¿Con soda?».

«Perfecto», responde Lennox, preguntándose qué hace bebiendo con este hombre

en el mismo momento en que ingiere de golpe el espirituoso y le tiende el vaso para que se lo vuelva a llenar.

Mientras sirve el vodka, Chet le larga su versión de los acontecimientos. «Tienen a Robyn encerrada en su casa con Starry. Por lo visto creen que se ha enterado de lo que se traen entre manos, pero para mí que piensan que sabe más de lo que en realidad sabe…, ¿me entiendes?».

Lennox asiente con la cabeza y le anima a continuar.

«Tengo que salir de esto, Lennox. Esta gente es malvada y está enferma. Son pedófilos y sabe Dios qué cosas más. Dearing me dijo que eras uno de ellos, un intruso que intentaba introducirse por la cara en su club de sexo…».

«No. Desde luego que no».

«Lo siento. No podía saberlo a ciencia cierta».

«¿Y qué pasa contigo? ¿Cómo…?».

«Me estaban chantajeando. No sabía a quién acudir. Dearing es poli, por todos los santos».

Lennox resopla lenta e intensamente. En cuanto se enteró de lo de Dearing, supo que jamás podría acudir a la policía de Miami. Sería como si un poli de las islas Fiji entrase en el cuartel general de Fettes y le dijera al agente que estaba tras el mostrador: «Uno de vuestros compañeros dirige una red de pederastas».

«En cuanto descubrieron mi punto flaco…».

«Conque sí, ¿eh?», le espeta Lennox con gesto amenazador. «¿Y qué punto flaco es ése?».

Chet le mira con expresión abatida. «No es lo que te imaginas. Te juro que nunca he tocado a Tianna ni a ninguna otra menor, ni tampoco las obligué a hacer nada». Lo dice tan categóricamente que Lennox se da cuenta de que la sola idea le da asco. «No obligué a nadie a hacer nada. Sólo me gustaba mirar, pero por supuesto no con niños de por medio. De eso yo no sabía nada. ¡Tienes que creerme, por favor!», le ruega.

«Continúa».

«Pamela ya no estaba, y yo me sentía solo. Se supone que esto iba a ser nuestro paraíso de jubilados; había trabajado y ahorrado e invertido cuidadosamente durante toda mi vida para poder disfrutar juntos de este sueño. Así fue durante unos dieciocho meses, hasta que ella enfermó; cinco meses más tarde había muerto. Cuando conocí a Robyn y a Tianna estaba muy deprimido».

Lennox enarca las cejas.

«Entre Robyn y yo nunca ha habido nada. Ella me dejó muy claro que no le interesaba, y, para serte sincero, a mí tampoco. Pero conocí a Johnnie y Lance a través de ella. Sabía que eran unos canallas, sobre todo Johnnie», dice, volviendo la cabeza hacia la proa, «y que acabarían haciendo lo que hicieron. Al principio sólo se trataba de mujeres. Lo único que yo hacía era dejarles el barco y ver algún que otro

de los vídeos que grababan. Pero son unos hijos de puta muy retorcidos; grabaron de tal manera que todo el mundo sabría que había sido en mi barco. Sabían que mi vida aquí estaba acabada si se descubría».

«Así que acabaste metido tan a fondo que sentiste que tenías que continuar», dice Lennox. Era algo muy común. La gente sometida a chantaje solía capitular pensando en ganar tiempo, pero lo habitual es que acabara agravando el problema y comprometiéndose cada vez más.

«Sí», gime Chet. «Yo nunca habría hecho nada. Jamás traicionaría la memoria de mi Pamela. Pero estaba muy solo y muy harto. ¡Sólo miré un par de veces!», exclama, mirando a Lennox con gesto suplicante.

Ése es el problema. Hay demasiada gente a la que le gusta mirar. «¿Cuándo descubriste que eran pederastas, en lugar de un club de hombres que producía porno *gonzo*?».

Chet echa un buen trago del whisky de malta. «Sabía que aquello acabaría mal, pero no tenía ni idea de que iban a meter a menores de por medio. La gota que desbordó el vaso fue cuando vi un vídeo que habían grabado con una chica muy joven. Empecé a hacer copias de las que guardaban aquí como pruebas. Pensaba abatir a aquellos animales antes de que le pusieran las manos encima a Tianna. ¡Es la amiga de mi nieta, Lennox!».

El dedo índice de Lennox sale disparado hacia el nudo de huesos retorcidos que tiene junto a la nariz. «Creo que llegaste demasiado tarde».

«¿Qué?», pregunta Chet con voz entrecortada, con gesto de desesperación.

«¿Dónde están los vídeos?».

«Los tengo aquí», responde Chet, dirigiendo una mirada febril hacia el camarote.

«¿Alguna cosa más?».

«Desde luego», dice. «Tengo una lista de nombres de esos monstruos y sus futuras víctimas. Me metí en su sitio web. Johnnie era un chapucero. Empezó a traer lotes de latas de cerveza y a ponerse hasta el culo. Me exigía que le llevase a pescar. Se quedaba abajo viendo vídeos o entraba en el sitio web. Yo le animaba y esperaba hasta que estuviera borracho y se hubiera dejado la ventana abierta en el ordenador. Está todo encriptado, por supuesto. Tienen su propio lenguaje; todo está formulado en jerga empresarial, que si "ventas", "marketing" y "cerrar el trato". Pero de lo que en realidad hablan es de incitación». Se pone en pie de un salto. «Como ese hijo de puta le haya hecho algo a la niña…».

«Sí», asiente Lennox, pero se levanta y coge a Chet de la muñeca. «Luego. Él no va a ir a ninguna parte».

Lennox vuelve a pensar en el Club Deuce y en el Myopia y en el tipo al que mandó a paseo. Era evidente que Starry le tomó por un pederasta y trató de endosarle a Robyn. «Ya capto». Le da un golpecito al vaso que está sobre la mesa. «Necesitaré

una copia de esas listas como prueba».

«Pruebas tengo muchas, Lennox», dice Chet, levantándose y dirigiéndose al camarote. Lennox le sigue y le ve sacar unas llaves, abrir un armario cerrado y extraer del mismo una caja llena de DVD. Hay un listado de nombres y otro con fechas de reuniones. Lennox los examina. Están presentados como si se tratara de documentos de una conferencia de ventas agrupados según categorías constituidas por «agentes», «clientes potenciales» y «pistas». Uno de los «gerentes locales» que destaca en una de las listas es: VINCENT MARVIN WEBBER III, MOBILE, AL.

Después ve una entrada en la que figura: JAMES «TIGER» CLEMSON, JACKSONVILLE, FLA.

Y: JUAN CASTILIANO, MIAMI, FLA.

«No hay nada sobre Lance Dearing. Es demasiado listo para permitir que su nombre figure en ningún sitio», le dice Lennox, fijándose en un cursillo de formación previsto para aquella misma noche en el hotel donde Johnnie había dicho que estaría Lance.

«Así es. Teniendo en cuenta que Dearing es poli, sabía que me crucificarían a menos que dispusiera de pruebas irrefutables. Por eso estaba reuniendo un dossier», explica Chet, entusiasmado y sacando a primer plano el inspector de Hacienda que lleva dentro. «Con los contactos que Dearing tenía en la policía, ¿de quién habría podido fiarme?».

«Sí», admite Lennox. «A veces es difícil saber en quién poder confiar».

Pero hay asuntos urgentes que atender. Chet le explica que están varados en un banco de arena, y que para salir van a necesitar que Johnnie les ayude. Suben a proa y vuelven a atarle los brazos, esta vez delante del cuerpo, desatándole acto seguido las piernas. Cuando Lennox le indica con un gesto que baje al agua, empieza a patalear de pánico.

«¡Ni de coña! ¡Vais a ahogarme!».

«Eso es lo que tendríamos que hacer, coño», gruñe Chet.

«¡No quiero morir!».

«Al carajo», dice Lennox, y Chet se quita los calcetines, las zapatillas y los pantalones de franela y baja la escalera para meterse en las aguas del Golfo. La sensación de frío casi le deja sin aliento. Echa un vistazo a sus calzoncillos y se prepara, y cuando —unos centímetros antes de que el nivel del agua le llegue a la entrepierna— sus pies tocan el fondo legamoso, su alivio es inmenso.

«Vale. ¡Tú!», le grita a Johnnie, «¡mueve el puto culo y ven acá!».

Johnnie obedece a regañadientes, con un poco de torpe asistencia por parte de Chet, que vuelve a subir al barco mientras Lennox y Johnnie agarran las cuerdas y tiran de la embarcación desde ambos lados de la popa. Cuando el shock del frío le recorre como una corriente eléctrica, Lennox siente que se queda sin fuerzas. El brazo

izquierdo le duele mucho; tiene inutilizada la mano derecha. No sucede nada; el barco parece encallado sin remedio. Los soliloquios quejumbrosos y autocompasivos de Johnnie en español le crispan los nervios.

«Cierra la puta boca o te dejamos aquí mismo», le amenaza. Johnnie se da cuenta de que no bromea y redobla sus esfuerzos.

Sin previo aviso, el barco se zafa pícaramente del banco de arena y empieza a ir a la deriva, pasando de largo ante sus narices. Sueltan las cuerdas y ven la nave deslizarse sobre los vítreos fragmentos de luz de luna que titilan sobre la fría superficie malva de las aguas. Entonces los motores rugen y cobran vida y a Lennox se le cae el alma a los pies mientras la nave se aleja resoplando imperiosamente. Ve a Johnnie, a unos tres metros y medio, metido en el agua hasta la cintura; ambos buscan instintivamente las cuerdas, pero están bajo oscuras aguas, fuera del alcance y de la vista. Chet les ha dejado varados en el banco, a la espera de que cambie la marea y se ahoguen. Lennox no es un gran nadador y duda que sea capaz de llegar a la costa, y menos teniendo en cuenta el estado de su brazo. Salvo que le desataran, Johnnie no tiene posibilidad alguna. Lennox mira de un lado a otro, buscando frenéticamente con la mirada luces de otros barcos y luego helicópteros en lo alto. Pero en la tenebrosa oscuridad no se ve nada aparte de la luna fatigada y las luces débiles y distantes de Bolonia.

Lennox capta la mirada de Johnnie justo a tiempo para que el parentesco del miedo, que salta como una chispa entre los dos, le haga sentirse ridículo. Entonces ve que el barco está haciendo un círculo y regresando hacia ellos. Su corazón se calma al darse cuenta de que Chet sólo está maniobrando para apartar la embarcación del banco de arena y conducirla a aguas más profundas antes de fondear. «Venga», les grita, y chapotean durante unos fríos y agotadores metros de agua de escasa profundidad antes de subir a bordo gateando. Chet ayuda a subir a Johnnie a regañadientes, y le dejan maniatado en el dormitorio del fondo de abajo. Lennox se seca y se pone los pantalones y los zapatos antes de poner manos a la obra.

Se sienta ante al timón con Chet. Hace mucho frío, a pesar del impermeable que le ha dejado Chet. Ahora el mar ya está negro como el azabache y no oye nada más allá del motor del barco. Pero Lennox está distraído; le falta algo por hacer.

Abajo, en el camarote, saca del mueble la caja de las grabaciones y las va pasando. Johnnie es uno de los varios hombres que aparecen manteniendo relaciones sexuales con diversas mujeres en vídeos porno domésticos de factura estándar, rodados con dos cámaras y editados entre medios y primeros planos. Los escenarios varían, al parecer, pero el barco aparece con frecuencia, con el protagonismo repartido entre el camarote y la proa. En una de las grabaciones ve el rostro de Robyn, con expresión drogada pero intensa mientras Johnnie se la folla por detrás. Pero en la siguiente grabación aparece una muchacha latina, que parece tener

alrededor de doce o trece años, practicándoles felaciones a dos hombres, uno de ellos Johnnie.

Entonces, junto a la cama, Lennox ve una mochila negra sucia. La coge y echa un vistazo al interior. Algunos efectos personales identifican al dueño como Juan Castiliano. Después saca un tambor que contiene varios DVD. Todos llevan nombres y fechas escritas con rotulador. Ojeándolos, a Lennox se le hiela la sangre al ver uno de ellos: Tianna Hinton.

Lo mete en el aparato y lo pone en marcha, pero apaga el aparato apenas unos segundos después de ver a Tianna desnuda, aletargada y con los ojos medio cerrados, sudando encima de la cama donde ahora está sentado él. En la siguiente toma aparece el agente de policía Lance Dearing aproximándose a ella con expresión amenazadora y lujuriosa.

Pero, al dar paso a la negrura, las imágenes sólo hacen brotar otra sucesión de ellas en su cabeza. El espantoso show de Horsburgh: tuvo que verlo de principio a fin. En la era del vídeo digital, todo quedaba registrado en teléfonos y cámaras —los pecados más aún que los éxitos— para su exhibición on-line ante el mundo entero. ¿Por qué iban a ser inmunes a ese narcisismo precisamente los delincuentes sexuales? Los asesinos eran los mayores divos: el síndrome Raskolnikov, acentuado por una tecnología de la reproducción asequible y la cultura del confesionario. El criminal, el artista, el ciudadano, todos ellos impulsados por la imperiosa necesidad de grabar sus hazañas y obtener su tajada de inmortalidad digital. Y Horsburgh encontró su público: cuando Gillman, con el gesto impasible, se volvió hacia Lennox, hizo un gesto con la cabeza y puso la grabación en marcha.

El vídeo de Horsburgh, grabado en el chaletito alquilado de Berwickshire, estaba mal rodado. Un medio plano tomado por una cámara colocada sobre un trípode, de dos siluetas en una cama, la más pequeña de las cuales estaba atada a los barrotes de metal de la misma por las muñecas y los tobillos. Lo que se veía era sobre todo el cuerpo de Horsburgh, empujando sobre ella con las caderas, pero éste volvió de repente su rostro frío y cruel hacia la cámara con los ojos en blanco y se relamió con un gesto nauseabundo e histriónico. Al principio sólo el horroroso mantra de incredulidad y de terror te comunicó que la niña seguía con vida. Sus gritos no representaban tanto una súplica para detener la implacable agresión como una tentativa estoica de negar lo que le estaba sucediendo. Luego empezó a lloriquear: «Me duele, me haces daño, quiero a mi mamá, quiero a mi mamá…».

Ser testigo de aquello era insoportable, pero tenía que quedarse. Respirando con dificultad, tenía la vista fija en la marca del monitor, justo debajo de la pantalla, y trataba de disminuir mentalmente el volumen y concentrarse en incidentes que había contemplado desde la tribuna de Wheatfield en el estadio de Tynecastle, así como en pensar en el posible desenlace de recientes partidos decepcionantes si George Burley

hubiera seguido en su puesto de entrenador…

Entonces Confectioner abofeteó a Britney y la obligó a concentrarse gritándole: «¡Mírame! ¡Mírame, coño!», antes de volverle la cabeza hacia la cámara y forzar a Lennox a contemplar los aterrorizados ojos de la niña condenada. «¡Mira a la cámara! ¡Que vean quién te está haciendo esto!».

Gillman pinchó el aire con un dedo. «El anillo que lleva. Así es como le desgarró la vagina a la cría, ¿no? Lo han retocado, ¿no? ¿Lo hizo Eddie Atherton? Se le escaparon bastantes cosas en el caso Conningsburgh aquel».

Era como si Gillman estuviese viendo en pantalla las jugadas más interesantes del aburrido partido de fútbol que Lennox había estado intentando visualizar mentalmente.

Y ahora Britney es Tianna y es incapaz de mirar. Pero tiene que hacerlo. No puede no hacerlo. Vuelve a poner el aparato en marcha.

Es distinto. Horsburgh es Dearing. Está bien rodado; hasta hay una suave banda sonora de música ambiental. Bazofia folclórica. Se acuerda del viaje en coche. *¡Me está dando un asco que no puedo con él!* El rostro sonriente de Dearing, su expresión de benévola concentración. Como si *hiciera el amor*. La niña, la criatura aturdida y aletargada, ausente y convertida en una marioneta por las drogas; era Tianna a quien le estaba haciendo aquello. La pobre Tianna, con los dientes separados, su mochila de oveja y sus cromos de béisbol; las manos de Lennox aferran la colcha de la cama; nota en su rostro las lágrimas que nunca pudo mostrar cuando vio el vídeo de Confectioner. Pero el contacto de la yema de un dedo con su piel seca delata su carácter imaginario.

Lennox detiene el aparato. El furor le comprime la garganta como un torno. Siente algo contrayéndose espasmódicamente en su pecho. Se levanta de forma vacilante, saca el DVD del aparato y contempla el disco plateado sin marcar, aparentemente inocuo. Por encima del zumbido de los motores, oye gritos procedentes del otro dormitorio, que se interrumpen abruptamente cuando su fuente de origen ve a Ray Lennox en el marco de la puerta.

«Sigue, por favor. Quiero que sigas gritando», le dice a Juan Castiliano. «Sólo una palabra más, joder: porque eso es todo lo que haría falta para que te corte la puta cabeza», y sus ojos negros, fríos y homicidas, contienen al pederasta, que se encoge de miedo.

Cuando Lennox aparece en el puente detrás de Chet, Bolonia ya se va aproximando. Cuando desembarcan y amarran el barco, el puerto deportivo está prácticamente desierto, aunque el Lobster sigue abierto. Vuelven al salón, donde Lennox le muestra a Chet una selección de las grabaciones de Johnnie, pero no la de Tianna, que se ha guardado en el bolsillo. Hay otras tres chicas jóvenes: por su ropa, que no tarda en desaparecer, parecen pobres, y sospecha que la mayoría de ellas son

inmigrantes centroamericanas.

Chet está aturdido, como zombi, mientras lleva la caja de DVD al Volkswagen. Conducen durante dos manzanas y paran ante un edificio cuyo letrero, blanquiazul e iluminado con luz posterior, anuncia el Departamento de Policía de Bolonia.

«Tenías todas estas instalaciones a bordo y me hiciste ir en coche hasta un cibercafé», comenta Lennox.

«En el mar sale carísimo. Johnnie me estaba chupando la sangre».

«¿Tienes sangre escocesa en las venas?».

Chet hace una pequeña mueca mientras Lennox tamborilea con los dedos sobre la caja que tiene en el regazo. «Llévate todo esto a la comisaría. Cuéntaselo todo. Cómo conociste a Robyn. Que Lance y Johnnie te estaban chantajeando. Llévales al barco; identificarán a Johnnie a partir de algunos de los vídeos. Un buen poli hará que se venga abajo en cosa de segundos».

Chet, aliviado por el peso que acaban de quitarle de encima, relaja los hombros, pero la incertidumbre de su mirada delata que sabe que tendrá que enfrentarse a una nueva ordalía, de desenlace incierto.

«¿Volverás para atestiguar que lo que digo es cierto, Lennox? Diles que me estaban chantajeando».

«Lo haré con mucho gusto, Chet, pero no ahora mismo. Tengo que marcharme».

«¿Qué vas a hacer?».

«Tengo que alejar a Robyn de Starry y de Dearing antes de que se presente allí la policía. Necesita que le den una oportunidad para quedarse con Tianna y rehacer su vida. Se lo merece, a juzgar por las pruebas que tienes aquí». Agita una copia de las listas. «Antes no creía que fuera así, pero ahora sí. Pero es posible que los tribunales y los de protección de menores lo vean de otra forma. Los pederastas están reunidos en el Embassy Hotel ahora mismo. Puedes enviar allí a la policía».

«De acuerdo», dice Chet, desasosegado. «Pero ¿me apoyarás?».

«Te doy mi palabra».

Chet frota su cocorota surcada por las canas. «No tuvo ninguna oportunidad, Lennox. Ya la habían elegido como objetivo desde el otro lado de la frontera del estado, desde Alabama».

«Lo sé», dice Lennox, dándole una palmadita en la espalda. «Y por cierto, Chet», añade con una sonrisa forzada, «mi nombre de pila es Ray, Raymond Lennox».

«¿Lo es? Ah…, disculpa…, Ray», farfulla mientras sale del coche con la caja. Entonces mira a Lennox como si acabara de acordarse de algo. «Tu revista, la revista para novias. Creo que te la has dejado en el barco».

«Compraré otra. Esa está un poco hecha polvo».

«Vale…».

«Buena suerte», grita Lennox mientras el marinero de aspecto espectral se

encamina hacia los escalones de la comisaría, como si caminara por la plancha de un barco pirata.

Lennox arranca el Volkswagen. Robyn puede esperar. Primero va a hundirlos. Con las manos hormigueándole sobre el volante, recuerda por qué odia a esos matones y por qué se dedica a lo que se dedica.

19. Edimburgo: dos veranos oscuros

1981

A nadie le gustan los matones. Incluso los demás matones —a veces ellos más que nadie— sienten cuando menos la obligación de profesarles odio. Y, no obstante, todos hemos sido intimidados y acosados; todos hemos intimidado y acosado a otros. Lo llevamos dentro; cuando son las naciones las que lo hacen, lo llamamos imperialismo. Uno empieza a hacerse preguntas acerca de sí mismo.

¿Quién eres? Te llamas Raymond Lennox y tienes once años. Es verano y estás muy emocionado porque te han regalado una bici nueva por tu cumpleaños, y porque tu equipo, los Hearts, ha subido a primera. Tienes ganas de que empiece la temporada, y has estado estudiando duro para obtener una beca y asistir a una buena escuela secundaria.

Pese a que había llovido mucho, el verano, con la acostumbrada renuencia escocesa, había cedido por fin a una oleada de calor. Era una luminosa tarde de julio, dos días después de tu cumpleaños, el 07-07-70, fecha cuya significación Curtís Park, amiguito tuyo y seguidor de los Hibs, era propenso a restregarte por las narices, pues en una ocasión los Hibs habían ganado a los Hearts por siete a cero en un famoso derby de Edimburgo. El boscoso sendero de Water of Leith, en Colinton Dell, rebosaba todas las tonalidades del verde mientras tú y tu mejor amigo, Les Brodie, vestidos con camisetas y pantalones cortos color caqui, ibais empujando las bicicletas. Mientras sujetabas los manillares, seguías sin poder quitarle la vista de encima a la elegante belleza de la Raleigh color azul. A Les se le había pinchado una rueda, lo que había dificultado vuestro avance, pero habíais recorrido una distancia mayor de lo habitual, seducidos por informaciones acerca de un nuevo columpio «Tarzán» situado río arriba. Ahora el largo y oscuro túnel surgía imponente ante vosotros, no muy lejos de la carretera principal que estaba encima, pero, al ser un valle, la espesa capa de árboles amortiguaba el ruido del tráfico, pese a que podíais oír el rumor del río abajo.

Pero tú eres Ray Lennox.

¿Y él quién es? ¿Siempre tuvo miedo? ¿Siempre estuvo enfadado? No, pero quizás Ray era un pelín propenso al nerviosismo de niño. Desde luego, el enorme túnel le inquietaba. Lo conocía de los paseos dominicales con su padre, John, y su hermana, Jackie. Aquel punto central donde se doblaba y se sumía en una oscuridad total; no se veía ninguna luz visible, ni desde la salida, situada más adelante, ni desde

la entrada, situada a sus espaldas. En ese momento siempre le entraba el pánico, como si la penumbra omnipresente fuera a devorarle. A su padre y a su hermana les gustaba detenerse allí, disfrutar del silencio y, cuando captaban la aprensión de Ray, divertirse tomándole el pelo. Pronto se dio cuenta de que con sólo avanzar o retroceder —según dónde estuviera el sol— podía volver a la luz y romper la tenebrosa maldición.

Al llegar ante la boca del túnel, Ray y Les levantaron la vista hacia los zarcillos de hiedra que pendían sobre ella. «Dicen que el Tarzán del otro lado mola», comentó Les con entusiasmo, pese a que el sol ya se hubiese escabullido tras una nube oscura. Entonces oyeron voces y risas obscenas procedentes del interior. Los muchachos se miraron el uno al otro, primero con aprensión y luego, antes de continuar, con férrea determinación; ninguno de los dos quería reconocer que tenía miedo. Ray estaba deseando decir: *volvamos y echémosle un vistazo a tu palomar*. Pero entonces Les habría sabido que estaba acojonado, pues sabía que a Ray no le gustaban las palomas que criaban él y su padre. Entonces el volumen de los gruñidos procedentes del interior subió un poco; era evidente que se trataba de voces masculinas; Ray se preguntó cuántos serían y cuántos años tendrían.

Qué pronto y de qué modo tan terrible iba a averiguarlo. Al detectar su vacilante aproximación, las voces redujeron su volumen hasta llegar a un silencio que no presagiaba nada bueno. Ray Lennox miró a las luces interiores, dispuestas a intervalos de unos nueve metros; emitían un resplandor débil amarillo naranja que iluminaba el suelo húmedo y pedregoso que tenían bajo los pies. A medida que se acercaban a la negra zona muerta, pudieron distinguir las siluetas oscuras que acechaban en la sombra. Tres hombres: treinta y pocos, veintimuchos y veintipocos. Al principio, Ray se sintió aliviado de que fuesen adultos y no chicos mayores. Podía oír el clic mecánico de las marchas de su bici girar sobre la rueda mientras iba empujándola. Una mirada fugaz y nerviosa reveló que el trío estaba fumando cigarrillos y bebiendo whisky de una pequeña botella. No iban demasiado mal vestidos, y desde luego no eran indigentes. Pero uno de ellos, de rostro abultado, sin afeitar, con una nariz ganchuda y una cabellera rala y escasa, dedicó a los chicos una sonrisa abominable. Jamás olvidarían aquella sonrisa: les condujo a otro mundo. Dio un paso al frente y se puso delante de Ray.

«Bonita bici», dijo con un acento que el chico no acababa de ubicar.

Ray guardó silencio. El hombre cogió la Raleigh azul por el manillar y después le apartó y se subió a ella. Pedaleó unos cuantos metros, hasta la zona negra del túnel, con Ray siguiéndole, esperando que se detuviera una vez que se hubiera quedado a gusto. Entonces oyó un grito y miró a sus espaldas. Uno de los otros hombres, de cabello negro y espeso cortado al rape, había cogido a Les del pelo y lo tenía acorralado contra la pared mientras farfullaba espantosas amenazas. Entonces Les le

golpeó e intentó hacerle frente, pero el hombre le llevó forcejeando al suelo. «¡Ayudadme!», gritó, a pesar de que no estaba teniendo problema alguno para dominar a Les. «Este es de lo más movidito», dijo con una risotada estentórea que escaldó las extremidades del joven Ray Lennox.

Sin dejar de sujetar la botella de whisky, el hombre sin afeitar se bajó rápidamente de la bici y la dejó estrellarse contra el suelo antes de coger a Ray del pelo y de forzarle a hincar las rodillas desnudas en el suelo, incrustándoselas dolorosamente en la gravilla y la tierra, mientras el muchacho miraba hacia delante, a una pared absolutamente negra. «Sujétale por los hombros», ordenó al más joven de los tres, que lucía un flequillo rubio. Este dio un paso al frente y obedeció mientras el hombre sin afeitar aflojaba su presa. Lennox miró primero hacia un lado y luego al otro. Desde donde él estaba no se veía luz alguna en ninguno de los dos extremos del túnel.

El hombre sin afeitar puso el tapón a la botella de whisky y se la guardó en el bolsillo. Mientras la vista se le adaptaba bajo el insípido resplandor que tenía sobre la cabeza, Ray Lennox se fijó en las gruesas medias lunas negras de roña bajo unas largas uñas que brotaban de unos dedos llenos de manchas de nicotina amarillas. Después se desabrochó el cinturón y se bajó la cremallera. «Esto es lo que quieres», le espetó mientras los alaridos y chillidos de Les reverberaban por el túnel. «No…, tengo que volver a casa a cenar», suplicó Ray, rogando que apareciese alguien. El hombre se rió. «Vaya si vas a cenar», dijo, bajándose los pantalones y sacándose la polla de los calzoncillos. Era grande y blanda, pero estaba enderezándose ante la mirada del muchacho. Una criatura bestial y serpentiforme, con una voluntad ligada a su anfitrión, pero distinta de él, como el animal totémico de un demonio. Tal era la impresión que le producía a Ray lo que tenía delante.

«Abre la puta boca», gruñó el hombre.

Ray Lennox cerró los ojos. Entonces sintió el golpe que aquel hombre le acababa de propinar con el dorso de la mano, grande y pesada. En su cabeza explotaron fuegos artificiales, seguidos por un aturdimiento breve pero casi liberador.

«¡Abre la puta boca!».

Sacudió la cabeza, mirando fijamente al hombre de las sombras, tratando de encontrar sus ojos con sus propios globos suplicantes. «No lo haga, señor, no lo haga, por favor…, tengo que volver a casa».

En la mirada de aquel hombre no se veía otra cosa que una indiferencia tan aterradora como fervorosa. Sacó la botella de whisky del bolsillo, se echó el último lingotazo y la golpeó contra la pared del túnel hasta que la base se rompió. Sostuvo el casco lleno de picos afilados delante de la cara de Ray y luego apoyó el dorso frío y liso contra su mejilla: «Abre la boca o te rajo la puta cara».

Ray Lennox abrió la boca. El hombre encajó su pene tieso en la boca del muchacho, lo que le hizo atragantarse, primero por el sabor y el olor a orina, y luego

una vez más, al empujarla hasta el fondo de su garganta. En lo único en que podía pensar Ray Lennox era en su nariz, en seguir respirando a través de la nariz. Sus pequeños dientes amagaban con morder, pero el hombre volvió a enseñarle la botella y relajó la mandíbula mientras por sus mejillas rodaban lágrimas ardientes y saladas y las manos que tenía sobre los hombros le aplastaban las rodillas más aún contra el suelo.

Asfixiándose y luchando por respirar, casi perdió el conocimiento. Demasiado débil para comprender las instrucciones que transmitía aquella voz burlona, la torturante banda sonora que acompañaba a la terrible experiencia, sólo podía intentar obedecer mientras nuevos tirones de pelo amenazaban con separarle el cuero cabelludo del cráneo. Más tarde llegó a la conclusión de que el acento de aquel hombre era de Birmingham. Volvió a escuchar mentalmente todas y cada una de las sílabas. Amplió el radio de búsqueda a las West Midlands y al Black Country.

Entonces los gritos del otro tipo, el que estaba pegándose con Les, se volvieron más urgentes. «¡He dicho que me ayudéis, joder! ¡Que éste es de los moviditos! Ayudadme a domarle», y soltó un nombre que sonó a «Bill» o a «Bim»: una especie de apodo, quizás.

El hombre sin afeitar la sacó inmediatamente, lo que dejó a Ray jadeando y asfixiándose, mientras se esforzaba por que le llegara aire a los pulmones. Le dolían los hombros, tenía cortes en las rodillas y le escocía el cuero cabelludo. Cuando miró a su alrededor, vio al hombre del pelo rapado encima de Les, tratando de inmovilizarle. Les chillaba y maldecía, gritando: «¡VETE A LA MIERDA! ¡VETE A LA MIERDA! ¡RAYMIE!».

El adversario de Ray le miró y le asestó un duro puñetazo en la nariz que hizo que la cabeza le diera vueltas otra vez y volvieron a llorarle los ojos. Cuando vio las gotitas de su sangre cayendo al suelo, soltó un largo chillido suplicante. «Sujeta a esta zorra», dijo el Hombre sin Afeitar al joven rubio. «¡A ése lo vamos a dejar como nuevo después de domar al potrillo este!».

Dicho esto, se acercó despreocupadamente a su amigo.

Tratando de suplicar piedad con ojos de cordero degollado, Ray escrutó al más joven en busca de algún indicio de humanidad. «Por favor, señor, deje que me vaya. No le diré nada a nadie. Por favor», imploró. Vio que la mirada de aquel joven era blanda, llorosa y vacilante, e insistió, desesperado: «Tengo que volver a casa. No diré nada. ¡Se lo prometo!».

Los dos miraron a donde estaban los otros dos hombres con Les. Estaba a oscuras, pero Ray podía ver patalear la pierna desnuda de Les. Vamos a morir, pensó. Volvió a mirar al rubio, que asintió y relajó su presa, permitiendo a Ray ponerse tambaleantemente en pie. De pronto, no pudo pensar más que en su bici y las consecuencias de perderla. La cogió y se montó en ella, pedaleando como loco

mientras oía desvanecerse el tono rebelde de los chillidos de Les para dar paso a las súplicas, «Para, para», seguido por un incrédulo, «no…, no… Raymie…».

«¡Puto imbécil, ve a por él!», le gritó al rubio uno de los otros, que por la voz parecía el Hombre sin Afeitar, que mantenía el rostro de Les contra el suelo. El joven salió tras él, mientras Lennox pedaleaba como si le fuera la vida en ello, con los gemelos a punto de explotar y los pulmones a reventar, saliendo del oscuro túnel a la luz del sol que se filtraba a través de las descollantes copas de los árboles. Salió a toda velocidad, frenéticamente, sin mirar atrás hasta perder de vista el túnel y a todos sus ocupantes. Cuando se detuvo, lo hizo ante una plataforma que dominaba el rompeolas angulado del río. Pidiendo ayuda a gritos por el camino desierto, buscó algo que pudiera servir de arma (pese a saber que tendría demasiado miedo para regresar solo). Cogió y volvió a soltar un par de débiles trozos de madera, que habrían sido inservibles en sus manos de niño. Después de chillar de impotencia, siguió recorriendo la carretera.

Entonces les vio: dos hombres, una mujer y un perro subiendo por las escaleras metálicas de color verde que conducían del puente de madera que atravesaba el río hasta el sendero. «¡SEÑOR!», chilló, mientras subían corriendo por las escaleras hacia él y sin aliento les explicaba frenético que unos hombres estaban haciéndole daño a su amigo dentro del túnel.

A esto le siguió un nervioso debate acerca de si debían proceder a rescatar a Les o buscar un teléfono para llamar a la policía. Finalmente volvieron al sendero; Ray temblaba de miedo; el estómago le daba botes mientras trataba de determinar si aquella partida de gente bienintencionada podría hacer algo contra la aterradora pandilla que les había agredido. El túnel estaba más lejos de lo que pensaba. Y justo cuando llegó a la boca salió Les, empujando su bici y renqueando. Tenía cortes en la cara, surcada de lágrimas y tierra.

Mientras avanzaba hacia ellos, Les parecía en estado de shock; era casi como si no los viera.

«¿Te encuentras bien?», le preguntó uno de los hombres.

«Sí», contestó Les.

No había ni rastro de los atacantes. Ray se sintió aliviado de que hubiesen huido en la otra dirección. Los adultos querían llamar a la policía, pero Les insistió en que estaba bien. Acompañaron a los chicos hasta la carretera principal antes de dejarles recorrer solos el breve camino hasta casa.

«¿Qué te han hecho?», preguntó Ray con temor, mirando a su amigo de perfil; sus lágrimas se mezclaron con la mugre de sus mejillas mientras Les mantenía la vista flemáticamente al frente en silencio. «¿Te han pegado?».

Les se detuvo bruscamente y se volvió como si fuese la primera vez que veía a Ray Lennox.

«Sí, pero no les dejé llevarse la bici, Raymie».

«¿Es lo único que hicieron? Porque a mí me pareció…».

Entonces Les contrajo el gesto de rabia. «¡Me han pegado! Me han pegado, ¿vale?», sollozó por un instante, antes de que volviera a irrumpir la furia. «¡Y más vale que no le digas una palabra de esto a nadie, Raymie!».

«No pensaba decir nada», protestó él.

«Ni a Curtis, ni a tu madre ni a tu padre», le exhortó Les. «¿Me lo prometes?».

«Sí…, pero deberíamos avisar a la policía para que los busque».

«¡A la mierda la policía!», le gritó Les a la cara. «¿Me lo prometes, Raymie?».

«Te lo prometo», dijo el joven Ray Lennox.

Aquella noche se sentó en su habitación a mirar por la ventana. Tenía los libros escolares delante, sobre una mesa pequeña donde solía hacer los deberes. También había dos trozos de papel: una solicitud para uno de los más prestigiosos colegios privados de Edimburgo y una lista de las novelas clásicas que se esperaba que hubiese terminado de leer antes de presentarse al examen de ingreso en dicha institución. Rompió en pedacitos la solicitud e hizo una bola con la lista de libros, guardándola en los bolsillos de los pantalones cortos que acto seguido guardó en el cajón inferior del armario y no volvió a ponerse jamás.

No se dio cuenta de que su padre había entrado en la habitación mientras él miraba por la ventana; sólo oyó a John Lennox toser e indicar con el dedo el montón de libros escolares mientras decía: «Estas son tus ventanas, hijo. Allí fuera sólo hay casas cochambrosas y napias llenas de mocos».

1986

Cumplió la promesa que le había hecho a Les; nunca volvieron a ir por Colinton Dell ni hablaron con nadie del incidente. Sólo lo mencionaron entre ellos una vez. Fue en 1986, un viernes de comienzos de mayo.

La familia de Les acababa de trasladarse a Clermiston, otra barriada de viviendas subvencionadas. Los Lennox habían comprado su piso de protección oficial y con lo que ganaron al venderlo se trasladaron a una modesta urbanización privada en Colinton Mains. Los chicos tenían casi dieciséis años y habían estado bebiendo vodka camuflado en botellas de agua mineral con Shirley Feeney y Karen Witton, dos chicas de Oxgangs con las que habían ligado en una sesión adolescente del club nocturno Buster Brown's poco rato antes. Bajaron con ellas por el canal para morrearse y darse el lote. Insatisfecho con su ración y frustrado de que no hubiera ningún otro lugar al que acudir, Les empezó a presionar a Karen, exigiéndole que le hiciera una felación. Era cada vez más pesado y llegó a ponerse manifiestamente violento. El evidente temor de la chica condujo a Ray Lennox de vuelta al túnel. Se dio cuenta de que Les y él se alejaban cada vez más y que sólo el fútbol les mantenía

unidos. Su conducta asustó y asqueó a Lennox; Les, en cambio, se enfadó con él por no actuar en connivencia y acosar a Shirley de igual modo. Alejándole de las chicas, cada vez más consternadas, Lennox le preguntó: «¿Te acuerdas de lo que pasó aquella vez en Dell? ¿De los tres chalados aquellos?».

«¿Qué pasa con ellos? ¿Eso qué coño tiene que ver?».

Pero Lennox vio la vergüenza que alimentaba su agresividad. Había mirado a Les sin apartar la vista, hasta que la mirada iracunda de su amigo remitió.

«Hijos de puta», masculló Les Brodie. «Ya me gustaría encontrarme a esos cabrones ahora».

No se trataba de una fanfarronada sin fundamento. Habían seguido siendo amigos desde aquel día en el Dell, pero Les había cambiado. Una agresividad desenfrenada se convirtió en parte de su carácter, y la impronta del matón empezó a empañar un espíritu antes juguetón. Las gaviotas. Le encantaba disparar contra ellas. Pero Ray Lennox también había cambiado. En el colegio decían que era antisocial. No era el flamante miembro en auge de una pandilla, como Les. Era más solitario. Retraído. Raro, incluso.

A Lennox le intimidaban los nuevos amigotes que Les se había echado en Clermiston; le recordaban a los zumbados semiasilvestrados de talante depredador a los que ambos habían evitado en Oxgangs. Y al día siguiente se encontraba en el tren a Dundee en compañía de algunos de ellos.

Aquella mañana había echado un vistazo a la bibliografía que había convertido en una bola de papel y guardado en secreto durante todos aquellos años. Jamás leyó los libros. No habría sabido decir por qué. No podía explicar que tenía enormes deseos de hacerlo pero que tenía que encontrarlos por su cuenta. No quería que nadie se los indicara. En aquel momento estaba cautivado por el *Moby Dick* de Melville y habría querido permanecer enfrascado en él en lugar de estar dirigiéndose a Dens Parle. Cuando cerró el libro, se encontraba a punto de vomitar de nerviosismo.

En el tren viajaban alrededor de dos docenas de grupos de amigos con cierta relación entre sí. Como todas las cuadrillas de quinceañeros aprendices de tipos duros, algunos simplemente habían ido a divertirse y otros habían acudido allí subyugados, aunque sólo fuera de forma fugaz, por la emoción y las posibilidades que ofrecía semejante medio. Algunos de ellos ya estaban inmersos en aquella forma de vida, como ponía de manifiesto la calma fría e inexpresiva de sus miradas y la tensión de sus bocas y mandíbulas. Al parecer, Les trataba de evitar a Ray y se codeaba con los elementos más peligrosos. Había una jerarquía, y Lennox tenía el presentimiento de que tendría que ir escalando puestos en ella. Pero sí tuvo ocasión de preguntarle a su viejo amigo por el palomar.

«Voy a deshacerme de él», le espetó Les con expresión tensa y casi sin mirarle a los ojos. «Ya me tienen hasta las pelotas».

Diez mil seguidores de los Hearts tenían entradas para el partido y se apretujaban en las gradas tras una de las porterías y la valla que discurría a uno de los lados del campo. Todos miraban hacia el túnel que estaba bajo la tribuna, mientras su equipo, nervioso y luciendo la camiseta gris plateada y los pantalones granates de los partidos fuera de casa, salía al campo entre estruendosos aplausos. Creían que el banderín del Campeonato de Liga viajaba ya camino a Tynecastle. Al fin y al cabo, los Hearts llevaban veintisiete partidos de Liga invictos, treinta y uno contando la Liga Escocesa.

El legendario comentarista escocés Archie MacPherson había oficiado micrófono en mano desde cabinas aún más rudimentarias e insalubres que aquella en la que se encontraba en Dens Park. Sin expertos que le asistieran, aquél era un surco muy solitario de arar, pero él, siempre tan profesional como entusiasta, se decidió por empezar a lo grande para hacerle justicia a la ocasión.

«¿Pero quién, allá por agosto y dotado del don de la clarividencia, séptimo hijo del séptimo hijo [43], se habría atrevido a pronosticar que los Hearts disputarían el campeonato el último día de la temporada y a sólo un punto de…?».

Mientras diez mil voces entonaban *«Helio, helio, we are the Gorgie Boys»*, el presidente del club, Wallace Mercer, tomaba asiento en el palco de autoridades con la sonrisita de suficiencia de un hombre resignado ante el hecho de que nunca llegaría a ser tan querido como creía merecer. Pero algo se había evaporado dentro de él. Casi antes que nadie de los presentes en el estadio, se había convencido de que su equipo no iba a triunfar. Un virus de vestuario había precipitado la ausencia de Craig Levein, uno de los defensas clave. Mercer había detectado cierto letargo en buena parte de la plantilla. Al mirarles a los ojos antes de que se cambiaran, no se le antojaron hombres ansiosos por alzarse con el triunfo. Tenían cara de considerar que habían cumplido con su trabajo y ahora anhelaban un largo descanso, por lo que aquella imposición final les molestaba.

Abajo, en las gradas, olía a Bovril [44] y a pasteles de carne. A cerveza rancia, whisky y tabaco. A hombres tambaleantes, intoxicados por el alcohol y los nervios. El arbitro señala el inicio del partido y Dundee domina el juego al principio; la defensa de los Hearts, poco sólida, logra desviar un disparo por encima de la puerta. La primera mitad pasa volando; después el tiempo se ralentiza. Lennox lo percibe durante el descanso: esa sensación de la fugacidad de la vida desvaneciéndose como una luz otoñal. Los Hearts han mantenido el tipo ante un brioso Dundee, pero eso es todo. Va ganando terreno la impresión de que el día de celebración se está convirtiendo en otra cosa. Si ha de haber gloria, antes habrá sufrimiento. La desilusión, seguida por una ira apenas reprimida, pende en el ambiente.

En el descanso, las entrañas de Mercer están tan caóticamente revueltas que ni siquiera puede tocar la comida que hay en la zona VIP ni beber más. Ha oído las

noticias de Paisley, donde el St. Mirren está capitulando dócilmente ante el Celtic, que empieza así a arañar la diferencia de goles que le separa de los Hearts. Ahora un gol de Dundee acabará despojando de la victoria al equipo de Edimburgo. Como todos los demás seguidores de los Hearts allí presentes, Mercer considera imprescindible que marquen para asegurar el empate. Le informan desde el banquillo de que Alex MacDonald ha sacado a los mediocampistas Whittaker y Black; ambos están agotados. Wallace Mercer acude al lavabo para enjugarse el sudor de la frente y ordenar los ralos mechones de su cabello. Orina, se lava las manos y maldice cuando le escalda el agua caliente que sale del grifo rojo. Repara tardíamente en un letrero colocado encima de la pila en el que se lee ATENCIÓN: AGUA MUY CALIENTE.

Sacudiendo las manos para aliviar la desagradable sensación, se mira en el espejo y se recompone el rostro hasta recobrar su característica sonrisa. Mercer ha pasado suficiente tiempo ante las cámaras y en el mundo empresarial para saber que la ansiedad y el miedo son emociones que es mejor ocultar. Se endereza la corbata, que se había sacado del sitio durante los primeros cuarenta y cinco minutos sin darse cuenta. Gran partidario del poder del pensamiento positivo, medita: *estábamos a noventa minutos de la victoria y ahora estamos sólo a cuarenta y cinco. Así que de momento bien*. Pero interfieren otras emociones: ha visto suficientes partidos para saber que el deporte produce distorsiones de la temporalidad, que un gol marcado al comienzo del partido da tiempo a reagruparse y contraatacar. Pero un tanto tardío…, conoce esa sensación de legitimidad que el éxito confiere a quienes han disfrutado de él, y duda que el Celtic o los Rangers, o incluso el Aberdeen a las órdenes de Alex Ferguson, flaquearan llegados a estas alturas.

Lo peor de todo es que el empresario, el sobrio tasador de riesgos, empieza a cuchichearle al oído: si llevas treinta y un partidos imbatido, ¿acaso no aumenta eso las probabilidades de perder el número treinta y dos? Piensa en esa fantástica racha de victorias, compara la actuación del equipo en distintos partidos, y trata de hacer un balance entre victorias devastadoras en las que el equipo contrario fue arrojado a un lado frente a las ocasiones en las que les sonrió la suerte. Es consciente de que el equipo anda escaso de talento. Cuenta con los goles de depredador de Robertson, las electrizantes carreras de Colquhoun, la elegancia y el discernimiento del ausente Levein en la defensa, pero los demás son simplemente buenos trabajadores y profesionales veteranos que se dejan la piel con un equipo bien organizado y construido a base de eficiencia y esfuerzo. Y el virus le ha pasado factura al motor del equipo. Mientras eleva una plegaria silenciosa, Mercer vuelve a salir al banquillo. Les Porteous, secretario del equipo, dice algo que no oye, pero acoge su buena intención con un gesto de la cabeza y una sonrisa. Comienza el segundo tiempo.

En el seno de una multitud de conocidos jóvenes y hoscos, Raymond Lennox se siente repentinamente culpable de no estar en compañía de su padre. El supuesto

tácito es que lo suyo sería que padre e hijo vieran juntos el histórico partido que culmine en la victoria a los Hearts. Expone su intención de ir a buscar al viejo. Al marcharse oye un comentario despectivo. Se vuelve y ve a algunos de los chicos, Les incluido, riéndose de él, pero el ímpetu ya le ha llevado a bajar las escaleras; sigue abriéndose paso entre la multitud sin mirar atrás. Se toca la pelusilla que tiene debajo de la nariz. Maldice al traidor de Les, el tipo duro, rodeado por sus nuevos amigotes, de idéntica calaña. Sigue buscando a su padre. En un mar de diez mil personas, sabe que le encontrará fácilmente detrás de la portería de la izquierda. En alguna parte.

Lennox echa un vistazo al reloj. Habían transcurrido ya sesenta minutos. Dos tercios del partido. En Paisley, los del St. Mirren han acabado más doblados que una silla plegable, pero los Hearts siguen en posición favorable. *Si pudiéramos llegar a los setenta minutos*, ruega a un poder supremo. Los del Dundee van a por todas. Los Hearts empiezan a aletargarse, e incluso parecen abatidos. Lennox teme que sean demasiados los jugadores a los que no les apetece estar allí. Se han acercado a la portería contraria un par de veces en contraataque, pero los del Dundee siguen presionando. Los Hearts sólo han ganado dos partidos de once contra su enemigo acérrimo. Archie Knox, el combativo mánager del Dundee, se regodeó en recordarlo durante el bombo mediático que precedió al partido.

Knox saca al bigotudo Albert Kidd, doble del humorista Bobby Ball, del dúo Cannon y Ball, para sustituir a Tom McKinlay. A Lennox se le escapa un ligero suspiro de alivio, pues McKinlay es uno de los mejores jugadores del Dundee. Pero el equipo de casa sigue atacando sin tregua. Entonces Henry Smith efectúa una brillante parada, desviando un disparo de Mennie que atravesó la barrera. Lennox aúlla de alivio y placer cuando él y el desconocido que tiene al lado se abrazan. En esa pausa olfatea el destino. No es el único. El estadio se ilumina con el cántico entusiasmado de «venga, vamos», en el instante en que se supera el hito de los setenta minutos. Después vuelven a morderse las uñas y un silencio terrible se abate sobre la multitud mientras diez minutos se interponen entre los Hearts y el título de campeonato. Ray Lennox está al borde de la asfixia cuando ve primero a su primo Billy, y luego a su tío. Su padre está a la izquierda de los dos. Se acerca sigilosamente a John Lennox y le toca el hombro.

En el minuto ochenta y tres, el disparo de córner de Robert Connor desde la derecha lo recibe Brown, que lo pasa. Albert Kidd no está marcado y bate a Smith con un chut de derecha desde muy cerca. Es su primer gol del campeonato de Liga de la temporada. Lennox oye una serie de jadeos entre la multitud y la maldición proferida por su padre; era la primera vez que oía a su padre utilizar esa palabra concreta. «Quedan siete minutos», protesta su primo Billy. Lennox piensa en 07-07-70. Por toda Gran Bretaña, el teletexto de la BBC atribuirá erróneamente el gol a los Hearts y a su capitán, Walter Kidd.

Últimos resultados… Dundee 0… Hearts 1 (Kidd, W.)

Y luego:

Corrección… Dundee 1 (Kidd, A.)… Hearts 0

Lennox presiente la pérdida del banderín en ese instante. La multitud ruge para transmitir a los jugadores su apoyo desafiante, apremiándoles a igualar en el marcador, pero parecen a punto de sucumbir al agotamiento. Entonces John Lennox siente que algo le tira del pecho mientras el brazo se le queda dormido. Quiere decirle a la gente que le rodea, a su hijo, a su hermano y a su sobrino, que dejen de empujar y le hagan sitio.

Ray Lennox ve a su padre acomodándose lentamente en la grada, como si fuera a dormir. Unos cuantos gritan «¿Qué cojones…?», pero le hacen sitio.

«¡ES MI PADRE!», le grita Lennox a nadie en particular mientras se acurruca junto a John. «Papá, ¿estás bien?». Mira a su tío Davie, a su primo Billy y otra vez a su padre. John Lennox le sonríe de forma lenta pero débil. «No pasa nada», dice en un tono de voz manifiestamente superficial, mientras ve al hombre que fue, despreocupado y fuerte, capaz de disfrutar de tardes como aquélla, o al menos de ser un testigo bullanguero, desvaneciéndose sin dejar huella en el pasado.

Cuatro minutos más tarde, Albert Kidd marca un maravilloso segundo gol en solitario. Recorre la banda como una exhalación, adelanta a varios jugadores de los Hearts, hace una pared y estrella el balón contra la red con una volea. No es consciente de que acaba de llegar a su nadir como deportista profesional; es como si le hubieran puesto en el mundo para torturar a los Hearts y negarles este banderín. Esos minutos serán los más largos de la vida de los jugadores de plata y granate, que ahora quisieran estar en cualquier lugar menos en Dens Park. Billy Lennox se abre paso entre la multitud para llamar a los sanitarios que están en el terreno.

Alguna gente se marcha. Muchos más se quedan, sin saber muy bien qué hacer. En tándem con el dolor de la derrota, entre los seguidores va tomando cuerpo la sensación compartida de haber vivido un acontecimiento significativo. La conciencia tácita pero casi tangible es que se trata de algo mucho más decisivo que los rituales cliché de los cazadores de gloria en Paisley, que estarán celebrando otra victoria liguera ante las cámaras. Hay una impresión de que este drama en el qué están todos implicados en Dens Park es un remedo de la vida de la que tanta gente pretende huir por medio de la afición al deporte. La realidad les ha asestado una dentellada feroz y tienen que compartir ese instante, pero no tienen forma de expresarlo. Lo único que pueden hacer es quedarse allí vitoreando a los Hearts, elogiando al equipo por un coraje del que saben en el fondo que el equipo no ha hecho gala, como si fueran unos

perdonavidas que lo han echado todo a perder el último día. Pero lo que realmente intenta expresar la muchedumbre es una comunión mucho más honda ni más ni menos que con la belleza y el terror de la vida misma. Pero Ray Lennox se lo pierde. Se encuentra metido en una ambulancia con su padre, su tío y su primo, camino del hospital de Ninewells.

Un apretón reconfortante en el brazo por parte de Ian Gellatly, presidente del Dundee F. C. Mercer le dispensa un gesto de gratitud sobrio y digno. Con tristeza, piensa en el entrenador del equipo, Alex MacDonald, al que ha visto dirigirse al túnel con los ánimos por los suelos al sonar el último pitido. En su fuero interno, debate consigo mismo si debería bajar a los vestuarios y a estar con los jugadores o dejarles un poco tranquilos. Se retira a algún lugar por un instante a reprogramarse la sonrisa. Antes de reaparecer con chispa y garbo, el empresario calcula las pérdidas en términos económicos.

Ray Lennox se levantó el domingo tras una noche de sueño irregular. Su padre había sufrido un pequeño infarto y seguía en Dundee. Al día siguiente le trasladarían al Royal Infirmary de Edimburgo. Le impondrían un nuevo régimen, con un cambio de dieta y de medicación, además de recetarle anticoagulantes para la sangre. A Ray Lennox le afligía un impulso de venganza. Un anhelo de justicia. En su fuero interno pugnaban emociones contradictorias. Estaba decidido a hablar con Les y aclarar las cosas: amigo o enemigo. Le daba ya igual una cosa que otra, sólo quería saberlo.

Subió al autobús con destino a Clermiston y se metió por el callejón que conducía al portal de Les. Pero mientras recorría el estrecho pasadizo adoquinado que discurría entre las viviendas, le acosaba aquella sensación de calma que conocía tan bien: la premonición de que algo no funcionaba del todo. En ese momento la calma se vio profanada por apremiantes chillidos de terror. Ray Lennox vio precipitarse hacia él el fulgor de una llamarada. Incapaz de esquivar el proyectil ardiente, cerró los ojos y dio gracias de que no le golpease en el rostro, aunque pasara lo bastante cerca como para rozarle la garganta y chamuscarle los pelos de debajo de la nariz. Se volvió y vio cómo rebotaba contra la pared estucada de la casa situada a sus espaldas y caía sobre el adoquinado. La pelota comenzó a bailar frenéticamente y, entre las llamas, un ojo aterrorizado suplicaba piedad mientras el hedor a carne achicharrada y a plumas sucias le inundaba las fosas nasales.

Lennox retrocedió mientras el animal caía redondo y yacía en silencio. Mirando hacia el altillo, vio a Les Brodie, cuyos ojos parecían tan pequeños y desprovistos de racionalidad como los de la paloma en llamas, sujetando otro pájaro desconcertado lejos de su cuerpo y rociándolo con la gasolina que salía del pitorro de una pequeña lata. Lennox sintió que le ardía la piel bajo el calor de aquella mirada. Dando rápidamente media vuelta, huyó por el callejón y salió a la calle principal con la risa

de su amigo de la infancia persiguiéndole durante todo el camino.

Otro cometa llameante y alborotador apareció en el cielo y salvó el tejado de la casa antes de que la bola en llamas cayera en picado y empezase a dar saltitos por la calle. Lennox no volvió la mirada atrás; se dirigió rápidamente hacia la parada; un autobús de color granate y blanco de dos plantas se aproximaba en ese momento. Les le había dado la respuesta que ansiaba.

20. Conferencia de ventas

El calor de la noche recorre los manglares como un enjambre cuando Lennox toma la Interestatal 75 en dirección este. Conduce todo el rato al límite de los ciento sesenta kilómetros por hora; el Volkswagen traquetea peligrosamente mientras recorre como una exhalación una Alligator Alley casi desierta, rumbo a un hotel próximo al aeropuerto de Miami y un cursillo de formación.

Ha leído acerca de grupos de tíos, normalmente empollones, que se reúnen en entornos tipo seminario para compartir técnicas de ligue. Echan mano de un popurrí de enfoques conductistas y situacionales: análisis transaccional, programación neurolingüística, psicología pop y pseudopsicología. La mayoría de ellos sólo pretende aumentar su capacidad de convocatoria en el mercado sexual; son fracasados inteligentes y obsesivos que intentan superar su torpeza con las mujeres. Para otros, las mujeres son poco menos que algo secundario; para ellos de lo que se trata más bien es de una cuestión de vínculos intervaroniles y de competencia entre machos, de fanfarronería de patio de colegio sobre conquistas sexuales —reales o imaginadas— que se prolonga en la edad adulta.

Para algunos de los más fanáticos, la emoción de ligar y compartir técnicas y triunfos pasados dura poco. Muchos de los miembros de semejantes grupos son abiertamente disfuncionales; son víctimas evidentes de abusos, amargados e inadaptados. Son *chickenhawks*[45] que se congregan en bandadas con el objetivo de buscar familias monoparentales vulnerables con hijos preadolescentes y trabar amistad con el cabeza de familia.

El seminario es una casa de pedófilos, uno de los cuales al menos es poli. Lennox se hizo policía porque odiaba a los matones. Luego quedó desilusionado al descubrir que, como en todas partes, en el cuerpo de policía había no pocos. A lo largo y ancho del mundo entero, hombres como Dearing, atraídos por tener poder sobre los demás, se ocultaban bajo la placa del servicio público. Él no podía hacer nada para detenerles, así que, a fuerza de cinismo, casi se había convertido en uno de ellos.

Sin el fuego de los justos de su cruzada antipederastas, Lennox habría sido demasiado sensible para lidiar con la brutalidad que le rodeaba en Delitos Graves. Sólo con ayuda de la bebida y la cocaína podía hablar su mismo idioma, comprender su código tácito al nivel emocional requerido, aunque las sustancias que le proporcionaban el fervor por la cultura de la violencia restringían su eficacia en la práctica. Las artes marciales, el *kickboxing*, sólo ayudaban cuando se sentía físicamente capaz de entrenar tres veces por semana. Entonces los puños enguantados que otros hombres le lanzaban a la cara quedaban reducidos a incordios que debía

parar, bloquear, esquivar o responder con contraataques.

Lennox se queda de piedra cuando el rítmico golpear de unas hélices indica que se aproxima un helicóptero. Sus haces de luz iluminan la carretera que tiene delante. *Seguro que Dearing no…* Pero el sonido ya se pierde sobre los Everglades, la mayor masa de tierra no habitada y sin carreteras de los Estados Unidos. Por supuesto, los helicópteros escudriñan su exuberante vegetación; toman fotografías, buscando a traficantes, inmigrantes ilegales, terroristas o simples ciudadanos que se comportan de modo poco convencional.

Mientras las ciénagas empantanadas dan paso a la intransigencia de la ciudad en menos de lo que se tarda en lanzar un Frisbee, Ray Lennox, el poli escocés desplazado que sabe que nunca más podrá ejercer como tal, se mete en el parking del Embassy Hotel cuando el seminario ya hace una hora que ha empezado. Tras el mugriento funcionalismo de la zona aeroportuaria de Miami, poner los pies en ese ornamentado patio de mármol rosa y pan de oro, lleno de fuentes y columnas, es como internarse en el Edén de las corporaciones. La variopinta flora ha sido plantada y cuidada con tal esmero que le parece un reluciente folleto retocado con Photoshop. Examina el tablón de fieltro negro, y casi espera ver las palabras CONFERENCIA DE PEDERASTAS en letras de plástico blanco.

CONFERENCIAS DEL EMBASSY AIRPORT HOTEL

Jueves, 12 de enero
ASTILLEROS JONES INC.
Sala de Juntas Palm Beach
8 a 17 horas

FERIA DEL EMPLEO HISPANO 2005
Cayo Largo 3 & 4
10 a 20 horas

FORMACIÓN DE AGENTES DE SONY ELECTRONICS
Atrio superior
11 a 13 horas

SUNDANCE MEDIA
Binini
15.30 a 21.30 horas

FEUER NURSING REVIEW
Cayo Vizcaíno
15.30 a 16.30 horas

SUPERVIVIENTES DEL SUICIDIO
Cayo Largo 2
19 a 21.30 horas

EQUIPO DE VENTAS 4 TALLER DE FORMACIÓN
Cayo Largo 1
20 a 23.30 horas

Cayo Largo. Lennox se acuerda de la película del mismo nombre; Bogart y Bacall. Pide a una recepcionista que le diga cómo llegar. Por su lenguaje corporal y su sonrisa precavida, un poco taimada, le recuerda a Trudi, hasta el punto de excitarle oblicua pero dolorosamente cuando le indica un tramo de escaleras. Subiéndolas apresuradamente, llega a un entresuelo y ve Cayo Largo. Asomando subrepticiamente la cabeza por la puerta, echa un vistazo al interior desde el fondo de la pequeña habitación: ve a cinco hombres sentados en torno a una mesa. Dearing no está presente, pero los demás tienen un aspecto solapado y traumatizado. Entra en la habitación dispuesto a encararse con ellos.

«Conque éste es el sitio, ¿no?».

Un hombre con gafas, de treinta y tantos años, que suda a pesar del aire acondicionado, le observa mientras se acerca. «Disculpe, ¿señor…?».

«Lennox. ¿Dónde está nuestro amigo Dearing?».

«Me llamo Mike Haskins», dice el hombre. «Aquí no hay nadie llamado Dearing. Se sube las gafas encima de la cabeza y echa un vistazo a su carpeta. Y me temo que su nombre tampoco figura aquí, señor Lennox…».

«No, no figura. Sólo quiero que le diga a Dearing…».

El hombre vuelve a ponerse las gafas y concentra su atención en Lennox. «Me da la impresión de que se ha equivocado de sala. Esta es la sala de supervivientes del suicidio».

«Eh… Cayo Largo… Ventas…», balbucea Lennox con timidez.

«Esto es Cayo Largo 2», le informa pacientemente el hombre. «Cayo Largo está enfrente».

«Disculpen…, lo siento».

Lennox sale al pasillo discretamente. Respira hondo, recobra la compostura y decide no precipitarse. Dejemos la gran batalla para la policía. Asoma la cabeza por la puerta de lo que resulta ser una sala de seminarios más grande. Hay un hombre situado en la parte de delante haciendo una presentación en PowerPoint. Puede ver ocho nucas en semicírculo. Sólo una de ellas se vuelve y mira a Lennox, entrecerrando los ojos antes de volver a mirar al presentador. Lennox se retira. Le ha visto ya en South Beach: en el Deuce y en el Myopia. Junto a él, otra figura familiar.

No se ha vuelto, pero el dorso enfundado en vaqueros de Lance Dearing es inconfundible.

Lennox se oculta rápidamente tras unas sillas amontonadas unas encima de otras en el pasillo. Oye hablar con claridad al orador. «¿Qué hago cuando consigo una pista? Nada, me siento y planifico. Descubro todo lo que puedo acerca del cliente antes de presentar el producto. El producto inicial no son tus necesidades y deseos. Esto es decisivo: al principio, el producto está completamente hecho a medida para el cliente. Sólo empezamos a pensar en modificar su comportamiento cuando el cliente está completamente enganchado».

Entonces un tono de voz familiar le pone los nervios a flor de piel: Lance Dearing. «Los perros viejos saben que las pulgas más gordas y más jugosas hay que cazarlas con una lengua mojada, no con un diente afilado».

«Amén», refrenda otra voz.

Lennox ya ha oído lo bastante para saber que encararse con ellos sería inútil y la absoluta falta de presencia policial manifiesta le hace dudar sobre el talento de Chet para dar la voz de alarma. Pero tiene las pruebas, y también a Chet y a Johnnie. Decide encontrar a Robyn y dejarles a lo suyo.

Entonces anuncian una pausa para tomar café y oye los sonidos de satisfacción de los reunidos al estirarse y levantarse ansiosamente, haciendo deslizarse las sillas sobre el pulido suelo de madera. En lugar de bajar por las escaleras, Lennox se dirige con rapidez a los servicios, corre el pestillo del pequeño cubículo, se sienta y espera. Entran dos hombres: la orina golpea la porcelana y las pastillas desinfectantes de las letrinas vecinas.

«¿Qué tal, Tiger?».

«Yo bien».

Tiger. Lennox comienza a sudar y nota el latido de su torrente sanguíneo, como si tuviera el corazón donde debería tener el cerebro. Tira de la cadena y sale del cubículo, situándose junto a uno de los hombres, que se lava las manos mientras el otro sigue meando. Se fija en la acreditación que lleva en la solapa: C. T. O'HARA. Es un tipo grande, de cara cuadrada, con una sonrisa benévola. Lleva anillo de casado. Parece un padre de familia del montón. De los que viaja mucho y trabaja duro con las ventas para generar un fondo y pagarles la universidad a sus hijos. ¿Quién se habría casado con ese monstruo y se acostaba con él todas las noches? ¿Acaso no lo sabía? ¿Por qué iba a saberlo?

El tipo grande les da a las manos una somera pasada por el secador eléctrico y mientras se marcha le dice en broma a su colega, ahora ya situado ante el lavabo junto a Lennox. «Vas a perderte las galletas de chocolate, Tiger».

«No sé, no sé… Esos chicos tienen mucho apetito», dice Tiger con una sonrisa, exhibiendo una hilera de dientes con fundas, mientras su amigo se marcha.

Lennox se fija en su grasiento pelo negro, en el aspecto malicioso y de reptil de sus rasgos y la chapa que confirma su identidad: J. D. CLEMSON. Se lo imagina invitando a Robyn a copas en un bar. Se lo imagina a solas con Tianna…

Lennox se lleva el brazo tras la espalda para rascarse el omóplato mientras se arrima un poco a Clemson. Ve al pederasta levantar la vista con una leve sonrisa de desconcierto en los labios antes de estrellarle el codo a toda velocidad en el rostro. A un satisfactorio crujido sigue un grito y una erupción de sangre que mancha el lavabo blanco. Lennox pivota, se coloca detrás de Clemson y le fuerza a bajar la cara hasta el borde del secador, golpeándosela repetidas veces, quebrando dientes y huesos mientras el cuerpo se vuelve fláccido en sus manos, ya libres de todo dolor, sin emitir más que gruñidos graves y amortiguados. «Disfruta de este momento», le dice Lennox, «porque a partir de ahora será todo cuesta abajo. Tu antigua vida se acabó. Te pusieron en la tierra para esto».

Lennox le suelta. Mientras un ensangrentado Clemson se desploma lentamente, tratando de agarrarse como un borracho al secador, Lennox le da una patada en la cara, ayudándole así a llegar hasta el suelo de mármol. No puede dejar de patear a Clemson, no puede poner fin a este momento de intimidad, pero se obliga a sí mismo a parar. Eso sí, no antes de que sus sentidos hayan sido asaltados por esa breve revelación que quizás tenga todo hombre antes de convertirse en asesino: que el cumplimiento de ese objetivo tendrá como contrapartida una ralentización emocional irreparable.

Fantasmal y sereno cuando abre la puerta y echa una mirada al estrecho pasillo del entresuelo, se siente como si se viese a sí mismo en sueños, donde la perspectiva narrativa pasa de la primera a la tercera persona, sobre todo cuando la pesadilla se vuelve insoportable. Pasa por delante de los seminarios. La puerta de Cayo Largo 2 está cerrada. Sin asomarse, pasa de puntillas por delante de Cayo Largo 1, cuya puerta está entreabierta, sin que el ruido que hacen los congregados, que están tomando café y charlando, varíe en ningún momento de tono. Entonces, al darse cuenta de que la policía podría muy bien presentarse a tiempo para presenciar su brutal agresión, la adrenalina se le dispara. Baja las escaleras a toda prisa y atraviesa el vestíbulo, vagamente consciente de que en el hilo musical suena el «Don't Go» de KC and the Sunshine Band, y atraviesa el aparcamiento a la carrera hasta llegar al coche verde.

Al pasar por delante del aeropuerto, vuelve a pensar en lo que había tenido que soportar Les y se pregunta cómo habría sobrellevado él una experiencia semejante. Como policía se sintió atraído por Delitos Graves, y a menudo echaba un vistazo a la base de datos de los delincuentes sexuales para ver si podía reconocer a los tres agresores. Su mente le jugaba malas pasadas; a veces tenía la certeza de haber descubierto a uno de ellos, pero luego se convencía de que se trataba de otra persona.

No obstante, sabía que odiaba a todos los delincuentes sexuales, a todos y cada uno de aquellos especímenes atroces y miserables. Lo único que consideraba auténtica labor policial era hacerles rendir cuentas. Sólo participaba en el sistema por las opciones que le ofrecía para dar con ellos, los auténticos malhechores. Ansiaba aquel poder porque les había declarado la guerra a los pederastas. Jamás ha sido un policía: Ray Lennox es un cazador de pederastas y ahora que ha olfateado su rastro se siente obligado a llegar todo lo lejos posible.

21. Ajuste de cuentas

Lennox se da cuenta de que su huida tensa y apresurada ante Dearing ha alterado su mapa mental de Miami. Se descubre dirigiéndose hacia el este por el sector «Calle Ocho» de SW 8th Street de Little Havana, más allá de las panaderías y tiendas de muebles cubanas, donde grupos de ancianos se sientan a charlar y a fumar al aire fresco mientras a lo lejos resplandecen los rascacielos del distrito financiero.

Tiene el color y la palabra «naranja» grabados a fuego en la cabeza: el estadio del Orange Bowl y la decoración exterior del bloque de apartamentos de Robyn. Se detiene ante la entrada del Museo de Arte Latinoamericano y pregunta a una pareja joven cómo llegar hasta él. Le dicen que tuerza a la izquierda en 17th Avenue, y el esplendor perdido de la arena del fútbol universitario aparece ante su vista. Pero, en la anodina rejilla de calles, localizar el apartamento de Robyn le recuerda la vez que trató de encontrar la lentilla de Notman en un campo de fútbol del Departamento de Parques de Edimburgo. Al notar que da vueltas en círculo, la ira le corroe, provocando una descarga de bilis y frustración. *Sería más fácil encontrar sushi fresco en un pueblo de mala muerte de las Highlands*. Desesperado y exasperado, está a punto de hacer sonar el claxon cuando el edificio naranja parece cruzarse de pronto en su camino.

«Joder, menos mal», dice, jadeando y con gratitud antes de aparcar al otro lado de la calle.

Vacila al salir del coche; examina sus dedos ensangrentados, que palpitan como un dolor de muelas. Atravesando Little Havana, la sensación de alienación y desaliento ha vuelto a apoderarse de él. Aquí no es un poli. Por suerte, no ve ningún indicio de policía en la calle. Pero no tardarían en llegar; la declaración de Chet o la paliza que le propinó a Clemson se encargarían de que así fuera.

Así que Lennox se arma de valor, sale, recorre el sendero y pulsa unos cuantos timbres que no son el de Robyn al grito de: «¡Desratización!» y aguarda el zumbido antes de empujar la puerta principal. Sube la escalera y llama a la puerta del apartamento que visitó hace dos noches. Starry la abre nerviosa. Cuando ve a Lennox pone unos ojos como platos.

«¿Qué cojones quie…?».

No logra terminar la frase pues Lennox le estrella la frente en plena cara. El crujido, al que sigue una aspersión roja, le confirma que le ha partido la nariz. Starry chilla, se dobla sobre sí misma y, tambaleándose hacia atrás, maldice en español, mientras persistentes gotas de sangre espesa caen de entre sus dedos al suelo de madera. Lennox la coge del pelo con la mano izquierda y entra en el apartamento de

golpe, estampándole la cabeza contra el marco de la puerta. Cae al suelo aturdida y gimiendo, mientras él cierra la puerta a sus espaldas.

Robyn llega corriendo desde el cuarto de estar con ojos llorosos y se para en seco. «¡Ray! ¿Dónde está Tia? ¿Está bien?». Entonces, temblorosa y perpleja, ve a Starry: «Pero ¿qué has hecho?».

«Lo que tú o alguna otra tendría que haber hecho hace mucho. ¿Hay alguien más aquí?».

«No. ¿Pero qué ha pasado? ¿Dónde está Tianna?».

Lennox se da cuenta de que nunca ha tenido contacto violento con una mujer, exceptuando a la muchacha obesa sobre la que tuvo que sentarse en la comisaría del South Side después de que se le cruzaran los cables y le arrancara parte de una oreja a un retrasado de uniforme. Pero ésta no contaba, porque era una pederasta de mierda, como los otros.

«¿Hay armas de fuego en casa?».

«No…».

Los ojos de Robyn parecen una máscara de Halloween. Es como si la hubiera pillado en un círculo vicioso de sollozos seguidos por la aplicación de más lápiz de ojos sin acordarse de lavarse la cara. Le repugna pensar que podría haber llegado a mantener relaciones con ella, y más aún cuando se acuerda de Tianna y de su prometida. Robyn se coloca los puños delante del pecho.

«¿Dónde está Tianna?».

«Está bien. Está con unos amigos. ¿Qué cojones te han hecho? ¿Adónde te llevaron?».

«Fue Lance…, dijo que mi problema con las drogas se había salido de madre…, una intervención…», divaga antes de que la ineptitud de sus propias palabras paralice sus rasgos. «Eran mis amigos…, sabían que era lo mejor. Yo…», suplica, deteniéndose cuando su endeble convicción la abandona. Para él es una fábrica de lágrimas grotesca afligida por la extraña noción de que si lloraba lo bastante acabaría por eliminar la fuente de su dolor. A diferencia de la cara de Starry, con sus pómulos latinos y aquellos labios abultados, que se volvían más seductores cuando se encolerizaba, los delicados rasgos anglosajones de Robyn se contraían y adoptaban un aspecto mezquino. *El estoicismo flemático es la mejor salida para nuestra raza, la ira explícita siempre nos degrada,* medita Lennox. Lo que envilece a Starry es el miedo. La coge y la pone en pie de un tirón, empujándola hasta el cuarto de estar y sobre la silla.

«¿Qué le has hecho?», vuelve a preguntar Robyn.

«Ya sabes lo que he hecho y por qué», dice él, señalando a Starry con el dedo antes de volverse de nuevo hacia su presa. «Como muevas un puto músculo te estrangulo con mis propias manos. ¿Me explico?».

Starry hace una mueca desdeñosa sin dejar de sujetarse la nariz.

La expresión de Lennox se crispa mientras avanza hacia ella. «¿ME EXPLICO O NO, CARAJO?».

Se acuerda de cuando perdió los papeles durante el último interrogatorio, pero ahora no hay ningún Horsburgh, sólo la abyecta sombra de Starry, que asiente con abatida deferencia. Lennox sale disparado hacia el retrete, coge una toalla sucia y piensa en lo que podría hacer con ella antes de arrojársela. Después, acordándose de las esposas de Robyn, va al dormitorio y las coge de la mesita de noche. La presencia de Robyn es como un ruido de fondo quejumbroso mientras esposa la mano de Starry a la tubería de un radiador situado tras ella. «Joder, qué caliente está», rezonga ésta tras la toalla.

«Me alegro», dice Lennox mientras se vuelve de nuevo hacia Robyn.

«¿Qué sucede, Ray?», pregunta Robyn, quitándose nerviosa unos abrojos de su top verde desvaído. «¿Dónde está mi niña? ¿La llevaste a casa de Chet?».

«Ya te lo he dicho: está bien. No me montes ninguno de tus numeritos, Robyn. Ya he visto uno de ellos», dice, sacándose el DVD del bolsillo.

«Encontraste las grabaciones…», dice Robyn, llevándose una mano al pelo. Lennox tiene que reprimir el impulso de gritarle.

¡Joder, cree que estoy celoso! ¡La muy boba cree que está ahí la madre del cordero!

«Sí».

«Johnnie y yo nos conocimos por medio de Starry. Le gustaba grabar en vídeo nuestros… encuentros».

Lennox asiente, pensando en los hombres que querían ser estrellas del porno hasta que se daban cuenta de que no conseguían empalmarse delante de una cámara. Dentro de un par de generaciones, reflexiona, no seremos capaces de empalmarnos sin que haya una cámara delante.

«Entonces él metió a Lance por medio», gimotea Robyn.

«¡Lance era mi novio, zorra!», se oye espetar a Starry tras la toalla.

Robyn no parece acusar emoción alguna. «… y las cosas se fueron poniendo cada vez más locas y salvajes. Entonces descubrí que había otras mujeres y otros vídeos».

«Huy, sí, hubo otras», asiente mordazmente Lennox.

Robyn mira a Starry, con la nariz rota y la cabeza en alto, envuelta en la toalla y gimiendo de dolor, y luego a Lennox otra vez. «¿Quién…, quién eres, Ray? ¿Quién?». Los ásperos sollozos de Robyn sólo se ven interrumpidos por el sonido de los mocos que le bajan por el gaznate y que traga con fuerza y sonoridad.

«Luego», dice él, preguntándose si alguna vez será capaz de encontrar una respuesta satisfactoria para ese mismo interrogante. «¿Viste alguno de los otros vídeos?».

«No, por supuesto que no…».

«Algunos de ellos los rodaron en el barco de Chet».

«No», dice Robyn con voz entrecortada. «¡No! ¡No! No me lo creo… Chet no…, ¿dónde está Tianna?».

Lennox inserta el disco en el reproductor de DVD. «Este es uno de los que te perdiste».

«¡¿Qué?! ¿Vamos a ver una de esas películas? ¿Ahora? ¿Qué demonios…?».

«Tienes que ver esto. Tienes que ver de qué van las personas a las que eliges como amigos».

Él no quería volver a ver aquello, así que en su lugar estudia la reacción de Robyn cuando aparece la imagen en pantalla. La voz de su hija drogada: «Me encuentro mal…, quiero ir a casa…». La gentil respuesta de Dearing: «No pasa nada, cariño, tú relájate…».

«¡NO! Ay, Dios mío… ¡No!». Robyn respira agitadamente. Pero su terror es real; Lennox sabe que ella no tuvo nada que ver con los abusos sufridos por Tianna.

«Lo siento», dice antes de detener la reproducción con el mando a distancia. «Tenía que asegurarme de que no tenías nada que ver con esto».

«¡¿Qué?! ¿Qué te…? ¿Quién…?». Los ojos de Robyn están desorbitados, y jadea intentando recobrar el aliento.

La vergüenza acumulada dentro de Lennox alcanza la masa crítica y posa la vista en el suelo. «Lo más probable es que le dieran alguna clase de sedante. No en el barco, sino seguramente de camino, en el coche, en Alligator Alley». Lennox vuelve a mirarla: «Mientras tú estabas en rehabilitación».

«Pero si estaba con Sta…», empieza a decir Robyn, antes de fijar su mirada en el rostro tapado por la toalla. «No… ¡No! ¿QUÉ LE HICISTE A MI PEQUEÑA, PUTA ZORRA?».

«Robyn», dice Lennox, «¿te acuerdas de Vince, en Alabama?».

«Sí». Apenas se la oye y le clava una mirada llena de odio a Starry, que se sujeta la toalla delante del rostro a modo de máscara.

Lennox le aprieta la mano para lograr que centre en él su atención. «Te fuiste de Mobile para alejarte de él. ¿Te llevaste a Tianna contigo porque sabías como era él? Ella te lo contó y tú la creíste, ¿no?».

«Yo…, sí… ¡Me dijo que me quería!».

«Vince formaba parte de una red de pederastia organizada: la misma de la que formaban parte Lance y Johnnie. La misma de la que formaba parte Jimmy Clemson en Jacksonville».

«No…, ¿cómo puede ser…?», grita ella, pero su mirada empieza a delatar la terrible conciencia de lo sucedido.

«Se dedican a buscar mujeres solteras: marginadas, solas, con niños pequeños.

Intercambian información fundamentalmente a través de un sitio web, pero también por medio de seminarios de formación de vendedores. Diseñan una estrategia de control, les pasan la información a otros pedófilos, uno o más de los cuales acosa a la mujer y trata de manipularla para entablar relaciones sexuales. Una vez cumplido el objetivo, pasan rápidamente a centrar su atención en la niña. Si la madre empieza a sospechar, se retiran y le pasan sus datos de contacto al siguiente miembro, que intenta repetir el proceso».

«Dios mío…», gimotea Robyn, tapándose la cara con las manos. «Tianna…, ¿qué es lo que he hecho?…, ¿qué le han hecho a mi Tia?».

La garganta vuelve a escocerle, pero Lennox se obliga a sí mismo a continuar.

«La norma del grupo es no correr riesgos. Se ganan la confianza de la madre, se hacen amigos de la niña y se interesan por ella; se convierten en los padres sustitutos que la niña quiere tener cerca, y poco a poco crean un ambiente de intimidad emocional y contacto físico. Dame la mano. Dame un abrazo. Un besito. Entonces declaran su amor, pero le dicen a la niña que tiene que ser un secreto. Al mismo tiempo no dejan de halagarla y de aislarla, para que crea que el amor que comparten es especial y justificar así la necesidad de que siga siendo un secreto. Así es como termina», dice Lennox indicando la pantalla con un gesto de la cabeza.

Robyn, que sigue tapándose los ojos con las manos, emite unos sollozos penosos, graves y rítmicos. Sus poros parecen haberse abierto para absorber toda aquella fetidez. Entonces fulmina con la mirada a Starry, que sigue sentada en silencio, con la toalla colocada estrafalariamente sobre la cabeza. «¡VUELVE A PONERLO, JODER! ¡QUIERO VER LO QUE HAN HECHO!».

«No», dice Lennox, «si quieres ver más, lo haces por tu cuenta». Mira a Starry, que le recuerda un halcón encapuchado, un depredador reducido a la pasividad por una cobertura. «La red de pederastas tenía una estrategia de relevos. En cuanto te diste cuenta de lo que se traía Vince entre manos en Mobile, él se puso en contacto con Clemson en Jacksonville…».

«No lo sabía…, ¿cómo podía yo saberlo…?».

«No podías. Cuando te diste cuenta de que el tal Clemson era chungo, él se puso en contacto con Johnnie y luego con Lance en Miami».

«Era un cerdo», escupe Robyn. «Lo de Vince jamás lo habría imaginado… ¡pero Clemson era un puto cerdo de mierda!».

«Y te quedas corta. Así que mientras ellos se muestran cada vez más procaces, por un proceso de puro desgaste tú empiezas a pensar: “Los hombres son así; a lo mejor es que soy un poco estrecha”. Para entonces ya te han aislado de todas tus amigas y de tu familia en Mobile. Y tienen a esta cabrona», dice, señalando a Starry, «trabajando para ellos y asegurándote que todo va de maravilla. Empezabas a sospechar, pero ya te habían sacado todo lo que querían». Y señala el DVD con la

cabeza.

«Me tenían liada hasta la médula, me regalaban montones de drogas gratis: coca, metanfetamina, hierba, tranquilizantes…».

«Starry te llevó a aquel bar concreto la otra noche para que conocieras a alguien que, si todo salía bien, habría sido tu próximo galán. ¿Te acuerdas del tipo con el que tuve el encontronazo?».

Un mísero gesto de asentimiento seguido por un espeluznante: «¿PORQUÉ?», dirigido a Starry. «¡Sólo quiero que me digas por qué!».

Starry, aislada por la toalla ensangrentada, musita lo que parece una oración en español.

Lennox levanta la voz y dice: «Me confundió con él. Cuando apareció el tipo al que en realidad esperaba, se dio cuenta de que la había cagado. Después de poco menos que lanzarnos el uno encima del otro, empezó a rivalizar contigo por mis atenciones, ¿te acuerdas?».

«Es increíble. Todos… Vince, Jimmy, Johnnie, Lance…, todos en el ajo…». Los ojos se le ensancharon, presos de un horror absoluto. «¡Chet! ¿Tianna está con él?».

«No, está a salvo. De todas formas, Chet era distinto. Era un viejo solitario que echaba de menos a su mujer. Se hicieron amigos suyos para poder usar el barco. Le utilizaron, igual que a ti, y empleando tácticas parecidas. Se convirtieron en sus amigotes. Dearing era poli; al igual que mucha gente, Chet se fiaba de los polis». Robyn está tan ansiosa por oír sus palabras que Lennox se siente como un pájaro adulto dando de comer a una de sus crías. «Le enseñaron unas grabaciones porno caseras, como a veces hacen los amigotes». Sólo de pensarlo Lennox da un respingo: *a veces los amigotes hacen más*. «Lo siguiente fue: “Nos gusta grabar nuestros propios numeritos. ¿Nos dejas el barco?”».

Durante un rato Robyn es incapaz de articular palabra. Cuando por fin habla, murmura: «Mi niña, mi niña, mi niña…».

«Ahora está a salvo. Es fuerte», dice Lennox con energía, «y te necesita; ahora lo que hace falta es que seas fuerte tú. La poli no tardará en llegar».

Ella asiente con la cabeza, pero su expresión se desmorona cuando Lennox prosigue.

«A Chet le gustaba ver aquellos vídeos porno caseros. Cuando te vio en uno de ellos, dijo hasta aquí y les dejó seguir con lo suyo. Pero entonces Johnnie y Lance empezaron a ponerse más estrafalarios. Las mujeres eran cada vez más jóvenes. A veces no eran mujeres. Chet alucinaba con las visitas que tenía su barco, pero para entonces ya se trataba de un chantaje puro y duro. Es un tipo orgulloso, y muy chapado a la antigua. No quería que la policía o sus respetables vecinos del Puerto Deportivo del Grove pensasen que frecuentaba semejantes compañías. Pero ellos actuaban de forma cada vez más chapucera y negligente, sobre todo Johnnie.

Empezaron a guardar los vídeos en el barco».

Starry hace sonar las esposas contra las tuberías.

Lennox inspira profundamente. Cierra el puño que se hizo añicos. Nunca volvería a ser igual. Hay fragmentos óseos flotando entre el cartílago y los tendones. «Chet descubrió su sitio web. No había nada que pudiera incriminarles, pero en ella figuraba la lista de miembros y un calendario de reuniones. Son ocho, contando a Dearing, y están en el Embassy Hotel ahora mismo o, más probablemente, huyendo del departamento de policía de Miami-Dade. Seguramente el tema de la conferencia erais tú y unas cuantas madres solteras más del sur de Florida».

Robyn exhala larga y sonoramente, abrazándose los hombros y cambiando el peso de un pie a otro. «Pero Chet ¿por qué…?».

«Tenía pensado acudir a la policía. Estaba haciendo acopio de narices…, eh, de valor», le explica al reparar en su expresión de desconcierto, «reuniendo pruebas. Dearing es poli, ¿recuerdas?».

«Así que Chet sigue siendo mi amigo…».

«En cierto modo sí», admite Lennox, contándole el viejo dicho que solía repetir su padre «más vale enemigo astuto que amigo estúpido», antes de dejar hablar al policía que lleva dentro: «Ahora bien, les estaba ayudando sin saberlo y tendrá que vivir con las consecuencias».

Robyn vuelve a taparse el rostro con las manos. Su voz, casi inaudible, se filtra entre sus dedos: «¿Pero qué he hecho, Ray?».

«Has sido víctima de un chanchullo siniestro de lo peor», dice él mientras de debajo de la toalla sucia sale otra plegaria sacra en español.

«Pero… ¿por qué yo?».

«Tienes una niña pequeña. Tu estilo de vida te convierte en objetivo. La expone a ella y a ti también».

«No soy una mala persona», suplica, «sólo…».

Lennox agita la mano para acallarla. «Yo no puedo criticar tu estilo de vida, porque no se diferencia gran cosa del mío. La diferencia fundamental es que yo no tengo una niña de la que cuidar. Ponte las pilas mientras estés a tiempo».

«Eres…, ¿eres del FBI?».

«No, soy de Edimburgo y estoy de vacaciones. Como te dije, estoy planeando una boda».

El rostro desconcertado de Robyn vuelve a recobrar la concentración enfocando a Starry, que ahora lleva la toalla a modo de burka. «Tú lo organizaste todo. ¡Tú!». Mira a Lennox. «¡Me odia! ¡Me odia porque tengo a Tianna!».

«Mi hijo tenía dieciséis años cuando lo mataron a tiros», gimotea Starry.

«¡Fue un asunto entre bandas! ¡Se lo merecía! ¡Ángel era malo!», chilla Robyn antes de atravesar el espacio que las separa como una exhalación y descargar

puñetazos sobre Starry. Lennox sólo se siente impelido a retenerla cuando se dispone a levantar una gran vasija de vidrio con rayas de tigre. «¡DÉJAME, VOY A MATAR A ESA PUTA ZORRA DE MIERDA!».

No resulta fácil dominarla; la furia le ha proporcionado una fuerza sobrenatural para lo menudo de su cuerpo. Finalmente se queda sin fuerzas y se desmorona en brazos de Lennox, lo que le permite llevarla al otro lado de la habitación y acomodarla en el sofá. «Se llevará lo suyo, no te preocupes», dice, agachándose y cogiéndola de la mano. Rezuma sensación de culpa. *Le fallé a Britney por juzgar mal a Angela Hamil. Ahora le he fallado a Robyn juzgándola mala ella, o juzgándola, que viene a ser lo mismo*.

Por algún motivo recuerda el momento en que, con la rabia de los doce años, entró en la habitación de su hermana Jackie sin llamar, interrumpiéndola sin querer mientras le hacía una felación a su novio. Más tarde hubo bronca familiar. No por su intrusión ni por la indiscreción de Jackie, sino más tarde, cuando su hermana encontró a su vieja muñeca Marjorie, la favorita de ambos, en el ático. A bolígrafo y en grandes letras, alguien había garabateado en su rostro de plástico las palabras GUARRA COMEPOLLAS.

Se fija en la expresión espectral de Robyn, profanada por el rímel y las lágrimas. «Ahora deberíamos ir a buscar a Tianna antes de que aparezca la policía».

Robyn está a punto de asentir con la cabeza cuando ve la puerta abrirse a espaldas de Lennox. «Ya está aquí», les informa una voz.

Lennox se vuelve y ve a Lance Dearing con una copia de la llave en la mano. «Confianza entre amigos con derecho a roce», dice con una sonrisa. Lo siguiente que nota Lennox es que algo ha cambiado en él: unas lentes bifocales dividen sus ojos en un sector oscuro e impenetrable y una parte inferior empañada. Lo último que nota es que Dearing le está apuntando con una pistola.

«¿Quién cojones eres, Ray? Y no me vengas con esa mierda de que eres planificador de bodas. A Tiger le atizaste de lo lindo. Le encontraron bastante perjudicado en el suelo del cuarto de baño ese; sangre, mierda y dientes por todas partes». Lennox asiente con la cabeza, cauteloso pero halagado. «Así que, por última vez, ¡quién cojones eres!».

«¿Importa ya? Se acabó, Lance».

«Para los dos».

«Lance, cariño, déjame ir, vámonos de aquí», suplica Starry.

Por algún motivo Lennox mira a Dearing de arriba abajo, experimentando un súbito desprecio por su camisa vaquera negra lavada a la piedra metida en unos vaqueros blancos y esas flamantes zapatillas blancas.

«No vas a dispararme. Nunca le has disparado a nadie», dice con calma, acordándose de Bill Riordan, el poli de Nueva York jubilado. Pero estaban en el Sur.

¿Formaba Florida parte del auténtico Sur? ¿Era un estado de cazadores? De pescadores, seguro.

Dearing frunce el ceño y algo se apaga en sus ojos, tras las mitades inferiores de sus bifocales.

«¿Y cómo diablos ibas tú a saber eso?».

Desesperado, Lennox se da cuenta de que no hay forma de saberlo. Piensa en su padre. En Britney. Se pregunta, por un instante, si los verá del otro lado, si la muerte realmente es así.

«Lance», implora Starry.

«¡MI NIÑA, PUTO MONSTRUO!», ruge Robyn mientras se levanta.

Dearing le apunta. «¡Quédate ahí sentada, tonta del culo chiflada, o la dejo huérfana!».

Robyn se arruga y se deja caer sobre el sofá abrazándose a sí misma y con un reguero de mocos cayéndole de la nariz al pecho.

«Se acabó», repite Lennox, mirando hacia el disco que asoma del reproductor de DVD que hay bajo el televisor. «Johnnie está detenido. Intenta llamarle si no me crees. Si no, puedes llamar a Chet. Se ha entregado y a ti también, evidentemente. Pensé que te habrían arrestado en el hotel. No importa, la policía local habrá enviado la lista al FBI». Señala las hojas de papel que hay encima del sofá. «Tu nombre no aparece, pero sales haciendo de estrella de tu propio show. Johnnie era muy descuidado. Llevaba esos DVD a todas partes: era un auténtico Blockbuster con patas. Se acabó, Lance».

A Dearing le tiembla un poco la mandíbula.

Starry sigue debatiéndose y rogándole: «¡Suéltame, Lance, por favor! ¡Vámonos a tomar por culo de aquí!».

Lance Dearing no le hace el menor caso; primero mira los papeles y luego el DVD. Tiene los ojos desorbitados y de su interior parece emanar una blancura incandescente. «Nunca me imaginé que podría acabar así. Sólo quería hacer un buen trabajo, eso es todo. Nos pasamos un poco de la raya divirtiéndonos».

«De divertido no tuvo nada», replica Lennox.

«Puede que no», admite Dearing cansinamente. «Supongo que todos podemos descarriarnos».

«Lo mejor que puedes hacer ahora es…».

Lennox enmudece, sobresaltado, cuando Lance Dearing levanta el arma y dispara.

22. Operación de limpieza

Se produce una detonación atronadora; por un instante Lennox cree que ha sido alcanzado. Después ve a Dearing saltar hacia atrás, atravesar el umbral y sacar parcialmente el cuerpo al pasillo, con la sangre chorreándole por la barbilla. Lennox coge el echarpe del sofá y se lo coloca encima de la cara, pero no antes de ver que el orificio de salida está en el pómulo y que le ha quebrado parte de la mandíbula superior. Sus dientes se desparraman sobre el suelo como las perlas de un collar roto.

Robyn, protegida por el hecho de que la puerta se abre desde el pasillo para dar al cuarto de estar, ha visto poca cosa. Lo único que puede ver son las piernas de Lance, que se agitan lenta y convulsivamente. Lennox la coge de la mano y la levanta del sofá. Se encuentra en estado de shock, casi tan incapacitada como el despatarrado Dearing; éste, por su parte, es consciente de que falta poco para el cierre definitivo. Lennox saca el disco del reproductor de DVD y recoge la lista.

Vuelve a mirar a Starry. Tiene la nariz hinchada y los ojos empiezan a ponérsele morados. Lennox apenas soporta mirarla; su condición refleja su propio envilecimiento. Llena de pánico, se debate contra las esposas forradas de piel que la sujetan al radiador.

«¡No me dejéis aquí!».

Lennox no le hace caso; puede quedarse allí hasta que llegue la policía y entonces que intente explicárselo todo a ellos. Lennox levanta la cabeza de Robyn, forzándola a no mirar a Dearing o a las manchas de sangre que hay en la pared mientras pasa por encima del cuerpo del poli pederasta.

«Ahora iremos a ver a Tianna, ¿vale?», le dice cuando cruzan el umbral. Está apabullada y asilvestrada, con un aspecto de animal que contrasta con la pared de hormigón y la frialdad del pasamanos metálico. «Tú espera aquí un minutillo», dice Lennox antes de volver al interior y cerrar la puerta a sus espaldas.

Se inclina sobre Lance Dearing, asombrado de que todavía tenga la pistola en la mano y la arrastre por el suelo intentando apuntarse a la cabeza. El echarpe se ha desprendido parcialmente de su rostro ensangrentado. Vuelve a disparar sin que Lennox pueda reaccionar a tiempo. La bala le roza la parte superior del cráneo, rebota y termina alojándose en la parte inferior de la puerta del cuarto de baño.

El siguiente disparo de Dearing se clava en el rodapié con un silbido. Lennox aparta lo que queda del echarpe para descubrir la totalidad del rostro destrozado. «Ayúdame», dice Lance Dearing con voz baja y ronca, «acábalo…».

Lennox sacude lentamente la cabeza. «Ya lo he hecho, Dearing. Pero ni de coña voy a acabar *contigo*. Ni hablar», dice, pisándole la muñeca y pateando la pistola con

el otro pie hasta desprendérsela de las manos. «No voy a ayudar a un puto pederasta. Con la de sangre que estás perdiendo, espero que la ambulancia llegue aquí a tiempo para remendarte. No quiero que mueras, porque no te lo has ganado. Tendrás que vivir con lo que has hecho». Lennox se sentía imbuido de una energía terrible. «¿Ayudar a un cabrón como tú? ¿A un pedófilo? ¿A un policía pederasta? Lo tienes claro», le espeta, consciente de que los presos de Miami le harán más daño a Dearing que cualquier bala, y quiere que ese hombre padezca la misma suerte que Confectioner: que viva con miedo a ser apuñalado, sodomizado y acosado; reconocerlo le avergüenza. *Han ganado. Nos han rebajado. Nos han reducido a su nivel por medio de nuestra lamentable sed de sangre. Podrías hacerlos desaparecer a todos de la faz de la tierra y aun así habrías perdido*.

Los gritos de Starry y los gemidos guturales de Dearing llenan el apartamento con una espantosa orquestación de sufrimiento. «¡CERRAD LA PUTA BOCA!», ruge catárticamente Lennox, y durante unos segundos el ruido se aplaca. «Cerrad la puta boca, pederastas cabrones, y pensad en lo totalmente jodidos que estáis ahora», dice mientras escucha el gruñido ardiente de satisfacción iracunda que surge de lo más profundo de su ser.

Sale fuera, donde ve a Robyn temblando y consolándose a sí misma; ahora parece tener aproximadamente la misma edad que Tianna. *Pero lo fundamental es que no la tiene*.

Un tipo joven vestido con un chaleco y un pantalón de chándal aparece y sube por la escalera mientras Lennox cierra la puerta. «Me ha parecido oír ruido como de disparos. Yo…».

Ve la sangre que lleva encima Lennox y le mira atónito y boquiabierto.

«Efectivamente», asiente Lennox. «Alguien acaba de pegarse un tiro. Podría ser buena idea llamar a la policía, y a una ambulancia», dice mientras escolta a Robyn por las escaleras rodeando sus delgados hombros con un brazo.

Salen a la calle y suben al Volkswagen, que Lennox conduce hasta el concesionario de alquiler. Por el camino oye ruido de sirenas y se pregunta si serán para Dearing. Quizás no. El shock empieza a hacerle mella y una sensación de entumecimiento general se apodera de él. Cuando ve las señales que indican una gasolinera, le viene una idea prosaica a la mente: *llenemos el depósito*. «Tengo que devolverlo con el depósito lleno», se sorprende oyéndose a sí mismo decirle a una desconcertada Robyn, mientras mete el coche en el patio.

T. W. Pye está haciendo el turno de noche. Cuando Lennox entra en la oficina, le mira con suspicacia. Entonces se le ensanchan los ojos al ver la sangre y el vómito seco que tiene el extranjero en la camisa. Salen al exterior, al aparcamiento de devolución donde se encuentra el coche alemán. Pye da vueltas a su alrededor, introduce en el coche su gran mole sudorosa y comprueba esto y aquello. Lennox se

da cuenta de que a lo largo de la carrocería de color verde, por encima de la llanta, hay un rosario de manchas de óxido, como los granos que pueden salirle en la cara a alguien tras una borrachera monumental. O bien le ha pasado desapercibido o no tiene para él relevancia alguna. «En fin, el coche parece en buen estado», dice mientras se levanta y mira a una temblorosa Robyn. «Y el depósito está lleno», le dice con cara de malas pulgas a Lennox, «pero usted parece un poco hecho polvo, amigo».

«El otro tipo mataría ahora mismo por estar en mis zapatos».

Los laterales de la cara de Pye enrojecen. «Vale…, aguarde…, eh…». Regresa a la oficina, seguido por Lennox, y revuelve en la caja registradora, contando nervioso los quinientos dólares.

«Un coche estupendo, por cierto», comenta Lennox al coger el dinero y guardárselo en el bolsillo; empieza a sentir cierta lástima por el gordo, que regresaría a casa, donde estaba su único amigo, letal, silencioso, pálido e inmutable: la nevera que le mataba cada vez que le recibía con una gran sonrisa desenvuelta y fluorescente. Robyn y él se dirigen a la parada de taxis. Al pensar en Starry y en Clemson, nota cómo la adrenalina se va consumiendo y cede el paso a la depresión, pan para hoy y hambre para mañana: la matemática emocional de la violencia o los abusos. Suben a un taxi.

«A Fort Lauderdale».

En los asientos traseros del taxi, Lennox le explica la situación a Robyn para que no le quede ninguna duda de que tiene la sartén por el mango. «Éste es el trato; primero vienes conmigo a Fort Lauderdale a ver a Tianna. Después vamos a la comisaría y lo contamos todo. Y Tianna se quedará con mis amigos durante una semana más o menos, hasta que todo se haya aclarado».

«Pero yo quiero tenerla conmigo…».

«Esto no tiene una puñetera puta mierda que ver», subraya Lennox, pensando en Tianna y en su *Mola que te cagas*, «con lo que a ti te apetezca ahora mismo. Esa niñita ya no va a ser tu hermanita. Es una cría y tú eres una mujer adulta. Si no empiezas a comportarte como tal, les diré a las autoridades que eres una golfa y una adicta a la cocaína, y créeme, me harán caso. Cumplirías condena si les enseño esa grabación. Créeme».

Robyn se desmorona más aún con la arremetida: «Creía que eras nuestro amigo…».

«Soy amigo de Tianna, no tuyo. Tú tienes que empezar a ganarte la amistad y el respeto». Lennox suaviza el tono a medida que se da por aludido. «Ponte las pilas y a ojos de Tianna saldrás de ésta como una heroína. Tienes que hacer que crea en ti, Robyn».

Ella asiente tras las lágrimas. Y luego él se descubre divagando, diciéndole que él

no es más que un poli escocés que quiso venir a Miami Beach con su prometida para recuperarse de un mal trago. Y planear una boda. Quizás tomar algo el sol, y a lo mejor pescar y navegar un poco. Entonces Robyn le cuenta su historia; eso la humaniza, como hacen todas las historias, y él ve a una persona muy desgraciada, victimizada y descuartizada por hienas. Y se acuerda de la tríada de matones que le convirtió en poli.

Uno puede mejorar. Él estaba en un estado tan mísero como Robyn cuando le recogieron del suelo de aquel bar de Edimburgo, abatido por el chiste malo del graciosillo del pub. Más aún cuando le encontraron en el túnel tras el funeral de su padre, con la mano hecha migas y despotricando como un loco, afirmando enérgicamente que tenía la cocaína controlada cuando había una papelina quemándole el bolsillo del pantalón y las fosas. Trudi, sin embargo, se hizo cargo, le trasladó a Bruntsfield y acudió a su piso de Leith para recogerle el correo. Se puso en contacto con Toal, y consiguió que le dieran la baja por enfermedad; le llevó a ver a su médico, no al de la policía, ya que él nunca se había molestado en apuntarse. Ella ya había reservado el sol de Florida, y ahora las vacaciones tendrían como programa añadido la ejecución de los planes de matrimonio. Pero antes tuvo lugar el funeral de su padre.

El día anterior Lennox había acudido a casa de su hermana: una tarde fría, aburrida y lluviosa, que convertía el acto de avanzar por la avenida gris y sin árboles en una guerra de desgaste contra un viento feroz. En el período inmediatamente anterior al funeral, Jackie había guardado la compostura. Se ocupó de todo, manejándolo con su pragmatismo habitual y dando escasas muestras de emoción. Aquella mañana, cuando Lennox se presentó en su casa, Jackie le dejó estupefacto al abrazarse a él en el pasillo, donde tenían aquella Axminster verde botella que siempre olía ligeramente a humedad, pese a que la habían aireado y limpiado varias veces.

«Ray…, mi hermanito. Sabes que siempre te he querido», había dicho ella.

Para él fue un shock, y más aún cuando le notó el aliento a ginebra. «Nunca lo habría imaginado», le dijo él, y ella pensó que lo decía en broma.

«Deberías ir a ver a mamá, Ray. Nos necesita a todos».

«¿No ha estado Jock cuidando de ella?», preguntó él tranquilamente.

«Menos mal que está él, es un cielo».

Así que ella no lo sabía. Lennox se tragó su rabia. «Sí».

«Deberías ir a verla», repitió Jackie, esta vez con autoridad de letrada.

«Ya, puede que vaya a verla luego, ¿vale?», dijo él con su voz de poli, cargada de las vocales ásperas y el argot barriobajero que solía emplear en presencia de Jackie para contrarrestar su dicción pija. Aquello acabó con lo poco que quedaba de intimidad entre ellos. Acto seguido se excusó y se marchó de nuevo al ordenado universo de Trudi.

A veces un déspota benévolo es preferible a la autodeterminación, medita Lennox, *sobre todo si eres un hecho polvo sin remedio*. Mira a Robyn y la ve mirando fijamente al frente, concentrada en algo invisible.

«Todo saldrá bien», le dice, y querría estar en lo cierto.

La reunión de Fort Lauderdale, al igual que la despedida subsiguiente, es emotiva y lacrimógena. Lennox informa a Tianna de que su madre va a ayudar a la policía a encerrar a malos como Vince, Clemson, Lance y Johnnie. Es quizás la mayor verdad que le ha contado.

Seis días después

23. Holocausto

Los espejos de cuerpo entero del cuarto de baño hunden a un millar de Ray Lennox desnudos en la infinidad ante su mirada escrutadora; cada uno de ellos luce el estigma de la infidelidad maternal. Avril Lennox fue el paquete sorpresa; él había estado vigilando a su padre para ver qué tal estaba y la vieja se había acercado sigilosamente por el punto ciego, el de la vida clandestina y los secretos lujuriosos. Desde la adolescencia hasta los veintitantos concentraste tus esfuerzos en salir adelante como individuo y ocultar de paso tu legado. Entonces, de repente, te encontraste en el escenario, como una stripper bajo una luz cegadora, quitándotelo todo para dejar tu ADN al desnudo.

Lennox apaga las luces del cuarto de baño y, esperando a que pierdan por completo la luminosidad, abre la puerta con una floritura. Ha recuperado el brío, el impulso sexual; no: el imperativo sexual. *¿Seré capaz de cumplir con Trudi?*, se pregunta, saliendo a la luz intermitente del dormitorio.

Él tira de un cordel para cerrar las persianas mientras ella enciende la luz de la mesilla de noche, como un maestro ajedrecista contraatacando instantáneamente ante la maniobra del adversario. Ella está tan desnuda como él, y responde a su aproximación arqueando provocativamente el vientre hacia él, luciendo su moreno de cama solar como si fuera un vestido nuevo. Entre sus temblorosas manos, el cuerpo de Trudi parece aún más compacto de lo que recordaba. Gracias a la iluminación proporcionada por las luces empotradas situadas encima de la cabecera de la cama ve los pelitos blancos como la leche, más finos que la seda, que surcan sus brazos morenos, interrumpidos de vez en cuando por alguna de esas manchas rosáceas donde se está pelando y que tanto la consternan. Desprende tal frescura que tiene la impresión de que si la estrujara le dejaría marcas; parece una muñequita de jengibre recién salida del horno. Una oleada de ternura le abruma y siente el deseo irresistible de acariciarle el rostro. Trudi malinterpreta el gesto y le empuja sobre la cama con suavidad, lamiéndole el pecho recién lavado con una lengua afilada y puntiaguda y poniendo rumbo al sur. Durante unos seductores segundos se la aloja en el ombligo. Después de un par de someros golpecitos sigue bajando hasta abrir los labios en torno a su polla.

Lennox jadea al notar cómo se le pone erecto y se le hincha el pene en la boca de Trudi. La contempla mientras se adapta al nuevo status quo, más formidable, con esa expresión de gratificación y sorpresa en la mirada que acompaña el encuentro con un viejo amigo. Lennox le coloca el pelo detrás de la oreja para gozar del festín de su rostro.

Ambos están decididos a que la erección dure, y ella se muestra complacida cuando él gruñe «Todavía no quiero correrme», se la saca de la boca y la monta; hacen el amor de forma controlada y precaria, casi deleitándose en el mero hecho de poder hacerlo y respetando el maravilloso poder que se va intensificando por momentos hasta llegar a algo así como una intensidad forense.

Llegan juntos al orgasmo, salvajemente; la eyaculación de Lennox es tan espesa e intensa que casi le duele. Trudi pone los ojos en blanco y profiere un aullido de amazona que él temía no volver a oír nunca. Agotados, caen rápidamente en un profundo sopor poscoito. Lennox siente que atraviesa a toda velocidad el océano hasta ver a Toal detrás del atril, en la sala de subastas. El maniquí, silencioso e inmóvil, está dentro del ataúd. Los demás pujan; todos entre las sombras, pero parecen más débiles. Porque Les Brodie está a su lado y ya no son una pareja de niños. A sus espaldas, una voz de pederasta dice: «Dos millones».

«¡Tres millones!», chilla Les.

«¡Cuatro millones!», grita alguien, pero ahora se capta la incertidumbre en las voces de los hombres que están en la penumbra. Parecen proceder de más lejos.

Lennox escruta la expresión de Brodie. Capta la señal. «¡CINCO MILLONES!»[46], gritan ambos al unísono, con ese ruido característico de los escoceses que suena en el transcurso de sus invenciones y sus juergas alcoholizadas, en su obsequio al planeta Tierra del himno «Auld Lang Syne»: el sonido conocido en el mundo entero.

«Sseis milloones…». Las voces de los pederastas se desvanecen.

«No he oído la oferta. ¿Podrían repetirla?», pregunta Toal. «¿No? La última ha sido de cinco millones. Cinco millones a la una…, a las dos…, adjudicada… ¡a Ray Lennox!».

Ahora la muchacha del escenario luce un traje de novia blanco. Se lleva las manos a la cara y se quita la máscara mientras Lennox regresa volando a la superficie desde el fondo de un pozo de sueño, sudor y edredón. Abre los ojos. El rostro de Trudi está sobre la almohada, junto al suyo. Con los ojos cerrados y una sonrisa torcida. Agradecido, Lennox toma una estimulante bocanada de aire. Tras saborear unos instantes de patetismo y adoración intensa, la despierta con un beso.

A ella le encanta y le irrita al mismo tiempo que la desperece de este modo. «Oh, Ray…, ¿qué pasa, cielo? ¿No habrás vuelto a tener esas horribles pesadillas?».

«No, he tenido preciosos sueños con novias vestidas de blanco», dice él mientras se estira para abrazarla.

Trudi se acurruca contra su cuerpo y, tras una pausa durante la que permanece tan inmóvil y silenciosa que él piensa que ha vuelto a quedarse dormida, dice: «Por lo menos llama a Stuart, Ray».

«Luego», dice él, forzando una sonrisa mientras coloca un brazo entre la cabeza y la almohada, fijándose en la atrofia de su bíceps mientras piensa: *gimnasio*, *gimnasio*,

gimnasio. «Estamos de vacaciones».

«Vale», dice ella, levantándose de la cama y yendo al cuarto de baño. El observa sus movimientos, su elegancia de ágil potrilla; admira la esbelta tersura de sus nalgas, sus omóplatos y la suave hendidura que deja la columna vertebral en su espalda. Entonces desaparece y él oye el rumor de los chorros de agua.

Stuart.

¿Qué había sido de aquel niño menudo y delicado, de piel clara y cabello castaño rizado?

El funeral de su padre. Con cada whisky que tomaba, la cara de Stuart se ponía más roja; aquel brebaje inmundo y asqueroso. Sin que se diera cuenta, el hojaldre de la salchicha que estaba comiéndose soltaba migas dentro del vaso. Llevó a Lennox a un rincón durante la recepción y le cuchicheó con nerviosismo. Con el semblante del color de la remolacha y bufando. Había que ver la nula noción de la intimidad que tenía Stuart hasta en los mejores momentos y la forma tan agobiante que tenía de arrimarse cuando iba borracho. «Tener que ir y recoger las cosas de su despacho fue bochornoso. Encontré un alijo de pornografía en su escritorio».

Lennox enarcó cansinamente una ceja; tenía ganas de que terminara de una vez, pero estaba demasiado fatigado para insistir. Tenía la piel de gallina, pues se había pasado toda la noche fumando pasta base en su piso de Leith, adónde había acudido tras dejar con un palmo de narices a la psicoterapeuta Melissa Collingwood.

Stuart te malinterpretó; pensó que estabas intrigado. «¡Lo que había allí, Raymie! No es broma. No me lo podía creer. ¡Papá! Llevé a Jasmine a tomar una copa. Reconoció que se sentía fatal porque cuando se asomó a la ventana del despacho y le vio tan tenso, pensó que se la estaba pelando. ¡Debía de ser famoso por ello! Así que se apartó rápidamente y entonces oyó unos ruidos. Abrió la puerta y vio a papá tirado en el suelo. No se la estaba pelando. Le estaba dando un puto infarto».

Pobre cabrón. Se esforzaba por recuperar su sexualidad, esa parte cardinal del yo, enterrada por las pastillas que le mantenían con vida.

Lennox mira a su hermanito y en la piel nota manchas en las que nunca se había fijado. Quizás fueran nuevas. Ve a un monigote boquiabierto, a un actor, a un intérprete, siempre en el escenario. *Cuanto mayor fuera el puto drama, más lo absorbería el niñato mimado de Stuy más en su salsa se encontraría*.

«¿No vas a hablar con mamá?».

«Tú ocúpate de que no se me acerque, cojones», respondió mientras miraba a su madre llorosa. Trudi estaba a su lado consolándola, tratando de explicar lo inexplicable. *¿Por qué no me habla Roy, Trudi?* Se lo había contado a Trudi, por supuesto, pero no sabía si lo había creído o lo había atribuido a una fantasía desquiciada destinada a la carpeta «estrés».

Entonces Jock Allardyce se acercó a él, seguido por Avril Lennox, con mano

temblorosa y acariciando inconscientemente un vaso de vino tinto. La mata de pelo blanco de Big Jock, lustrosamente peinada hacia atrás con gomina, y aquellos tristes ojos azules. «Mira, Raymond, sólo quería decir que…».

«Vete a tomar por culo, Mr. Confectioner, y llévatela a ella contigo». Entonces se volvió hacia su madre. «¡Mi padre ni siquiera se ha enfriado, asquerosos hijos de puta!».

Recuerda el horror y el asombro de Jock, y a su madre, llorosa y con ojos desorbitados, intentando decir unas palabras pero derrumbándose y siendo consolada por Trudi y Jackie. Supo en el mismo momento que había sido un acto mezquino y fuera de lugar llamar a Jock por el apodo con el que habían bautizado al pedófilo homicida Horsburgh. El «tío Jocky» ni había ejercido jamás el oficio en cuestión ni era goloso tampoco. Ni siquiera Horsburgh había utilizado golosinas para atraer a sus presas, sólo fuego y Sprite.

Entonces se le acercó Stuart, con una cara y unos andares camaleónicos, tratando de adoptar ademanes de portero de discoteca.

«¿Qué pasa aquí?».

«A ti esto te encanta», le espetó Lennox a su hermanito. «Pues aquí te quedas, estrechando lazos con tu padrastro. Yo me largo».

Stuart se encaró con él. Recuerda a su hermano cerrando los puños y poniéndose de puntillas, su aliento a whisky a sólo tres centímetros de su rostro.

«¿Te crees que lo sabes todo de la naturaleza humana porque trabajas con escoria en tu curro de fascista? Eres un puto aficionado, Raymie. ¡No tienes ni idea de lo que quiere mamá ni de lo que le pide a la vida!».

Y mientras Avril repetía una plegaria con los ojos cerrados: «Es culpa mía, culpa mía…».

Lennox le colocó tranquilamente la mano en el pecho a Stuart y le empujó medio metro hacia atrás. «Seguro que tú sí. Ve a intercambiar putos consejos sobre maquillaje». Le dio la espalda y salió al aparcamiento; su estado de ánimo era cada vez más negro, como las nubes oscuras que se arremolinaban en el cielo. Deambuló un rato sin rumbo y acabó sentado en un banco del cementerio, pensando que nunca podría contarle lo que le había pasado en el túnel ni a su padre ni a ninguno de ellos, y preguntándose cuánto debió de costarle a John Lennox soltar su gran secreto íntimo.

Al cabo de un rato oyó el sonido de la grava crujiendo bajo unos pies, y una delgada sombra se proyectó sobre Lennox advirtiéndole que alguien se había unido a él en el banco, a una distancia respetable. Les Brodie, cigarrillo en mano, miraba directamente al frente, entornando los ojos bajo la débil luz del sol, que intentaba imponerse. Lennox iba a pedirle que le dejara en paz, pero Les no decía nada, sólo miraba hacia el cielo nublado.

Ahora Lennox sentía el aire frío en la nuca, latiendo al mismo ritmo que su pulso.

Les habló por fin: «El día ha salido fresco, El Mondo».

Su apodo de la infancia; sólo lo utilizaban sus familiares más inmediatos y Les. *Estábamos así de unidos*, pensó. «La cosa no podría estar más jodida», protestó Lennox mientras miraba a su alrededor.

«Siempre puede estar más jodida», dijo Les Brodie, sacudiendo la cabeza. Entonces apareció en sus labios una sonrisa; volviéndose hacia Lennox, le miró a los ojos y añadió: «Pero también puede estar mejor».

«Ese cabrón y mi vieja, que se lo tiraba; lo ha traído cuando mi viejo aún no se ha enfriado».

«Jock era su amigo, Raymie».

«Sí, ya, menudo amigo tenía que ser para follarse a su mujer. Y el cabrito de Stuart…».

«Pues sí, a veces la gente es muy rara», asintió Les Brodie como suele hacerlo la gente en tales ocasiones: reaccionando de forma banal y vacua ante el enigma irresoluble de la mortalidad.

«A mí me lo vas a decir…».

«Pero tienes que pasar página, Raymie».

«¿Cómo? ¿Cómo cojones se hace?», empezó Lennox mientras su mente regresaba disparada al túnel y a un Les deshecho saliendo a la luz con su bici. «¿Tú cómo puedes pasar página?».

Les se aclaró la garganta. «¿Sabes lo que me hicieron esos cabrones, Raymie? Me violaron. Dos de ellos, uno después de otro. Eso nunca te lo conté, ¿verdad? Nunca lo dije a las claras. Dos», repitió. Sonrió, acentuando las patas de gallo. «Justamente cuando pensaba que todo había acabado, empezó el otro. Esperaba que empezara el tercero, el más joven, pero se rajó».

«Joder, Les, yo…». No pudo decir más. Había huido. ¿Debería haberse quedado, peleado, chillado y soportado el castigo —como un hombre, cabría decir— junto a Les? Aquella pregunta le había atormentado durante toda su vida adulta.

«Podría darte más detalles, pero no lo voy a hacer». Sacó unos pitillos y le ofreció uno a Lennox, que rehusó. «Eso sí, te diré lo furioso que estaba y cómo iba buscando gente a la que hacerle daño por lo que me había pasado. Y también a mí mismo. Me desmadré a lo bestia», dijo con una amarga sonrisa evocadora. «Tanto odio sin ninguna salida. Hasta te odié a ti por haberte largado de allí».

«Yo me odiaba a mí mismo por haberme largado, Les. Intenté encontrar ayuda, dar la voz de alarma. Conseguí que viniera aquella gente, pero era demasiado tarde».

Les dio una profunda calada a su cigarrillo. «Tendría que dejarlo», comenta con expresión meditabunda. «No, colega, hiciste bien. Si no hubieras escapado se habrían tomado su tiempo, y a lo mejor el otro habría…, ya sabes», dijo, enarcando las cejas.

Lennox inclinó la cabeza unos grados. Se daba cuenta de que su complicidad con Les jamás había corrido peligro y que los años de separación no habían hecho sino incubarla. Les no le había rechazado, simplemente se encontraban en extremos distintos del largo y negro túnel que les separaba.

«¿Sabías que me hice poli por eso? Quería atrapar a esos hijos de puta, Les. Sigo queriendo atraparles, joder. Si supieras la de fotos de archivo que he visto en mis ratos libres desde que ingresé en el cuerpo… Todos los delincuentes sexuales que tenemos en los archivos de todo el Reino Unido. Nada. Por eso me metí en Delitos Graves: para poder tener acceso a esos cabrones, para poder dar caza a esos hijos de puta. Pero nada de nada», dijo, sacudiendo la cabeza. «A lo mejor se esfumaron sin más».

La sonrisa de Les Brodie se ensanchó. «Pues sí, puede que lo hicieran».

Lennox se lo quedó mirando, revolucionado. El poli que llevaba dentro salió a la superficie antes de que pudiera evitarlo. «¡Cómo! ¿Me estás diciendo que…?».

Su viejo amigo soltó una risa larga y sardónica, tiró la colilla y la chafó con el talón. «No. Ojalá. Durante mucho tiempo habría dado cualquier cosa por haberlos encontrado. Pero ahora no forman parte de mi vida. No te equivoques: espero que estén en un lugar donde no puedan hacerle daño a ningún otro crío, pero yo decidí lavarme las manos de todo aquella historia».

«Pero ¿cómo pudiste hacerlo?».

«Porque no me quedaba otra», dijo Les, metiéndose la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacando una cartera con una foto de familia de su mujer y sus hijos. «Tengo otras personas de las que ocuparme. No quiero que el marido de mi mujer o que el padre de mis hijos sea un chalado hecho polvo. Tengo que estar presente para ellos, no obsesionado con viejas venganzas. Tu chica es una monada, Ray, no la pierdas por un puñado de putos pederastas; eso sí que sería una tragedia».

Podías oír palabras como aquéllas un millón de veces y comprender su significado, pero hasta que no estuvieras emocionalmente preparado para abrazarlas, era como intentar sembrar en una autopista. Tras otro silencio, Lennox se levantó del banco como un futbolista suplente durante el tiempo añadido, sin otro papel que esperar a que pasara; estrechó la mano de su viejo amigo. Les se levantó y le abrazó, pero Lennox estaba rígido y apenas logró darle una somera palmadita en la espalda.

«Necesito dar un paseíllo para aclararme la cabeza, Les», dijo mientras se separaba.

«¿Quieres que te acompañe?».

«No, estoy bien».

«¿Ray?». Les Brodie hizo una pausa. «Pasa página, colega».

«Nos vemos, Les».

Lennox caminó sin saber adónde se dirigía, con el barro y la grava bajo los pies,

el agua rugiendo por debajo y el río a la vista entre los pelados árboles invernales. El túnel, situado más adelante, ahora parecía pequeño e inofensivo desde la perspectiva de la talla adulta. Se metió dentro y se dirigió a la zona muerta del centro, deseoso de que obrara su magia y volviera a transformarle. Entonces ansió la reaparición de los tres muy humanos monstruos que habían transformado al muchacho, para que volvieran a enfrentarse al hombre. Estaba deseoso de que sucediera algo. De oír voces. De encontrarse con cualquiera o con lo que fuese. «¡VENGA!», vociferó. «¡VENGA, PUES, CABRONES!». Aporreó con la mano derecha los enormes e implacables ladrillos de piedra. Por un instante el dolor le hizo titubear pero siguió golpeando hasta anularlo; después ya no sintió más que un palpito nauseabundo en el pecho, respiró de forma convulsiva e hiposa y vio caer la sangre desde su mano destrozada al áspero suelo.

No tenía ni idea de cuánto tiempo permaneció sentado en aquel túnel con la cabeza apoyada sobre las rodillas y perdido en divagaciones psicóticas, pero allí fue donde lo encontraron Trudi y Ally Notman.

«Ray…, ay, mi Ray, cariño… Les dijo que estarías aquí…», empezó a decir Trudi antes de ver el estado de su mano y quedarse paralizada de horror y boquiabierta.

Pero Les sabía que estaría allí.

Nos vemos, Les.

Y se propone intentarlo. Cuando regrese a Edimburgo, buscará a Les para sacar su amistad del tanque de almacenamiento de cristal donde se había quedado mientras todavía tengan tiempo de disfrutarla. Estira los dedos de su mano lesionada. Coge el mando a distancia y lo pulsa.

El programa le fascina. Es el canal local de Miami-Dade: una serie llamada *Sexual Offender Watch*. Fotos de archivo de hombres de mirada demente y expresión pétrea calificados como «delincuentes sexuales» o como «depredadores sexuales» —Lennox no sabría decir cuál es la diferencia— van desfilando, acompañados por su nombre, raza, color de ojos, color de pelo, fecha de nacimiento y con una versión instrumental de mala calidad de «Caravan of Love» de fondo.

La revolución no será televisada [47]*, pero el registro de delincuentes sí,* piensa mientras lo mira un rato, sin reconocer a ninguno de los hombres de la conferencia de pederastas. Eran todos blancos, mientras que casi todos los que salen aquí son negros o hispanos. Una voz femenina entrecortada susurra: «Quien esté libre de culpa…», declama antes de soltar una risita frívola y forzada, «… ¡se divierte más!».

Al parecer un bloque de pisos de lujo que da a South Beach, en Bay Biscayne y el centro de Miami, vale veinte mil dólares menos que la semana pasada. Entonces comienza otro anuncio; un tipo joven y cachas a lo Christopher Reeve sentado ante una mesa junto a una piscina con un portátil y un teléfono móvil finge terminar una llamada. Mira hacia la cámara. «En Bonaventure, ponemos el acento en la aventura»,

dice mientras se levanta y asoma a un embarcadero donde está atracando un barco; saluda con la mano a la familia, que está desembarcando y atando las amarras. La cámara hace panorámica y enfoca un bloque de pisos. Entonces regresamos al piso de lujo y el hombre nos lo enseña.

Trudi sale del cuarto de baño, desnuda salvo por la toalla que le rodea la cabeza, mirando a la pantalla mientras el vendedor de rasgos esculpidos dice: «Soy Aaron Resinger y no les estoy vendiendo un sueño; lo estoy viviendo. Como lo oyen. Cuando digo que este complejo reúne los máximos requisitos de calidad y es lo último en lujo y estilo de vida, no es sólo un discurso de vendedor. Cuando construí este sitio, decidí que simplemente no podía encontrar otro lugar mejor donde vivir. Así que vengan a verlo», les exhorta Aaron antes de mostrar una sonrisa de dentífrico y, encogiéndose ligeramente de hombros, añadir en tono de falsa modestia: «Los vecinos también son muy agradables».

Trudi se queda de piedra y le da la espalda a la pantalla.

«¡Seguro que a ti te apetecería!», exclama Lennox.

«¿Cómo…?», dice ella con un grito de asombro.

«Mesas de cocina de mármol, suelos de madera, electrodomésticos varios, balcón soleado, vistas impresionantes, atracadero y parking. Vi cómo se te ponían los ojos…», se burla Lennox, apoyando la mano en la parte inferior de la espalda de Trudi mientras con la otra la acaricia entre las piernas. «Oye…, ¿crees que nos daría tiempo de…?».

Ella se aparta. «Tenemos que prepararnos. Vamos a ir a Fort Lauderdale a comer con Ginger y Dolores y recoger a Tianna, ¿recuerdas?», dice antes de apagar el televisor.

«De acuerdo…», dice Lennox con renuencia, dirigiéndose al cuarto de baño a intercambiar impresiones con sus otros yoes, que entonarán todos la misma canción.

Robyn había cumplido; hizo una declaración exhaustiva. Johnnie y Starry estaban en prisión sin fianza. Le informarían de la fecha del juicio y tendría que volver a Miami. Se habían presentado varios cargos en tres estados distintos. Le interrogaron acerca del estado en que se hallaba uno de los detenidos, James Clemson, al que hallaron en un hospital de la ciudad tras haber sido brutalmente agredido. «Para mí que cuando todo se fue al carajo se volvieron los unos contra los otros con bastante ferocidad», le comentó Lennox con cara de póquer al agente encargado de interrogarle, que le miró con un gesto harto significativo, pero era evidente que no tenía intención de llevar el asunto más lejos.

Lance Dearing llegó hasta la ambulancia antes de perder el conocimiento. Técnicamente, aguantó tres días más antes de que su cuerpo sucumbiera a las infecciones causadas por las heridas. Lennox hizo votos por que hubiera sufrido hasta

el último segundo y que el equipo médico hubiese escatimado en morfina. No andaba muy sobrado de compasión para la gente que saciaba sus impulsos distribuyendo condenas de por vida a los niños.

Espera a Tianna sentado en un restaurante y conversando con la nieta de Dolores, Nadia, que es maestra y ha venido a pasar una temporada con su abuela, que no lleva nada bien la defunción de Braveheart. Dolores no había vuelto a ser la de siempre durante el concurso de bailes de salón de la noche anterior; Bill y Jessica Riordan habían vencido con facilidad a ella y a Ginger, que sigue con la espina clavada.

«¿Dónde se ha visto un *Paddy*[48] que sepa bailar?», pregunta a los congregados —Lennox, Nadia, Dolores, Bill y Jessica— mientras toman una copa antes de comer en su cantina mexicana favorita.

«¿Michael Flatley?», tercia Jessica.

«Los maricones saben bailar todos», se mofa Ginger. «Quiero decir *Paddies* heterosexuales normales, como Bill».

«Flatley no es gay. Está casado», dice Jessica mientras se lleva una margarita a los labios.

«¿Me estás diciendo que baila así y es normal?», se ríe Ginger desdeñosamente.

El Hombre de la Cantina, de Fettes[49], piensa Lennox. Entonces, pensando en Tianna, que ha salido de tiendas con Trudi pero que debe de estar al caer, pregunta a Nadia cómo visten las niñas de su colegio.

«Es mi mayor quebradero de cabeza», dice ella, hincándole el diente a un chip untado en salsa. «Tengo que enviar a niñas a casa constantemente. Tienen diez u once años y llevan unas faldas tan cortas que se les ven las bragas. Yo les digo: “Vas a tener que volver a casa a taparte un poco”. La mayoría de las veces ni lo piensan: es la moda y punto. Me miran como si fuera una especie de solterona vieja y malvada», dice, apartándose el cabello largo y rizado de la cara. «Pero ¿qué pasa si lo dejas correr? Los jovencitos y menos jovencitos empiezan a fijarse en ellas y a ellas les gusta, así que empiezan a contonearse por ahí en plan sexy sin saber realmente lo que hacen».

A lo largo de la semana pasada Lennox se ha sorprendido a sí mismo prestando atención a los hábitos de consumo de las jovencitas: cómo se vestían, qué leían, qué discos compraban, cómo hablaban entre ellas: había leído en alguna parte que cada vez llegaban a la pubertad y tenían la regla antes. Por lo visto, crecer era más estresante que nunca. Piensa en su propia infancia. Todo había parecido ir muy bien hasta que aquel día de verano cayó el negro telón en el túnel. Pero quizás hasta los recuerdos felices se veían de color de rosa.

Les Brodie. A él podía contarle cómo habían sido las cosas hasta ese momento. Porque a Les no le dejó hecho polvo lo que sucedió. Vale, se había desmadrado bastante durante la adolescencia y fue un poco gamberro, pero ahora era padre de

familia y dueño de un próspero negocio de fontanería. El perturbado es Ray Lennox. Les se ha limitado a encajar y seguir con su vida. ¿Y si aquellos pederastas talegueros le hubieran dado por culo a él? Lo único que hizo fue chuparle la polla a uno de ellos. Una carcajada inmunda le estremece los hombros; por un momento la idea le parece una astracanada tan inofensiva como una pantomima del King's Theatre, y desde luego completamente indigna de una cruzada. ¿Cómo habría reaccionado? ¿Cómo habría salido en caso de haberse invertido los papeles? Sin duda peor todavía, medita con tristeza mientras sorbe su zumo de naranja y anhela la margarita que no puede permitirse el lujo de tomar. El verdadero loco era él; estaba tan consumido por su propio miedo que no se había dado cuenta de lo mucho que había asustado a Dearing y a la pandilla de pederastas desde el primer momento.

Hay algo de lo que no cabe duda; los Estados Unidos son un sitio mucho más complicado de lo que había podido apreciar en sus visitas anteriores. Es algo más que un país de coches grandes y deportes raros, donde hasta los novelistas consagrados son incapaces de escribir un libro sin mencionar la gelatina Jell-O y los animales realizan proezas atléticas en las películas. También había aprendido un poco acerca de sí mismo. A menudo se había ocultado tras el telón de pesimismo calvinista que los de su tribu lucían como si de tartán se tratara, conscientes de que, pese a toda nuestra presunción, el corazón habría de asimilar amargas lecciones. Pero ha sido testigo de cómo el comportamiento influye en el desenlace de los hechos. A partir de ahora le resultará muy difícil encogerse de hombros y contemplar estoicamente el paso de los años.

«Gracias a Dios, estaba muerto de hambre», dice Ginger mientras coge la carta y Tianna y Trudi entran juntas y emocionadas en el restaurante con bolsas que contenían la clase de historias que Lennox aborrece. La semana anterior habían pasado mucho tiempo juntas, el suficiente para ganarse la denominación colectiva de «las niñas». Tianna lleva el pelo recogido en una coleta y unas grandes gafas de sol encima de la cabeza. Lleva una falda de color burdeos con lunares blancos que le llega hasta las rodillas, un pañuelo blanco sedoso alrededor del cuello, medias color crema y zapatos negros. Parece la hija guay de diez años de alguien.

«Esas gafas son *SFA*[50]», le dice Lennox.

«Skarrish Football Association», dice ella con una sonrisa antes de darle un beso de sobrina, seguida por Trudi, que le da otro en los labios con un discreto toquecito de lengua. Saca la crema hidratante que le ha comprado y la aplica a su rostro seco y quemado por el sol. «Tienes que cuidarte la piel, Ray», le dice. A la mente especulativa de éste eso le cuadra: lleva tanto tiempo intentando huir de ella que se pregunta si no debería tratarla un poco mejor. Le están mimando, incluso humillando un pelín, pero no le importa. El sexo ha regresado a sus vidas con tanta fuerza que resulta ya imposible imaginar que alguna vez hubiera desaparecido de ellas. Ha caído

otro muro; pronto estarían follando, agradecidos y con una total ausencia de inhibiciones. Y, como cualquier otra droga, el sexo anula la preocupación por otras cuestiones. La vida iba regresando lentamente a lo que él consideraba que podía ser la normalidad.

«¿Y qué tal los caseros? ¿Te siguen tratando bien?», pregunta Ray Lennox a Tianna Hinton al tiempo que le guiña un ojo a Eddie y a Dolores Rogers.

«Molan bastante», dice ella con una risita.

«Estupendo. ¿Y adónde te gustaría ir esta tarde?».

«A Escocia».

Sobre los hombros de Lennox desciende un manto de tristeza. Mañana vuelven a casa; echará de menos a la niña. Trudi también se ha encariñado con ella. Él ha empezado a disfrutar con la colusión lúdica de ambas chicas contra él, casi siempre relacionada con los inminentes planes de boda. Pero antes de marcharse hay algo que quiere hacer con ella. Y para eso necesitan estar solos.

Llega la comida y Trudi se fija en lo dulcemente callado que parece su prometido cuando come, como si se ensimismara. Por fin se ha puesto unos pantalones cortos, cosa que ella aprueba, y sus piernas ya van perdiendo un poco esa blancura láctea. Tianna hurga en una bolsa para enseñarles algo a los comensales.

Lennox se vuelve hacia Ginger: «¿Qué tal la experiencia, Eddie?».

«Es un encanto de chiquilla y no nos ha dado ningún problema», dice Ginger. «De hecho, a Dolores le ha venido muy bien que estuviera aquí, porque adoraba a aquel puto perro».

Al cabo de un rato, Trudi levanta su muñeca aterciopelada y comprueba la hora. Lennox capta la indirecta: Trudi, Tianna y él se despiden y salen a la calle, donde suben al coche alquilado de Trudi y conducen hasta Miami Beach. Mientras abandonan el paso elevado de Julia Tuttle y recorren calles flanqueadas por hileras de palmeras, llenas de bonitas casas estucadas y exuberantes jardines tropicales que llegan hasta la bahía, Lennox piensa que éste es un lugar al que un recién llegado podría traer a su familia colombiana, haitiana, cubana o escocesa, que diría con orgullo: qué bien se lo ha montado este cabrón. Y piensa también en que el sueño americano nunca es propiedad de los americanos, sino que pertenece a los ciudadanos con aspiraciones de todo el planeta, y en que se desvanecerá y morirá cuando los Estados Unidos cierren sus fronteras, como inevitablemente acabará por suceder.

Trudi aparca el coche en un garaje de Alton; luego se dirigen a Lincoln Avenue, a la aglomeración de restaurantes, bares, galerías y tiendas de diseño que constituye el glamouroso meollo de Miami. Lennox, que lleva una mochila de color naranja y negra colgando de un hombro, quiere parar y echar un vistazo a la Britto Central Gallery para contemporizar con Trudi; sólo quiere atravesarla con rapidez, pues opina que si ves algo que te emociona, siempre es mejor no entretenerse y darle demasiadas

vueltas para no arruinar tu capacidad de asombro. Pero Trudi no está por la labor, y en lugar de eso lleva a Tianna a una tienda de moda próxima. Después se acercan a un cibercafé en Washington Avenue, donde toman un café y navegan un poco por la red. Tianna y Trudi echan un vistazo a la página web de Scottish Wedding mientras Lennox se conecta a Jambos’ Kickback. Ve el último post de Maroon Mayhem sobre el asunto Craig Gordon; tenía muy poco que ver con el portero escocés.

> Lamento profundamente lo que le dije a Ray of Light. Ya sé que no es excusa, pero estaba bebido en ese momento. Cualquiera que me conozca os dirá que no acostumbro a comportarme así.

Lennox teclea una respuesta:

> No te preocupes. Son cosas que pasan. Yo tampoco tenía la cabeza en su sitio, así que pido disculpas por lo desmesurado de mi reacción. Yo también soy consciente de lo que puede llegar a hacer el alcohol. Si alguna vez nos encontramos te invitaré a una cerveza… ¡o a lo mejor nos ceñimos los dos al zumo de tomate!
>
> Tu co-socio de los Hearts
>
> Ray

Cuando dejan los terminales y se sientan en la parte del establecimiento dedicado al café, Tianna le dice a Lennox: «Entonces, ¿adónde nos llevas? ¿No era aquí?».

«No, está por aquí cerca. Pero antes tengo que explicarte una cosa», dice él. «¿Te acuerdas de cuando te prometí que te hablaría de aquellos sueños de los que hablamos?».

«Sí».

«Ray», tercia Trudi, «a Tianna no le interesa…».

«Por favor, dame un momento», insiste Lennox. «También quiero que lo oigas tú. Nunca se lo he dicho a nadie. Ni a mi madre, ni a mi padre, ni a nadie. Es algo con lo que sueño mucho, algo que pasó hace tiempo». Mira a sus espaldas. El local está casi desierto; se sientan en un rincón apartado, sorbiendo café o leche y comiendo galletas de chocolate.

Lennox habla en voz baja pero con autoridad. Su tono de voz no es de poli, al menos en lo que captan sus oídos. «Yo tenía un muy buen amigo que se llamaba Les», le dice a Tianna. «Cuando teníamos aproximadamente tu edad, salimos en bici y atravesamos un largo y oscuro túnel, como de tren, pero abandonado. En él acechaban unos tipos muy malos y perturbados que nos acorralaron. Al principio pensábamos que querían robarnos las bicicletas», dice, mirándola para ver si le sigue.

Tianna moja la galleta en la leche. Levanta la vista con recelo. Trudi tensa la mandíbula inferior y se arrima a él. «¿Estás hablando de Les Brodie y tú?».

«Sí», dice él antes de volverse de nuevo hacia Tianna. «Yo conseguí escapar, pero no antes de que me hicieran algo malo. Nunca se lo he contado a nadie, pero uno de aquellos hombres me obligó a chuparle el pene».

«Ray, eso es horrible», dice Trudi con horror. «¿No podrías habérselo contado a la po…».

Entonces se para y mira a Tianna.

La niña americana baja la cabeza, avergonzada. Pero una voz pequeña y desafiante surge de su interior. «Lo sé… Vince… solía…».

Lennox le levanta la cabeza. «No es culpa tuya. Eres una niña. Yo era sólo un niño. No fue culpa mía. Nunca se lo dije a nadie porque me avergonzaba. Pero no era yo quien debería haberse sentido así. Yo no hice nada malo». Retira la mano.

Ella mantiene levantada la cabeza, con la mirada fija en la de Lennox. «No. No fue culpa tuya. No fue culpa nuestra, Ray».

«Cogieron a Les. Él no consiguió escapar. Yo intenté buscar ayuda, pero me llevó mucho rato. Le hicieron cosas malas, terribles».

«¿Le…?», cuchichea ella, echando una mirada en torno al café para asegurarse de que están solos, «¿hicieron… como… cosas sexuales con el pene de un hombre dentro?».

«Sí», dice Lennox. «Sí lo hicieron. Después de aquello, Les estuvo furiosísimo durante algún tiempo. Estaba furioso porque lo que le hicieron fue una injusticia. Pero estaba tan furioso que hizo mucho daño a un montón de gente y también a sí mismo. Entonces se dio cuenta de que si hacía aquello, ellos habrían ganado. Seguirían controlándole. Toda aquella rabia no la dirigía contra los que la habían causado, sino contra sí mismo y toda la gente a la que quería, ¿verdad?».

«Sí», asiente ella. «Así es».

«Yo intenté encontrar a la gente que le hizo aquello a Les. Y a mí. Aún no lo he conseguido. Pero lo haré. Nunca dejaré de intentarlo».

«No dejarás de hacerlo porque eres bueno, Ray. Eres una buena persona», le dice Tianna.

«No, no dejaré de intentarlo porque no me gusta lo que hacen. El que es buena persona es mi amigo Les, porque tuvo la madurez suficiente para superarlo. ¿Me entiendes?».

Era cierto. Trudi comparte con él una noción simultánea: el desarrollo emocional de Ray Lennox estaba atrofiado. Parte de él seguirá siendo siempre el niño asustado del interior del túnel. Lo demás, el *kickboxing*, el trabajo policial, la caza del pederasta, era todo un intento inútil de negarlo. No cambiará mientras tenga que hacer ese trabajo. *Hay que pasar página*.

Yo tengo que pasar página.

Trudi capta la aterradora sinceridad que despide, lo que la compele a imitar su comportamiento y confesar para estrenar su vida de casados con un borrón y cuenta nueva. *El de la inmobiliaria; se lo tengo que decir…*

Salen del café en silencio. Lennox quiere parar en Walgreens por algún motivo que no explica, y Trudi se siente desconcertada al verle salir del establecimiento con una latita de gasolina. Vuelven a recorrer Lincoln, pero él gira a la izquierda al llegar a Meridian Avenue; atraviesan unas cuantas manzanas anodinas.

«¿Adónde vamos, Ray?», le pregunta Trudi, cada vez más preocupada.

«No está demasiado lejos», responde Lennox mientras el distrito art déco empieza a esfumarse y da paso al territorio de torres de pisos del norte de Miami Beach. Pasan por delante del Convention Centre; con tanto calor, a las chicas les cuesta seguir el ritmo de Lennox.

Pero Tianna Marie Hinton recuerda de repente lo mucho que le gusta caminar; le encantaba hacerlo en Mobile, y sigue a Lennox con tesón, sintiendo el golpeteo de sus pies contra el suelo y el movimiento de balanceo de sus brazos, su esencia aflorando a la superficie tras abrirse paso entre su cuerpo. No enterrada tan profundamente que los conquistadores de su carne jamás pudieran acceder a ella, sino tensándose y restallando a su alrededor, entre el calor y la luz. Tianna piensa en lo que Ray dijo de Hank Aaron y los rompeplatos del restaurante. *¡Que les den a esos gilipollas!* Trudi Lowe, inspirada por la revigorización de la niña, aprieta el paso para no quedarse atrás.

Entonces, cuando cruzan 19th Street, se topan con un espectáculo asombroso; a su derecha se alza una enorme mano verde. Al principio da la impresión de pertenecer a un cuerpo que se está ahogando, pero se proyecta hacia el cielo azul de una forma tan desafiante como agónica. Lo que en un primer momento parece una maraña de hierbajos en torno a la muñeca resulta ser, visto más de cerca, un confuso nudo de cuerpos humanos, todos ellos desnutridos y retorciéndose de agonía. Al aproximarse más, una sensación inminente de algo tumultuoso restalla en sus huesos y en el aire que los rodea. La mano surge de una isla que está en el centro de un estanque situado en una plaza enlosetada. Al entrar en el área pavimentada, les aguarda la estatua de una madre en lágrimas flanqueada por dos niños; la leyenda que figura en el muro, a espaldas de la familia petrificada, dice: «A pesar de todo, sigo creyendo que en el fondo la gente es buena». La cita está atribuida a Ana Frank.

Un guardia uniformado, de piel y rasgos mucho más africanos que afroamericanos, está sentado en una cabina al sol. El tráfico parece discurrir por Meridian Avenue en un silencio reverencial. Por encima del estanque, que está dentro de un semicírculo formado por pilares intercalados con plantas de pétalos blancos, descuellan unas palmeras serenas y solemnes formando un baldaquino sobre una

pared de mármol, tan austera y natural como el hueso. En este edificio están grabadas palabras e imágenes a prueba de vándalos, que narran la historia del Holocausto. Una pizarra que nada puede blanquear, desfigurar o borrar; una biblioteca casi inexpugnable. A continuación vienen los nombres, cientos, miles, millones de ellos: los de los adultos y los niños que perecieron en los campos de la muerte.

Un puente cubierto divide en dos la media luna y conduce a la isla y la mano verde. Dentro del túnel están los nombres de los campos, algunos que todo el mundo conoce, como Auschwitz y Buchenwald, engastados en los bloques del muro, junto a otros de los que Lennox no había oído hablar hasta ese momento: Belzec, Ponary, Westerbork.

A diferencia del otro túnel, el que lleva grabado a fuego en su memoria, los listones de luz solar atraviesan éste como rayos láser, derramándose sobre él desde las rendijas de la parte superior. En el otro extremo de la isla se encuentran con más figuras verdes marchitas y más nombres todavía, grabados sobre otro círculo de mármol. Lennox se fija en los apellidos; tantas vidas jóvenes aniquiladas. Se pregunta si alguna vez se les ocurrió pensar a los nazis y a quienes les obedecían que estaban trabajando para una gigantesca red de abusos de menores.

«Tengo que decirle una cosa a Tianna», le dice Lennox a Trudi. «¿Lo entendéis?», les pregunta a las dos.

«Vale…», dice Tianna, «… pero Trudi también puede venir».

«Todos cometemos errores, Ray», dice Trudi, mirándole con recelo. «Todos…». Titubea y se acuerda de aquella noche idiota mientras baja la mirada sobre la loma verde situada junto al camino; cierra los puños y está a punto de decir *algo*, pero cuando levanta la cabeza ve que él se ha alejado y que sale con gesto sombrío por una de las verjas del monumento con Tianna a su lado. El primer impulso de Trudi es seguirle pero algo la retiene, paralizando sus sinapsis y dejándola clavada en el sitio. En su cabeza se producen una avalancha de especulaciones peligrosas. Ray y Tianna habían pasado todo aquel tiempo a solas. La gente hacía cosas extrañas en esas situaciones. Habían abusado de él y nunca jamás le había revelado su oscuro secreto. ¿Qué otros secretos ocultaría?

De repente, Trudi Lowe tiene miedo. Sale tras su prometido. Se pregunta si conocerá de él algo más que la fachada, si sabrá algo más de él de lo que llegó a saber de aquel agente inmobiliario con sonrisa de anuncio de dentífrico en aquella noche de fantasía atormentada. ¿Hasta qué punto podemos llegar a conocer a los demás cuando sólo los vemos a través de las lentes del ego? Atraviesa la verja. Le escuece el rostro por efecto del sol, como si fuera una mascarilla cosmética que se hubiera dejado puesta demasiado rato. Entorna los ojos en el jardín pero no consigue ver a Lennox ni a Tianna. El aire está estancado y el calor lo vuelve espeso.

Entonces se encuentra con un claro, y con gran alivio por su parte los ve; están

parados junto a un banco. Oye a Lennox diciéndole a Tianna: «¿Recuerdas cuando esos cerdos te dieron algo para que te entrara sueño y luego abusaron de ti en el barco? Te acuerdas, ¿no?».

Escuchando atentamente pero guardando la distancia, oye las vacilantes palabras de Tianna: «Sí. Pensé que había sido un sueño, pero no lo era. Starry me llevó allí. Me dieron una pastilla o algo. No dejo de soñar con él, con Lance Dearing, tocándome…, pensaba que eran sueños y que era una guarra por tenerlos… Dearing dijo que era poli y que se enteraría si había sido una niña mala y que él podía encerrar a la gente mala…, sabría si era una guarra…».

«No, tú no. Tú no eres una guarra, los guarros son ellos. Son pedófilos, pederastas. ¿Qué haces cuando alguien intenta tocarte o decirte alguna ordinariez?».

«Te levantas y te marchas o sales corriendo», dice ella, mordiéndose el labio inferior.

«Eso es. Y les mandas a tomar por culo», añade. Ahora Lennox tiembla, viendo aquella polla sudorosa delante de su cara y notando su sabor en la boca. Se toca los pelos del bigote incipiente que se dejó para cubrirse el labio. Para enviar un mensaje. Para ahuyentar a los pederastas. Aquel bigote que decía, un poco más desesperadamente de la cuenta: soy un hombre. «Dices: ¡vete a tomar por culo, puto pederasta de mierda!».

«¡A tomar por culo!», grita Tianna. «¡Vete a tomar por culo, puto pederasta de mierda!».

Trudi se acerca a ellos y le toca el brazo a Lennox, tan rígido e inflexible como una parada de autobús. «Ray…». Lennox se vuelve y la mira con gesto afligido y lo que ella toma por una mirada de reproche. *Lo sabe. El tío con el que me fui. Lo sabe. Se ha dado cuenta*.

Entonces él se vuelve bruscamente hacia Tianna de nuevo. Trudi es consciente de que ha establecido con esa niña un vínculo terrible que ella no podrá compartir jamás. «Eso es. Les mandas a tomar por culo», dice su prometido el policía. «¡Vete a tomar por culo, puto pederasta de mierda! Y gritas y chillas con todas tus fuerzas», insiste. «Obligas a escuchar al mundo entero». Entonces Ray Lennox cierra los ojos y ve a los hombres del túnel, los hombres que le metieron en este mundo tan extraño y aterrador, que le llevaron a convertirse en poli, y a Gareth Horsburgh y a Lance Dearing, a Johnnie y a Starry, mientras lanza un grito primario desde la boca del estómago y lo más profundo de su ser, denunciando a todos los embaucadores, matones y pederastas con los que él o cualquier otra persona pudiera toparse jamás: «¡VETE A TOMAR POR CULO, PUTO PEDERASTA DE MIERDA!».

El rugido reverbera en torno al jardín, por lo demás tranquilo y apacible. Una pareja mayor que iba caminando por uno de los senderos da un respingo de alarma y vuelve rápidamente sobre sus pasos.

«Ray, tenemos que irnos», dice Trudi, pero ahora Tianna chilla al unísono con él como una loca: «¡VETE A TOMAR POR CULO, PUTO PEDERASTA DE MIERDA! ¡DÉJAME EN PAZ!».

Lennox toma aire, tragándolo como si lanzara golpes. Ya es hora de desprenderse de todo ello, de empezar a eliminar las hojas negras y el agua estancada que obstruyen su corazón. Seguir con el proceso, por mucho tiempo que le cueste. Gritan juntos hasta quedarse sin aliento. Entonces Trudi rodea con un brazo los hombros de la niña, que está llorando. «¡Ray, tenemos que marcharnos ahora mismo!».

«Espera», dice un Lennox jadeante, mostrándole la palma de la mano. Mira a Tianna y la coge de la mano. «Los pederastas esos tenían una lista. Una lista de niños a los que pensaban hacer daño y a los que esperaban acceder a través de sus madres, como hicieron con Robyn. La policía tiene una copia», dice mientras saca un fajo de papeles blancos de la mochila. Reflejan los rayos solares de forma deslumbrante. Lennox saca la lata de gasolina y la vierte sobre los papeles. Los deposita, empapados en gasolina, en una papelera de acero vacía.

«Hacer esto en un parque no está bien, pero por esta vez está justificado».

Tianna asiente mientras Lennox enciende un mechero. Trudi mira nerviosa a su alrededor; Lennox es consciente de su oposición. «Sólo nos queda por hacer esto».

Siente un acceso de ira. «¡Siempre hay algo, Ray!», exclama Trudi, sujetándole por los hombros y sacudiéndoselos, exasperada. ¿Qué quiere? Decirle que capturó a uno de los asesinos de niños más infames de Gran Bretaña o que ha acabado con una red de pederastas que abarcaba tres estados norteamericanos le ofendería. Lo único que él verá jamás son las Britneys, Tiannas, Leses y su propia encarnación infantil a los que no pudo proteger. Es un hombre que siempre se definirá por sus fracasos. «¿Y luego qué? ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vas a hacer tú?».

«Luego…», dice, estallando en una sonrisa, «volvemos al hotel, llamo a mi madre y le pido disculpas». Se frota la cara mientras recupera el aliento. «Y después me afeito».

Trudi traga saliva y mira a fondo los ojos castaños de Ray, llenos de lágrimas de remordimiento, y asiente lentamente.

«Eso es todo lo que queda de ellos», le dice Lennox a Tianna, mirando los papeles que están en la papelera. «Tu madre los ha enviado a todos a donde nunca podrán hacerte daño; Vince, Clemson, Dearing, Johnnie y un montón más como ellos. No son más que basura y punto», dice mientras le entrega el mechero. «Quémalos. Venga. Quema a esos hijos de puta».

Trudi, con la mandíbula tensa, aspira el aire entre dientes.

Tianna le mira primero a él y luego a los papeles, ahora con férrea determinación. Coge el mechero y se agacha, alisándose la falda por encima de las rodillas. Al principio cuesta ver la llama bajo la deslumbrante luz del sol; sólo cuando nota el

calor en la mano y la aparta se da cuenta de que ha prendido. Observan cómo los papeles se deforman y se ennegrecen, y a continuación, en silenciosa procesión, abandonan juntos los jardines.

Al salir del parque, regresan al monumento al Holocausto atravesando una verja de hierro floreada. Vuelven a las medias lunas de mármol y la explanada de losas que está enfrente de la mano verde. Ahora el tráfico de Meridian Avenue es más bullicioso. Y sin embargo Lennox sigue teniendo que levantar la vista hacia el cielo azul y los apartamentos que hay al otro lado de la calle, con sus verandas, para darse cuenta de que no se encuentra en medio de un campo en mitad de Polonia. De hecho, al otro lado de la calle se encuentra la Cámara de Comercio de Miami Beach, que tiene su propio centro de informaciones.

Ahora Tianna llora con más intensidad; sus sollozos, lentos y entrecortados, dan paso a gemidos ruidosos. Entonces, al ver la reacción consternada de Trudi, se da cuenta de que su propio rostro está surcado por las lágrimas. Mira a Tianna y ve a Britney Hamil en aquella asombrosa fotografía que acabó en las portadas de todos los periódicos de Gran Bretaña. «Lamento no haber estado allí para ayudarte», dice con desaliento.

Trudi está a punto de decir algo, pero Tianna se le adelanta.

«Estabas allí, Ray. Fuiste el único que estuvo allí», dice entre lágrimas, abrazándole, y él se da cuenta de que se trata de otra niña, en la otra punta del mundo. Y está viva, como deberían estarlo todos los niños. Piensa en el porqué de los relatos, las canciones y los poemas; en por qué siempre aspiraremos a algo que llamamos amor. Y ahora llora al unísono con ella, con dolor, pero también lleno de simple gratitud por ser libre, por estar presente y aclarado, debajo de una gran mano verde al sol de Florida.

Agradecimientos

Mucho amor para Elizabeth, como siempre, por su asistencia emocional y práctica (investigar, llevarme en coche por todo el Sunshine State y decirme que mi primer borrador era una mierda). Muchas gracias también a Robin, Katherine, Sue, Laura y toda la demás gente de la editorial por su indulgencia, que se diría infinita (pero no pretendo forzarla).

Un grito de gratitud para mis compañeros artesanos de la pluma escoceses, Andy O'Hagan y Alan Warner, por haber inspirado involuntariamente el título durante una tranquila sesión de copas en una de mis posadas favoritas de Wicker Park, Chicago. Gracias a Mike y Dawn Quinn, de Punta Gorda, Florida, por su cordial hospitalidad y su disposición a compartir conmigo sus conocimientos sobre el sudoeste de Florida. Gracias a John Gee, John Hood y Janet Jorgulesco, tres nativos del sur de Florida que contribuyeron a que este muchacho de Edimburgo se sintiera en Miami como en casa.

Por motivos evidentes, opté por no investigar este tema por internet. En su lugar, me limité a consultar los artículos publicados en textos académicos, de asistencia social y de psicología clínica, además de materiales de autoayuda. Hablé con supervivientes de abusos sexuales en la infancia. Sus testimonios fueron tan desgarradores como alentadores eran su coraje y su fortaleza. Un libro británico que me resultó especialmente valioso como punto de partida y obra de referencia continua fue *Breaking Free: Help for Survivors of Sexual Abuse*, de Carolyn Ainscough y Kay Toon. Pese a respetar su evidente necesidad de anonimato, debo reseñar la generosidad de algunos agentes de policía y asistentes sociales de los estados de Illinois y Florida, que me dedicaron su tiempo y me ofrecieron información acerca del modus operandi de las redes de abuso sexual organizadas; agradezco enormemente su ayuda.

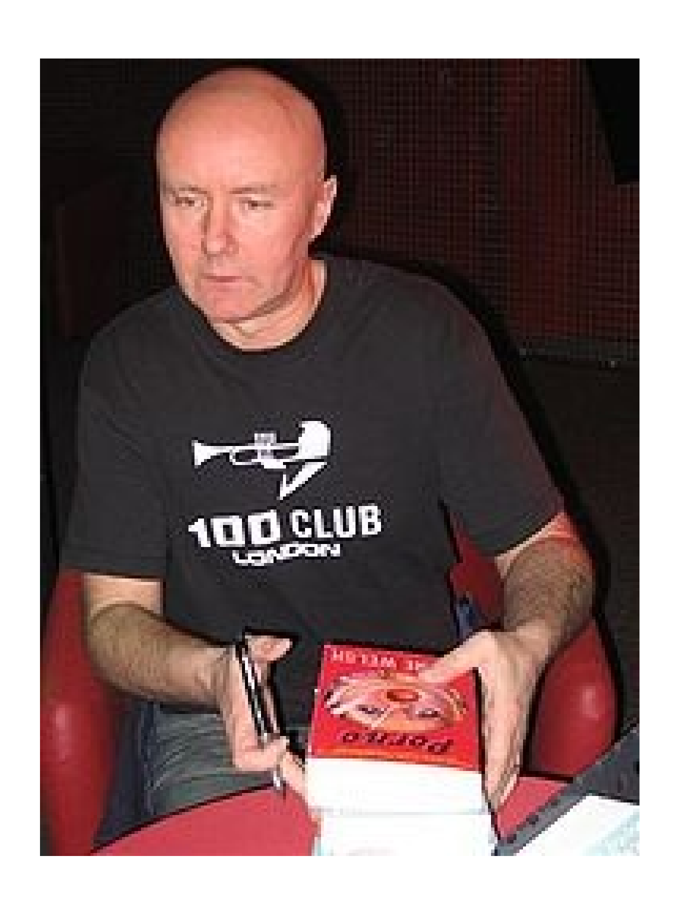
Estoy eternamente agradecido a las bandas habituales de Edimburgo, Londres, Dublín, Chicago, San Francisco y otros lugares. También a todos los que me hayan alabado o puesto a parir: gracias por tomaros el tiempo de prestarme atención. Para los indiferentes: muy agradecido de que me dejéis en paz.

Bolonia, Florida, es un constructo de mi imaginación. Físicamente, la narración se inspiró en gran medida en las ciudades de Naples, Punta Gorda y Fort Myers.

Por desgracia, en la vida real los mayores males tienden a producirse cerca del hogar. La mayor parte de los abusos —sexuales o de otro tipo— que padecen los menores se producen en el seno de la familia o de la comunidad local. Los grupos y sectas organizadas de abusos sexuales, aunque sean preocupantes y acaparen titulares

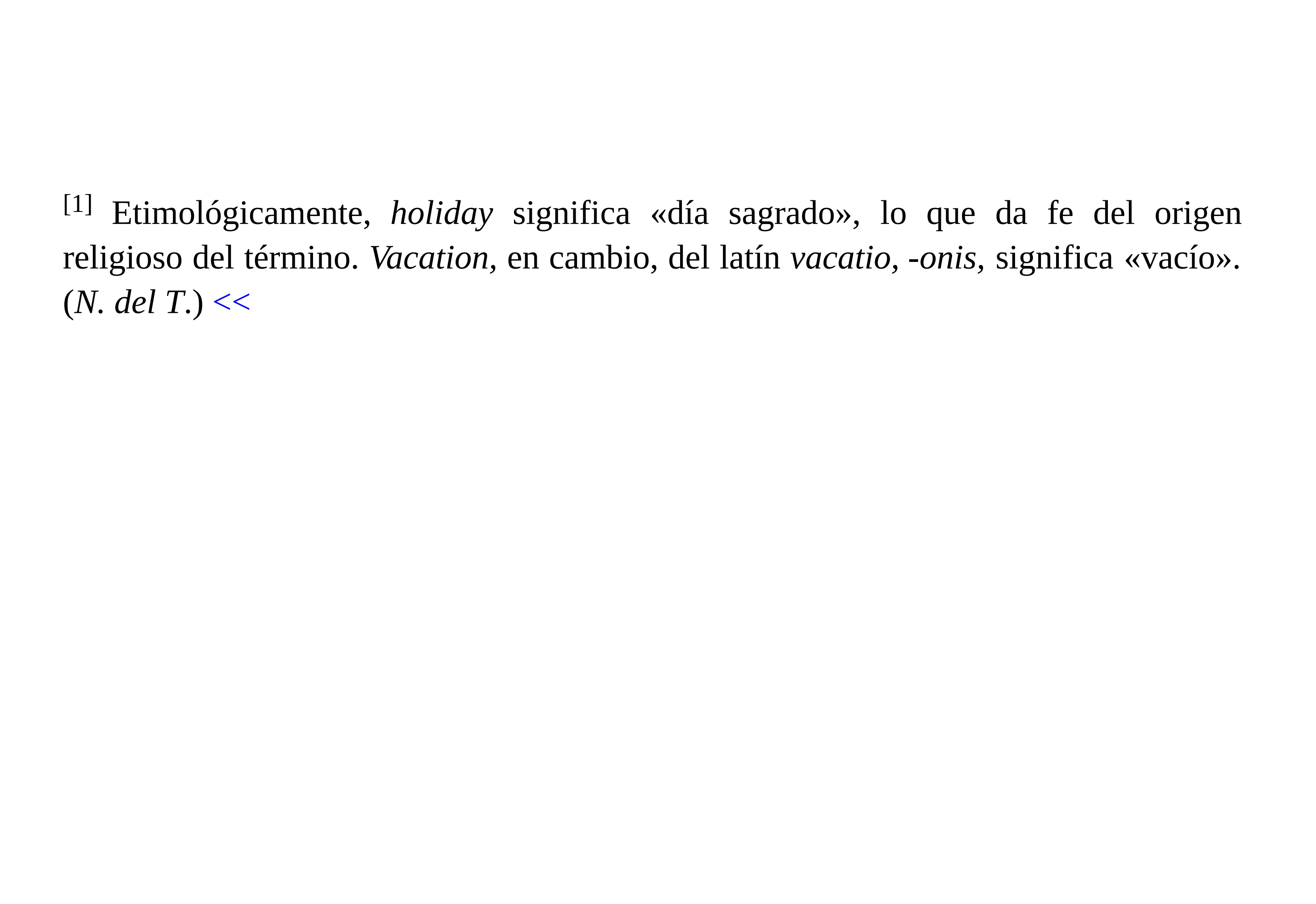
de prensa, no representan un problema de grandes dimensiones en la sociedad moderna. Como obra de ficción, este libro no pretende insinuar que lo sean.

Irvine Welsh, Miami Beacb, Florida



IRVINE WELSH nació en 1958 en Escocia. Creció en el corazón del barrio obrero de Muirhouse, dejó la escuela a los dieciséis años, cambiando multitud de veces de trabajo hasta que emigró a Londres con el movimiento punk. A finales de los ochenta volvió a Escocia, donde trabajó para el Edinburgh District Council a la par que se graduaba en la universidad y se dedicaba a la escritura. Su primera novela, *Trainspotting*, tuvo un éxito extraordinario, así como su adaptación cinematográfica. Fue publicada por Anagrama, al igual que sus títulos posteriores: *Acid House, Éxtasis, Escoria, Cola, Porno, Secretos de alcoba de los grandes chefs* y *Si te gustó la escuela, te encantará el trabajo*.

Notas



[1] Etimológicamente, *holiday* significa «día sagrado», lo que da fe del origen religioso del término. *Vacation*, en cambio, del latín *vacatio, -onis*, significa «vacío». (*N. del T.*) <<



[2]*Weedgie:* denominación despectiva empleada en Edimburgo para calificar a los habitantes de Glasgow. (*N. del T.*) <<

[3]*Spaghetti junction*: intercambiador, habitualmente entre autopistas, dotado de gran número de pasos subterráneos y pasos elevados. (*N. del T.*) <<

[4] Pronunciación estadounidense deformada de *Scottish* («escocés»). (*N. del T.*) <<

[5] Denominación de argot para los irlandeses. (*N. del T.*) <<



[6] «Rabbie» (Robert) Burns (1759-1796), «bardo nacional» de Escocia y autor de la canción universalmente conocida «Auld Lang Syne». (*N. del T.*) <<

[7] Pronunciación estadounidense de *Scots* («escocés»). (*N. del T.*) <<

[8] Ex estrella del *glam rock.* Fue procesado en 2005 y 2006 por delitos de pornografía infantil y pederastia respectivamente. Antes *Gary Glitter* se empleaba como argot rimado de «ojete» *(shitter);* en la actualidad es sinónimo de pederasta. (*N. del T.*) <<



[9] Juego de palabras entre el apellido del poeta Robert Burns y el verbo *to burn* («quemar, arder»). (*N. del T.*) <<

[10] Pronunciación estadounidense deformada de *Scottie* (diminutivo de «escocés»). (*N. del T.*) <<

[11] Véase nota número 8. (*N. del T.*) <<

[12] Véase nota número 2. (*N. del T.*) <<

[13] Autor del informe que el gobierno británico encargó en la década de 1960 con el objetivo de reducir los costes de gestión de la red ferroviaria nacionalizada. Entre las recomendaciones de Beeching estaba el cierre de líneas no rentables y poco utilizadas, así como de gran número de estaciones locales. (*N. del T.*) <<



[14] Juego de palabras entre la denominación de los cuerpos de policía (*force*) y la célebre despedida de *La guerra de las galaxias*. (*N. del T.*) <<

[15] Exitosa serie policíaca de la ITV escocesa ambientada en Glasgow. (*N. del T.*) <<

[16] «Zorra.» (*N. del T.*) <<



[17] Contraste entre el inglés británico (*petrol station*) y el estadounidense (*gas station*). (*N. del T.*) <<

[18] Denominación de argot de los seguidores del Hearts of Midlothian F. C, que a su vez deriva de una denominación de argot rimado (*Jam Taris*, «galletitas de mermelada de fresa») basada en los colores rojos de la elástica de dicho equipo. (*N. del T*.) <<

[19] Juego originario de las Highlands escocesas. (*N. del T.*) <<

[20] Embutido parecido a la cecina. (*N. del T.*) <<



[21] El otro club principal de fútbol de Edimburgo, fundado por la colonia irlandesa en 1875. (*N. del T.*) <<

[22] Juego de palabras. *Shake* significa «batido», pero también «meneo». (*N. del T.*)
<<



[23] Juego de palabras. *Bangs* es argot y significa tanto «flequillo» como «polvos». (*N. del T.*) <<

[24] Juego inglés popular en los colegios y muy semejante al béisbol. (*N. del T.*) <<

[25] El acento propio de Liverpool y Merseyside. (*N. del T.*) <<

[26] Diminutivo de *chip shop*, es decir, tienda de *fish'n chips*. (*N. del T.*) <<

[27] Juego de palabras basado en un malentendido en torno al significado de *dear* («precioso») que en una de sus acepciones británicas significa «caro». Lennox dice en *Scots*: «Es espantosamente caro», y Tianna replica: «¡Es tan precioso!» (*N. del T.*) <<



[28] Tanto en escocés como en inglés antiguo y algunos dialectos ingleses septentrionales contemporáneos, *aye* equivale a *yes*. (*N. del T.*) <<



[29] Apelativo genérico empleado por los ingleses para designar a los escoceses. (*N. del T.*) <<

[30] Véase nota número 28. (*N. del T.*) <<



[31] Traducción aproximada: «Aquí estoy, sentado y apretando, trayendo al mundo a otro tejano.» (*N. del T.*) <<



[32] Traducción aproximada: «No hay subidón como el que da el Altísimo.» (*N. del T.*) <<



[33] Siglas de *sweet fuck all*, expresión en la que *sweet* («dulce») quita un poco de hierro *a fuck all*, que podría traducirse por «una puta mierda». (*N. del T.*) <<

[34] Juego de palabras. *Aye* es homófono de *eye* («ojo»). (*N. del T.*) <<

[35]*Charlie*: voz de argot equivalente a nuestros «farlopa» o «perica». (*N. del T.*) <<

[36] Juego de palabras entre *ray* («raya») y el nombre de pila de Lennox. (*N. del T.*)
<<

[37]*Cracker joint: Cracker* es un término utilizado para designar a los nativos de Florida. En la actualidad tiene connotaciones peyorativas, pues, a partir del movimiento pro Derechos Civiles de mediados del siglo XX, empezó a utilizarse para designar a blancos fanáticos e intolerantes a los que era fácil incitar a la violencia. (*N. del T.*) <<

[38] Contracción del argot rimado *Septic Tanks* («fosa séptica»), por *Yanks* («yanquis»). (*N. del T.*) <<



[39] Denominación de los jóvenes informalmente vestidos que acuden a los partidos de fútbol para alborotar. (*N. del T.*) <<



[40] Culebrón producido por Scottish Televisión y ambientada en la aldea ficticia de Glendarroch. (*N. del T.*) <<

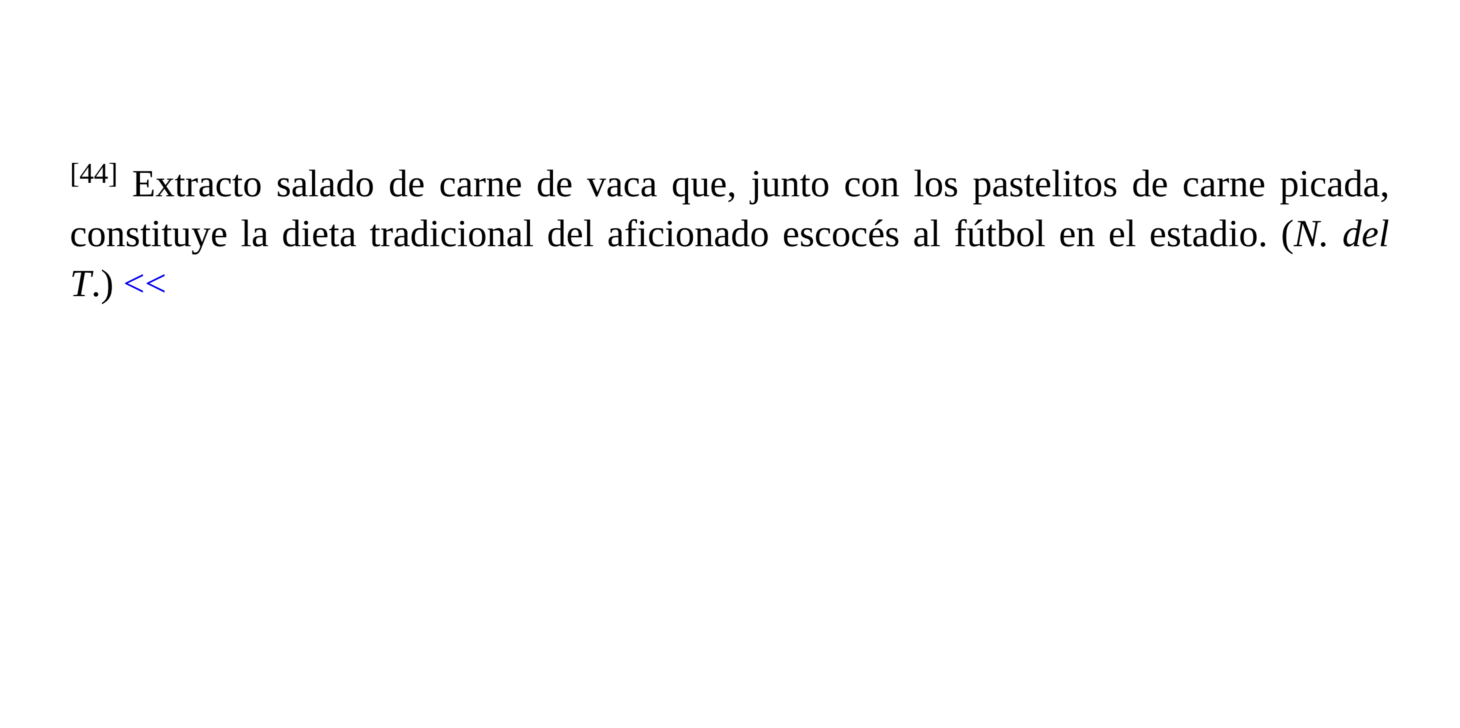


[41] Serie policíaca británica protagonizada por Caroline Catz, David Harewood y Ken Stott. (*N. del T.*) <<

[42] En castellano en el original. (*N. del T*.) <<



[43] Alusión a la letra del tema de Iron Maiden «Seventh Son of a Seventh Son». (*N. del T.*) <<



[44] Extracto salado de carne de vaca que, junto con los pastelitos de carne picada, constituye la dieta tradicional del aficionado escocés al fútbol en el estadio. (*N. del T.*) <<



[45] Varón adulto que busca la compañía o los favores de varones más jóvenes. (*N. del T.*) <<

[46] Número aproximado de los habitantes de Escocia. (*N. del T.*) <<

[47] Documental del año 2003, rodado por un grupo de televisión irlandés, acerca del golpe de Estado de abril de 2002 en Venezuela, en el que Hugo Chávez fue depuesto de su cargo durante cuarenta y ocho horas. (*N. del T.*) <<

[48] Véase nota número 5. (*N. del T.*) <<

[49] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[50] Véase nota número 33. (*N. del T.*) <<